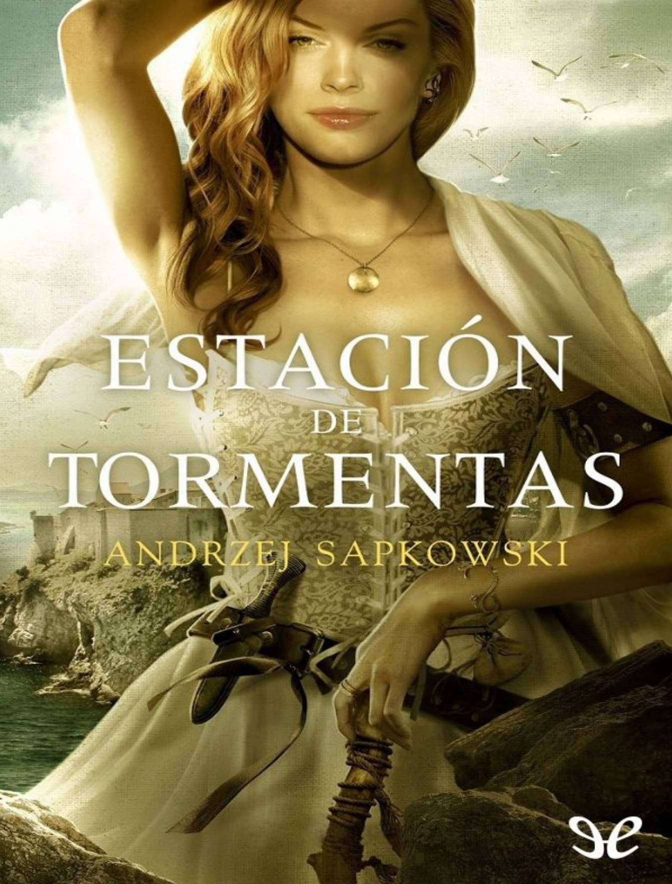

ESTACIÓN
DE
TORMENTAS
ANDRZEJ SAPKOWSKI

p

q

c o

i

m u c

f

e o

o

e

e

D n

m

a i s

C s

s i

e j a

f s l

t

c

b

r n s

s

e

m e ø

u

v e

n

M

A

E

t

G

e

1 1

n

Título original: *Sezon burz*
Andrzej Sapkowski, 2014
Traducción: Fernando Otero Macías & José María Faraldo
Ilustraciones: Alejandro Colucci & Alejandro Terán

Editor digital: libra
ePub base r1.2

De los fantasmas, de los condenados,
de los monstruos de largas patas
y de todo lo que golpea en la noche,
¡líbranos, buen Dios!

Oración de súplica conocida como The Cornish Litany, datada en los siglos XIV-XV

Dicen que el progreso deshace las tinieblas. Pero siempre, siempre existirá la oscuridad. Y siempre estará el mal en la oscuridad, siempre habrá en la oscuridad colmillos y garras, crímenes y sangre. Siempre habrá criaturas que golpean en la noche. Y nosotros, los brujos, estaremos para romperles la crisma.

Vesemir de Kaer Morhen

Capítulo primero

Quien con monstruos lucha cuide de no convertirse a su vez en monstruo. Cuando miras largo tiempo a un abismo, el abismo también mira dentro de ti.

Friedrich Nietzsche,
Más allá del bien y del mal

Contemplar el abismo me parece una estupidez supina. Hay en el mundo un montón de cosas mucho más dignas de contemplar.

Jaskier, Medio siglo de poesía

Vivía sólo para matar.

Estaba tumbado al sol, en la arena caliente.

Percibía unas vibraciones, transmitidas por las antenas peludas y las sedas pegadas al suelo. Aunque las vibraciones aún estaban alejadas, Idr podía sentirlas con claridad y precisión,

basándose en ellas era capaz de determinar no sólo la dirección y el ritmo del movimiento de la víctima, sino también su peso. Para la mayoría de las fieras que cazan de esa manera, el peso de la presa tiene una importancia primordial: la aproximación furtiva, el ataque y la persecución implican una pérdida de energía que tiene que ser compensada por el valor energético del alimento. La mayoría de los depredadores semejantes a Idr renunciaban al ataque cuando la captura era demasiado pequeña.

Pero Idr no. Idr no existía para alimentarse y preservar la especie. No había sido creado con ese fin.

Vivía para matar.

Desplazando cuidadosamente las extremidades, salió de la cepa del árbol caído, se arrastró por el tronco carcomido, con tres saltos dejó atrás los árboles tumbados, atravesó el calvero a toda prisa, como un fantasma, fue a parar a una zona de monte bajo, cubierta de helechos, se

introdujo en la espesura. Se movía deprisa y en silencio, lo mismo echaba a correr que brincaba como un enorme saltamontes.

Cayó en unos matorrales, pegó a tierra el segmentado caparazón del abdomen. La vibración del suelo se iba volviendo más clara. Los impulsos de las vibrisas y los pelillos de Idr configuraron una imagen. Un plan. Idr ya sabía por dónde abordar a la víctima, en qué lugar tenía que cortarle el paso, cómo obligarla a huir, cómo caer sobre ella por la espalda con un largo salto, a qué altura golpear y cortar con sus mandíbulas afiladas como cuchillas. Las vibraciones y los impulsos ya estaban llenándolo de la alegría que solía sentir cada vez que una presa se agitaba bajo su peso, de la euforia que le proporcionaba el sabor de la sangre caliente. Del placer que experimentaba cuando un grito de dolor rompía el aire. Se estremecía levemente, abriendo y cerrando las pinzas y los pedipalpos.

Las vibraciones en el suelo eran ya muy claras,

y además se habían diferenciado. Idr ya sabía que había más de una presa, probablemente tres, tal vez cuatro. Dos de ellas sacudían el suelo de una forma corriente, el temblor de la tercera indicaba una masa y un peso menores.

Por su parte, la cuarta —si es que efectivamente había una cuarta presa— generaba una vibración irregular, débil e insegura. Idr se quedó inmóvil, se puso en tensión y extendió las antenas sobre la hierba, para analizar los movimientos del aire.

Los temblores del suelo indicaron por fin lo que estaba esperando Idr. Las presas se habían separado. Una, la menor, se había quedado atrás. Y la cuarta, la menos clara, había desaparecido. Se trataba de una señal falsa, de un eco engañoso. Idr la despreció.

La presa pequeña se alejó aún más de las otras. El suelo empezó a estremecerse con fuerza. Y a muy poca distancia. Idr tensó las patas traseras, tomó impulso y saltó.

La niña gritó aterrorizada. En lugar de huir, se quedó paralizada en el sitio. Y no paraba de gritar.

El brujo se lanzó hacia ella, sacando la espada a medida que corría. E inmediatamente se dio cuenta de que algo no iba bien. De que le habían engañado.

El hombre que tiraba del carro cargado de leña soltó un grito y voló ante la vista de Geralt, elevándose a una altura de tres varas, mientras despedía sangre a chorros y salpicaba por todas partes. Cayó, para volver a elevarse de inmediato, convertido esta vez en dos porciones sanguinolentas. Ya no gritaba. La que gritaba ahora de un modo penetrante era la mujer, inmóvil como su hija y paralizada de terror.

Aunque no creía que pudiera conseguirlo, el brujo logró salvarla. Saltó hacia ella y de un fuerte

empujón sacó a la mujer rociada de sangre del sendero y la lanzó hacia el bosque, entre los helechos. Y al instante comprendió que también esa vez se trataba de un engaño. De un ardid. Y es que una forma gris, plana, de múltiples patas e increíblemente veloz se estaba alejando del carro y de su primera víctima. Corría hacia la segunda. Hacia la niña que no paraba de chillar. Geralt se lanzó en su dirección.

Si la chiquilla hubiera seguido clavada en el sitio, Geralt no habría llegado a tiempo. Pero mostró presencia de ánimo y echó a correr a la desesperada. De todos modos, el monstruo gris le habría dado alcance rápidamente, sin el menor esfuerzo: le habría dado alcance, la habría matado y habría vuelto para acabar también con la mujer. Así habría ocurrido de no estar allí el brujo.

Alcanzó al monstruo, dio un salto, aplastando con el tacón una de sus patas traseras. De no haber saltado otra vez de inmediato, habría perdido la pierna: el engendro gris se revolvió con una

agilidad increíble y sus pinzas falciformes se cerraron, fallando por un pelo. Antes de que el brujo recobrara el equilibrio, el monstruo se elevó desde el suelo y atacó. Geralt, con un golpe de espada irreflexivo, amplio y bastante caótico, se defendió y repelió a la criatura. No le infligió ninguna herida, pero recuperó la iniciativa.

Saltó, cayó encima del monstruo, tajando desde la oreja, golpeando el caparazón que cubría el liso cefalotórax. Antes de que la aturdida criatura se rehiciera, con un nuevo espadazo le amputó la mandíbula izquierda. El monstruo se lanzó contra él, agitando sus garras, intentando embestirlo como un toro con la mandíbula sana. El brujo también se la amputó. Con un rápido tajo en sentido inverso le magulló uno de los pedipalpos. Y de nuevo acuchilló en el cefalotórax.

Por fin Idr se dio cuenta de que estaba en peligro. De que tenía que huir. Tenía que huir, huir lejos,

ocultarse en algún sitio, buscar un escondrijo. Vivía únicamente para matar. Para matar, tenía que regenerarse. Tenía que escapar… Escapar…

El brujo no le dejó escapar. Lo alcanzó, le aplastó el segmento posterior del tórax, cortó de arriba abajo, con ímpetu. En esta ocasión el caparazón del cefalotórax cedió, al estallar brotó y se derramó una sangre espesa y verdosa. El monstruo forcejeó, sus extremidades golpeteaban frenéticamente la tierra.

Geralt tajó con la espada, esta vez separó por completo la cabeza plana del resto del cuerpo.

Jadeaba.

Tronó a lo lejos. El viento racheado y el cielo que se estaba cubriendo a toda prisa anunciaban la inminente tormenta. Desde que lo vio por primera vez, Geralt asoció a Albert Smulka, el flamante zalmedina municipal, con un bulbo de nabo: era rechoncho, desaseado, sin la menor finura y, en

términos generales, escasamente interesante. En otras palabras, apenas se distinguía de los demás funcionarios de rango municipal a los que había tenido ocasión de tratar.

—Así pues, es cierto —dijo el zalmedina—. Que para un apuro nada como un brujo.

»Jonas, mi predecesor —prosiguió después de unos instantes, sin esperar ninguna reacción por parte de Geralt—, de alabarte no se cansaba. Figúrate que yo por un embustero le había. Vamos, que no acababa de fiarme de él. Sé que tales cosas van engrosando hasta que se convierten en cuentos. Sobre todo entre el vulgo ignorante, ésos están todo el rato nomás que hablando de milagros y prodigios, cuando no de no sé qué brujo de poderes sobrehumanos. Y mira por dónde, resulta que no es más que la misma verdad. Allá, en el bosque, tras el riachuelo, ni se sabe la de gente que habrá muerto. Mas como por acá el camino a la villa es más corto, lo toman, los muy patanes… Derechitos a su perdición. Sin hacer caso de

amonestaciones ni consejos. Más vale en estos tiempos no andar deambulando por desiertos lugares, ni conviene vagar por los bosques. Por todos lados hay monstruos, fieras comehombres. En Temeria, en el Piedemonte de Tukai, ha muy poco que ocurriera algo terrible, un fantasma del bosque ha matado a quince personas en un pueblo de carboneros. Las Cornamentas se llamaba esa colonia. Seguro que lo habrás oído. ¿No? Pues que la palme si la verdad no digo. Pues a lo visto, hasta los hechiceros llevaron a cabo pesquisas en Las Cornamentas. Mas basta de cháchara. Ahora aquí en Ansegis estamos a salvo. Gracias a ti.

Sacó un cofre de una cómoda. Desplegó sobre la mesa una hoja de papel, mojó la pluma en el tintero.

—Prometiste que matarías a ese espantajo —dijo, sin levantar la cabeza—. Y el caso es que no fue un farol. Eres hombre de palabra, para ser un vagamundos. Y a esas personas les salvaste la vida. A la moza y a la chiquilla. ¿Te habrán dado

las gracias a lo menos? ¿Se han echado a tus pies?

No se han echado a mis pies, el brujo apretó las mandíbulas. Porque todavía no han vuelto en si del todo. Y yo me largaré de aquí antes de que vuelvan en sí. Antes de que caigan en la cuenta de que las utilicé como cebo, convencido, en mi vana arrogancia, de que sería capaz de defender a los tres. Me iré antes de que a la niña se le ocurra pensar, antes de que comprenda que por mi culpa ahora es medio huérfana.

Se sentía mal. Seguramente era el efecto de los elixires consumidos antes de la lucha. Seguramente.

—Aquel monstruo —el zalmedina espolvoreó de arena el papel, tras lo cual sacudió el papel en el suelo— era realmente escalofríante. Contemple su carroña cuando la trajeron. ¿Qué demonios era?

Geralt no estaba seguro al respecto, pero no pensaba traicionarse.

—Un aracnomorfo.

Albert Smulka movió los labios, intentando

inútilmente repetirlo.

—Uf, vaya nombrecito, que se llame como le dé la gana. ¿Lo cosiste a tajos? ¿Con esa espada? ¿Se puede echar un vistazo?

—No se puede.

—Ya, seguro que es una hoja encantada. Y cara tiene que ser… Una cosa exquisita… Bueno, nosotros aquí venga a platicar, y el tiempo que vuela. Cumpliste lo acordado, toca ahora pagar. Mas primero las formalidades. Echa una firma en la factura. Quiero decir, pon una cruz o alguna otra señal.

El brujo cogió la cuenta que le tendió, se volvió hacia la luz.

—Lo que hay que ver. —El zalmedina sacudió la cabeza, poniendo mala cara—. Pues si resulta que sabe leer.

Geralt puso la hoja encima de la mesa, la empujó hacia el funcionario.

—Se ha deslizado —dijo con calma, en voz baja— un pequeño error en el documento.

Acordamos que serían cincuenta coronas. La factura asciende a ochenta.

Albert Smulka juntó las manos, apoyó en ellas la barbilla.

—No es un error. —Bajó también la voz—. Más bien es una prueba de reconocimiento. Has matado a un terrible engendro, de seguro que no ha sido un trabajo ligero… Así que a nadie le sorprenderá el importe…

—No entiendo.

—No me digas. No te hagas el inocentón. No querrás que me crea que Jonas, cuando mandaba aquí, no te presentaba esta clase de facturas. Me juego la cabeza a que…

—¿A qué? —le cortó Geralt—. ¿A que engordaba las facturas? Pero la diferencia, con la que hacía mermar el tesoro real, la repartía conmigo a medias.

—¿A medias? —El zalmedina torció el gesto —. Sin exagerar, brujo, sin exagerar. Cualquiera diría que eres tan importante. De la diferencia te

quedarás con un tercio. Diez coronas. De todos modos, para ti es un sobresueldo de categoría. Y a mí me corresponde más, aunque sólo fuera en virtud de mi cargo. Los funcionarios del estado tienen que ser ricos. Cuanto más rico sea un funcionario del estado, mayor es el prestigio del dicho estado. Pero bueno, ¿qué sabrás tú de eso? Esta charla ya me aburre. ¿Firmas o no firmas la factura?

La lluvia tamborileaba en el tejado, fuera llovía a cántaros. Pero ya no tronaba, la tormenta se alejaba.

Interludio

Dos días después

—Adelante, adelante, honorable dama. —Belohun, rey de Kerack, hizo una señal imperiosa—. Os lo ruego. ¡Criados! ¡Una silla!

La bóveda de la estancia estaba adornada con un plafón, un fresco que representaba un velero rodeado de olas, tritones, hipocampos y criaturas que recordaban a bogavantes. En cambio, el fresco en una de las paredes era un mapa del mundo. Un mapa, como hacía ya tiempo que había advertido Coral, totalmente fantástico, que tenía poco que ver con la ubicación real de tierras y mares. Pero era bonito y elegante.

Dos pajes sacaron a rastras una pesada silla curul toda labrada. La hechicera se sentó, colocando las manos en los brazos de la silla de

modo que sus brazaletes con incrustaciones de rubí quedaran bien a la vista y no pasaran desapercibidos. Lucía además una diadema de rubíes en su cabellera rizada, y un collar de rubíes en su profundo escote. Todo pensado especialmente para la audiencia real. Quería causar impresión. Y la causó. El rey Belohun puso los ojos como platos, no se sabe si por los rubies o por el escote.

Belohun, hijo de Osmyk, era, podría decirse, rey de primera generación. Su padre había reunido un notable patrimonio merced al comercio marítimo y, por lo visto, también había pillado algo gracias a la piratería. Tras acabar con la competencia y monopolizar la navegación de cabotaje en la región, Osmyk se proclamó rey. El acto de coronación del usurpador, en principio, no hizo más que formalizar el statu quo, por lo que no suscitó mayores reservas ni dio lugar a protestas. Previamente, por medio de guerras y guerritas privadas, Osmyk había zanjado las querellas

fronterizas y jurisdiccionales con sus vecinos, Verden y Cidaris. Se llegó a saber dónde empezaba Kerack, dónde terminaba y quién mandaba allí. Y, dado que mandaba, se trataba de un rey, y le correspondía ese título; Según el orden natural de las cosas, título y poder se transmiten de padres a hijos, así que a nadie le extrañó que a la muerte de Osmyk su hijo, Belohun, se sentara en el trono. La verdad es que Osmyk tenía más hijos, por lo menos otros cuatro, pero todos renunciaron a sus derechos a la corona, uno de ellos incluso voluntariamente. De ese modo Belohun llevaba gobernando en Kerack desde hacía más de veinte años, obteniendo beneficios, de acuerdo con la tradición familiar, de la industria de los astilleros, el transporte, la pesca y la piratería.

Pero ahora, en el trono, en el estrado, con su kalpak de marta, con el cetro en la mano, el rey Belohun celebraba audiencia. Mayestático como un escarabajo pelotero en una boñiga de vaca.

—Nuestra amada y respetada señora Lytta

Neyd —la saludó—. Nuestra hechicera predilecta Lytta Neyd. Ha tenido a bien visitar nuevamente Kerack. ¿Y una vez más, acaso, por una larga temporada?

—Los aires marinos me sientan bien. —Coral cruzó las piernas provocativamente, exhibiendo unos zapatos a la moda, con tacones de corcho—. Con el amable permiso de su majestad.

El rey paseó la mirada por sus dos hijos, sentados a sus flancos. Ambos eran largos como palos, en nada recordaban a su padre, huesudo, fibroso, pero de una altura que no imponía demasiado. Tampoco parecían hermanos. El mayor, Egmund, negro como un cuervo; Xander, algo más joven, rubio casi albino. Ambos miraban a Lytta sin simpatía. Era evidente que se sentían irritados por un privilegio en virtud del cual los hechiceros podían sentarse en presencia de los reyes, y se les daba audiencia en una silla. No obstante, tal privilegio tenía validez universal y nadie que quisiera pasar por civilizado podía

ignorarlo. Los hijos de Belohun tenían muchas ganas de pasar por tales.

—Contáis —declaró despacio Belohun— con nuestro amable permiso. Con una reserva.

Coral levantó una mano y se puso a examinarse las uñas ostentosamente. Quería así dar a entender que las reservas de Belohun se las pasaba por cierto sitio. El rey no supo interpretar su señal. Y, si la supo interpretar, lo disimuló hábilmente.

—Ha llegado a nuestros oídos —jadeó enfurecido— que a las mujeres que no desean tener hijos la honorable señora Neyd les facilita una decocción mágica. Y a las que ya están embarazadas las ayuda a expulsar el fruto de su vientre. Y aquí, en Kerack, ese proceder lo tenemos por inmoral.

—Aquello a lo que la mujer tiene derecho natural —repuso secamente Coral— no puede ser inmoral ipso facto.

—La mujer —el rey puso en tensión en el trono su magra figura tiene derecho a esperar del

hombre únicamente dos presentes: en verano un embarazo, y en invierno unas albarcas de corteza fina. Tanto el primer presente como el segundo tienen la finalidad de anclar a la mujer en la casa. Así pues, la casa es el lugar que le corresponde a la mujer, aquél al que está destinada por su naturaleza. Una mujer con una gran barriga y una progenie aferrada a sus sayas no se aleja de su casa y no se pone a pensar en tonterías, sino que es una garantía de tranquilidad para el espíritu del hombre. El hombre que tiene tranquilidad de espíritu puede trabajar duro con vistas a la multiplicación de sus riquezas y la prosperidad de su señor. Al hombre que trabaja con denuedo y hasta la extenuación, al hombre que está tranquilo con su rebaño, tampoco se le ocurre hacer tonterías. Pero si alguien persuade a la mujer de que puede parir cuando quiera, y que si no quiere no tiene por qué hacerlo, si para colmo alguien le sugiere el método y le facilita los medios, entonces, honorable dama, entonces el orden

social empieza a tambalearse.

—Así es —terció el príncipe Xander, que llevaba ya un buen rato pendiente de una ocasión para terciar—. ¡Ni más ni menos!

—La mujer poco inclinada a la maternidad —prosiguió Belohun—, la mujer que no asocia el hogar al vientre, la cuna y las criaturas, sucumbe de inmediato a la concupiscencia, eso es algo evidente e ineludible. Entonces el hombre, a su vez, pierde la paz interior y el equilibrio espiritual, algo de pronto rechina y apesta en lo que hasta entonces era armonía, mejor dicho, resulta que ya no queda nada de la armonía y el orden. En concreto, de ese orden que permite la brega diaria. Y que yo me aproveche de los resultados de esa brega. Y de esa clase de pensamientos a la agitación sólo hay un paso. Sólo hay un paso a la sedición, el motín, la revuelta. ¿Lo has entendido, Neyd? Quien da a las mujeres medios que previenen el embarazo o que permiten interrumpirlo destruye el orden social, incita a los

disturbios y la rebelión.

—Así es —terció Xander—. ¡Verdad!

Lytta tenía en nada las ínfulas de autoridad y poderío de Belohun, sabía perfectamente que como hechicera era intocable, y que lo único que podía hacer el rey era parlotear. Pero se abstuvo de hacerle ver con claridad que su reino chirriaba y apestaba desde hacia mucho, que el orden que había en él era una mierda pinchada en un palo y que la única armonía de la que tenían noticia sus moradores era la musical. Y que meter en eso a las mujeres, la maternidad o su ausencia no sólo conduce a la misoginia, sino también al cretinismo.

—En tu larga exposición —dijo en lugar de eso— has vuelto una y otra vez al argumento de la multiplicación de la riqueza y la prosperidad. Te entiendo a la perfección, pues también mi propio bienestar me es extraordinariamente querido. Y bajo ningún concepto renunciaría a nada de lo que me garantiza mi prosperidad. Considero que la mujer tiene derecho a parir si quiere y a dejar de

parir si no quiere hacerlo, pero no vamos a entrar en disputas al respecto, al fin y al cabo todo el mundo puede opinar lo que le parezca. Únicamente haré notar que por la ayuda médica que presto a las mujeres recibo una paga. Es una fuente de ingresos bastante considerable. Tenemos una economía de libre mercado, rey. No te metas con mis fuentes de ingresos, te lo ruego. Porque mis ingresos, como bien sabes, son también ingresos del Capítulo y de toda la cofradía. Y la cofradía reacciona rematadamente mal ante cualquier intento de reducir sus ingresos.

—¿Acaso pretendes amenazarme, Neyd?

—¡Ni mucho menos! No sólo eso, declaro mi ayuda y colaboración de largo alcance. Que sepas, Belohun, que si como consecuencia de la explotación y la rapiña que practicas se producen disturbios en Kerack, si prende aquí, hablando ampulosamente, la tea de la rebelión, si se presenta la turba revoltosa para sacarte de aquí a rastras, destronarte y colgarte acto seguido de una

rama seca… entonces puedes contar con mi cofradía. Con los hechiceros. Vendremos en tu ayuda. No permitiremos las revueltas ni la anarquía, porque a nosotros tampoco nos convienen. Así pues, gana y multiplica tus riquezas. Multiplícalas tranquilamente. Y no impidas que otros las multipliquen. Te lo ruego encarecidamente y te lo aconsejo buenamente.

—¿Aconsejas? —Xander, rojo de ira, se levantó de su silla—. ¿Tú aconsejas? ¿A mi padre? ¡Mi padre es el rey! Los reyes no escuchan consejos, ¡los reyes ordenan!

—Siéntate, hijo —Belohun torció el gesto—, y estate callado. Y tú, hechicera, presta atención. Tengo algo que decirte.

—¿Y bien?

—Voy a tomar una nueva mujercita… Diecisiete años… Una cerecita, créeme. Una cerecita con nata.

—Enhorabuena.

—Lo hago por razones dinásticas. Preocupado

por la sucesión y el orden en el estado.

Egmund, que había callado hasta entonces, levantó la cabeza.

—¿Por la sucesión? —gruñó, y el brillo maligno en sus ojos no le pasó inadvertido a Lytta—. ¿Qué sucesión? ¡Tienes seis hijos y ocho hijas, bastardos incluidos! ¿Te parece poco?

—Ya lo ves. —Belohun sacudió su huesuda mano—. Ya lo ves, Neyd. Tengo que ocuparme de la sucesión. ¿Debería dejar el reino y la corona a alguien que se dirige a su padre de este modo? Por suerte aún vivo y gobierno. Y tengo intención de gobernar mucho tiempo. Como te he dicho, voy a casarme…

—¿Y?

—Si… —El rey se rascó detrás de una oreja, miró a Lytta por debajo de sus párpados entornados—. Si ella… si mi nueva mujercita, o sea… si acudiera a ti en relación con esos métodos… te prohíbo que se los des. ¡Porque soy contrario a tales métodos! ¡Porque son inmorales!

—Podemos llegar a un acuerdo. —Coral puso una sonrisa cautivadora—. A tu cerecita, si acude a mí, no se los facilitaré. Lo prometo.

—Ya veo. —Belohun se relajó—. Hay que ver lo bien que nos entendemos. Sobre la base de la mutua comprensión y el respeto recíproco. Hay que saber discrepar.

—Así es —terció Xander.

Egmund se enfureció, maldijo entre dientes.

—En el marco del respeto y la comprensión —Coral se enrollaba un rizo en un dedo, miraba hacia lo alto, al plafón—, así como en virtud de la preocupación por la armonía y el orden en tu estado… dispongo de cierta información. Una información fiable. Me repugna la delación, pero el engaño y el latrocinio me repugnan aún más. Se trata, mi rey, de una descarada malversación financiera. Hay quienes pretenden desvalijarte.

Belohun se inclinó en el trono, y torció la cara con un gesto lobuno.

—¿Quiénes? ¡Nombres!

Capítulo segundo

Kerack, ciudad en el reino norteño de Cidaris, en la desembocadura del río Adalatte. En otro tiempo capital del reino independiente de K., el cual a consecuencia del malgobierno y de la extinción de la línea sucesoria gobernante desapareció, perdió importancia y fue dividido y absorbido por los vecinos. Tiene un puerto, algunas fábricas, un faro y más o menos 2000 habitantes.

Effenberg y Talbot*, Encyclopaedia Maxima Mundi,*
tomo VIII

El golfo estaba erizado de mástiles y lleno de yates, blancos y multicolores. Los barcos mayores estaban en fila junto a un embarcadero protegido con un rompeolas. En el mismo puerto, junto a los muelles de madera, anidaban los más pequeños y

los ínfimos. Casi cada espacio libre sobre las playas lo ocupaban los barcos. O los restos de barcos.

Al final del embarcadero, batido por las blancas olas de la marea, se alzaba un faro de ladrillos blancos y rojos, una reliquia restaurada de tiempos de los elfos.

El brujo golpeó con las espuelas el costado de la yegua. *Sardinilla* alzó la testa, abrió los ollares, como si también ella se alegrara del olor del mar traído por el viento. Apremiada, avanzó por las dunas. Hacia la ciudad que ya estaba cerca.

La ciudad de Kerack, la metrópolis principal del reino del mismo nombre, situada en las dos orillas de la desembocadura del rio Adalatte, estaba dividida en tres zonas distintas, claramente diferenciadas.

A la orilla izquierda del Adalatte se localizaba el complejo portuario, los muelles y la parte industrial y comercial, que comprendía los astilleros y los talleres, así como las factorías, los

almacenes y depósitos, los mercados y lonjas.

La orilla contraria, un terreno llamado Palmira, estaba ocupada por los chamizos y las chozas de los menesterosos y de la clase obrera, las casas y puestos de pequeños artesanos, carnicerías, mataderos, así como muchos locales y negocios que sólo revivían después del atardecer, puesto que Palmira era también el barrio de los esparcimientos y los placeres prohibidos. Como bien sabía Geralt, tampoco era difícil allí el perder la bolsa o recibir una puñalada bajo una costilla.

Más lejos del mar, a la orilla izquierda, detrás de una alta empalizada de gruesos maderos, estaba situado el verdadero Kerack, un barrio de angostas callejas entre las casas de los ricos mercaderes y banqueros, las factorías, los bancos, los montepíos, las zapaterías y sastrerías, las tiendas y las tiendecillas. Se alzaban allí también tabernas y locales de esparcimiento de mejor categoría, que ofertaban en tales chiscones exactamente lo mismo

que en Palmira, aunque a precios significativamente más elevados. El centro del barrio lo componían una plaza cuadrangular, la sede del ayuntamiento, el teatro, el juzgado, las aduanas y las casas de la élite local. En mitad del ayuntamiento había una estatua llena de cagadas de gaviota del fundador de la villa, el rey Osmyk. Se trataba de una trola garrafal, puesto que la villa marinera existía desde mucho antes de que Osmyk llegara allí desde el diablo sabía dónde.

Más arriba, en la colina, se alzaba el castillo y palacio real, de forma y perfiles bastante poco habituales, puesto que se trataba de un antiguo santuario, reconstruido y extendido después de que lo hubieran dejado los sacerdotes, irritados por la falta de interés por parte de la población. Había quedado del santuario hasta el campanil, es decir, un campanario con una gran campana que el rey actualmente reinante en Kerack, Belohun, había ordenado tocar a diario a mediodía y —de seguro para molestar a sus súbditos— también a

medianoche.

La campana sonó cuando el brujo cruzó por entre las primeras chozas de Palmira.

Palmira olía a pescado, a colada y a olla. Había una monstruosa muchedumbre en las callejas, al brujo le costó mucho tiempo y paciencia el atravesarlas. Suspiró cuando por fin llegó al puente y cruzó a la orilla izquierda del Adalatte. El agua apestaba y traía una capa de espuma consigo, efecto de las tenerías situadas en lo alto del río. De allí ya no andaba muy lejos el camino que conducía a la ciudad rodeada de su muralla.

Dejó el caballo en los establos delante de la ciudad, pagando dos días por adelantado y añadiendo una buena mordida para asegurarse el cuidado adecuado para *Sardinilla*. Dirigió sus pasos hacia la aduana. A Kerack sólo se podía llegar a través de la aduana, después de someterse a los controles y a los poco agradables procedimientos que les acompañaban. Esta

obligación le irritaba algo al brujo, pero entendía su objetivo: a los habitantes de la villa detrás de la empalizada no les alegraba demasiado la visita de gentes del puerto palmireño, sobre todo si lo hacían bajo la forma de los muchos marineros de países extraños que bajaban allí a tierra.

Entró en la aduana, una construcción de madera hecha a base de troncos, que albergaba, eso sabía, el cuerpo de guardia. Pensaba que sabía lo que le esperaba. Se equivocaba.

Había visitado en su vida numerosos cuerpos de guardia. Pequeños, medianos y grandes, en rincones del mundo cercanos y muy lejanos, en regiones más civilizadas, menos o en absoluto. Todos los cuerpos de guardia del mundo apestaban a moho, a sudor, a cuero y orina, así como a hierro viejo y sus líquidos conservantes. En el cuerpo de guardia en Kerack era parecido. O mejor, lo habría sido si el clásico hedor cuerpoguardiano no hubiera estado subsumido por una peste a pedo pesada, asfixiante y que llegaba hasta el techo. En

el menú de la guarnición, no podía haber duda, dominaban las plantas leguminosas fanerógamas de semilla gruesa, como el garbanzo, la haba o la judía pinta.

Por su parte la guarnición era por completo femenina. Se componía de seis mujeres. Que estaban sentadas tras la mesa y engullían su comida de mediodía. Todas las señoras sorbían con fruición de un cuenco de arcilla algo que nadaba en una rala salsa de pimiento.

La más alta de las guardianas, a todas luces la comandanta, apartó de sí el cuenco y se levantó. Geralt, que siempre había considerado que no existen las mujeres feas, se sintió obligado de pronto a revisar esta opinión.

—¡Las armas sobre el banco!

Como todas las presentes, la guardiana estaba rapada al cero. Sin embargo, sus cabellos habían empezado ya a crecer, formando sobre su cabeza pelada un cepillo irregular. De por debajo de su chalequillo abierto y su camisa desanudada

asomaba una tripa carnosa que daba la sensación de un gran solomillo atado para el horno. Los bíceps de la guardiana, para seguir con las metáforas carniceras, tenían el tamaño de jamones de cerdo.

—¡Que pongas las armas en el puto banco! —repitió—. ¿Tas sordo?

Una de sus subordinadas, aún inclinada sobre su cuenco, se incorporó un tanto y lanzó un cuesco, sonoro y penetrante. Sus camaradas se rieron a carcajadas. Geralt se abanicó con el guante. La guardiana miraba sus espadas.

—¡Eh, mozas! ¡Venirsus pacá!

Las «mozas» se alzaron con bastante poca gana, estirándose. Todas, como advirtió Geralt, se vestían en un estilo bastante libre y de poca ropa, que servía sobre todo para que se extendiera su musculatura. Una llevaba puestos unos cortos pantalones de cuero, con las costuras abiertas para que cupieran los muslos. Y como vestido de cintura para arriba servían unas correas cruzadas.

—Un brujo —afirmó—. Dos espadas. De acero y de plata.

Otra, alta y ancha de hombros como todas, se acercó, abrió la camisa de Geralt sin ceremonias, aferró la cadena de plata, sacó el medallón.

—Tié la señal —confirmó—. Un lobo con los piños fuera. Paece que sí es un brujo. ¿Lo dejamos?

—El regelamiento no lo prohíbe. Dio las espadas…

—Cierto. —Geralt se unió a la conversación con voz tranquila—. Las di. Las dos quedarán, imagino, en un depósito vigilado, ¿no? ¿Con un recibo para su recogida? ¿El cual me daréis ahora?

Las guardianas, sonriendo, lo rodearon. Una le empujó, como sin quererlo. Otra se tiró un sonoro pedo.

—Aquí tiés tu recibo —bufó.

—¡Un brujo! ¡Cazaor de moustros de alquiler! ¡Y va y da las espadas! ¡Al punto! ¡Obediente

como un crío!

—Y hasta la polla te daría si lo mandas.

—¡Pos mandárselo, coño! ¿Qué, chochetes? ¡Que la saque de los pantaladrones!

—¡Vamos a almiralnos de cómo tien la polla los brujos!

—Porque tú lo digas —ladró la comandanta—. A tomal pol culo, chochos. ¡Gonschorek, ven pacá! ¡Gonschorek!

De un cuartucho al lado salió un individuo calvorota y no precisamente joven, con un jubón gris y una boina de lana. Nada más entrar se echó a toser, se quitó la boina y empezó a abanicarse con ella. Sin decir palabra tomó las espadas, que estaban envueltas en las correas, le hizo una señal a Geralt de que le siguiese. El brujo no dudó. En la mezcla de gases que llenaba el cuerpo de guardia los gases intestinales comenzaban a prevalecer.

El cuarto al que entraron estaba separado por una sólida reja de hierro. El tipo del jubón se afanó en la cerradura con una gran llave. Colgó las

espadas en un perchero junto a otras espadas, sables, escramasax y alfanjes. Abrió un desgastado cuaderno, rasgueó en él mucho tiempo y con lentitud, tosiendo sin parar y respirando con esfuerzo. Al final le tendió a Geralt un recibo firmado.

—¿He de entender que mis espadas están seguras aquí? ¿Bajo llave y con rejas?

El tipo gris, respirando con dificultad y ronquera, cerró la reja, le mostró la llave. A Geralt aquello no le convencía. Toda reja se podía forzar y los efectos sonoros de la flatulencia de las señoras de la guardia eran capaces de sofocar los ruidos de cualquier intento de robo.

Sin embargo, no tenía otra salida. Tenía que solucionar en Kerack aquello por lo que había venido. Y dejar la ciudad lo más pronto posible.

La posada o también —como ponía en el letrero— la hostería Natura Rerum se alojaba en un edificio

de madera de cedro no demasiado grande pero de buen gusto, cubierto con un tejado empinado del que surgía una alta chimenea. El frente del edificio lo adornaba un porche al que conducían unas escaleras, con retorcidos aloes en macetas de madera. Del local llegaban olores de cocina, principalmente de carnes asadas a la parrilla. Los olores eran tan tentadores que al brujo le pareció de pronto que Natura Rerum era el Edén, un jardín de las delicias, una isla de la felicidad, un país bienaventurado donde fluía leche y miel.

Pronto resultó que aquel Edén, como todos los Edenes, estaba custodiado. Tenía su cancerbero, su guardián con espada llameante. Geralt tuvo ocasión de observarlo en acción. El cancerbero, un mozo bajo pero de fuerte constitución, expulsó en su presencia del jardín de las delicias a un joven delgaducho. El jovenzuelo protestó, gritó y gesticuló, lo que pareció alterar al cancerbero.

—Tienes prohibida la entrada, Muus. Y bien lo sabes. Así que largo. No lo repetiré.

El jovenzuelo retrocedió por las escaleras lo suficientemente deprisa como para no ser empujado. Era, como advirtió Geralt, un calvo prematuro: los cabellos rubios, largos y ralos le comenzaban a crecer a las alturas de la coronilla, lo que le otorgaba un aspecto más bien horrible.

—¡Que os den por culo a vosotros y a vuestra prohibición! —gritó el jovenzuelo desde una distancia segura—. ¡Ni que me hicierais un favor! ¡No sois los únicos, me iré a la competencia! ¡Chulos! ¡Nuevos ricos! ¡Mucho cartel dorado, pero estiércol en las botas! ¡Y eso es lo que sois para mí, estiércol y nada más! ¡Y la mierda siempre será mierda!

Geralt se inquietó un tanto. El jovenzuelo calvo, aunque de horrible apariencia, tenía un aspecto señorial, puede que no demasiado lujoso, pero en cualquier caso elegante. Así que si la elegancia era el criterio a juzgar…

—¿Y tú adónde vas, te digo? —La gélida voz del cancerbero interrumpió el hilo de sus

pensamientos. Y confirmó sus temores—. Éste es un local exclusivo —siguió el cancerbero al tiempo que bloqueaba las escaleras con su mole —. ¿Entiendes lo que significa la palabra? Es como decir que cerrado. Para algunos.

—¿Y por qué para mí?

—El hábito no hace al monje. —El cancerbero, que estaba dos escalones más arriba que el brujo, podía mirar a Geralt desde lo alto—. Eres, extranjero, una ilustración viviente de este dicho popular. Tu hábito no te cambia ni una mica. Puede que tengas otros objetos ocultos que te adornen, no voy a andar registrándote. Repito que éste es un local exclusivo. No toleramos aquí a nadie vestido de bandido. Ni armado.

—No voy armado.

—Pero tienes la pinta de estarlo. De modo que ten la bondad de dirigir tus pasos a otro lado.

—Detente, Tarp.

Un hombre bronceado y con un jubón de terciopelo apareció en la puerta del local. Tenía

las cejas muy pobladas, la mirada penetrante y una nariz de águila. Y no precisamente escasa.

—Claramente —el nariz de águila le dio lecciones al cancerbero— no sabes con quién te las ves. No sabes quién ha venido a visitarnos.

El largo silencio del cancerbero demostraba que efectivamente no lo sabía.

—Don Geralt de Rivia. Un brujo. Conocido por proteger a las personas y salvarles la vida. Como hace una semana, en los alrededores, en Ansegis, donde salvó a una madre y su hija. O unos meses antes, en Cizmar, de lo que se habló mucho, cuando mató a una leucrota devoradora de hombres, y donde fue herido él mismo. ¿Cómo negarle el acceso a mi local a alguien que se dedica a un menester tan noble? Al contrario, estoy contento de tal huésped. Y tengo por un honor el que haya querido visitarnos. Don Geralt, la hostería Natura Rerum os da la bienvenida a sus umbrales. Me llamo Febus Ravenga, propietario de este modesto local.

La mesa a la que le sentó el maître estaba cubierta con un mantel. Todas las mesas en Natura Rerum —en su mayoría ocupadas— estaban cubiertas con manteles. Geralt no recordaba cuando fue la última vez que había visto un mantel en una posada.

Aunque sentía curiosidad, no miró a su alrededor para que no le consideraran un patán ni un provinciano. Una observación delicada mostró sin embargo una decoración elegante y opulenta. Opulenta —aunque no siempre elegante— era también la clientela, en su mayoría, por lo que podía apreciar, mercaderes y artesanos. Había capitanes de barcos, barbados y quemados por el sol. No faltaban señores de la aristocracia suntuosamente vestidos. También había olores agradables y opulentos: a carnes asadas, ajo, comino y mucho dinero.

Sintió sobre sí una mirada. Sus sentidos brujeriles le advertían de inmediato si era observado. Miró con el rabillo del ojo y

discretamente.

La observadora —también de forma muy discreta e imposible de advertir para el común de los mortales— era una joven de cabellos rojos como un zorro. Fingía estar completamente absorta en la comida, algo que tenía un aspecto delicioso e incluso desde lejos tentadoramente oloroso. El estilo y el lenguaje de su cuerpo no dejaban duda alguna. No para el brujo. Podía apostar a que se trataba de una hechicera.

Con un carraspeo, el maître le arrancó de sus pensamientos y de una súbita nostalgia.

—Hoy —anunció festivamente y no sin orgullo — proponemos pierna de ternera en verduras, con setas y judías; solomillo de cordero asado con berenjena; tocino de cerdo en cerveza, servido con ciruelas en almíbar; paleta de jabalí asada, servida con mermelada de manzanas; pechuga de pato a la sartén, servida con col roja y arándanos; calamares rellenos de achicoria con salsa blanca y uvas; rape a la parrilla en salsa de nata, servido

con peras secas. Y por supuesto, nuestras especialidades: muslo de ganso en vino blanco, con una selección de frutas asadas a la parrilla, y rodaballo en tinta de sepia caramelizada, servido con patas de cangrejos.

—Si te gusta el pescado —Febus Ravenga apareció en la mesa sin saber cuando ni cómo—, te recomiendo ardientemente el rodaballo. Pescado por la mañana, se entiende. Orgullo y loa de nuestro jefe de cocina.

—Pues entonces rodaballo en tinta. —El brujo luchó contra su deseo irracional de pedir de una vez varios platos, consciente de que habría sido de mal gusto—. Gracias por el consejo. Ya comenzaba a sentir los tormentos de la indecisión.

—¿Qué vino —preguntó el maître— desea el señor?

—Por favor, elige algo adecuado. Poco sé de vinos.

—Pocos son los que saben —sonrió Febus Ravenga—. Y poquísimos los que lo reconocen.

Sin miedo, señor brujo, elegiremos el tipo y la añada. No molesto más, te deseo buen provecho.

El deseo no se iba a cumplir. Geralt no tuvo tampoco ocasión de convencerse del tipo de vino que le elegían. El sabor del rodaballo en tinta también habría de seguir siendo un enigma para él aquel día.

La mujer pelirroja dejó de pronto de ser discreta y encontró su mirada. Sonrió. Él no pudo evitar la sensación de que lo hacía con malignidad. Sintió un escalofrío.

—¿El brujo llamado Geralt de Rivia?

La pregunta la lanzó uno de los tres individuos vestidos de negro que se habían acercado a la mesa con sigilo.

—Soy yo.

—Quedas arrestado en nombre de la ley.

Capítulo tercero

¿Por qué habría de temer castigo,
si nada hice que no fuera justo?

William Shakespeare,
El mercader de Venecia

La abogada de oficio que le había correspondido a Geralt evitaba mirarle a los ojos. Se dedicaba con un afán digno de mejor causa a repasar su expediente documental. No había muchos documentos en él. Para ser exactos, sólo dos. La abogada se los debía de haber aprendido ya de memoria. Geralt albergaba la esperanza de que fuera para poder brillar con su discurso de defensa. Pero era una esperanza vana, se temía.

—Durante tu arresto —la abogada alzó por fin la vista—, golpeaste a otros dos prisioneros. ¿Tengo que saber el porqué?

—Primo, rechacé sus avances sexuales, no quisieron entender que no significa no. Secundo,

me gusta pegar a la gente. Tertio, es mentira. Ellos mismos se golpearon. Con la pared. Para echarme las culpas.

Hablaba despacio y con indiferencia. Al cabo de una semana en la prisión le daba todo igual.

La defensora cerró el expediente. Para volver a abrirlo al punto. Tras lo que se arregló su monísimo peinado.

—Los golpeados —suspiró— no van a poner una denuncia, por lo que parece. Concentrémonos en la acusación. El asesor del tribunal te acusa de un crimen importante, castigado con una dura pena.

Cómo podría ser de otro modo, pensó, contemplando la belleza de la abogada. Se preguntó cuántos años tendría cuando llegara a la escuela de hechiceras. Y a qué edad habría dejado la escuela.

Ambas escuelas de hechiceros —la de Ban Ard, masculina, y la de Aretusa en la isla de Thanedd, para mujeres— además de licenciados y licenciadas producían también fracasos. Pese a la

densa red de exámenes de acceso, que permitían pescar y expulsar desde el principio a los casos desesperados, sólo durante el primer semestre se tenía la posibilidad de seleccionar y descubrir a aquéllos que habían sabido camuflarse. A aquéllos a los que pensar resultaba una experiencia desagradable y peligrosa. A los idiotas ocultos, a los vagos e inútiles mentales de ambos sexos que no tenían nada que buscar en las escuelas de magia. El problema radicaba en que por lo general se trataba de herederos de personas acaudaladas o consideradas importantes por otros motivos. Después de ser expulsada de la escuela había que hacer algo con aquella juventud descarriada. Por lo general con los mozos expulsados de la escuela de Ban Ard no había problema: acababan en la diplomacia, les esperaba el ejército, la flota y la policía, los más idiotas se hacían políticos. Por su lado, los fracasos mágicos en forma del bello sexo eran, sólo en apariencia, más difíciles de colocar. Aunque expulsadas, las damiselas habían cruzado

el umbral de la escuela de magia y de algún modo habían probado lo que era la magia. Y la influencia de las hechiceras sobre los gobernantes y todas las esferas de la vida político-económica era demasiado poderosa como para dejarlas al pairo. Se les aseguraba una plaza fija. Iban al sistema judicial. Se hacían abogadas.

La defensora cerró el expediente. Y lo volvió a abrir.

—Recomiendo reconocer la culpabilidad —dijo—. Entonces podemos contar con una pena más suave…

—¿Reconocer qué? —le interrumpió el brujo.

—Cuando el juez pregunte si te declaras culpable, responderás afirmativamente. El reconocimiento de la culpa será entendido como circunstancia atenuante.

—¿Y entonces cómo piensas defenderme?

La abogada cerró el expediente. Como si cerrara una tumba.

—Vamos. El juez está esperando.

El juez estaba esperando. Porque estaban sacando precisamente entonces de la sala de juicios al delincuente que le precedía. No demasiado contento, por lo que pudo comprobar Geralt.

En la pared había colgado un escudo cagado de moscas con las armas de Kerack, un delfín celeste nageant. Bajo el escudo estaba la mesa del tribunal. Había tres personas sentadas a ella. Un escribano secucho. Un zalmedina provecto. Y la señora jueza, una dama de aspecto y perfil señorial.

El pupitre a la derecha de los jueces lo ocupaba un asesor del tribunal que cumplía las funciones de fiscal. Tenía un aspecto serio. Tan serio como para tener cuidado de no encontrárselo en una calle oscura.

Al lado contrario, a la izquierda del equipo judicial, estaba el pupitre de los acusados. El lugar que le estaba reservado.

Enseguida se pusieron a ello.

—Geralt, llamado Geralt de Rivia, de profesión brujo, se te acusa de malversación, de robo y enajenación de bienes pertenecientes a la corona. Actuando en acuerdo con otras personas a las que corrompiera, el acusado alzó la cantidad de las facturas dispuestas por sus servicios con intenciones de apropiarse de tales superávits. Lo que ocasionó pérdidas al tesoro del estado. La prueba es la denuncia, notitia criminis, que la acusación ha adjuntado al acta. Tal denuncia…

El aspecto aburrido del rostro y la mirada perdida de la jueza atestiguaban a todas luces que la señorial dama tenía sus pensamientos puestos en otra parte. Y que los ocupaban otros asuntos y problemas completamente distintos: la ropa a lavar, los niños, el color de las cortinas, la masa del pastel puesta a reposar y las estrías en el culo que preconizaban una crisis matrimonial. El brujo aceptó con tranquilidad el hecho de que era menos importante. De que no podía competir con algo como aquello.

—El crimen cometido por el acusado —siguió sin emoción el fiscal— no sólo arruina el país, sino que mina y debilita el orden social. El orden jurídico exige que…

—La denuncia adjuntada al acta —le interrumpió la jueza— debe ser tratada por el tribunal como probatio de relato, una prueba proveniente de lo que dice una tercera persona. ¿Tiene la acusación otras pruebas?

—Faltan otras pruebas… de momento. El acusado es, como ya se ha dicho, un brujo. Un mutante que vive fuera de la sociedad humana, desprecia el derecho humano y se pone por encima de él. En su profesión criminógena y sociopática se relaciona con elementos criminales y también con inhumanos, entre ellos las razas tradicionalmente enemigas del género humano. El brujo posee en su naturaleza nihilista la tendencia a saltarse la ley. Señores del tribunal, la falta de pruebas es la mejor prueba… La prueba de la perfidia y…

—¿Acaso el acusado —a la jueza a todas luces no le interesaba qué más podía probar la falta de pruebas— se declara culpable?

—No me declaro. —Geralt no hizo caso de las señales desesperadas de su abogada—. Soy inocente. No he cometido ningún crimen.

Ya había tenido algunos juicios, no era la primera vez que se enfrentaba al sistema judicial. Conocía también por encima algo de la bibliografía sobre el tema.

—Se me acusa a causa de los prejuicios…

—¡Protesto! —gritó el asesor—. ¡El acusado está pronunciando un discurso!

—No la acepto.

—… A causa de los prejuicios contra mi persona y profesión, es decir a causa praeiudicium, praeiudicium por su parte implica desde el principio la falsedad. Además, se me acusa sobre la base de una denuncia anónima. Y para colmo de una sola. Testimonium unius non valet. Testis unus, testis nullus. Ergo, no se trata de

una acusación sino de una presunción, es decir praesumptio. Y una presunción significa por tanto una duda.

—¡In dubio pro reo! —se alzó la defensora—. ¡In dubio pro reo! ¡Señores del tribunal!

—El tribunal —la jueza golpeó con su martillo, despertando al provecto zalmedina— pone una fianza de una cantidad de quinientas coronas de Novigrado.

Geralt suspiró. Sentía curiosidad por saber si sus dos colegas de celda estarían ya conscientes y si habrían extraído alguna lección de los hechos acaecidos. O si iba a tener que golpearlos y patearlos de nuevo.

Capítulo cuarto

¿Qué es una ciudad, si no sus gentes?

William Shakespeare,
Coriolano

En el mismo confín del bazar atestado había un puesto formado por tablillas mal pegadas, servido por una abuelilla viejísima tocada con un gorro de paja, una mujer redondita y mofletuda como el hada buena del cuento. Sobre la abuelilla se veía un letrero: «Suerte y felicidad, sólo aquí. Un pepinillo gratis». Geralt se detuvo, rebuscó en su bolsillo una monedilla de cobre.

—Échame medio cuartillo de suerte, abuela —pidió, sombrío.

Aspiró aire, bebió con ímpetu, espiró. Se limpió las lágrimas que le había hecho saltar el orujo.

Estaba libre. Y enfadado.

De que estaba libre se había enterado, cosa curiosa, gracias a una persona a la que conocía. De vista. Era aquel jovenzuelo de calvicie prematura que habían expulsado ante sus ojos de las escaleras de la hostería Natura Rerum. Y que resultó ser un plumífero judicial.

—Estás libre —le comunicó el tal jovenzuelo calvorota, abriendo y cerrando unos dedos delgados y manchados de tinta—. Han pagado la fianza.

—¿Quién la ha pagado?

La información resultó ser secreta, el plumífero calvorota se negó a darla. Se negó también —y haciendo hincapié en ello— a devolverle a Geralt la bolsa que le habían requisado. Y que contenía entre otras cosas el dinero y los cheques bancarios. Las posesiones mobiliarias del brujo, le explicó no sin mala fe, habían sido requeridas por el poder como cautio pro expensis, un pago a cuenta de los costes judiciales y las multas previstas.

Pelearse con él no tenía sentido ni posibilidades de éxito. Geralt tenía que estar contento de que al salir le dieran por lo menos las cosas que tenía en sus bolsillos cuando le habían detenido. Algunas pertenencias personales y dinero suelto. Tan suelto que nadie había querido robarlo.

Contó los reales que le quedaban. Y sonrió a la viejecilla.

—Otro medio cuartillo de alegría, por favor. Sin pepinillo.

Tras el orujo de la abuelilla el mundo se hizo mucho más hermoso. Geralt sabía que aquello se le iba a pasar enseguida, de modo que aceleró el paso. Tenía asuntos que solventar.

Por suerte *Sardinilla*, su yegua, había escapado de la atención del juzgado y no había entrado dentro de la cautio pro expensis. Seguía allí donde la había dejado, en su cuadra del establo, bien cuidada y alimentada. El brujo no podía dejar pasar algo así sin recompensa,

independientemente del estado de sus finanzas. El mozo de establo recibió de inmediato algunas de entre el puñado de monedas salvadas en un bolsillo oculto en la silla del caballo. Mozo el cual se quedó sin aliento ante tamaña generosidad.

El horizonte sobre el mar se oscurecía. A Geralt le pareció que veía allí las chispas de unos rayos.

Antes de entrar al cuerpo de guardia tomó con ahínco aire fresco en sus pulmones. No le sirvió de nada. Las señoras guardianas debían de haber comido aquel día más judías que de costumbre. Muchas, muchas más. Quién sabe, puede que fuera domingo.

Unas —como de costumbre— comían. Otras estaban ocupadas jugando a los dados. Al verlo se alzaron de la mesa. Y lo rodearon.

—El brujo, mirailo —dijo la comandanta, de pie muy cerca de él—. Visto y no visto.

—Me voy de la ciudad. He venido a recobrar mis propiedades.

—¿Y qué coño sacamos —una de las guardianas le golpeó con el codo como por casualidad— si te las damos? ¡A comprarlas, macho, a comprarlas! ¡Eh, mozas! ¿Qué le pedimos que haga?

—¡Que nos bese a ca una en el culo!

—¡Con lametones! ¡Y chupetones!

—¡Y una polla! ¡Pa que nos pegue algo!

—Pero tié que darnos algún gustillo, ¿no? —le atacó una clavándole unos pechos duros como una piedra.

—Que nos cante algún cantar. —Otra se tiró un sonoro pedo—. ¡Y que coja la musiquilla de este tono mío!

—¡O del mío! —Otra se peyó aún más fuerte —. ¡Que el mío suena mejor!

Las demás se partían de risa.

Geralt se abrió camino, intentando no usar de una fuerza excesiva. En aquel momento se abrieron las puertas del almacén y apareció en ellas el individuo de la boina y el jubón gris. El fiduciario,

Gonschorek, creía. Al ver al brujo abrió la boca de par en par.

—¿Vos? —balbuceó—. ¿Cómo puede ser? Vuestras espadas…

—Cierto. Mis espadas. Las requiero.

—Mas… mas… —Gonschorek se atragantó, se apretó el pecho, aspiró aire con esfuerzo—. ¡Mas yo no tengo esas espadas!

—¿Qué?

—No las tengo… —El rostro de Gonschorek enrojeció. Y se apretó, como en un paroxismo de dolor—. Pues si fueron recogidas…

—¿El qué? —Geralt sintió cómo le embargaba una rabia fría.

—Reco… gidas…

—¿Cómo que recogidas? —Aferró al fiduciario por las solapas—. ¿Quién cojones las ha recogido? ¿Qué significa esto, su puta madre?

—El recibo…

—¡Pues eso! —Sintió sobre el hombro una mano de acero. La comandanta de la guardia lo

apartó de Gonschorek, que se ahogaba—. ¡Eso! ¡Enseña el recibo!

El brujo no tenía el recibo. El recibo del depósito de armas se había quedado en su bolsa. Y su bolsa había sido requisada por el juez.

Como pago a cuenta de los costes judiciales y las multas previstas.

—¡El recibo!

—No lo tengo. Pero…

—No hay recibo, no hay depósito —la comandanta no le dejó terminar—. Ya recogieron las espadas, ¿no has oído? Igual tú mismo las cogiste. ¿Y montas aquí un pollo? ¿Nos quiés sacar alguna perra? De eso na, lárgate daquí.

—No me iré mientras…

La comandanta, sin aflojar su garra, empujó a Geralt y le dio la vuelta. Con el rostro hacia la puerta.

—A tomar por culo.

Geralt tenía escrúpulos en pegar a una mujer. No tenía, sin embargo, ningún problema respecto a

algo que tenía hombros de luchador, tripa como un solomillo y pantorrillas como un discóbolo, y para colmo se tiraba pedos como una mula. Empujó a la comandanta y le golpeó en la mandíbula con todas sus fuerzas. Con su querido gancho de derecha.

Las otras se quedaron paradas, pero sólo un segundo. Antes incluso de que la comandanta se cayera sobre la mesa, salpicándolo todo de judías y salsa de pimiento, ya las tenía encima. A una le aplastó la nariz sin pensárselo, a otra le golpeó de tal forma que le crujieron los dientes. A dos las saludó con la Señal de Aard. Volaron como muñecas hacia un puesto con alabardas, derribando todas con un estampido y una explosión.

Recibió un trompazo de la comandanta, toda cubierta de salsa. Otra guardiana, la del busto tieso, lo agarró por detrás con un abrazo de oso. La golpeó con un codo hasta que se puso a gritar. Empujó a la comandanta contra la mesa, la tumbó con un enérgico gancho. A la de la nariz aplastada

le asestó en el plexo solar y la derribó a tierra, escuchó cómo vomitaba. Otra, golpeada en la sien, se dio un trompazo con su afeitado cráneo en un poste, se desvaneció, sus ojos se cubrieron de niebla de inmediato.

Pero había cuatro todavía que se tenían en pie. Y su ventaja puso punto final a todo. Le dieron en la parte de atrás de la cabeza, de inmediato en la oreja. Y luego en los lomos. Una de ellas le puso la zancadilla, cuando cayó dos se echaron sobre él, lo inmovilizaron, zumbándole con los puños. Las otras no ahorraron patadas.

Un golpe de su frente en el rostro de una de sus aprisionadoras la eliminó, pero de inmediato se unió otra. La comandanta, reconoció gracias a la salsa que goteaba de ella. Con un golpe desde arriba le dio en los dientes. Le escupió sangre a los ojos.

—¡Un cuchillo! —gritó, al tiempo que agitaba su cabeza afeitada—. ¡Dadme un cuchillo! ¡Que le corto los güevos!

—¡Pa qué quiés un cuchillo! —aulló otra—. ¡Se los arranco a mordiscos!

—¡Quietas! ¡Firmes! ¿Qué significa esto? ¡Firmes, digo!

Una voz estentórea y que obligaba a escuchar calmó a las guardianas. Soltaron a Geralt. Éste se alzó con esfuerzo, algo dolorido. La visión del campo de batalla le mejoró un poco el humor. No sin satisfacción comprobaba ahora sus éxitos. La guardiana que yacía junto a la pared iba abriendo ya los ojos, pero seguía todavía sin ser siquiera capaz de incorporarse. Otra, encogida, escupía sangre y se tocaba los dientes con los dedos. Una tercera, la de la nariz aplastada, intentaba alzarse, pero caía una y otra vez, se resbalaba en un charco de sus propios vómitos judiales. De todo el sexteto sólo la mitad se tenía en pie. De modo que el resultado podía ser considerado como muy satisfactorio. Incluso a la luz del hecho de que, de no haber sido por la intervención exterior, él mismo habría recibido unas mutilaciones de

importancia y no sabía si habría sido capaz de levantarse por sus propios medios.

Por su parte, el que había intervenido era un hombre de rasgos nobles, excelentemente vestido y que irradiaba autoridad. Geralt no sabía quién era. Conocía sin embargo perfectamente a su acompañante. El fanfarrón tocado con el gorrillo de fantasía con una pluma de garza clavada en él, de cabellos rubios planchados que le llegaban a los hombros. Que llevaba un doblete de color de vino tinto y una camisa con chorreras de encaje. Con su inseparable laúd y su inseparable sonrisa picara en los labios.

—¡Hola, brujo! ¡Vaya pinta tienes! ¡Con todos los morros rotos! ¡Me parto el culo!

—Hola, Jaskier. Yo también me alegro de verte.

—¿Qué pasa aquí? —El hombre de nobles rasgos se puso en jarras—. ¿Y? ¿Qué os pasa? ¡Parte oficial! ¡De inmediato!

—¡Éste fue! —La comandanta se rascó de las

orejas los restos de salsa y señaló acusadoramente a Geralt—. ¡Él es el culpable, noble señor instigator! Montó un pollo y un rifirrafe y luego se lió a pegamos. Y todo por no sé qué espada del depósito de la que ni recibo tenía. Gonschorek lo pué confirmar… Eh, Gonschorek, ¿qué coño haces ahí encogío en el rincón? ¿Tas cagao? ¡Menea el culo, levántate y dile al noble señor instigator…! ¡Eh! ¿Gonschorek? ¿Te pasa algo?

Bastó con mirar atentamente para adivinar qué le pasaba a Gonschorek. No hacía falta tomarle el pulso, bastaba con mirarle a la cara blanca como la tiza. Gonschorek estaba muerto. Simple y llanamente se había muerto.

—Abriremos la investigación, señor de Rivia —dijo Ferrant de Lettenhove, instigator del tribunal real—. Puesto que habéis puesto denuncia y queja formal, tenemos que abrirla, como manda la ley. Interrogaremos a todos aquéllos que durante el

arresto y en los juzgados tuvieron acceso a vuestras cosas. Arrestaremos a los sospechosos…

—¿A los habituales?

—¿Qué?

—Nada, nada.

—Bueno. El asunto será aclarado con toda seguridad y a los culpables del robo de la espada se les requerirán sus responsabilidades. En el caso de que realmente se tratara de un robo. Prometo que aclararemos el enigma y la verdad saldrá a la luz. Pronto o tarde.

—Preferiría pronto. —Al brujo no le gustaba demasiado el tono de voz del instigator—. Mis espadas son mi existencia, no puedo realizar mi trabajo sin ellas. Sé que mi profesión es vista por muchos como algo malo y que mi persona padece de las consecuencias de una percepción negativa. Que surge de las prevenciones, los prejuicios y la xenofobia. Cuento con que este hecho no vaya a tener influencia en la investigación.

—No la tendrá —respondió secamente Ferrant

de Lettenhove—. Puesto que aquí rige la justicia.

Cuando los pajes sacaron el cuerpo del difunto Gonschorek, se realizó, a órdenes del instigator, una revisión del almacén de armas y de todo el recinto. Como es fácil adivinar, no había ni rastro de las espadas del brujo. Y la comandanta de la guardia, aún enojada con Geralt, le mostró una tabla con un pincho en el que el difunto clavaba los recibos realizados en el depósito. Entre aquellos recibos se halló el del brujo. La comandanta revisó el registro para, al cabo, rebozárselo por la nariz.

—Mira qué bien —señaló con aires de triunfo—. El recibo de haberlo recogío. Firma: Gerlando de Rybla. Pues no dije yo que el brujo anduvo acá y él mismo recogió sus espadas. ¡Y ahora el gitanazo este va y quiere agarrar alguna compensación! ¡Y por su culpa que Gonschorek dobló el ala! ¡Del mismo sofoco que se le anegó la tripa y le partió un rayo!

Sin embargo, ni ella ni ninguna otra de las

guardianas se decidieron a asegurar que habían visto de verdad a Geralt en el momento de la recogida del arma. Siempre andurrea por aquí alguno, rezaba la aclaración, y ellas estaban ocupadas comiendo.

Sobre el tejado del edificio de los juzgados revoloteaban unas gaviotas, chillando agudamente. El viento empujaba hacia el sur las nubes tormentosas del mar. Salió el sol.

—Quisiera al mismo tiempo advertir —dijo Geralt— de que mis espadas están protegidas por fuertes hechizos. Sólo las pueden tocar brujos, a otros les retiran las fuerzas vitales. Sucede esto principalmente a través de la desaparición de las potencias viriles. Es decir, produciendo impotencia sexual. Completa y permanente.

—Prestaremos atención a esto. —El instigador meneó la cabeza—. De momento, sin embargo, os pediría que no dejarais la ciudad. Estoy dispuesto a cerrar un ojo ante el incidente del cuerpo de guardia, al fin y al cabo tienen lugar allí incidentes

con toda regularidad, las señoras guardianas se dejan llevar por las emociones con bastante fácilidad. Mas puesto que Julian… es decir, don Jaskier, os avala, seguro estoy que también vuestro pleito en los tribunales habrá de resolverse en el buen sentido.

—Mi pleito —el brujo entrecerró los ojos— no es otra cosa que vejaciones. Chicanas que surgen de prejuicios y odio…

—Se investigarán las pruebas —le cortó el instigator—. Y sobre su base se actuará. Asilo requiere la ley. La misma gracias a la cual estáis en libertad. Con fianza, es decir, condicionalmente. Debéis, señor de Rivia, respetar estas condiciones.

—¿Quién pagó la fianza?

Ferrant de Lettenhove rechazó con displicencia el revelar la identidad del benefactor del brujo, se despidió y con la asistencia de sus pajes se dirigió en dirección a la entrada al juzgado. Jaskier sólo estaba esperando aquello. Apenas dejaron el

mercado y entraron en una calleja, le explicó todo lo que sabía.

—Una verdadera cadena de casualidades desafortunadas, amigo Geralt. Y de incidentes malhadados. Y si se trata de la fianza, te la pagó una tal Lytta Neyd, entre los suyos conocida como Coral, del color del pintalabios que usa. Es una hechicera que sirve a Belohun, el rey local. Todos le dan vueltas a la cabeza intentando adivinar por qué lo hizo. Porque no fue otra sino ella misma la que te enviara entre rejas.

—¿Qué?

—Lo que te digo. Que Coral te denunció. Esto precisamente no le asombró a nadie, de todos es sabido que las hechiceras te la tienen jurada. Y de pronto, he aquí una sensación: la hechicera sin venir a cuento va y paga tu fianza y te saca de la trena en la que te habían metido por su propia mano. Toda la ciudad…

—¿De todos? ¿Toda la ciudad? ¿Qué coño es lo que relatas, Jaskier?

—Utilizo metáforas y perífrasis. No finjas que no sabes, pues bien me conoces. Por supuesto que no es «toda la ciudad», sino los pocos bien informados entre los que están cerca de los círculos gobernantes.

—¿Y tú estás también entre los que están cerca?

—Lo has adivinado. Ferrant es mi primo, hijo del hermano de mi padre. Pasé por aquí de visita, como pariente. Y me enteré de tu asunto. De inmediato me puse de tu lado, no creo que lo dudes. Di fe de tu honradez. Les hablé acerca de Yennefer…

—Muchas gracias.

—Ahórrate el sarcasmo. Tuve que hablar de ella para hacer consciente a mi primo de que la maga local te ataca y calumnia por celos y envidia. Que toda esa acusación es falsa, que tú nunca te rebajas a chanchullos financieros. Como resultado de mi actuación con respecto a Ferrant de Lettenhove, el instigator real, el más alto rango de

ejecutor de la ley, está ya convencido de tu inocencia…

—No percibí tal impresión —afirmó Geralt—. Antes al contrario. Sentí que no me creía. Ni en el asunto de mi presunta malversación, ni en el asunto de la desaparición de las espadas. ¿Has oído lo que dijo de las pruebas? Las pruebas son para él un fetiche. Así que la prueba de la estafa será la denuncia y la prueba de la mentira del robo de las espadas la firma de Gerlando de Rybla en el registro. Y para colmo ese gesto cuando me advirtió de no dejar la ciudad…

—Lo juzgas injustamente —dijo Jaskier—. Lo conozco mejor que tú. El que yo dé fe de ti vale para él mucho más que mil estúpidas pruebas. Y te advirtió acertadamente. ¿Por qué piensas que ambos, él y yo, nos apresuramos a ir al cuerpo de guardia? Para detenerte y que no hicieras ninguna tontería. ¿Que alguien, dices, te incrimina, fabrica pruebas falsas? Pues no le des a ese alguien pruebas inexcusables. Y una huida así lo sería.

—Puede que tengas razón —admitió Geralt—. Pero el instinto me aconseja otra cosa. Debiera tomar las de Villadiego antes de que me jodan del todo aquí. Primero el arresto, luego la fianza, después esto de las espadas… ¿Qué será lo próximo? Joder, sin espadas me siento como… un caracol sin concha.

—Te preocupas demasiado, en mi opinión. ¿Acaso hay pocas tiendas aquí? Despídete de aquellas espadas y cómprate otras.

—¿Y si a ti te robaran tu laúd? ¿Conseguido, por lo que recuerdo, en circunstancias bastante dramáticas? ¿No te habrías preocupado? ¿Le dirías adiós? ¿Y habrías pasado a comprarte algo a la tienda de la esquina?

Jaskier apretó las manos sobre el laúd inconscientemente y pasó una mirada asustada a su alrededor. Sin embargo, ninguno de los peatones tenía el aspecto de un ladrón de instrumentos ni parecía que tuviera un interés malsano por su excepcional laúd.

—Bueno —suspiró—. Entiendo. Tal como mi laúd, tus espadas también son únicas en su género e insustituibles. Y además… ¿cómo dijiste? ¿Hechizadas? Que producen impotencia mágica… ¡Joder, Geralt! ¿Y ahora me lo dices? ¡Pues si yo he estado a menudo contigo, he tenido esas espadas al alcance de la mano! ¡Y a veces más cerca! Ahora todo está claro, ahora lo entiendo… Últimamente he tenido, joder, ciertas dificultades…

—Tranquilízate. Lo de la impotencia es una trola. Me lo inventé al paso, contando con que el rumor se extendería. Que los ladrones se cagarían…

—Como se caguen igual echan las espadas a un estercolero —constató seco el bardo, aún levemente pálido—. Y no las recuperaras nunca. Fíate más de mi primo Ferrant. Es instigator aquí desde hace años, tiene todo un ejército de sheriffs, de espías y confidentes. Encontrarán al ladrón en un pispás, ya verás.

—Si todavía sigue aquí. —El brujo rechinó los dientes—. Puede habérselas pirado cuando yo estaba en el maco. ¿Cómo has dicho que se llama esa hechicera por la que acabé allí?

—Lytta Neyd, llamada Coral. Me imagino lo que estás pensando, colega. Pero no sé si es una buena idea. Es una hechicera. Hechicera y mujer en una sola persona, en una palabra, un género alienígena, que no es posible conocer racionalmente, que funciona según mecanismos y principios completamente ininteligibles para los hombres normales. Qué te voy a decir que no sepas. Al cabo posees en este aspecto una amplia experiencia… ¿Qué es ese ruido?

Como habían estado vagabundeando por las calles sin objetivo alguno, habían acabado por dar con una placita en la que resonaba incansable el golpeteo de los martillos. Había aquí, como se enteraron, un gran taller de tonelería. En la misma calle, bajo un tejadillo, se apilaban regulares montones de duelas secadas al aire. De allí,

llevadas por rapaces descalzos, las duelas iban a parar sobre una mesa en la que las sujetaban a unos caballetes especiales y las trabajaban con cuchillos de empate. Las duelas elaboradas iban a otros artesanos que las terminaban en largos bancos de cepillado, a horcajadas sobre ellos y con virutas hasta los tobillos. Las duelas ya listas pasaban a manos de los toneleros que las colocaban en montones. Geralt contempló durante unos momentos cómo bajo la fuerza de la presión de hábiles pinzas y tensores de tuercas surgía el perfil de un barril, de inmediato fijado con ayuda de aros de hierro que lo abrazaban a base de golpes. La calle parecía bullir con el vapor de grandes calderos en los que se escaldaban los barriles. Desde el interior del taller, de un patio, les llegaba el olor de la madera tostada al fuego: allí se endurecían los toneles con un nuevo tratamiento.

—Siempre que veo un barril —anunció Jaskier — me entran ganas de beber cerveza. Vente al

rincón. Sé que allí hay un tugurio simpaticón.

—Ve tú. Yo voy a visitar a la hechicera. Resulta que sé cuál era, yo ya la he visto. ¿Dónde la puedo encontrar? No pongas esa cara, Jaskier. Ella es, por lo que parece, la fuente originaria y original de mis problemas. No voy a esperar al desarrollo de los acontecimientos, me acercaré y le preguntaré directamente. No puedo seguir aquí ahogándome en este pueblo. Aunque no sea más que por la razón de que ando tieso de dinero.

—A esto —dijo con orgullo el trovador— le encontraremos un remedio. Te daré apoyo financiero… ¿Geralt? ¿Qué pasa?

—Vuelve a la tonelería y tráeme una duela.

—¿Qué?

—Tráeme una duela. Rápido.

Tres fuertes gañanes de jetas patibularias, sin afeitar y sin lavar cerraron la calleja. Uno, tan grueso que parecía cuadrado, llevaba en la mano un garrote afilado, gordo como el palo de un cabestrante. Otro, vestido con una zamarra con los

pelos para afuera, llevaba un machete y en el cinturón portaba un hacha de abordaje. El tercero, atezado como un marinero, iba armado con un cuchillo largo y de aspecto horrible.

—¡Eh, tú, apestoso rivio! —empezó el cuadrado—. ¿Cómo te sientes sin espadas en los lomos? Como con el culo al aire, ¿no?

Geralt no retomó su discurso. Esperó. Escuchaba cómo Jaskier se peleaba con los toneleros por la duela.

—Ya no tienes colmillos, mutante, reptil venenoso, brujo —siguió el cuadrado, que a todas luces era el más versado en el arte de la oratoria de todo el trío—. ¡Culebra sin dientes no pica! Porque es lo mismito que una gusana u otra lamprea resbaladiza. A estas mierdas las cogemos nosotros y las hacemos papilla bajo nuestras botas. Pa que no se atrevan nunca más a venir a nuestras ciudades, por entre la gente decente. ¡Tú, besugo, no vas a mancillar nuestras calles con tus babas! ¡Dadle caña, muchachos!

—¡Geralt! ¡Toma!

Agarró la duela al vuelo, retrocedió ante el golpe del palo, le pegó al cuadrado a un lado de la cabeza, giró, aporreó al de la zamarra en un codo, el bellaco gritó y dejó caer el machete. El brujo le sacudió en la rodilla y lo hizo caer, tras lo que se deslizó a su lado y le emplastó la duela en la sien. Sin esperar a que el bellaco cayera al suelo y sin interrumpir su movimiento, volvió a esquivar el palo del cuadrado y le aplastó los dedos que lo aferraban. El cuadrado aulló de dolor y dejó caer el palo, mientras Geralt le volvía a golpear en la oreja, en las costillas y en la otra oreja. Y luego le dio una patada en las ingles con ímpetu. El cuadrado cayó y se hizo una bola, arrastrándose, encogiéndose y tocando la tierra con la cabeza.

El atezado, el más ágil y rápido de los tres, bailoteó alrededor del brujo. Lanzando con habilidad su cuchillo de una mano a otra, atacó con las rodillas flexionadas, tajando en cruz. Geralt esquivó el tajo sin esfuerzo, retrocedió, esperó a

que alargara el paso. Y cuando esto tuvo lugar, con un potente golpe de duela le aplastó la nariz, rodeó con una pirueta al atacante y le golpeó en el occipucio. El del cuchillo cayó de rodillas y el brujo le asestó un golpe en el riñón derecho. El truhán aulló y se estiró y entonces el brujo le golpeó con la duela por debajo de la oreja, en el nervio. Que es conocido de los médicos como plexo parotídeo.

—Ay, madre —dijo, de pie junto al hombre que se retorcía, tosiendo y ahogándose del propio grito—. Esto ha debido de doler…

El bellaco de la zamarra sacó su hacha del cinturón, pero no se levantó de su posición de rodillas, inseguro y sin saber qué hacer. Geralt deshizo sus dudas pegándole un trompazo con la duela en la nuca.

Por la Calleja, dispersando a los mirones allí reunidos, fueron llegando los corchetes de la ronda municipal. Jaskier los calmó apoyándose en sus conexiones, explicó con pasión quién era el

agresor y quién actuó en defensa propia. El brujo llamó al bardo con un gesto.

—Cuida —le ordenó— de que a estos rufianes los encierren en el trullo. Recomienda al primo instigator que los amarre bien. Pues o bien ellos mismos tienen algo que ver con el robo de las espadas o alguien los ha contratado. Sabían que estaba desarmado, por eso se atrevieron a atacar. Devuelve la duela a los toneleros.

—Me vi obligado a comprar la duela esta —reconoció Jaskier—. Y creo que hice bien. Por lo que he visto, no manejas mal la tablilla. Debieras usarla siempre.

—Voy a ver a la hechicera. De visita. ¿Voy a tener que llevar la tablilla?

—Indudablemente haría falta algo más fuerte para una hechicera. —El bardo frunció el ceño—. Como por ejemplo una estaca. Cierto filósofo conocido mío me dijo: si vas a ver a una mujer, no olvides llevar contigo…

—Jaskier.

—Vale, vale, te explicaré cómo ir a casa de la maga. Pero antes, si me permites darte un consejo…

—¿Qué?

—Ve a los baños. Y al barbero.

Capítulo quinto

> *Guardaos de los desencantos, porque engañan las apariencias. Tal como aparentan ser, son las cosas raramente. Y jamás las mujeres.*
>
> Jaskier*, Medio siglo de poesía*

El agua en el estanque de la fuente giraba y espumeaba, salpicando gotitas doradas. Lytta Neyd, llamada Coral, hechicera, extendió la mano, salmodió un hechizo estabilizador. El agua se calmó como si le vertieran aceite, tembló lanzando destellos. La imagen, al principio confusa y velada, cobró contraste y dejó de temblar. Aunque algo deformada por el movimiento del agua, era clara y legible. Coral se inclinó. Veía en el agua el Mercado de Especias, la plaza principal de la ciudad. Y un hombre de cabellos blancos que cruzaba a grandes pasos la plaza. La hechicera

miró con detenimiento. Observó. Buscaba pistas. Cualquier detalle. Datos que permitieran una evaluación adecuada. Y que permitieran prever lo que sucediera, lo que iba a pasar.

Lytta tenía una opinión clara, construida a lo largo de años de experiencia, de lo que era un hombre de verdad. Sabía distinguir a un hombre de verdad de las imitaciones más o menos certeras. No tenía siquiera para ello que lanzarse al contacto físico, forma de probar la masculinidad que, al cabo, como la mayoría de las hechiceras, tenía no sólo por trivial, sino también por engañosa, que llevaba a un callejón sin salida. La degustación directa, como había confirmado tras algunas pruebas, puede que sirviera para probar de alguna manera el gusto, pero demasiado a menudo dejaba un gustillo desagradable. Indigestión. Y ardor de estómago. Y a veces hasta vómitos.

Lytta sabía reconocer a un hombre de verdad incluso desde lejos, mediante señales vagas y en

apariencia insignificantes. Un hombre de verdad, había aprendido la hechicera, se apasiona por la pesca, pero solamente con mosca artificial. Colecciona soldaditos de plomo, grabados eróticos y modelos de veleros construidos con su propia mano, entre otros, los que están metidos en botellas, y botellas vacías de bebidas caras no faltaban nunca en su hogar. Sabe cocinar estupendamente, consigue realizar verdaderas obras de arte culinarias. Bueno, y por lo general, sólo con verlo ya se tienen ganas.

El brujo Geralt, del que la hechicera había oído hablar mucho, del que había reunido mucha información y al que estaba observando precisamente entonces en el agua del estanque, aparentaba cumplir sólo una de las condiciones arriba expresadas.

—¡Mozaïk!

—Aquí estoy, maestra.

—Vamos a tener un invitado. Todo ha de estar listo y bien preparado. Pero primero tráeme un

vestido.

—¿El rosa té? ¿O el aguamarina?

—El blanco. Él suele vestir de negro, le vamos a proponer el yin y el yang. Y zapatos, elígeme algo que pegue, pero que el tacón sea por lo menos de cuatro dedos. No puedo permitir que me mire demasiado desde arriba.

—Maestra… El vestido blanco es…

—¿Sí?

—Es que es tan…

—¿Modesto? ¿Sin adornos ni encajes? Ay, Mozaïk, Mozaïk. ¿Es que no vas a aprender nunca?

En la puerta le dio una bienvenida silenciosa un rechoncho y tripudo gañán con la nariz rota y ojos de cochinillo.

Repasó a Geralt de los pies a la cabeza y luego otra vez al revés. Después de lo cual se echó a un lado, dando señal de que podía pasar.

En el zaguán le esperaba una muchacha de

cabellos lisos, casi planchados. Sin decir palabra, con un gesto lo invitó a entrar.

Salió directamente a un patio lleno de flores con una fuente cantarina en el centro. En el medio de la fuente había una estatua de mármol que mostraba a una muchacha desnuda bailando, o más bien a una niña por lo escasamente desarrollados que tenía los atributos de su género. Aparte de estar cincelada con maestría, la estatua llamaba la atención todavía por un detalle; estaba unida a su pedestal sólo por un punto: el dedo gordo del pie. El brujo juzgó que en ningún caso se habría podido estabilizar una estructura así sin ayuda de la magia.

—Geralt de Rivia. Bienvenido. Entra.

Para que se la pudiera considerar una belleza clásica, la hechicera Lytta Neyd tenía los rasgos demasiado agudos. El color en tonos de cálido melocotón, del que estaban delicadamente cubiertas sus mejillas, aligeraba esa agudeza, pero no la ocultaba. Los labios, acentuados con un color

de coral, eran sin embargo tan ideales que hasta eran demasiado ideales. Pero no era eso lo que importaba.

Lytta era pelirroja. Una pelirroja clásica y natural. El armonioso rojo claro de sus cabellos despertaba reminiscencias de la piel veraniega de un zorro. Si —Geralt estaba completamente convencido de ello— se capturara a un zorro rojo y se le situara junto a Lytta, los dos mostrarían el mismo pelaje, imposible de distinguir. Y cuando la hechicera movía la cabeza, se encendían entre los rojos tonos aún más claros, amarillentos, idénticos a los del pelaje de un zorro. A este tipo de cabellos pelirrojos los acompañaban por lo general pecas, y esto en sobreabundancia. Sin embargo, no se podía decir que esto le ocurriera a Lytta.

Geralt sintió una desazón, olvidada y adormecida, pero que de pronto se despertaba allá, en su interior. Tenía una preferencia en origen extraña y difícil de explicar hacia las pelirrojas,

más de una vez esta pigmentación de los cabellos le había impulsado a cometer tonterías. De modo que había que tener cuidado y el brujo se lo propuso con firmeza. En cualquier caso esta tarea era más fácil. Precisamente acababa de cumplirse el año desde que cometer este tipo de estupidez dejara de atormentarle.

El pelo rojo, eróticamente estimulante, no era el único atributo atractivo de la hechicera. Su vestido blanco como la nieve era modesto y sin efectismos, lo que tenía un objetivo, un objetivo acertado logrado y sin la menor duda también buscado. La sencillez no desviaba la atención del observador, haciéndola concentrarse en la estupenda figura. Y en su larguísimo escote. Hablando en plata, en el Buen Libro del profeta Lebioda, en su edición ilustrada, Lytta Neyd podría posar con éxito para el grabado que precediera al Capítulo «Acerca del deseo impuro».

Hablando aún más claro, Lytta Neyd era una

mujer con la que sólo un completo idiota podría querer relacionarse más de dos noches. Lo curioso es que justo tras este tipo de mujeres solían correr los hombres con tendencia a relacionarse muchísimo tiempo.

Olía a freesia y albaricoque.

Geralt hizo una reverencia, tras lo que fingió que más que por la figura y el escote de la hechicera se interesaba por la estatua en la fuente.

—Por favor —repitió Lytta, señalando la mesa con tablero de malaquita y dos mimbreras. Esperó a que él se sentara y al sentarse ella hizo gala de sus esbeltos muslos y zapatos de piel de salamandra. El brujo fingió que toda su atención la consumía una garrafilla y una patera de frutas.

—¿Vino? Es un Nuragus de Toussaint, en mi opinión más interesante que el Est Est, que es demasiado alabado. También hay Cöte-de-Blessure, si prefieres el tinto. Sírvele, Mozaïk.

—Gracias. —Tomó la copa de manos de la atusada muchacha, le sonrió—. Mozaïk. Bonito

nombre.

Vio miedo en sus ojos.

Lytta Neyd puso su copa sobre la mesa. Con un golpe que había de llamarle su atención.

—¿Qué es lo que —movió la cabeza y los rizos pelirrojos— trae al famoso Geralt de Rivia a mi humilde morada? Me muero de la curiosidad.

—Has pagado mi fianza —dijo, conscientemente áspero—. Es decir, la garantía. He salido del arresto gracias a tu generosidad. De un arresto en el que me encontré gracias a ti. ¿No es cierto? ¿No es por ti por lo que he pasado una semana en la celda?

—Cuatro días.

—Cuatro días con sus noches. Me gustaría, si es posible, conocer los motivos que te movieron a ello. Los dos.

—¿Los dos? —Alzó las cejas y la copa—. Sólo hay uno. Y todo el tiempo el mismo.

—Ajá. —Geralt hizo como que prestaba toda su atención a Mozaïk, que deambulaba por la parte

contraria del patio—. ¿Por el mismo motivo por el que me denunciaste y me metiste en la trena, me sacaste luego de ella?

—Bravo.

—Te pregunto: ¿por qué?

—Para demostrarte que puedo.

Él bebió un sorbito de vino. En verdad que era muy bueno.

—Demostraste —meneó la cabeza— que puedes. En realidad me lo podías simplemente haber dicho, aunque no fuera más que en un encuentro fortuito en la calle. Te habría creído. Lo quisiste de otro modo y más expresivamente. Así que te pregunto: ¿y ahora qué?

—Lo estoy pensando —le lanzó una mirada de depredadora por debajo de las pestañas—. Pero dejemos que las cosas sigan su curso. De momento diremos que actúo en nombre y en oficio de algunos de mis camaradas. Hechiceros que tienen ciertos planes en relación contigo. Esos hechiceros, a los cuales no les son ajenos mis

talentos diplomáticos, consideraron que soy la persona adecuada para informarte de sus planes. Esto es lo único que puedo revelarte por el momento.

—Es muy poco.

—Tienes razón. Pero de momento, da vergüenza decirlo, yo mismo no sé mucho más, no me esperaba que aparecieras tan pronto, que tan pronto descubrieras quién había pagado la garantía. Que tenía, como se me aseguró, que mantenerse en secreto. Cuando sepa más te lo explicaré. Sé paciente.

—¿Y lo de mis espadas? ¿Es también un elemento de este juego? ¿De esos misterioso planes de los hechiceros? ¿Acaso también se trata de una nueva prueba de que puedes?

—Nada sé de lo de tus espadas, sea lo que sea que quiera significar y a quien quiera que ataña.

Él no la creyó del todo. Pero no profundizó en el tema.

—Tus camaradas hechiceros —dijo— se

superan últimamente en mostrarme su antipatía y enemistad. Se salen de sus casillas para molestarme y hacerme la vida más difícil. En cada aventura perniciosa con la que me encuentro, puedo ver las huellas de sus húmedos dedos. Una madeja de coincidencias desafortunadas. Me meten en la cárcel, luego me liberan, luego me comunican que tienen planes con respecto a mí. ¿Qué es lo que van a idear ahora tus camaradas? Hasta me da miedo sospecharlo. Y tú, gran diplomática, lo reconozco, me pides que tenga paciencia. Pero si no tengo salida. De cualquier forma, tengo que esperar hasta que el caso producido por tu denuncia llegue a la vista.

—Pero al mismo tiempo —sonrió la hechicera — puedes usar en pleno de tu libertad y gozar de sus bienes. Darás testimonio ante el juzgado como hombre libre. Si se llega a la vista, lo que no es tan seguro. E incluso si fuera así, no tienes, créeme, motivos para preocuparte. Confía en mí.

—En lo de la confianza —le respondió con

una sonrisa— puede haber problemas. Las acciones de tus camaradas en los últimos tiempos han perturbado en exceso mi confianza. Pero lo intentaré. Y ahora me voy. Para confiar y esperar pacientemente. Se os saluda.

—No saludes todavía. Sólo un momento. Mozaïk, vino.

Cambió su posición en la butaca. El brujo continuaba tercamente fingiendo que no veía la rodilla ni el muslo que sobresalían por la abertura del vestido.

—En fin —dijo al cabo—, no hay por qué ponerlo entre algodones. Los brujos no han sido nunca muy queridos en nuestro ambiente, pero bastaba con ignoraros. Así ha sido hasta hace algún tiempo.

—Hasta el tiempo —estaba harto de enigmas— en que me relacioné con Yennefer.

—Para nada, te equivocas. —Clavó en él unos ojos del color del jade—. Y por dos veces. Primo, no fuiste tú quien se relacionó con Yennefer, sino

ella contigo. Secundo, esta relación no escandalizó a nadie, no son tales extravagancias las que son raras entre nosotros. El momento del cambio fue vuestra separación. ¿Cuándo tuvo lugar esto? ¿Hace un año? Ah, cuán rápido pasa el tiempo.

Hizo una pausa efectista, contando con su reacción.

—Hace justo un año —continuó, cuando estuvo claro que no habría reacción—. Una parte de los nuestros… no muy grande, pero influyente… se sirvió prestarte atención. Lo que había pasado entre vosotros no había estado claro de inmediato para todos. Algunos de nosotros consideraban que había sido Yennefer quien, recobrando su conciencia, había roto contigo y te había mandado a freír gárgaras. Otros se atrevían a suponer que habías sido tú quien, abriendo los ojos, mandaste al cuerno a Yennefer y te largaste al culo del mundo. En efecto, como he dicho, te convertiste en objeto de interés. Y, como bien adivinaste, de antipatía. Es más, hasta hubo quien

quiso castigarte. Por suerte para ti, la mayoría consideró que no valía la pena el esfuerzo.

—¿Y tú? ¿A qué parte de los tuyos pertenecías?

—A aquélla —Lytta frunció los labios— a la que tu asunto amoroso, imagínate, simplemente le divertía. A veces me hacia gracia. A veces me permitía unas distracciones verdaderamente azarosas. Personalmente te debo un considerable flujo de dinero, brujo. Se apostó a ver cuánto durabas con Yennefer, las apuestas fueron bastante altas. Yo fui quien, por lo que resultó, aposté con mayor suerte. Y me quedé con todo.

—En tal caso mejor será que me vaya. No debiera visitarte, no debiéramos ser vistos juntos. Alguno pensará que hicimos tongo.

—¿Te importa lo que piense alguno?

—Poco. Y que hayas ganado me alegra. Pensaba devolverte las quinientas coronas que diste en garantía. Pero puesto que te quedaste con todo al apostar por mí, no siento ninguna

necesidad. Quedemos pues en paz.

—¿La mención de la devolución de la garantía —en los ojos verdes de Lytta Neyd apareció un brillo maligno— no significa, espero, la intención de largarse y perderse? ¿Sin esperar a la vista del juzgado? No, no, tal intención no tienes, no la puedes tener. Pues sabes bien que tal intención te enviaría de nuevo al trullo. Lo sabes, ¿verdad?

—No me tienes que probar que lo puedes.

—Preferiría no tener, lo digo con la mano en el corazón.

Puso la mano sobre su escote, con la clarísima intención de atraer su vista. Fingió no advertirlo, de nuevo sus ojos se dirigieron hacia Mozaïk. Lytta carraspeó.

—En lo que se refiere a quedar en paz, o sea, a repartirse lo ganado en la apuesta —dijo—, efectivamente tienes razón. Te lo mereces. No me atrevo a ofrecerte dinero… ¿Pero qué le dices a un crédito ilimitado en Natura Rerum? ¿Durante toda tu estancia? Por mi causa tu anterior visita a la

hostería terminó antes de empezar, de modo…

—No, gracias. Valoro en lo que vale la voluntad y la intención. Pero gracias, no.

—¿Estás seguro? En fin, sin duda lo estás. No debiera haberte recordado… lo de mandarte al trullo. Me provocaste. Y me embaucaste. Tus ojos, esos ojos mutantes y extraños, que son en apariencia tan sinceros, mienten sin cesar… Y embaucan. No eres sincero, oh no. Sé, sé que en los labios de una hechicera esto es un cumplido. Eso es lo que ibas a decir, ¿verdad?

—Bravo.

—¿Y te puedes permitir la sinceridad? ¿Si te lo exigiera?

—Si lo pidieras.

—Ah, pues así sea. Lo pido entonces. ¿Qué es lo que ocasionó que fuera precisamente Yennefer? ¿Ella y no otra? ¿Lo sabrías definir? ¿Denominar?

—Si se trata de otra apuesta…

—No es otra apuesta. ¿Por qué precisamente Yennefer de Vengerberg?

Mozaïk apareció como una sombra. Con una nueva damajuana. Y con pastelillos. Geralt la miró a los ojos. Y de inmediato ella volvió la cabeza.

—¿Por qué Yennefer? —repitió, con la mirada fija en Mozaïk—. ¿Por qué precisamente ella? Responderé con sinceridad: yo mismo no lo sé. Existan tales mujeres… que basta una mirada…

Mozaïk abrió los labios, agitó con delicadeza la cabeza. En forma de negación y con terror. Sabía. Y rogaba que lo dejara. Pero el juego había ido demasiado lejos.

—Hay mujeres —siguió paseando la mirada por la figura de la muchacha— que atraen. Como un imán. De las que no se pueden apartar los ojos…

—Déjanos, Mozaïk —en la voz de Lytta se podía escuchar el chirrido de un bloque de hielo rozando con el hierro—. Y a ti, Geralt de Rivia, adiós y gracias. Por la visita. Por la paciencia. Y por la sinceridad.

Capítulo sexto

La espada de un brujo (fig. 40) se significa por ser como la conjunción de otras espadas, quintaesencia verdadera de lo que en otras armas mejor fuera. Aventájalas en su acero y en la forja, pues las fraguas de los enanos y sus yunques otórganle a la hoja ligereza y flexibilidad portentosa. El afilamiento es consumado además en la espada brujeril en forma y modo propio de los enanos, forma, habremos de añadir, misteriosa, misterio el cual para siempre lo será, pues los montañeses son entes muy celosos de sus secretos. Mas una hoja que fuera afilada por los enanos capaz es de partir por medio un pañuelo de seda arrojado al aire. Tales proezas, y bien lo sabemos a causa de testimonios de quienes estuvieron presentes, eran también capaces de hacer los brujos con las sus espadas.

Pandolfo Forteguerra, *Tratado de las armas blancas*

La breve tormenta matutina y la lluvia habían refrescado un rato el ambiente, después el pestazo a basura, a grasa requemada y a pescado medio podrido que traía la brisa de Palmira había vuelto a hacerse insoportable.

Geralt había pasado la noche en la posada de Jaskier. El cuartito que tenía alquilado el bardo era muy coqueto y acogedor. Tanto que para llegar a la cama había que arrimarse estrechamente contra la pared. Por suerte en la cama había sitio para dos y se podía dormir en ella, a pesar de que rechinaba de un modo infernal, y el jergón lo habían batido hasta dejarlo medio tieso los mercaderes foráneos, célebres por su afición al sexo extramarital más intenso.

Geralt, a saber por qué, soñó aquella noche con Lytta Neyd.

Fueron a desayunar al mercado vecino, a un

puesto donde, según había podido averiguar el bardo, servían unas sardinas espectaculares. Invitaba Jaskier. Geralt no se opuso. Al fin y al cabo, a menudo era al revés: Jaskier, sin blanca, solía disfrutar de su generosidad.

Así que se sentaron a una mesa de madera basta y se concentraron en unas sardinitas fritas, bien crujientes, que les habían traído en una fuente de madera, grande como la rueda de una carretilla. Jaskier, advirtió el brujo, cada dos por tres miraba alrededor, aprensivo. Y se callaba cada vez que tenía la sensación de que algún transeúnte lo miraba con demasiada insistencia.

—Pienso —murmuró finalmente— que sería mejor que te hicieras con un arma. Y que la llevaras a la vista. Convendría sacar alguna enseñanza del incidente de ayer, ¿no te parece? Ah, mira, ¿ves esos escudos y esas cotas de malla que están ahí expuestos? Es una armería. Seguro que también tienen espadas.

—En esta ciudad —Geralt mordisqueó la

raspa de una sardina y escupió una aleta— están prohibidas las armas, a los forasteros se las quitan. Parece que aquí sólo los bandidos pueden ir por ahí armados.

—Puede ser. —El bardo señaló con la cabeza a un jayán que pasaba por allí, armado con un enorme bardiche—. Pero en Kerack quien promulga las prohibiciones, cuida que sean respetadas y castiga su infracción es Ferrant de Lettenhove, que, como sabes, es primo mío. Y dado que el nepotismo es ley sagrada de la naturaleza, ambos podemos ignorar las prohibiciones locales. Por la presente, declaro que estamos autorizados a tener y portar armas. Acabamos de desayunar, y nos vamos a comprarte una espada. ¡Mesonera! ¡Excelentes estas sardinas! ¡Anda, ponnos diez más!

—Comeré de esas sardinas —Geralt dejó la raspa mordisqueada—, y diré de paso que la pérdida de las espadas no es sino el castigo por mi glotonería y esnobismo. Por habérseme antojado

darme un lujo. Me había salido trabajo por la zona, de modo que se me ocurrió pasarme por Kerack y darme un banquete en Natura Rerum, hostería de renombre mundial. Más me habría valido tomarme en cualquier sitio unos callos, un repollo con guisantes o una sopa de pescado…

—Por cierto —Jaskier se relamía los dedos—, que el Natura Rerum, aunque su cocina es justamente famosa, no es más que un sitio entre muchos. Hay locales donde dan de comer igual de bien, y puede que mejor. Por ejemplo, Azafrán y Pimienta, en Gors Velen, o Hen Cerbin, en Novigrado, donde elaboran su propia cerveza. O el mismo Sonatina, en Cidaris, no queda lejos de aquí, y tienen el mejor marisco de toda la costa. Rivoli, en Maribor, con ese urogallo al modo de Brokilón, asado en manteca, para chuparse los dedos. La Muela, en Aldersberg, y su célebre solomillo de liebre con colmenillas à la roi Videmont. Hofmeier en Hirundum, oj, vale la pena ir en otoño, por Saovine, a probar el ganso asado

en salsa de peras… O Dos Lochas, algunas millas más allá de Ard Carraigh, un mesón corrientucho en un cruce de caminos, pero dan el mejor codillo que he probado en mi vida… ¡Ja! Mira quién nos está haciendo señas. ¡Ni más ni menos! Hola, Ferrant… quiero decir, hum… señor instigator…

Ferrant de Lettenhove se acercó en solitario, ordenando con un gesto a sus pajes que se quedaran en la calle.

—Julian. Señor de Rivia. Os traigo noticias.

—No oculto —replicó Geralt— que ya me estaba impacientando. ¿Han confesado los malhechores? ¿Aquéllos que me atacaron ayer, aprovechando que estaba desarmado? Hablaron de ello en voz alta, sin ningún disimulo. Prueba de que habían tenido parte en el robo de mis espadas.

—Por desgracia, no hay pruebas de eso. —El instigator se encogió de hombros—. Los tres detenidos no son más que unos gañanes, y encima de escasas luces. Se decidieron a atacarte, eso es verdad, envalentonados por saberte desarmado. La

noticia del robo se había difundido con una rapidez insólita, mérito, según parece, de las señoras del cuerpo de guardia. Y enseguida apareció gente con ganas de… Algo escasamente sorprendente, por lo demás. No eres una persona especialmente apreciada… Y no te desvives por ganar simpatías y popularidad. Estando detenido, te permitiste pegar a tus compañeros de celda…

—Está claro. —El brujo asintió con la cabeza—. Todo es culpa mía. Los de ayer también acabaron mal. ¿No se habrán quejado? ¿No habrán pedido una indemnización?

Jaskier se rió, pero se calló enseguida.

—Los testigos del incidente de ayer —dijo Ferrant de Lettenhove con acritud— han declarado que a esos tres los sacudieron con una duela. Y que se emplearon con ellos con especial saña. Tanta que uno de ellos… se lo hizo encima.

—De la emoción, seguramente.

—Fueron golpeados —al instigator no se le alteraba la expresión de la cara— incluso cuando

ya habían sido inmovilizados y no constituían ninguna amenaza. Y eso implica ir más allá de los límites de la legítima defensa.

—Pues a mí no me dan miedo. Tengo una buena abogada.

—¿Una sardinilla? —Jaskier rompió el pesado silencio.

—Debo informar —declaró por fin el instigator— de que la investigación sigue abierta. Los detenidos de ayer no están implicados en el robo de las espadas. Se ha interrogado a varios individuos que podían haber tomado parte en el delito, pero no se han encontrado pruebas. Los informantes no han sido capaces de proporcionar ninguna pista. Se sabe, no obstante… y esta es la razón principal por la que estoy aquí… que entre el hampa local los rumores sobre las espadas ha causado revuelo. También se han presentado forasteros ansiosos de medirse con el brujo, especialmente si está desarmado. Así pues recomiendo vigilancia. No puedo descartar nuevos

incidentes. Tampoco estoy seguro, Julian, de que en esta situación la compañía del señor de Rivia…

—En compañía de Geralt —le intenumpió con energía el trovador— he estado en lugares mucho más peligrosos, y me he visto en atolladeros que dejarían a los truhanes de aquí a la altura del betún. Si así lo estimas conveniente, primo, puedes proporcionamos una escolta armada. Para que tenga un efecto disuasorio. Porque si Geralt y yo zurramos la badana a otros gañanes, luego van a quejarse de que si hemos ido más allá de los limites de la legítima defensa.

—Si es que de verdad se trata de gañanes —dijo Geralt—. Y no de matones a sueldo, contratados por alguien. ¿La investigación también ha tomado esto en consideración?

—Se han considerado todas las eventualidades —repuso Ferrant de Lettenhove—. Las investigaciones van a continuar. Os proporcionaré una escolta.

—Nos alegramos.

—Adiós. Y buena suerte.

Sobre los tejados de la ciudad chillaban las gaviotas.

La visita al armero, visto lo visto, se la podían haber ahorrado perfectamente. A Geralt le bastó echar una ojeada a las espadas expuestas. Cuando se informó de los precios, se encogió de hombros y abandonó la tienda sin decir palabra.

—Creía —Jaskier le dio alcance en la calle— que nos habíamos puesto de acuerdo. Se trataba de que compraras cualquier cosa, con tal de no parecer que vas desarmado.

—No voy a malgastar el dinero en cualquier cosa. Ni aunque sea tu dinero. Eso era una birria, Jaskier. Espadas primitivas fabricadas en masa. Y espadines cortesanos de pega, de los que uno lleva a un baile de disfraces si quiere ir de espadachín. Eso sí, a unos precios que son para partirse de risa.

—¡Ya encontraremos otra tienda! ¡O algún taller!

—Va a ser igual en todas partes. Aquí venden todo tipo de armas baratas, que sirven para un solo combate decente. Y que ya no le vuelven a servir al que ha salido victorioso: recogidas en el campo de batalla, ya no tienen la menor utilidad. Y también venden esos adornos relucientes con los que desfilan los petimetres. Y con los que no se corta ni el salchichón. Si acaso la sobrasada.

—¡Ya estás exagerando como siempre!

—En tus labios eso es un elogio.

—¡Involuntario! Entonces, cuéntame dónde piensas encontrar una buena espada. ¿Una que no sea peor que las que te han robado? ¿O mejor?

—No faltan, naturalmente, maestros armeros. Es posible que entre ellos se encuentre alguna hoja decente. Pero yo necesito una espada que se ajuste a mi mano. Forjada y fabricada por encargo. Eso lleva algunos meses, a veces un año. No dispongo de tanto tiempo.

—Con todo, tienes que hacerte con alguna espada —le hizo ver el bardo con serenidad—. Y, en mi opinión, con cierta urgencia. ¿Qué opciones nos quedan? Como no sea… —Bajó la voz, miró a su alrededor—. Como no sea… ¿Como no sea Kaer Morhen?, allí con seguridad…

—Con toda seguridad —le interrumpió Geralt, apretando los dientes—. Y tanto. Allí siempre ha habido hojas en abundancia, una amplísima oferta, de plata incluso. Pero está muy lejos, y casi no hay día sin chaparrones y tormentas. Los ríos están muy crecidos, los caminos están intransitables. El viaje me llevaría como un mes. Y aparte de eso…

Enrabietado, le dio una patada a un cestillo de corteza agujereado que alguien había tirado al suelo.

—Me he dejado robar, Jaskier, me he dejado timar y robar como el mayor de los pardillos. Vesemir se habría mofado de mí sin compasión, y mis camaradas, de haber estado justo entonces en la fortaleza, también se habrían descojonado, se

estarían cachondeando de mí durante años. No. De eso ni hablar, maldita sea. Tengo que buscar otra solución. Yo solo.

Oyeron una flauta y un tambor. Se asomaron a la plazoleta donde estaba instalado el mercado de verduras, y había un grupo de goliardos dando una función. Era un repertorio matutino, es decir, de una estupidez primitiva y nada divertido. Jaskier recorrió los puestos, y con un criterio digno de elogio, aunque inesperado en un poeta, se puso rápidamente a apreciar y degustar los pepinos, remolachas y manzanas que brillaban en los puestos, enredándose a cada paso en discusiones y flirteos con las tenderas.

—¡Chucrut! —proclamó, cogiendo el producto anunciado de un barril con ayuda de unas pinzas de madera—. Prueba, Geralt. ¿Delicioso, verdad? Este chucrut es exquisito, y sienta divinamente. En invierno, cuando hay escasez de vitaminas, previene el escorbuto. Aparte de eso, es un magnífico antidepresivo.

—¿Y eso?

—Te zampas un cazo de chucrut, te tomas otro de leche agria… y de inmediato la depresión se vuelve la menor de tus preocupaciones. Te olvidas de la depresión. A veces por mucho tiempo. ¿A quién estás mirando? ¿Quién esa chica?

—Una conocida. Espérame aquí. Cambio dos palabras con ella y vuelvo.

La chica a la que había mirado era Mozaïk, la que había conocido en casa de Lytta Neyd. La tímida pupila de la hechicera, con el pelo alisado. Llevaba un vestido sencillo pero elegante de color palisandro. Y coturnos de corcho, con los que se movía con mucha gracia, teniendo en cuenta los resbaladizos restos de frutas que cubrían el empedrado irregular.

Geralt se dirigió hacia ella, sorprendiéndola junto a un puesto de tomates, que estaba metiendo en la cesta que llevaba colgada del brazo.

—Hola.

La chica palideció ligeramente al verle, y eso

que ya era pálida de tez. Y de no haber sido por el tenderete habría reculado un paso o dos.

Hizo un gesto como si quisiera esconder el cesto en la espalda. No, el cesto no. El brazo. Trató de ocultar el antebrazo y la mano, cuidadosamente envueltos en un pañuelo de seda. Geralt no dejó de advertir la señal, y un impulso inexplicable le ordenó actuar. Le agarró el brazo a la muchacha.

—Déjame —susurró ella, intentando zafarse.

—Enséñamelo. Insisto.

—Aquí no…

Se dejó llevar hasta un lugar alejado del mercado, donde pudieran estar relativamente solos. Geralt le quitó el pañuelo. Y no pudo contenerse. Soltó una maldición. Larga y obscena.

La mano izquierda de la muchacha estaba vuelta del revés. Retorcida a la altura de la muñeca. El pulgar apuntaba hacia la izquierda, el dorso se orientaba hacia abajo. Y la palma hacia arriba. La línea de la vida es larga y regular, juzgó

el brujo de forma instintiva. La línea del corazón es clara, aunque punteada y discontinua.

—¿Quién te ha hecho esto? ¿Ha sido ella?

—Tú.

—¿Qué?

—¡Tú! —Retiró la mano de un tirón—. Me has utilizado para reírte de ella. No iba a dejar algo así sin castigo.

—No podía…

—¿Preverlo? —Le miró a los ojos. Geralt no había sabido valorarla: no era ni pusilánime ni asustadiza—. Podías y debías. Pero has preferido jugar con fuego. Por lo menos, ¿ha merecido la pena? ¿Te has quedado satisfecho? ¿Ha mejorado tu autoestima? ¿Has podido presumir de algo en la taberna delante de los colegas?

El brujo no contestó. No encontraba palabras. Pero Mozaïk, para su sorpresa, sonrió de repente.

—No te guardo rencor —dijo con desenvoltura —. A mí también me divertía tu juego, si no tuviera tanto miedo, me reiría. Devuélveme el

cesto, llevo prisa. Aún tengo que hacer algunas compras. Y tengo una cita con el alquimista…

—Espera. Esto no puede quedar así.

—Por favor —a Mozaïk le cambió ligeramente la voz—. No te entrometas. Sólo vas a empeorar las cosas… Y yo no he salido —añadió después de un momento— tan mal parada. Me ha tratado benignamente.

—¿Benignamente?

—Podía haberme retorcido las dos manos. Podía haberme retorcido los pies, dejarme los talones vueltos hacia delante. Podía haberme intercambiado los pies, el izquierdo por el derecho y viceversa, he visto cómo se lo hacia a una persona.

—¿Te ha…?

—¿Que si me ha dolido? Poco tiempo. Porque casi al instante perdí el sentido. ¿Por qué me miras de ese modo?, así ocurrió. Y tengo la esperanza de que me pase lo mismo cuando me vuelva a colocar bien la mano. En unos días, cuando ya se haya

sentido vengada.

—Iré a verla. Ahora mismo.

—Mala idea. No puedes…

Geralt la interrumpió con un rápido gesto. Oyó el rumor de la multitud, vio cómo se hacia a un lado. Los goliardos interrumpieron su actuación. El brujo vio a Jaskier haciéndole desde lejos unas señales impetuosas y desesperadas.

—¡Tú! ¡Peste brujeril! ¡Te reto a un duelo! ¡Vamos a combatir!

—Mal rayo me parta. Retírate, Mozaïk.

Un tipo bajo y achaparrado, con una máscara de cuero y una coraza de cuir bouilli reforzada con piel de toro, se adelantó de entre el gentío. El tipo blandía un tridente en la mano derecha, y con un súbito movimiento del brazo izquierdo extendió en el aire una red de pescador, la agitó y la sacudió.

—¡Soy Tonton Zroga, llamado Retiarius! Te desafío, bru…

Geralt levantó el brazo y le golpeó con la Señal de Aard, poniendo en ella tanta energía

como fue capaz. La muchedumbre soltó un grito. Tonton Zroga, llamado Retiarius, salió volando por los aires y, agitando las piernas, enredadas en su propia red, se llevó por delante un puesto de rosquillas, se derrumbó estrepitosamente y embistió, con un sonoro tintineo, la estatuilla de hierro colado de un gnomo en cuclillas, que habían plantado, a saber por qué, delante de una tienda que ofrecía complementos de sastrería. Los goliardos acogieron el vuelo con una sonora ovación. Retiarius yacía en el suelo, vivo, aunque daba unas señales de vida más bien débiles. Geralt, sin prisa, se acercó hasta él y cogiendo impulso le pateó en la zona del hígado. Alguien le agarró de una manga. Mozaïk.

—No. Por favor. Por favor, no. Eso no se puede hacer.

Geralt habría seguido pateando al reciario, porque sabía de sobra lo que se puede hacer y lo que no, y lo que hay que hacer. Y en esos asuntos no acostumbraba a hacer caso a nadie. Sobre todo

a personas a las que nunca habían pateado.

—Por favor —insistió Mozaïk—. No te vengues en él. De mí. De ella. Y de haberte perdido tú solo.

Le hizo caso. La cogió de los hombros. Y la miró a los ojos.

—Voy a ver a tu maestra —le comunicó con crudeza.

—No está bien. —Sacudió la cabeza—. Traerá consecuencias.

—¿Para ti?

—No. Para mí no.

Capítulo séptimo

Wild nights! Wild nights!
Were I with thee,
Wild nights should be
Our luxury!

Emily Dickinson

So daily I renew my idle duty
I touch her here and there - I know my place
I kiss her open mouth and I praise her beauty
And people call me traitor to my face.

Leonard Cohen

La cadera de la hechicera estaba adornada con un esmerado tatuaje, fantásticamente coloreado, que representaba con todo detalle un vistoso pez rayado.

Nil admirari, pensó el brujo. Nil admirari.

—Qué ven mis ojos —dijo Lytta Neyd.

De que ocurriera lo que ocurrió, de que el resultado fuera el que fue, el único culpable fue él y nadie más que él. De camino a la villa de la hechicera, Geralt pasó por delante de un jardín y no pudo resistir la tentación de arrancar una de las freesias que crecían en un parterre. Recordaba el olor predominante en los perfumes de ella.

—Qué ven mis ojos —repitió Lytta, de pie en la puerta. Salió a recibirlo personalmente, no estaba el robusto portero. Igual tenía el día libre —. Deduzco que has venido a echarme la bronca por lo de la mano de Mozaïk. Y me traes una flor. Una freesia blanca. Pasa, antes de que esto se convierta en una gran noticia y toda la ciudad se llene de rumores. ¡Un hombre con flores en mi puerta! Ni los más viejos del lugar recuerdan algo semejante.

Llevaba un vestido negro, suelto, que combinaba la seda y el chiffon, muy lino, que ondulaba cada vez que se movía el aire. El brujo se quedó parado, mirándola fijamente, con la

freesia en la mano tendida, deseando sonreír, pero sin conseguirlo por nada del mundo. Nil admirari, repitió en su pensamiento aquella máxima que recordaba de Oxenfurt, de la universidad, de la cartela que había sobre la entrada a la cátedra de filosofía. Durante todo el camino a la villa de Lytta no había dejado de repetirse mentalmente aquella máxima.

—No me regañes. —La hechicera cogió la freesia de sus dedos—. En cuanto aparezca, le arreglaré la mano a la muchacha. Sin hacerle daño. Puede que incluso le pida disculpas. También a ti te las pido. Pero no me regañes.

Geralt sacudió la cabeza e intentó sonreír otra vez. No hubo suerte.

—Me pregunto —Lytta se acercó la freesia a la cara y clavó en Geralt sus ojos de jade— si conoces el simbolismo de las flores. ¿Y su lenguaje secreto? ¿Sabes lo que dice esta freesia y me transmites conscientemente su mensaje? ¿No será la flor una mera casualidad, y el mensaje…

subconsciente?

Nil admirari.

—Pero no tiene importancia. —Se acercó más a él—. O bien me estás indicando a las claras, consciente y deliberadamente, lo que deseas… o bien ocultas el deseo que delata tu subconsciente. En ambos casos debo darte las gracias. Por la flor. Y por lo que la flor dice. Gracias. Y tengo que corresponderte. Yo también voy a hacerte un presente. Oh, mira esta cintita. Tira de ella. Sin miedo.

¿Qué coño estoy haciendo?, pensó el brujo, tirando de la cinta. La cintita trenzada fue saliendo suavemente de los ojales bordados. Hasta el último. Y en ese momento el vestido de seda y chiffon se desprendió del cuerpo de Lytta como si fuera agua, depositándose blandamente alrededor de sus tobillos. Él cerró los ojos un momento, la desnudez de la hechicera lo fulminó como un resplandor repentino. ¿Qué estoy haciendo?, pensó, abrazándole el cuello. ¿Qué estoy

haciendo?, pensó, saboreando el gusto del carmín coralino en los labios. Lo que estoy haciendo no tiene ningún sentido, pensó, llevándola delicadamente hacia una cómoda que había en el patio y sentándola en el tablero de malaquita.

Olía a freesia y a albaricoque. Y a alguna cosa más. Puede que a mandarina. Tal vez a vetiver.

Duró un rato, y al final la cómoda traqueteaba enérgicamente. Coral, aunque lo abrazaba con fuerza, no soltó la freesia en ningún momento. El aroma de la flor no ahogaba su propio aroma.

—Tu entusiasmo me halaga. —Ella apartó los labios de los labios de él, y sólo entonces abrió los ojos—. Y me hace muy feliz. Pero tengo una cama, ¿sabes?

En efecto, tenía una cama. Enorme. Espaciosa como el puente de una fragata. Lo condujo hasta allí, y él la siguió, sin cansarse de mirarla. Ella no se volvió. No tenía ninguna duda de que él iba

detrás. De que iría sin vacilar a donde ella lo llevara. Sin apartar la mirada.

La cama era enorme, con baldaquino, sábanas de seda y colcha de satén. Aprovecharon el lecho, sin exagerar, en su totalidad, cada pulgada de él. Cada palmo de sábana. Y cada pliegue de la colcha.

—Lytta…

—Puedes llamarme Coral. Pero ahora no digas nada.

Nil admirari. Aroma a freesia y albaricoque. Cabellos pelirrojos sueltos sobre la almohada.

—Lytta…

—Puedes llamarme Coral. Y puedes volver a hacerme lo mismo.

La cadera de la hechicera estaba adornada con un esmerado tatuaje, fantásticamente coloreado, que representaba con todo detalle un vistoso pez rayado que debía su forma triangular a sus grandes aletas. Esos peces, conocidos como escalares, solían encontrarse en los acuarios y estanques de los nuevos ricos, opulentos y esnobs. Por ese motivo, Geralt —y no sólo Geralt— siempre había asociado esos peces al esnobismo y la ostentación pretenciosa. Por eso mismo le sorprendió que Coral hubiera elegido justamente ese tatuaje y no otro. La sorpresa duró sólo un momento, enseguida llegó la explicación. Lytta Neyd tenía, desde luego, una apariencia y un aspecto muy juveniles. Pero el tatuaje procedía de sus años de genuina juventud. De unos tiempos en que los peces escalares, importados de allende los mares, eran una verdadera rareza, no había tantos ricachones, los advenedizos aún estaban por advenir y pocos eran

quienes podían permitirse un acuario. De modo que ese tatuaje viene a ser como una partida de nacimiento, pensó Geralt, acariciando el escalar con las yemas de los dedos, lo raro es que Lytta lo lleve todavía, en vez de haberlo borrado valiéndose de la magia. Bueno, pensó, desplazando las caricias a otras regiones más alejadas del pez, los recuerdos de los años juveniles son algo entrañable. No es fácil deshacerse de un memento semejante. Por muy pasado de moda y patéticamente banal que resulte.

Se incorporó sobre un codo y empezó a observar su cuerpo atentamente, en busca de otros recuerdos igualmente nostálgicos. No encontró nada. No contaba con ello, se conformaba con mirar. Coral suspiró. Aburrida, al parecer, de las abstractas y escasamente resolutivas peregrinaciones de la mano del brujo, se la agarró y la dirigió con decisión a un sitio muy concreto, el único que, en su opinión, se veía que valía la pena. Y qué bien, pensó Geralt, atrayendo hacia sí

a la hechicera y hundiendo el rostro en sus cabellos. El pez a rayas, ya ves tú. Como si no hubiera cosas más reales que fueran dignas de prestarles atención. Dignas de pensar en ellas.

A lo mejor también los veleros en miniatura, pensaba Coral caóticamente, controlando a duras penas la respiración entrecortada. A lo mejor también los soldaditos de plomo, a lo mejor la pesca con mosca. Pero lo que cuenta… lo que de verdad cuenta… es la manera que tiene de abrazarme.

Geralt la abrazaba. Como si fuera para él el mundo entero.

La primera noche apenas pegaron ojo. Incluso cuando Lytta se quedó dormida el brujo tuvo problemas para conciliar el sueño. Ella lo tenía agarrado por la cintura con tanta fuerza que a

Geralt le costaba respirar, y además le había echado una pierna por encima de los muslos. La segunda noche fue menos posesiva. No lo sujetó ni lo abrazó tan fuerte como la noche anterior. Se notaba que ya no temía que se fugara al alba.

—Has estado dándole vueltas a algo. Tienes una expresión demasiado sería y varonil. ¿Por qué motivo?

—Me da que pensar… hum… el naturalismo de nuestra relación.

—¿Qué cosa?

—Ya te lo he dicho. El naturalismo.

—¿Me ha parecido que usabas la palabra «relación»? La verdad, asombra la amplitud semántica de este concepto. Además, por lo que te estoy oyendo, sufres tristeza postcoital. De hecho, es un estado natural, afecta a todas las criaturas superiores. A mi, brujo, también me asoma una extraña lagrimilla… Ánimo, alegra esa cara.

Estaba bromeando.

—Me has seducido… como a un macho.

—¿Cómo?

—Me has seducido. Como a un insecto. Con tus feromonas mágicas de freesia y albaricoque.

—¿Lo dices en serio?

—No te enfades. Por favor, Coral.

—No me enfado. Al contrario. Pensándolo bien, debo darte la razón. Sí, esto es naturalismo en su forma más genuina. Pero ha sido justo al revés. Has sido tú el que me ha encandilado y seducido. A primera vista. De forma naturalista y animalística has ejecutado delante de mí, como un macho, tu danza nupcial. Brincabas, pateabas, levantabas la cola…

—No es verdad.

—Levantabas la cola y sacudías las alas como un urogallo. Cantabas y cacareabas…

—No cacareaba.

—Sí cacareabas.

—Que no.

—Que sí. Abrázame.

—¿Coral?

—¿Que?

—Lytta Neyd… Ése tampoco es tu auténtico nombre, ¿verdad?

—Mi auténtico nombre era complicado de usar.

—¿Y eso?

—Prueba a decir de corrido: Astrid Lyttneyd Ásgeirrfinnbjornsdottir.

—Comprendo.

—Lo dudo.

—¿Coral?

—¿Ajá?

—¿Y Mozaïk? ¿De dónde le viene ese apodo?

_—¿Sabes una cosa que no me gusta, brujo? Las preguntas acerca de otras mujeres. Y ya no

digamos si el que pregunta está conmigo en la cama. Y hace preguntas, en lugar de concentrarse en lo que tiene en ese momento entre manos. No te atreverías a hacer algo así si estuvieras en la cama con Yennefer.

—Pues a mí no me gusta que me mencionen ciertos nombres. Y ya no digamos en un momento en que…

—¿Tengo que callarme?

—Yo no he dicho eso.

Coral lo besó en un hombro.

—Cuando vino a parar a la escuela, su nombre era Aïk, el apellido no lo recuerdo. No sólo tenía un nombre raro, sino que además sufría de pérdida del pigmento cutáneo. Tenía las mejillas sembradas de manchas claras, de hecho recordaba a un mosaico. La curaron, como es natural, al acabar el primer semestre: una hechicera no puede tener ningún defecto. Pero desde el principio se le quedó aquel apodo malicioso. Y pronto dejó de ser malicioso. Ella misma se aficionó. Pero basta

de hablar de ella. Háblame a mí y de mí. Venga, ya.

—¿Ya qué?

—Habla de mí. De cómo soy. Guapa, ¿verdad? ¡Venga, di algo!

—Guapa. Pelirroja. Y pecosa.

—No soy pecosa. Me quité las pecas con la ayuda de la magia.

—No todas. Te olvidaste de algunas. Me he fijado en ellas.

—¿Dónde las…? Ah. Sí, claro. Es verdad. Así pues, soy pecosa. ¿Y qué más soy?

—Dulce.

—¿Cómo?

—Dulce. Como una oblea con miel.

—¿No te estarás quedando conmigo?

—Mírame. A los ojos. ¿Acaso ves en ellos aunque sea una sombra de falsedad?

—No. Y eso es lo que más me preocupa.

—Siéntate al borde de la cama.

—¿Y eso?

—Quiero corresponderte.

—Dime.

—Por las pecas que viste donde estuviste mirando. Por tus desvelos y tu minuciosa… exploración. Quiero corresponderte y agradecértelo.

¿Puedo?

—Naturalmente.

La villa de la hechicera, como prácticamente todas en aquella zona de la ciudad, disponía de una terraza desde la que se disfrutaba de las vistas del mar. A Lytta le gustaba pasarse allí las horas observando los barcos en la rada, para lo cual se servía de un potente catalejo apoyado en un trípode. Geralt no compartía su fascinación por el

mar y por todo aquello que surcaba sus aguas, pero le gustaba acompañarla en la terraza. Se sentaba muy cerca de ella, con el rostro pegado a sus rizos pelirrojos, gozando del aroma a freesia y albaricoque.

—Aquel galeón que está echando el ancla, fíjate —le indicaba Coral—. Con una cruz azul en la bandera. Es el *Orgullo de Cintra*, probablemente con rumbo a Kovir. Y aquella coca es la *Alke*, de Cidaris, seguramente lleva un cargamento de pieles. Y allí, ah sí, la *Tetyda*, una urca de transporte, local, cuatrocientas toneladas de carga, se dedica a la navegación de cabotaje entre Kerack y Nastrog. Allí, fíjate, está llegando a la rada en este momento la goleta de Novigrado *Pandora Parvi*, una preciosidad de barco. Mira por el ocular. Verás…

—Veo sin el catalejo. Soy un mutante.

—Ah, es verdad. Se me había olvidado. Oh, allí, es la galera *Fucsia*, treinta y dos remos, puede cargar en sus bodegas con ochocientas

toneladas. Y aquel elegante galeón de tres mástiles es el *Vértigo*, viene de Lan Exeter. Y allí, más lejos, el de la bandera amaranto, es el galeón *Albatros*, de Redania: tres mástiles, ciento veinte pies de eslora… Oh, allí, mira, mira, está largando velas y haciéndose a la mar el clíper correo *Eco*, conozco al capitán, suele comer donde Ravenga cuando atraca aquí. O fíjate también en ese galeón de Poviss, va a toda vela…

El brujo apartaba los cabellos de la espalda de Lytta. Despacio, uno a uno, desabrochaba los corchetes, retiraba el vestido de los hombros de la hechicera. Tras lo cual dedicaba sus manos y su atención a un par de galeones, a toda vela. Unos galeones sin igual en todas las rutas marítimas, radas, puertos y registros de almirantazgos.

Lytta no protestaba. Y no levantaba el ojo del ocular del catalejo.

—Te comportas —dijo en cierta ocasión— como un quinceañero. Como si fuera la primera vez que los ves.

—Para mí siempre es la primera vez —admitió a regañadientes—. Y yo nunca fui un auténtico quinceañero.

—Soy de Skellige —le contó más tarde Lytta, ya en la cama—. Llevo el mar en la sangre. Y me entusiasma.

»A veces sueño —prosiguió, viendo que Geralt no decía nada— con navegar. En solitario. Largar la vela y hacerme a la mar… Lejos, lejos, más allá del horizonte. Sólo el agua y el cielo a mi alrededor. Salpicada por la espuma salada de las olas, el viento huracanado me revuelve los cabellos con auténtica ternura varonil. Y yo estoy sola, completamente sola, infinitamente abandonada a mi suerte en medio de un elemento extraño y hostil. ¿No sueñas con algo así?

No, no sueño con algo así, pensó Geralt. Lo tengo a diario.

Llegó el solsticio de verano, y con él la noche mágica, la más corta del año, cuando florecía en los bosques la flor del helecho, y frotándose con ofioglosa las muchachas danzaban desnudas en los calveros empapados de rocío.

Una noche breve como un parpadeo.

Una noche loca y luminosa por los relámpagos.

Al alba, después del solsticio, se despertó solo. En la cocina le esperaba el desayuno. Y algo más.

—Buenos días, Mozaïk. Hace bueno, ¿verdad? ¿Dónde está Lytta?

—Hoy tienes el día libre —respondió sin mirarle—. Mi incomparable maestra estará ocupada. Hasta tarde. En este tiempo que ha dedicado a… los placeres se le han acumulado las pacientes.

—Las pacientes.

—Cura la esterilidad. Y otras dolencias

femeninas. ¿No lo sabías?

Bueno, pues ya lo sabes. Que tengas un buen día.

—No te marches todavía. Querría…

—No sé lo que querrías —le interrumpió—. Pero seguro que es una mala idea. Habría sido mejor que no te hubieras dirigido a mí. Que hubieras hecho como si yo no estuviera.

—Coral ya no te va a hacer nada malo, te lo prometo. Además, no está aquí, no nos ve.

—Ella ve todo lo que quiere ver, le basta para ello con una serie de conjuros y de artefactos. Y no te engañes pensando que tienes alguna influencia sobre ella. Para eso hace falta algo más que… —Con un movimiento de cabeza señaló el dormitorio—. Por favor te lo pido, no menciones mi nombre en su presencia. Ni aunque sea como por descuido. Porque me lo echará en cara. Aunque sea dentro de un año, me lo echará en cara.

—Ya que te trata de ese modo… ¿no podrías marcharte sin más?

—¿Adónde? —saltó—. ¿A un taller textil? ¿Como aprendiz de un sastre? ¿O directamente al lupanar? No tengo a nadie. Yo no soy nadie. Y así seguiré. Sólo ella puede cambiar mi situación. Aguantaré lo que haga falta… pero no me pongas peor las cosas, si puedes.

»En la ciudad —lo miró, después de unos instantes— me he encontrado con tu colega. Con ese poeta, Jaskier. Ha preguntado por ti. Estaba intranquilo.

—¿Lo has tranquilizado? ¿Le has aclarado que no corro ningún riesgo? ¿Que nada me amenaza?

—¿Por qué iba a mentir?

—¿Cómo dices?

—Aquí no estás seguro. Tú estás aquí, con ella, pero añoras a la otra. Incluso cuando estás muy cerca de ella, sólo piensas en aquélla. Ella lo sabe. Pero juega a este juego, porque le resulta divertido, y tú disimulas maravillosamente, eres diabólicamente convincente. Pero ¿has pensado en lo que pasará cuando te delates?

—¿También hoy vas a pasar la noche con ella?

—Sí —afirmó Geralt.

—Ya llevas casi una semana, ¿lo sabías?

—Cuatro días.

Jaskier deslizaba los dedos por las cuerdas del laúd, en un efectista glissando. Paseó la vista por la taberna. Dio un trago de la jarra, y se limpió la espuma de la nariz.

—Ya sé que no es asunto mío —dijo, en un tono duro y rotundo, raro en él—. Ya sé que no debería meterme donde no me llaman. Ya sé que no te gusta cuando alguien se entromete. Pero ante ciertas cosas, amigo Geralt, no debe uno callar. Coral, por si te interesa mi opinión, es una de esas mujeres que deberían llevar, de forma permanente y en sitio bien visible, un cartel de advertencia. Que dijera: «Se ve, pero no se toca». Parecido al que cuelga en el terrario de la casa de fieras, donde tienen a los crótalos.

—Lo sé.

—Esa mujer juega contigo y se divierte a tu costa.

—Lo sé.

—Y tú, del modo más común y corriente, te resarces de Yennefer, a la que no puedes olvidar.

—Lo sé.

—Entonces, por qué…

—No lo sé.

Por la tarde salían a dar una vuelta. Unas veces al parque, otras veces al promontorio que dominaba el puerto, otras sencillamente paseaban por el Mercado de Especias.

Acudieron juntos la hostería Natura Rerum. Varias veces. Febus Ravenga no cabía en si de gozo, siguiendo sus instrucciones, los camareros los atendían lo mejor que podían. Geralt descubrió al fin el sabor del rodaballo en tinta de sepia. Y después el del muslo de ganso en vino blanco y el

de la pierna de ternera en verduras. Sólo al principio —y brevemente— le turbó la curiosidad molesta y descarada de los demás clientes en la sala. Después, siguiendo el ejemplo de Lytta, no les hacía ni caso. El vino de una bodega local le sirvió de mucha ayuda.

Regresaban tarde a la villa. Coral se quitaba el vestido en el mismo vestíbulo y en pelota picada conducía a Geralt hasta la alcoba.

Él iba detrás. Mirándola. Le encantaba mirarla.

—¿Coral?

—¿Qué?

—Corre el rumor de que siempre puedes ver lo que deseas. Sólo precisas de algunos conjuros y artefactos.

—Al rumor ese —se apoyó en un codo, lo miró a los ojos— habría que volver a retorcerle alguna articulación. Para que aprenda el rumor a

no irse de la lengua.

—Te pido por favor…

—Era una broma —le cortó.

No había en su voz ni la más mínima señal de chanza.

—¿Y qué es —prosiguió, viendo que Geralt callaba— lo que te gustaría ver? ¿O que te profetizaran? ¿Cuánto vas a vivir? ¿Cuándo y cómo vas a morir? ¿Qué caballo va a ganar el Gran Premio de Tetrogor? ¿Quién será elegido jerarca de Novigrado por el colegio de electores? ¿Con quién está ahora Yennefer?

—Lytta.

—¿Se puede saber lo que te pasa?

Geralt le habló del robo de las espadas.

Un relámpago. Y enseguida llegó el trueno, con un rugido.

La fuente chapoteaba suavemente, el estanque olía a piedra mojada. La muchacha de mármol, empapada y brillante, estaba petrificada en un paso de baile.

—La estatua y la fuente —se apresuró a explicar Coral— no están pensadas para satisfacer mi afición al kitsch más pretencioso ni son expresión de mi sometimiento a modas esnobs. Sirven para fines muy concretos. La estatua me representa. En miniatura. Cuando tenía doce años.

—Quién habría supuesto entonces que acabarías siendo tan hermosa.

—Se trata de un artefacto mágico estrechamente unido a mí. La fuente, en cambio, y más concretamente el agua, me sirve para la videncia. ¿Sabrás, me imagino, qué es la videncia y en qué se basa?

—A grandes rasgos.

—El robo de tus armas tuvo lugar hace unos diez días. Para la lectura y análisis de los acontecimientos pasados, incluso los más remotos, lo mejor y más seguro es la oniromancia, pero para eso se necesita un talento especial para soñar, muy poco común, y que yo no poseo. Los sortilegios, o sea, la cleromancia, no creo que nos

sirvan de ayuda, al igual que la piromancia o la aeromancia, que son más eficaces cuando se trata de adivinar el destino de las personas, y se requiere disponer de algo que pertenezca a esas personas… cabellos, uñas, prendas de vestir y cosas así. Para los objetos, en nuestro caso las espadas, no se emplean.

»Así pues —Lytta se apartó un rizo pelirrojo de la frente—, nos queda la videncia. La cual, como sin duda sabes, permite ver y predecir acontecimientos futuros. Nos ayudarán los elementos, porque la estación se ha presentado en verdad tormentosa. Vamos a combinar la videncia con la ceraunioscopia. Acércate. Coge mi mano y no la sueltes. Inclínate y mira fijamente al agua, pero no se te ocurra tocarla bajo ningún concepto. Concéntrate. ¡Piensa en tus espadas! ¡Piensa intensamente en ellas!

Geralt oyó cómo salmodiaba un conjuro. El agua del estanque reaccionaba: con cada frase de la fórmula recitada, espumeaba y ondulaba con

fuerza creciente. Unas enormes burbujas empezaron a ascender desde el fondo.

El agua se alisó y se volvió turbia. Y después se aclaró totalmente.

Unos ojos oscuros, violeta, miran desde el fondo. Unos rizos negros como ala de cuervo caen en cascada sobre los hombros, brillan, reflejan la luz como las plumas de los pavos reales, enredándose y ondulando cada vez que se mueven…

—En las espadas —le recordó Coral, hablando en voz baja y con malicia—. Tenías que pensar en las espadas.

El agua empezó a girar, la mujer de negros cabellos y ojos violeta se desvaneció en el remolino. Geralt suspiró en silencio.

—En las espadas —bisbiseó Lytta—. ¡No en ella!

Salmodió el conjuro en el resplandor de un nuevo relámpago. La estatuilla de la fuente brilló con luz lechosa, y el agua volvió a serenarse y

aclararse. Y en ese momento la vio.

Su espada. Unas manos la estaban rozando. Dedos ensortijados.

… de un meteorito. Extraordinariamente equilibrada, el peso de la hoja iguala con precisión al de la empuñadura…

La segunda espada. De plata. Las mismas manos.

… la espiga de acero guarnecida en plata… Por toda la hoja hay grabadas runas…

—Las veo —susurró vivamente, apretando la mano de Lytta—. Veo mis espadas… De veras…

—Calla —respondió con un apretón más fuerte—. Calla y concéntrate.

Las espadas desaparecieron. En su lugar veía un bosque negro. Una gran extensión rocosa. Unas peñas. Una de las peñas, enorme, dominándolo todo, alta y esbelta… Las ráfagas de huracán azotan su silueta grotesca…

Brevemente, el agua se llena de espuma.

Un hombre con el pelo gris, de rasgos nobles,

con un caftán de terciopelo negro y un chaleco bordado en oro, apoya ambas manos en un púlpito de caoba. Lote número diez, anuncia en voz alta. Una verdadera rareza, un hallazgo insólito, dos espadas de brujo…

Un gran gato negro se revuelve en el sitio, intenta alcanzar con una garra el medallón que se balancea sobre él, colgado de una cadena. En el óvalo dorado del medallón, un esmalte con un delfín celeste nageant.

Un río fluye entre los árboles, bajo el baldaquino de ramas y copas que cuelgan sobre el agua. En una de las ramas hay una mujer inmóvil con un vestido largo y ceñido.

Brevemente, el agua se llena de espuma, y casi de inmediato vuelve a alisarse.

El brujo ve un mar de hierbas, una llanura sin límites, que se extiende hasta el horizonte. La está viendo desde arriba, como a vista de pájaro… o como desde la cumbre de una colina. Una colina por cuya ladera desciende una columna de figuras

borrosas. Cuando vuelven la cabeza, Geralt alcanza a ver unos rostros inmóviles, unos ojos ciegos, como muertos. Están muertos, comprende de repente. Es una procesión de cadáveres…

Los dedos de Lytta volvieron a apretar su mano. Con la fuerza de unas tenazas.

Un resplandor. Un soplo repentino de viento les agitó los cabellos. El agua del estanque se removió, empezó a borbotear, se cubrió de espuma, se alzó formando una ola alta como un muro. Y cayó encima de ellos. De un salto, ambos se retiraron de la fuente, Coral trastabilló, Geralt la sostuvo. Retumbó un trueno.

La hechicera gritó su conjuro, agitó un brazo. Se encendieron las luces de toda la casa.

El agua del estanque, un maelstrom hirviente hacía apenas un momento, estaba ahora alisada, serena, apenas alterada por el chorro de la fuente que caía perezosamente. Y ellos dos, a pesar de que acababa de caerles encima una auténtica ola, no tenían ni una gota de agua.

Geralt suspiró profundamente. Se puso de pie.

—Lo del final… —musitó, mientras ayudaba a levantarse a la hechicera—. Esta última imagen… La colina y la columna de… de gente… No me sonaban de nada… No tengo ni idea de quiénes podrían ser…

—Ni yo —contestó Lytta con una voz extraña —. Pero no ha sido una visión tuya. Esa imagen estaba dirigida a mí. Yo tampoco tengo ni idea de lo que podía significar. Pero algo me dice que no era nada bueno.

Cesaron los truenos. La tormenta se alejaba. Tierra adentro.

—Toda esa videncia suya no es más que charlatanería —insistió Jaskier, apretando las clavijas del laúd—. Imágenes fraudulentas para aprovecharse de los pardillos. La fuerza de la sugestión, y nada más. Pensaste en las espadas, y viste las espadas. ¿Qué más se supone que viste?

¿Una procesión de cadáveres? ¿Una ola espantosa? ¿Una peña con una forma grotesca? ¿Con forma de qué?

—Algo así como una llave enorme —dijo el brujo, después de reflexionar—. O una cruz heráldica de dos travesaños y medio…

El trovador se quedó pensativo. Después mojó un dedo en la cerveza. Y trazó unas líneas en la mesa.

—¿Se parecía a esto?

—Ajá. Y tanto.

—¡Que el diablo me lleve! —Jaskier rasgueó con fuerza las cuerdas, llamando la atención de toda la taberna—. ¡Que me patee un ganso! ¡Ja, ja, amigo Geralt! ¿Cuántas veces me habrás sacado de un apuro? ¿Cuántas veces me habrás ayudado? ¿Cuantos favores te debo? ¡Incontables! Bueno, pues ahora me toca a mí. Puede que gracias a mí recuperes tus famosas armas.

—¿Eh?

Jaskier se puso de pie.

—Doña Lytta Neyd, tu más reciente conquista, ante la que ahora mismo me inclino como excelsa vidente e impar profetisa, en su videncia, de forma palmaria, clara e inequívoca, ha señalado un lugar que conozco. Vamos a ver a Ferrant. Ahora mismo. Tiene que facilitarnos una audiencia, por medio de sus contactos secretos. Y proporcionarte una autorización para salir de la ciudad, de manera oficial, a fin de evitar confrontaciones con esas hetairas del cuerpo de guardia. Vamos a hacer una pequeña excursión. En realidad, no hay que ir muy lejos.

—¿Adónde?

—He reconocido la peña de tu visión. Técnicamente, es lo que se conoce como un cerro kárstico. Pero los lugareños lo llaman el Grifo. Es un punto muy característico, y además sirve como indicador en el camino que lleva a la residencia de cierta persona que, de hecho, puede saber algo de tus espadas. El lugar al que vamos se llama Revellin. ¿Te dice algo ese nombre?

Capítulo octavo

No tan sólo la ejecución ni la artesanal maña acuerdan el valor de la espada del brujo. Tal que las enigmáticas hojas de los elfos, o las de los gnomos, cuyo secreto hállase ya perdido, la espada brujeril unida está mediante una potencia misteriosa al brazo y los sentidos del brujo que la posee. Y gracias a los arcanos de la magia es justamente aquélla tan segura contra los Poderes Oscuros.

Pandolfo Forteguerra, *Tratado sobre las armas blancas*

Voy a revelaros un secreto. Sobre las espadas de los brujos. Es un bulo eso de que tienen no sé qué poder secreto. Y que tan extraordinarias son sus armas que no las hay mejores. Todo eso no es más que una ficción, inventada para aparentar. Lo sé de fuentes totalmente fiables.

Jaskier, *Medio siglo de poesía*

Reconocieron enseguida la peña conocida como el Grifo, bien visible desde la distancia.

El lugar al que se dirigían estaba situado más o menos a mitad de camino entre Kerack y Cidaris, ligeramente retirado de la carretera que unía ambas ciudades, la cual serpenteaba entre bosques y páramos rocosos. Tardaron un buen rato en llegar, y mataron el tiempo a base de cháchara, a cargo sobre todo de Jaskier.

—Dice la voz popular —decía el poeta— que las espadas que usan los brujos tienen propiedades mágicas. Descartando esa patraña relativa a la impotencia sexual, algo tiene que haber de cierto. Las vuestras no son unas espadas corrientes. ¿Algo que comentar?

Geralt sujetó a su yegua. Aburrida de la larga

estancia en las cuadras, a *Sardinilla* cada dos por tres se le antojaba lanzarse al galope.

—Pues claro que tengo algo que comentar. Las nuestras no son unas espadas corrientes.

—Se afirma —Jaskier hizo como si no hubiera captado la ironía que la fuerza mágica de vuestras espadas brujeriles, letal para los monstruos a los que os enfrentáis, reside en el acero con el que son forjadas. Del propio material, o sea, de la mena procedente de meteoritos caídos del cielo. ¿Cómo es eso? Al fin y al cabo, los meteoritos no son mágicos, son un fenómeno natural, explicado científicamente. ¿De dónde les vendría esa supuesta magia?

Geralt miró al cielo, cada vez más oscuro por el norte. Parecía que se estaba preparando otra tormenta. Y que les esperaba una buena mojadura.

—Si no recuerdo mal —respondió con una pregunta—, ¿tú habías estudiado las siete artes liberales?

—Y me saqué el diploma Summa cum laude.

—Dentro del programa de astronomía, que forma parte del quadrivium, ¿asististe a las clases del profesor Lindenbrog?

—¿De Lindenbrog el Viejo, llamado el Pabilo? —Jaskier se echó a reír—. ¡Pues claro! Me parece que lo estoy viendo rascándose el culo y señalando con el puntero en mapas y globos, mientras recita monótonamente. Sphera Mundi, eeeh, subdividitur en cuatro Planos Elementales: Plano de la Tierra, Plano del Agua, Plano del Aire y Plano del Fuego. La Tierra forma con el Agua la esfera terrestre, la cual está rodeada por todas partes, eeeh, por el Aire, esto es, el Aer. Por encima del Aire, eeeh, se extiende el Aether, el Aire Ardiente vel el Fuego. Por encima del Fuego se sitúan los Sutiles Cielos Siderales, el Firmamentum de naturaleza esférica. En éste se localizan las Erratica Sydera, las estrellas errantes, y las Fixa Sydera, las estrellas fijas…

—No sé —refunfuñó Geralt— qué admiro más, si tu talento para imitar como una mona o tu

memoria. Pero, volviendo a la cuestión que nos ocupaba: los meteoritos, que nuestro honorable Pabilo definía como estrellas cadentes, Sydera Cadens, o algo por el estilo, se desprenden del firmamento y vuelan hacia abajo para venir a hundirse a nuestra vieja y buena tierra. Pero por el camino atraviesan los restantes planos, es decir, las capas de elementos, así como de paraelementos, pues también éstos, por lo visto, existen. Elementos y paraelementos están saturados, como es sabido, de una poderosa energía, fuente de toda clase de magia y de fuerza sobrenatural, y el meteorito, al atravesarlos, absorbe esa energía y la retiene. El acero que se puede extraer del meteorito, al igual que la hoja que se consigue forjar con dicho acero, contiene en si la fuerza de los elementos. Es mágica. La espada, en su totalidad, es mágica. Quod demostrandum est. ¿Lo has comprendido?

—Pues claro.

—Olvídalo. Es un camelo.

—¿Qué?

—Que es un camelo. Un invento. Uno no encuentra meteoritos así como así. Más de la mitad de las espadas usadas por los brujos han sido fabricadas con acero de menas de magnetita. Yo mismo las he utilizado. Son igual de buenas que las de siderita, caída del cielo después de haber atravesado los elementos. No hay ninguna diferencia en absoluto. Pero guárdatelo para ti, Jaskier, por favor te lo pido. No se lo digas a nadie.

—¿Y eso? ¿Que me calle? ¡No puedes exigirme eso! ¿Qué sentido tiene saber algo si uno no puede fardar de lo que sabe?

—Por favor. Prefiero que me tengan por una criatura sobrenatural armada con una espada sobrenatural. En calidad de tal me contratan y en calidad de tal me pagan. Lo corriente, por contra, se equipara a lo insignificante, y lo insignificante a lo barato. Por eso, te ruego que mantengas el pico cerrado. ¿Me lo prometes?

—Como quieras. Te lo prometo.

Reconocieron enseguida la peña conocida como el Grifo, bien visible desde la distancia.

Efectivamente, con un poco de imaginación podía identificarse con una cabeza de grifo, asentada sobre un largo cuello. No obstante, recordaba aún más —como señaló Jaskier— al mástil de un laúd o de cualquier otro instrumento de cuerda.

El Grifo, por lo visto, era un cerro que dominaba una gigantesca resurgencia. Aquella resurgencia —Geralt se acordó de la historia, era conocida como la Fortaleza de los Elfos, en razón de su forma, bastante regular, que hacía pensar en las ruinas de una antiquísima construcción, con sus muros, sus torres, sus bastiones y todo lo demás. No obstante, allí nunca había habido una fortaleza, ni élfica ni de ningún otro tipo, la forma de la resurgencia era obra de la naturaleza, una obra,

había que reconocerlo, fascinante.

—Ahí, más abajo —señaló Jaskier, poniéndose de pie en los estribos—. ¿Lo ves? Pues ésa es nuestra meta. Revellín.

Y el nombre no podía ser más acertado: unos cerros kársticos demarcaban la silueta de un gran triángulo, asombrosamente regular, que se adelantaba desde la Fortaleza de los Elfos a modo de bastión. En el interior de ese triángulo se alzaba una construcción que recordaba a un fuerte. Rodeado por algo que parecía un campamento amurallado.

Geralt se acordó de los rumores que circulaban en torno a Revellín. Y en torno a quien allí residía.

Se apartaron del camino.

Varias entradas permitían atravesar la primera empalizada, todas estaban vigiladas por guardianes armados hasta los dientes. Por sus ropajes abigarrados y variopintos era fácil identificarlos como soldados de fortuna. Ya el

primer centinela les dio el alto. Aunque Jaskier anunció a voz en grito que tenían concedida una audiencia y subrayó expresamente sus buenas relaciones con el mando, les hicieron apearse de los caballos y esperar. Mucho tiempo. Geralt empezaba ya a impacientarse cuando por fin apareció un soldado con pinta de galeote, que les mandó que le siguieran. Enseguida se dieron cuenta de que aquel jayán los estaba llevando, dando un rodeo, hasta la parte posterior del complejo, de cuyo centro les llegaban ruidos de voces y los ecos de la música.

Cruzaron un pequeño puente. Enseguida se encontraron con un hombre tendido en el suelo, prácticamente inconsciente, palpando a su alrededor. Tenía la cara cubierta de sangre, tan hinchada que casi no se le veían los ojos en medio de la hinchazón. Le costaba respirar, y cada vez que echaba aire le salían pompas de sangre por la nariz partida. El jayán que los guiaba no le prestó la menor atención, de modo que tanto Geralt como

Jaskier hicieron también como si no lo hubieran visto. Se hallaban en un territorio donde no convenía mostrar excesiva curiosidad. No era aconsejable meter la nariz en los asuntos de Revellín: por lo que se sabía, no era raro que en Revellin las narices entrometidas se separasen de su dueño y acabasen quedándose en el lugar de su entrometimiento.

El soldado los condujo a través de la cocina, donde se afanaban los cocineros. Borbollaban los calderos, en los que, como pudo ver Geralt, estaban preparando cangrejos, bogavantes y langostas. En las tinas se retorcían las anguilas y las morenas, hervían en las cazuelas los mejillones y las almejas. La carne chisporroteaba en las enormes sartenes. El servicio recogía las bandejas y platos cargados con las viandas ya listas y se los llevaba por un pasillo.

Las siguientes estancias estaban impregnadas, para variar, del aroma de los perfumes y cosméticos de las damas. Frente a una hilera de

espejos, cotorreando sin tregua, una decena larga de mujeres, en diversos grados de desnudez incluyendo a algunas que del todo lo estaban, retocaban su aspecto. También aquí Geralt y Jaskier mantuvieron el semblante pétreo y no dejaron que sus ojos bailotearan más de la cuenta.

En el siguiente cuarto los sometieron a un registro exhaustivo. Quienes lo realizaron eran tipos de aspecto serio, actitud profesional y actuación resolutiva. El estilete de Geralt fue objeto de confiscación. A Jaskier, que nunca portaba armas, le quitaron un peine y un sacacorchos. Pero —después de pensárselo dos veces— le dejaron el laúd.

—Delante de su eminencia hay unas sillas —les explicaron finalmente—. Tenéis que sentaros en ellas. No tenéis que levantaros en tanto su eminencia no lo ordene. No le interrumpáis al hablar. No habléis hasta que su eminencia haga alguna indicación de que podéis. Y ahora pasad. Por esta puerta.

—¿Eminencia? —farfulló Geralt.

—En tiempos fue cura —replicó el poeta, en un susurro—. Pero no temas, no tomó los hábitos. En todo caso, algún tratamiento tenían que darle sus subordinados, y él no soporta que le llamen jefe. Nosotros no tenemos por qué tratarle de ningún modo.

Nada más entrar, algo les salió al paso. Algo que era grande como una montaña y olía a almizcle que tiraba de espaldas.

—Qué pasa, Mikita —saludó a la montaña Jaskier.

El gigante llamado Mikita, sin duda guardaespaldas del eminente jefe, era un mestizo, fruto del cruce de un ogro y un enano. El resultado era un enano calvo que sobrepasaba ampliamente los siete pies de altura, sin rastro de cuello, con barba rizada, unos colmillos prominentes como los de un jabalí y unas manos que le llegaban a la altura de las rodillas. No era frecuente ver un cruce así: se suponía que las dos especies eran

genéticamente muy diferentes, así que un ser como Mikita no podía haber surgido de forma natural. Era inconcebible sin la ayuda de una magia extraordinariamente poderosa. Una magia prohibida, dicho sea de paso. Corrían rumores de que muchos hechiceros hacían caso omiso de las prohibiciones. Geralt tenía delante de los ojos una prueba de la veracidad de tales rumores.

Se sentaron, de acuerdo con el protocolo vigente, en sendas sillas de mimbre. Geralt miró a su alrededor. En el rincón más alejado de la sala, en una gran chaise-longue dos damiselas desvestidas se ocupaban la una de la otra. Mientras daba de comer a un perro, un hombre bajito, anodino, encorvado e insignificante, que vestía una amplia túnica bordada de flores y un fez con borla, observaba a las mujeres. Una vez que le dio al perro el último bocado de bogavante, el hombre se frotó las manos y se giró.

—Salud, Jaskier —dijo, sentándose enfrente de ellos en algo que era clavadito a un trono, sólo

que de mimbre—. Mis respetos, don Geralt de Rivia.

Su eminencia Pyral Pratt, considerado —no sin fundamento— el jefe del crimen organizado de toda la región, tenía pinta de mercader de paños retirado. En un picnic de mercaderes de paños retirados no llamaría la atención y nadie lo identificaría como persona ajena al gremio. Al menos desde cierta distancia. Una observación más cercana permitía detectar en Pyral Pratt algo de lo que los mercaderes de paños solían carecer. Una vieja y pálida cicatriz en un pómulo, huella de una cuchillada. Un gesto feo y siniestro en los finos labios. Unos ojos claros, amarillentos, fijos como los de una pitón.

Durante un buen rato nadie rompió el hielo. Desde detrás de la pared les llegaba la música, se podía oír el rumor de las voces.

—Me alegro de veros y de daros la bienvenida a los dos —dijo por fin Pyral Pratt. En su voz podía detectarse una antigua y pertinaz afición a

los alcoholes baratos y deficientemente destilados —. Me alegro especialmente de verte a ti, cantor. —Su eminencia sonrió a Jaskier—. No nos habíamos visto desde la boda de mi nieta, cuando nos honraste con tu actuación. Precisamente me estaba acordando de ti, porque otra de mis nietas se nos casa muy pronto. Confío en que esta vez tampoco te negarás, gracias a nuestra vieja amistad. ¿Qué? ¿Cantarás en la boda? ¿No te harás tanto de rogar como la otra vez? ¿No habrá que… convencerte?

—Cantaré, cantaré —se apresuró a confirmar Jaskier, poniéndose algo pálido.

—Y hoy —continuó Pratt—, ¿te has dejado caer por aquí para preguntar por mi salud, me imagino? Pues de puto culo, así es como va mi salud.

Jaskier y Geralt no hicieron el menor comentario. El enanogro apestaba a almizcle. Pyral Pratt suspiró profundamente.

—Padezco —informó— de una úlcera de

estómago y de inapetencia, de modo que los placeres de la mesa ya no son para mí. Se me han diagnosticado problemas de hígado y me han prohibido la bebida. Tengo discopatía, tanto de vértebras cervicales como lumbares, adiós al disfrute de la caza y de otros deportes extremos. En curas y medicamentos se me va el dinero a espuertas, un dinero que antes solía gastar en juegos de azar. El pajarito, hombre, digamos que aún se me levanta, pero ¡hay que ver lo que me cuesta! Hacerlo causa más fatigas que alegrías… ¿Qué es lo que me queda? ¿Eh?

—¿La política?

Pyral Pratt se partió de la risa, haciendo que le bailara la borla del fez.

—Bravo, Jaskier. Como de costumbre, has dado en el clavo. Pues sí, la política, eso si que me va ahora. Al principio no me sentía inclinado. Primero pensé en dedicarme al puterío e invertir en mancebías. Me moví entre políticos, conocí a unos cuantos. Y me convencí de que es preferible

tratar con las putas, porque las putas por lo menos tienen su honor y algunos principios. Pero, por otra parte, es más difícil gobernar un burdel que un ayuntamiento. Y mandar me apetecía, ya que no en el mundo, como suele decirse, si al menos en una provincia. Como dice ese viejo proverbio, si no puedes vencerlos, únete a ellos…

Hizo una pausa y echó un vistazo a la chaise-longue, estirando el cuello.

—¡Nada de fingir, chicas! —gritó—. ¡No actuéis! ¡Más entusiasmo, más! Hum… ¿De qué estábamos hablando?

—De política.

—Ah, sí. Pero la política es la política, y a ti, brujo, te han robado tus famosas espadas. ¿No es ésa la razón a la que debo el honor de darte la bienvenida?

—Ni más ni menos.

—Te han robado las espadas. —Pratt sacudió la cabeza—. ¿Una pérdida dolorosa, imagino? Es evidente que resulta dolorosa. E irreparable. Ja,

siempre he dicho que Kerack es una cueva de ladrones. Los de allá, en cuanto tienen ocasión, roban cualquier cosa que no esté cerrada a cal y canto. Y, si se trata de cosas bien cerradas, siempre llevan encima una palanqueta.

»Espero que haya una investigación abierta —prosiguió después de una pausa—. ¿Se ocupa Ferrant de Lettenhove? Permitidme que os diga la verdad a la cara, señores. Por parte de Ferrant no hay que esperar milagros. Sin ánimo de ofender, Jaskier, pero tu pariente estaría mejor de contable que de instructor. Lo único que maneja son libros, códigos, párrafos, reglamentos, para él sólo cuentan las pruebas, las pruebas y otra vez las pruebas. Como en la historia esa de la cabra y el repollo. ¿No la sabéis? Un día dejaron encerrada en un corral a una cabra con una cabeza de repollo. A la mañana siguiente no hay ni rastro del repollo, y resulta que la cabra caga verde. Pero no había pruebas ni testigos. Total, que el asunto fue archivado: causa finita. No quisiera ser un mal

profeta, brujo Geralt, pero el asunto del robo de tus espadas puede tener un desenlace parecido.

Tampoco en esta ocasión hizo Geralt ningún comentario.

—La primera espada —Pyral Pratt se frotó la barbilla con una mano ensortijada— es de acero. De acero de siderita, de material procedente de un meteorito. Forjada en Mahakam, en las forjas de los enanos. De una longitud de cuarenta pulgadas y media, la hoja en si tiene veintisiete pulgadas y cuarto de largo. Extraordinariamente equilibrada, el peso de la hoja iguala con precisión al de la empuñadura, el peso total del arma está por debajo de las cuarenta onzas. La ejecución de la empuñadura y del gavilán es simple, pero elegante.

»La segunda espada, de parecido peso y longitud, es de plata. En parte, evidentemente. La espiga de acero guarnecida en plata, los filos igualmente son de acero, la plata pura es demasiado blanda para afilarla como es debido. Sobre el gavilán y por toda la hoja hay runas y

glifos, según mis peritos es imposible descifrarlos, pero indudablemente son mágicos.

—Una descripción muy precisa. —Geralt tenía la cara de piedra—. Ni que hubieras visto las espadas.

—Es que las he visto. Me las trajeron y me las ofrecieron. Como representante de los intereses del actual propietario, el intermediario, un individuo con una reputación intachable y a quien yo ya conocía en persona, garantizaba que las espadas habían sido adquiridas legalmente, que procedían de un hallazgo en Fen Carn, una antigua necrópolis en Sodden. En Fen Cam han sido excavados incontables tesoros y artefactos, así que en principio no había razón para dudar de su veracidad. No obstante, yo tenía mis sospechas. Y no compré las espadas. ¿Me estás escuchando, brujo?

—Con toda atención. Estoy esperando a la conclusión. Y a los detalles.

—La conclusión es la siguiente: una cosa por

otra. Los detalles cuestan dinero. La información lleva una etiqueta con el precio.

—Pero escucha… —protestó Jaskier—. He venido aquí a verte por nuestra vieja amistad, con un amigo en apuros…

—Los negocios son los negocios —le interrumpió Pyral Pratt—. Ya he dicho que la información de que dispongo tiene un precio. ¿Qué quieres averiguar algo sobre la suerte de tus espadas, brujo de Rivia? Pues tienes que pagar.

—¿Qué precio figura en la etiqueta?

Pratt sacó de debajo de la túnica una gran moneda de oro y se la dio al enanogro. Éste, sin aparente esfuerzo, la partió con los dedos, como si fuera una galleta. Geralt sacudió la cabeza.

—Una banalidad digna de un teatrillo de feria —dijo entre dientes—. Me das media moneda, y alguien, un buen día, puede incluso que dentro de unos años, se presenta con la otra mitad. Y pretende que se satisfagan sus exigencias. Las cuales he de cumplir sin condiciones. De eso nada.

Si ese es el precio, entonces no hay trato. Causa finita. Vámonos, Jaskier.

—¿No estás interesado en recuperar las espadas?

—No hasta ese punto.

—Lo sospechaba. Pero no costaba nada probarlo. Te haré otra oferta. Esta vez no la podrás rechazar.

—Vámonos, Jaskier.

—Saldrás —Pratt hizo una señal con la cabeza —, pero por otra puerta. Por ésa. Después de haberte desnudado. En paños menores.

Geralt pensaba que tenía controlada la expresión de su cara. Debía de estar equivocado, porque el enanogro soltó de repente un bramido de advertencia y se adelantó hacia él, alzando sus garras y soltando un pestazo tremendo.

—¡Esto es una burla! —proclamó bien alto Jaskier, bravucón y deslenguado, como siempre que estaba junto al brujo—. Nos tomas el pelo, Pyral. De modo que te decimos adiós y nos vamos.

Y por la misma puerta por la que hemos venido. ¡Acuérdate de quién soy yo! ¡Me voy!

—No lo creo. —Pyral Pratt sacudió la cabeza —. Ya quedamos en cierta ocasión en que no eres particularmente listo. Pero si eres lo bastante listo como para no intentar salir ahora.

Para subrayar el peso de las palabras de su jefe, el enanogro les mostró el puño cerrado. Grande como una sandía. Geralt callaba. Llevaba ya un rato mirando al gigante, buscando algún punto sensible para una patada. Porque aquello no tenía pinta de solucionarse sin una patada.

—Muy bien. —Pratt con un gesto amansó al guardaespaldas—. Cederé un poco más, os daré una muestra de mi buena voluntad y de mi deseo de alcanzar un compromiso. Hoy está aquí reunida toda la élite local de la industria, el comercio y las finanzas, los políticos, la nobleza, el clero, hasta hay un príncipe de incógnito. Les tengo prometido un espectáculo como no han visto en su vida, y seguro que nunca han visto a un brujo en

gayumbos. Pues nada, rebajaré mis exigencias: saldrás desnudo de cintura para arriba. A cambio obtendrás la información prometida, y de forma inmediata. Aparte de eso, como prima… —Pyral Pratt cogió una hoja de la mesa—. Como prima, doscientas coronas novigradas. Para el fondo de pensiones del brujo. Toma, aquí tienes un cheque al portador, de la banca Giancardi, puedes hacerlo efectivo en cualquiera de sus sucursales. ¿Qué dices a esto?

—¿Para qué preguntas? —Geralt frunció los ojos—. Me parece que ya has dado a entender que no puedo rechazar tu oferta.

—Y te parece bien. He dicho que era una oferta que no podías rechazar. Pero creo que es beneficiosa para ambos.

—Jaskier, coge el cheque. —Geralt se desabrochó y se quitó la chaqueta—. Habla, Pratt.

—No lo hagas. —Jaskier palideció más aún—. ¿Cómo sabes lo que te espera detrás de esa puerta?

—Habla, Pratt.

—Como ya he dicho —Su eminencia se repantigó en el trono—, rechacé la oferta de aquel intermediario que me vendía las espadas. Pero, dado que se trataba, como ya he dicho, de una persona a la que conocía bien y en la que confiaba, le sugerí otros métodos, perfectamente viables, para sacar dinero por ellas. Le aconsejé que su actual propietario las ofreciese en subasta. En la casa de subastas de los hermanos Borsody, en Novigrado. Se trata de la mayor y más reputada subasta para coleccionistas, allí se da cita gente de todo el mundo aficionada a las rarezas, a las antigüedades, a las obras de arte singulares, a las piezas únicas y a toda clase de chifladuras. Con tal de incorporar alguno de esos fenómenos a sus colecciones, esos majaretas pujan como locos, las excentricidades más exóticas se pueden encontrar en Casa Borsody, a menudo por sumas exorbitantes. En ningún otro sitio se puede vender algo por más dinero.

—Habla, Pratt. —El brujo se quitó la camisa —. Te escucho.

—Las subastas en la Casa Borsody se celebran una vez al trimestre. La próxima tendrá lugar en julio, el día 15. Seguro que el ladrón se presenta allí con tus espadas. Con una pizca de suerte conseguirás quitárselas antes de que salgan a subasta.

—¿Y eso es todo?

—No está nada mal.

—¿Identidad del ladrón? ¿O del intermediario?

—La identidad del ladrón la desconozco —le cortó Pratt—. Y la del intermediario no la voy a revelar. Así son los negocios, se rigen por una serie de leyes, de reglas y, no menos importante, de usos. Perdería la cara. Ya te he revelado bastante, más que suficiente para lo que te exijo a cambio. Acompáñalo a la pista, Mikita. Y tú, Jaskier, ven conmigo, no nos lo podemos perder. ¿A qué esperas, brujo?

—¿Es que tengo que salir sin armas? ¿No basta con tener que salir con el torso desnudo? ¿También tengo que salir indefenso?

—He prometido a mis invitados —explicó Pratt, despacio, como si estuviera hablándole a un niño— algo que no han visto en su vida. Un brujo armado es una cosa muy vista.

—Vale.

Geralt apareció en una pista de arena, en medio de un círculo delimitado por unos postes de madera clavados en el suelo, iluminado por los destellos de incontables faroles que colgaban de unas barras de hierro. Oía los gritos, los vivas, los bravos, los silbidos. Veía los rostros situados por encima de la pista, las bocas abiertas, las miradas de excitación.

Enfrente de él, en el extremo opuesto de la pista, algo se movió. Y saltó.

Geralt apenas tuvo tiempo de formar con los antebrazos la Señal del Heliotropo. El encantamiento detuvo y rechazó el ataque de la

bestia. La audiencia gritó a coro.

El lagarto de dos patas recordaba a un viverno, pero era más pequeño, del tamaño de un dogo grande. Tenía, eso sí, una cabeza bastante mayor que la del viverno. Unas fauces dentadas mucho mayores. Y una cola mucho más larga, con una punta fina como un látigo. El lagarto agitó con fuerza la cola, barrió con ella la arena, fustigó los postes. Con la cabeza gacha, embistió nuevamente al brujo.

Geralt estaba preparado, lo golpeó con la Señal de Aard y lo rechazó. Pero el lagarto consiguió azotarlo con el extremo de la cola. La audiencia volvió a gritar. Las mujeres chillaban. El brujo notó cómo le salía en el hombro desnudo y se le iba hinchando un bulto alargado, gordo como un salchichón. Ya sabía por qué le habían ordenado desvestirse. También había identificado a su adversario. Era un vigilosaurio, un lagarto mutante criado a propósito de forma mágica, empleado en tareas de vigilancia y protección. La

cosa no pintaba nada bien. El vigilosaurio trataba la pista como un sitio cuya defensa le habían encomendado. Geralt, por contra, era un intruso al que había que reducir. Y, si hacía falta, eliminar.

El vigilosaurio bordeó la pista, muy pegado a los postes, siseando con furia. Y atacó, muy deprisa, sin darle tiempo a armar una Señal. El brujo saltó ágilmente, fuera del alcance de las fauces dentadas, pero no pudo evitar un nuevo azote con la cola. Sintió cómo le empezaba a salir una nueva hinchazón, al lado de la anterior.

La Señal del Heliotropo volvió a bloquear el ataque del vigilosaurio. El lagarto sacudió la cola con un silbido. Geralt captó un cambio en el tono del silbido, lo detectó un segundo antes de que el extremo de la cola le alcanzara en mitad de la espalda. El dolor le cegó, mientras la sangre le corría por la espalda. La audiencia estaba enloquecida.

Las Señales se volvían más débiles. El vigilosaurio lo rodeaba tan deprisa que el brujo

apenas tenía tiempo de responder. Consiguió evitar dos nuevos latigazos con la cola, pero el tercero no lo pudo esquivar, recibió una nueva sacudida en un omóplato, también esta vez con la afilada punta. La sangre le caía a chorros por la espalda.

La audiencia rugía, los espectadores se desgañitaban y daban saltos. Uno de ellos, con intención de ver mejor, se inclinó por encima de la balaustrada, apoyándose en una de las barras de hierro de las que colgaban los faroles. La barra se partió y cayó a la pista con el farol. La barra se clavó en la arena, pero el farol fue a parar a la cabeza del vigilosaurio, y se prendió. El lagarto se lo quitó de encima, sembrando una cascada de chispas a su alrededor, y empezó a sisear, al tiempo que se frotaba la frente contra los postes de la pista. En ese momento Geralt vio una oportunidad. Arrancó la barra de la arena, cogió carrerilla, dio un salto y ensartó con ímpetu el hierro en la cabeza del lagarto. La barra lo atravesó de parte a parte. El vigilosaurio empezó a

agitarse, sacudiendo caóticamente las garras delanteras, trataba de librarse como fuera del hierro que le trepanaba los sesos. Después de una serie de saltos descoordinados acabó golpeándose contra un poste e hincando los dientes en la madera. Durante un tiempo sufrió convulsiones, mientras escarbaba la arena con las garras y daba latigazos con la cola. Finalmente se quedó inmóvil.

Los muros se venían abajo con la ovación.

Geralt abandonó la pista por la escalerilla que le tendieron. Los entusiasmados espectadores lo rodearon por todas partes. Alguien le dio unas palmadas en el hombro hinchado, apenas pudo aguantarse las ganas de partirle la cara. Una mujer joven le besó en la mejilla. Otra, aún más joven, le limpió la sangre de la espalda con un pañuelo de batista, e inmediatamente lo extendió para mostrárselo triunfante a sus amigas. Otra, mucho más vieja, se quitó un collar del cuello marchito y quiso dárselo a Geralt. El brujo le puso tal cara

que la mujer prefirió perderse entre la multitud.

Empezó a apestar a almizcle: a través de la muchedumbre, como un barco a través de los sargazos, se acercó el enanogro Mikita. Protegió con su cuerpo al brujo y lo acompañó.

Llamaron a un médico, que examinó a Geralt y le puso unos puntos. Jaskier estaba muy pálido. Pyral Pratt, tan tranquilo. Como si tal cosa. Pero de nuevo la cara del brujo tuvo que ser muy elocuente, porque Pratt se lanzó a dar explicaciones.

—Por cierto —dijo—, que esa barra, previamente serrada y afilada, ha caído en la pista por indicación mía.

—Gracias por darte tanta prisa.

—Los invitados estaban en el séptimo cielo. Hasta al alcalde Coppenrath se le veía contento, incluso radiante, y mira que es difícil contentar a ese hijoputa, sólo sabe arrugar la nariz, serio como un burdel un lunes por la mañana. El cargo de edil, ja, lo tengo en el bolsillo. Y aún puede que llegue

más alto, si… ¿No volverías a actuar dentro de una semana, Geralt? ¿Con un espectáculo parecido?

—Sólo en el caso —el brujo movió el hombro, que le dolía a rabiar— de que en lugar de un vigilosaurio estés tú en la pista, Pratt.

—Qué bromista, ja, ja. ¿Has visto, Jaskier, qué bromista está hecho?

—Sí, ya lo he visto —confirmó el poeta, mirando la espalda de Geralt y apretando los dientes—. Pero no era una broma, lo ha dicho completamente en serio. También yo, con la misma seriedad, te comunico que la fiesta del casamiento de tu nieta no la voy a honrar con mi actuación. Por haber tratado a Geralt como lo has tratado, ya te puedes ir olvidando. Y lo mismo digo de otras eventuales ocasiones, incluidos bautizos y entierros. El tuyo, entre ellos.

Pyral Pratt lo miró, y hubo un brillo en sus ojos reptilianos.

—No muestras respeto, cantor —dijo entre

dientes—. Otra vez que no muestras respeto. Te estás ganando una lección. Un buen escarmiento…

Geralt se acercó, se paró delante de él. Mikita suspiró ruidosamente, levantó el puño, soltó un pestazo a almizcle. Pyral Pratt lo calmó con un gesto.

—Pierdes la cara, Pratt —dijo pausadamente el brujo—. Hicimos un trato, al estilo clásico, según las reglas y los usos, no menos importantes que aquéllas. Tus invitados están satisfechos con el espectáculo, tú has ganado prestigio y han mejorado tus perspectivas de hacerte con algún cargo en el ayuntamiento. Yo he, conseguido la información requerida. Una cosa por otra. Ambas partes están satisfechas, así que ahora toca separarse sin rencor y sin rabia. En lugar de eso, te permites amenazarme. Pierdes la cara. Vámonos, Jaskier.

Pyral Pratt palideció levemente. Tras lo cual, les habló dándoles la espalda.

—Tenía la intención —soltó por encima del

hombro— de invitaros a cenar. Pero por lo visto tenéis prisa. Así que adiós. Y alegraos de que os deje salir de Revellin intactos. Las faltas de respeto acostumbro a castigarlas. Pero no os detendré.

—Muy razonable.

Pratt se volvió.

—¿Cómo?

Geralt le miró a los ojos.

—Aunque te guste creer otra cosa, no eres particularmente listo. Pero sí eres lo bastante listo como para no intentar detenerme.

Acababan de dejar atrás la resurgencia y habían alcanzado los primeros álamos al borde del camino cuando Geralt detuvo al caballo y aguzó el oído.

—Nos vienen siguiendo.

—¡Me cagüen! —A Jaskier le castañetearon los dientes—. ¿Quiénes? ¿Los bandidos de Pratt?

—No importa quiénes. Venga, a toda castaña hasta Kerack. Escóndete en casa de tu primo. A primera hora acércate al banco con el cheque. Después nos vemos en El Cangrejo y la Anguila.

—¿Y tú?

—No sufras por mí.

—Geralt…

—Déjate de cháchara, y espolea al caballo. ¡Vamos, vuela!

Jaskier obedeció, se inclinó en la silla y puso al caballo al galope.

Geralt se dio la vuelta, esperó tan tranquilo.

Unos jinetes salieron de las sombras. Seis jinetes.

—¿El brujo Geralt?

—Yo mismo.

—Ven con nosotros —dijo con voz ronca el más cercano—. Sin majaderías, ¿estamos?

—Suelta las riendas, o lo lamentarás.

—¡Sin majaderías! —El jinete retiró la mano —. Y nada de violencia. Gente de ley y orden

somos. Y no unos facinerosos. Por orden del príncipe venimos.

—¿De qué príncipe?

—Ya lo verás. Tras nuestro.

Echaron a andar. Un príncipe, recordó Geralt, entre los invitados en Revellin había un príncipe de incógnito, según Pratt. Las cosas no iban por buen camino. Los contactos con príncipes no solían ser placenteros. Y casi nunca terminaban bien.

No fueron muy lejos. Sólo hasta un cruce de caminos, hasta una posada con las ventanas iluminadas, en la que olía a humo. Entraron en la sala principal, casi vacía, salvo por unos cuantos mercaderes, entretenidos con la cena. La puerta de un reservado estaba custodiada por dos soldados con capas azules, de idéntico corte y color a las que llevaba la escolta de Geralt. Entraron.

—Alteza…

—Salid. Y tú siéntate, brujo.

El hombre que estaba sentado a la mesa

llevaba una capa parecida a la de sus soldados, aunque más ricamente bordada. Una capucha le tapaba el rostro. No hacía falta. El candil que había en la mesa sólo alumbraba a Geralt, el misterioso príncipe se ocultaba en las sombras.

—Te he visto en la pista, en casa de Pratt —dijo—. Ha sido un espectáculo en verdad impresionante. Ese salto y ese golpe de arriba abajo, apoyándote con todo el peso del cuerpo… El hierro, y eso que no era más que una especie de barra, le atravesó los sesos al dragón como si fueran mantequilla. Creo que de haberse tratado, no sé, de una rogatina de combate o de una pica, habría podido taladrar una cota de malla, puede que incluso una coraza… ¿Qué piensas?

—Es de noche, ya es tarde. No hay forma de pensar cuando el sueño se apodera de uno.

Desde la sombra, el hombre soltó una carcajada.

—No perdamos el tiempo, en tal caso. Y vayamos al grano. Te necesito. A ti, brujo. Para un

trabajo de brujo. Y resulta, sorprendentemente, que tú también me necesitas a mí. Puede que incluso más.

»Soy Xander, príncipe de Kerack. Ardo en deseos de convertirme en Xander I, rey de Kerack. En este momento, para pesar mío y para desgracia de mi país, el rey de Kerack es mi padre, Belohun. El viejo esta en plena forma, aún puede reinar, lagarto, lagarto, otros veinte años más. No tengo ni tiempo ni ganas de esperar tanto. ¡Ni de lejos! Aunque esperase, ni siquiera estoy seguro del éxito, en cualquier momento el viejo puede nombrar otro sucesor al trono, tiene una buena colección de descendientes. Justamente se dispone a engendrar al siguiente: para el día de Lammas están anunciadas las bodas reales, con una pompa y esplendor que el país no se puede permitir. Un roñica como él, que sale a hacer sus necesidades al parque para no desgastar el esmalte del orinal, va a invertir en el banquete una montaña de oro. Dejando el tesoro exhausto. Yo seré mejor rey. La

pega es que quiero serlo ya mismo. Lo antes que pueda. Y para eso me haces falta.

—Entre los servicios que presto no se incluye la ejecución de revueltas palaciegas. Ni el regicidio. Y es muy posible que el príncipe tenga en mente algo así.

—Quiero ser rey. Para ello, mi padre tiene que dejar de serlo. Y mis hermanos tienen que ser eliminados de la sucesión.

—Regicidio más fratricidio. No, noble príncipe. Debo renunciar. Lo lamento.

—No es verdad —gruñó el príncipe en la sombra—. No lo lamentas. Todavía no. Pero lo lamentarás, te lo prometo.

—El príncipe debería saber que amenazarme con la muerte no conduce a nada.

—¿Quién ha hablado de muerte? Soy príncipe, hijo de rey, no un asesino. Hablo de una elección. O mi favor o mi disfavor. Haz lo que te pido y disfrutarás de mi favor. Y créeme que te va a ser muy necesario. Ahora que te espera un proceso y

una sentencia por estafa. Los próximos años los vas a pasar, se dice, remando en una galera. ¿Pensabas, por lo visto, que ya te habías librado? ¿Que tu causa había sido sobreseída? ¿Que esa maga de Neyd, que te deja cepillártela para darse un capricho, iba a retirar la acusación y santas pascuas? Estás equivocado. Albert Smulka, el zalmedina de Ansegis, ha confesado. Y su confesión te incrimina.

—Esa confesión es falsa.

—Será difícil demostrarlo.

—Hay que demostrar la culpabilidad. No la inocencia.

—Buen chiste. De lo más divertido. Pero yo no me reiría si estuviera en tu pellejo. Echa un vistazo. Éstos —el príncipe arrojó sobre la mesa un legajo de papeles— son los documentos. Declaraciones autentificadas, relatos de testigos. La localidad de Cizmar, el brujo contratado, la leucrota muerta. En la factura constan setenta coronas, realmente se pagaron cincuenta y cinco,

la diferencia dividida a medias con un funcionario local. La aldea de Sotonin, una araña gigantesca. Muerta, según la factura, por noventa, en realidad por sesenta y cinco, según ha reconocido el alcalde. En Tiberghien mató a una arpía, se facturaron cien coronas, en la práctica se pagaron setenta. Y tus proezas y fraudes anteriores: el vampiro del castillo Petrelsteyn, que nunca existió y le costó al burgrave mil ducados, en números redondos. El licántropo de Guaamez, que por cien coronas habría sido desencantado y curado mágicamente, un asunto de lo más sospechoso, pues se antoja demasiado barato para semejante desencantamiento. El echinops, o más bien algo que le llevaste al alcalde de Martindelcampo y que tú llamabas echinops. Los gules del cementerio a las afueras de Zgraggen, que le costaron al concejo ochenta coronas, aunque nadie vio los cuerpos, ya que fueron devorados por, ja, ja, otros gules. ¿Qué tienes que decir a todo eso, brujo? Eso son pruebas.

—Me atrevo a decir que el príncipe se equivoca —repuso Geralt con calma—. Eso no son pruebas. Son calumnias inventadas, y además inventadas sin tino. Nunca me han contratado en Tiberghien. De la aldea de Sotonin no he oído hablar siquiera. Cualquier factura de ese sitio es por lo tanto una falsificación evidente, no será difícil demostrarlo. Y los gules que maté en Zgraggen fueron, desde luego, devorados, ja, ja, por otros gules, pues ésas, y no otras, ja, ja, son las costumbres de los gules. Y desde entonces los muertos que entierran en aquel cementerio se convierten en polvo sin que nadie los moleste, pues los gules que sobrevivieron se largaron de allí. Los demás disparates que figuran en esos papeles no tengo ganas ni de comentarlos.

—Sobre la base de estos papeles —el príncipe puso la mano en los documentos— se sigue un proceso contra ti. El cual va a durar mucho tiempo. ¿Serán verdaderas las pruebas? ¿Quién puede saberlo? ¿Cuál será finalmente el veredicto? ¿Y a

quién le importa? Eso es lo de menos. Lo importante es el hedor que va a desprender todo esto. Y que te acompañará hasta el final de tus días.

»Algunas personas —prosiguió— te encontraban repugnante, pero se veían obligadas a tolerarte por ser un mal menor, como matador de los monstruos que los amenazaban. Otras no te soportaban, por ser un mutante, sentían asco y abominación de una criatura no humana. Otras te tenían pánico y te odiaban por culpa de su propio terror. Todo eso caerá en el olvido. Tu fama de asesino competente y tu mala reputación como brujo también se las llevará el viento, como una pluma, el asco y el miedo serán olvidados. Te recordarán únicamente como ladrón insaciable y como defraudador. Aquél que ayer sentía temor de ti y de tus conjuros, que apartaba la mirada, que al verte escupía o se llevaba la mano al amuleto, mañana soltará una risotada y le dará con el codo al compañero. Mira, por ahí va el brujo Geralt,

¡ese miserable falsario, ese embustero! Si no aceptas el encargo que quiero encomendarte, brujo, te voy a destruir. Arruinaré tu reputación. A menos que me sirvas. Tú decides. ¿Sí o no?

—No.

—No vayas a creerte que te van a ayudar tus contactos, Ferrant de Lettenhove o tu querida hechicera pelirroja. El instigator no va a poner en peligro su propia carrera, y el Capítulo prohíbe a una bruja implicarse en una causa criminal. Nadie te va a ayudar cuando la maquinaria judicial te triture con sus engranajes. Te ordeno que te decidas, ¿sí o no?

—No. Definitivamente no, noble príncipe. Ya puede salir ése que está escondido en la cámara de al lado.

El príncipe, para sorpresa de Geralt, se echó a reír. Y dio un manotazo en la mesa. Rechinó una puerta, y de la cámara vecina asomó una figura. Conocida, a pesar de la oscuridad.

—Has ganado la apuesta, Ferrant —dijo el

príncipe—. Dirígete mañana a mi secretario para reclamarle lo convenido.

—Agradezco vuestro favor, príncipe —repuso con una ligera inclinación Ferrant de Lettenhove, instigator real—, pero la apuesta la he realizado, exclusivamente, en un plano simbólico. Para subrayar hasta qué punto estoy seguro de mis razones. No se trataba del dinero…

—El dinero que has ganado —le interrumpió el príncipe— también para mí es solamente un símbolo, como lo es la marca de la ceca de Novigrado que está grabada en él o el perfil del actual jerarca. Debes saber, debéis saber los dos, que yo también he ganado. He encontrado algo que creía perdido para siempre. En concreto, la fe en las personas. Te diré, Geralt de Rivia, que Ferrant estaba completamente seguro de tu reacción. Debo confesar que a mí me parecía una ingenuidad. Estaba convencido de que acabarías inclinando la cabeza.

—Todos habéis ganado algo —constató Geralt

con acritud—. ¿Y yo?

—Tú también —dijo muy serio el príncipe—. Habla, Ferrant. Explícale de qué iba todo esto.

—Su alteza aquí presente, el príncipe Egmund —aclaró el instigator—, ha tenido a bien hacerse pasar por un rato por su hermano menor, Xander. Y también, simbólicamente, por sus otros hermanos, pretendientes al trono. El príncipe sospechaba que Xander o cualquier otro miembro de la familia podía intentar, con el fin de conquistar el trono, hacerse con los servicios de algún brujo que estuviera disponible. De ahí que decidiéramos… escenificar algo parecido. Y ahora sabemos que si algo así hubiera ocurrido en realidad… si alguien, efectivamente, te hubiera hecho una proposición deshonesta, tú no te habrías dejado engatusar con el cuento del favor del príncipe. Y no te habrías plegado a la amenaza ni al chantaje.

—Entiendo. —El brujo asintió con la cabeza —. E inclino la frente ante el talento. El príncipe se ha identificado con el personaje a la perfección.

Cuanto ha tenido a bien decir de mí, las opiniones que sobre mí ha vertido, no las he percibido como una actuación. Al contrario. Me han parecido sumamente sinceras.

—La mascarada tenía un objetivo —dijo Egmund, rompiendo un incómodo silencio—. Lo he conseguido, y no pienso darte más explicaciones. Pero tú también vas a sacar un beneficio. Económico. De hecho, tengo intención de contratar tus servicios. Y de remunerártelos generosamente. Habla, Ferrant.

—El príncipe Egmunt —dijo el instigator— teme que se produzca un atentado contra la vida de su padre, el rey Belohun, algo que podría tener lugar durante las bodas previstas para el día de Lammas. El príncipe estaría más tranquilo si en esa ocasión se ocupara de la seguridad del rey… Alguien como el brujo. Sí, si, no me interrumpas, ya sabemos que los brujos no son guardaespaldas ni guardias pretorianos, que su razón de ser es la defensa de la población ante la amenaza que

representan los monstruos mágicos, sobrenaturales y aberrantes…

—Eso es lo que dicen los libros —le cortó el príncipe, impaciente—. En la vida real ha habido de todo. A los brujos los contrataban para proteger caravanas que viajaban a través de parajes inhóspitos y remotos, infestados de monstruos. Pero no era raro que, en lugar de monstruos, fueran simples bandoleros los que atacaran a los mercaderes, y los brujos no se negaban a sacudirles. Tengo motivos para temer que durante las bodas del rey pueda haber ataques de… basiliscos. ¿Te ocuparías de defendernos frente a los basiliscos?

—Eso depende.

—¿De qué depende?

—De si aún continúa la función. Y no estoy siendo objeto de una nueva provocación. Por parte de algún otro hermano, por ejemplo. Tengo la impresión de que talento para actuar no falta en la familia.

Ferrant protestó. Egmund dio un puñetazo en la mesa.

—No te pases de listo —gruñó—. Y no te olvides. Te he preguntado si te ibas a ocupar de eso. ¡Contesta!

—Podría —asintió Geralt— ocuparme de la defensa del rey frente esos hipotéticos basiliscos. Por desgracia, en Kerack me han robado las espadas. Los servidores del rey siguen sin dar con el rastro del ladrón y probablemente no están haciendo demasiado al respecto. Sin mis espadas yo soy incapaz de defender a nadie. Así pues, debo declinar el ofrecimiento por razones objetivas.

—Si se trata tan sólo de las espadas, entonces no va a haber ningún problema. Las encontraremos. ¿Verdad, señor instigator?

—Sin sombra de duda.

—Ya lo ves. El instigator real lo afirma sin sombra de duda. ¿Y ahora?

—Primero he de recuperar mis espadas. Sin sombra de duda.

—Mira que eres testarudo. Pero sea, tú ganas. Quiero hacer constar que serás debidamente compensado por tus servicios, y te aseguro que no te pareceré avaro. En lo tocante a otras ventajas, algunas las vas a disfrutar de inmediato, como un anticipo, en prueba de mi buena voluntad. Tu causa en el juzgado puedes darla ya por cerrada. Habrá que cumplir con una serie de formalidades, y la burocracia no sabe lo que son las prisas, pero ya puedes considerarte una persona libre de sospechas y con libertad de movimientos.

—Enormemente agradecido ¿Y qué hay de las declaraciones y de las facturas? ¿La leucrota de Cizmar, el licántropo de Guaamez? ¿Qué hay de los documentos? ¿Aquellos que el príncipe tuvo a bien utilizar como… parte del atrezo teatral?

—Los documentos —Egmund le miró a los ojos— de momento se quedan conmigo. En un lugar seguro. Sin sombra de duda.

Cuando volvía, la campana del rey Belohun daba las doce en punto.

Coral, hay que decirlo en su honor, viendo su espalda conservó la calma y la presencia de ánimo. Supo controlarse. Ni siquiera le cambió la voz. Apenas.

—¿Quién te ha hecho esto?

—Un vigilosaurio. Una especie de lagarto…

—¿Estos puntos te los ha puesto un lagarto? ¿Has dejado que te cosiera un lagarto?

—Los puntos me los ha puesto un médico. El lagarto…

—¡Al diablo el lagarto! ¡Mozaïk! ¡Escalpelo, tijeras, pinzas! ¡Aguja y catgut! ¡Elixir pulchellum! ¡Esencia de aloe! ¡Unguentum ortolani! ¡Tampón y gasa esterilizada! ¡Y prepara un sinapismo de mostaza y miel! ¡Muévete, muchacha!

Mozaïk se desenvolvía a un ritmo digno de admiración. Lytta se puso manos a la obra. El

brujo sufría en silencio.

—A los médicos que no dominan la magia —maldecía la hechicera, al tiempo que cosía— habría que prohibirles ejercer. Enseñar en una facultad, bueno. Recoser los cadáveres después de las disecciones, vale. Pero no deberían dejar que se acercaran a los pacientes vivos. Aunque no es que confíe mucho en que eso vaya a pasar, todo va en el sentido contrario.

—La magia no es lo único que cura —se aventuró a dar una opinión Geralt—. Y alguien tiene que curar. Sólo hay un puñado de magos especializados en curaciones, los hechiceros corrientes no quieren curar. No tienen tiempo, o piensan que no vale la pena.

—Y hacen bien. Las consecuencias de la superpoblación pueden ser fatales. ¿Qué es eso con lo que estás jugando?

—El vigilosaurio estaba marcado con esto. Lo tenía fijado a la piel.

—¿Se lo arrancaste como si fuera un trofeo

que te habías ganado?

—Se lo arranqué para enseñártelo.

Coral examinó aquella placa ovalada de latón, del tamaño de una mano de niño. Y la marca grabada en ella.

—Un curioso cúmulo de circunstancias —dijo, aplicándole el sinapismo a la espalda—. Teniendo en cuenta que te dispones a ir hacia allá.

—¿Que yo me dispongo? Ah, si, es verdad, lo había olvidado. Tus cofrades y sus planes concernientes a mi persona. ¿Se han concretado ya esos planes?

—Desde luego. Me ha llegado un mensaje. Piden que acudas al castillo de Rissberg.

—Me lo piden, es conmovedor. Al castillo de Rissberg. Sede del famoso Hortulano. Una petición, deduzco, a la que no puedo negarme.

—No te lo aconsejaría. Piden que acudas urgentemente. Teniendo en cuenta tus magulladuras, ¿cuándo podrás ponerte en camino?

—Teniendo en cuenta mis magulladuras,

dímelo tú. Médica.

—Te lo diré. Más tarde… Ahora, en cambio… Vas a estar fuera una temporada, te voy a echar de menos… ¿Cómo te encuentras ahora? Podrás… Eso es todo, Mozaïk. Vete a tu cuarto y no nos molestes. ¿Qué se supone que significa esa sonrisita, muchacha? ¿Voy a tener que dejártela congelada en los labios para siempre?

Interludio

Jaskier, *Medio siglo de poesía*

(fragmento de un borrador que nunca ha formado parte de la edición oficial)

En verdad, el brujo tenía mucho que agradecerme. Cada día que pasaba, más.

La visita a Pyral Pratt en Revellín, concluida, como sabéis, de forma accidentada y sangrienta, le reportó, no obstante, ciertos beneficios. Geralt dio con la pista del ladrón de sus espadas. En parte, fue obra mía, pues fui yo quien, gracias a mi ingenio, encaminé a Geralt hacia Revellín. Y al día siguiente fui yo, y no otro, quien le proporcionó una nueva arma a Geralt. No podía verlo yendo por ahí desarmado. ¿Decís que un brujo nunca está indefenso? ¿Que es un mutante adiestrado para todo género de combates, dos veces más fuerte y

diez veces más rápido que un individuo normal? ¿Que derriba a tres rufianes armados en un santiamén, con una duela de roble? ¿Que para colmo domina la magia, merced a sus Señales, que como arma no están nada mal? Cierto. Pero una espada es una espada. Cuántas veces no me habrá repetido que sin espada se siente desnudo. Total, que le proveí de una espada.

Pratt, como ya sabéis, nos había mostrado su agradecimiento, al brujo y a mí, con una suma de dinero, no es que fuera demasiado esplendido, pero menos da una piedra. Al día siguiente por la mañana, siguiendo instrucciones de Geralt, acudí corriendo con el cheque a la sucursal de los Giancardi. Presenté el cheque para hacerlo efectivo. Mientras esperaba, eché un vistazo a mi alrededor. Y vi que alguien me estaba mirando atentamente. Una mujer, no muy mayor, aunque tampoco joven, con ropas de buen gusto y elegantes. No es raro que una mujer me mire fascinada, mi arrebatador encanto varonil muchas

mujeres lo encuentran irresistible.

De pronto la mujer se me acerca, se me presenta como Etna Asider y dice que me conoce. Es algo increíble, todo el mundo me conoce, la fama me precede allá adonde voy.

—Me han llegado noticias, poeta —dice—, de la desgracia que ha sufrido tu camarada, el brujo Geralt de Rivia. Sé que ha perdido sus armas y que necesita urgentemente una nueva. También sé lo difícil que es hacerse con una buena espada. El caso es que dispongo de una espada así. Es una herencia de mi difunto marido, que Dios lo tenga en su gloria. Precisamente había venido al banco para obtener algo de dinero por esa espada, pues, ¿de qué le sirve una espada a una viuda? El banco me ha tasado la espada y quieren que se la deje en depósito. Yo, en cualquier caso, necesito dinero urgentemente, pues tengo que pagar deudas de mi marido, si no los acreedores se me van a comer viva. Así que…

Dicho lo cual, levanta la mujer un envoltorio

de damasco y descubre una espada. Un prodigio, debo decir. Ligera cual pluma. La vaina bonita, elegante, la empuñadura de piel de lagarto, el gavilán dorado, un jaspe en el pomo como un huevo de paloma. La saco de la vaina y no doy crédito a mis ojos. En la hoja, muy cerca del gavilán, una marca de orfebre con forma de sol. Y justo al lado, una inscripción: «No la desenfundes sin motivo, no la enfundes sin honor». O sea, un arma forjada en Nilfgaard, en Viroledo, ciudad célebre en todo el mundo por sus forjas de espadas. Acaricio el filo con la yema del pulgar: como una navaja de afeitar, os digo.

Como no soy ningún pardillo, hago como si nada, miro con aire indiferente a los empleados del banco ocupándose de sus cosas, y a una señora mayor que está sacando brillo a los picaportes de latón.

—La banca Giancardi —dice la viuda— ha tasado la espada en doscientas coronas. Dejándosela en depósito. Pero, si alguien me pone

el dinero encima de la mano, se la vendo por ciento cincuenta.

—Oh, oh —respondo—. Ciento cincuenta es un dineral. Da para una casa. Siempre que sea pequeña. Y en las afueras.

—Ay, don Jaskier. —La pobre mujer ya no sabía qué hacer, se le saltaban las lágrimas—. Os burláis de mí. Sois un hombre cruel, pues que abusáis de esa manera de una viuda. Mas no tengo otra salida, sea como queréis: os la vendo por cien.

Y de ese modo, queridos míos, resolví el problema del brujo.

Corrí a El Cangrejo y la Anguila, Geralt ya estaba allí, zampándose unos huevos con beicon, ja, seguro que la bruja pelirroja había vuelto a ponerle queso fresco con cebollino para el desayuno. Me acerco, y ¡catacrac!: la espada encima de la mesa. Se quedó mudo. Suelta la cuchara, desenfunda el arma, la mira detenidamente. Tenía la cara de piedra. Pero yo ya

estoy habituado a esas mutaciones suyas, sé que no es capaz de expresar la menor emoción. Por muy entusiasmado y contento que esté, nunca lo da a entender.

—¿Cuánto has dado por esto?

Quise replicarle que no era asunto suyo, pero recordé justo a tiempo que había pagado con su dinero. Así que se lo dije. Me estrechó la mano, sin decir ni palabra, sin inmutarse. Así es él. Sencillo, pero franco.

Y me dice que se marcha. Solo.

—Querría —se anticipó a mis protestas— que te quedaras en Kerack. Y que tuvieras los ojos y los oídos bien abiertos.

Me contó lo ocurrido el día anterior, su charla nocturna con el príncipe Egmund. Y no paraba de distraerse con la espada viroledana, como un niño con un juguete nuevecito.

—No entra en mis planes —concluyó— servir al príncipe. Ni tomar parte en las bodas reales de agosto como miembro de la guardia pretoriana.

Egmund y tu primo están seguros de que van a atrapar pronto al ladrón de mis espadas. No comparto su optimismo. Lo cual me viene bien, en el fondo. Si se hiciera con mis espadas, Egmund me tendría pillado. Prefiero encontrar yo al ladrón, en Novigrado, en julio, antes de la subasta en Casa Borsody. Recupero las espadas y no vuelvo a dejarme ver en Kerack. Y tú, Jaskier, ten el pico cerrado. Nadie tiene que enterarse de lo que nos contó Pratt. Nadie. Incluido tu primo el instigator.

Le prometí que sería una tumba. Pero él me miraba de una forma extraña. Como si no me creyera.

—Y como pueden pasar muchas cosas —continuó—, he de tener un plan alternativo. Para eso, me gustaría saber el máximo posible de Egmund y de sus hermanos y hermanas, de todos los eventuales pretendientes al trono, del propio rey, de toda la familia real. Me gustaría saber qué se proponen y qué traman. Quién se entiende con quién, qué facciones son más activas y todo eso.

¿Queda claro?

—Deduzco que a Lytta Neyd —repuse— no la quieres implicar en esto. Y considero que haces bien. La bella pelirroja sin duda está bien informada de las cuestiones que te interesan, pero tiene demasiados vínculos con la monarquía local como para decidirse por una doble lealtad, eso en primer lugar. En segundo, no le comuniques que vas a desaparecer próximamente y no piensas volver. Porque su reacción puede ser muy violenta. A las hechiceras, como ya has tenido ocasión de comprobar, no les gusta que alguien desaparezca.

»En cuanto a lo demás —le prometí—, puedes contar conmigo. Tendré los oídos y los ojos bien abiertos y orientados en la dirección adecuada. A la familia real de aquí ya la he tratado y me he aburrido de oír cotilleos sobre ella. Su majestad el rey Belohun se ha asegurado una copiosa progenitura. Ha cambiado frecuente y fácilmente de mujer, en cuanto le echaba el ojo a una nueva, la vieja se iba al otro barrio muy oportunamente:

por un raro capricho del destino contraía una repentina enfermedad ante a la cual la medicina se revelaba impotente. De ese modo, a día de hoy, el rey tiene cuatro hijos legítimos, cada uno de una madre distinta. No cuento a las numerosas hijas, pues ésas no pueden aspirar al trono. Tampoco cuento a los bastardos. Baste con señalar que en Kerack todos los cargos y oficios de importancia son detentados por los esposos de las hijas. Mi primo Ferrant es una excepción. Los hijos naturales están al frente del comercio y la industria.

El brujo, según veo, me escucha con toda atención.

—Los cuatro hijos legítimos —sigo contándole— son, por orden de edad, los siguientes. El primogénito no sé cómo se llama, en la corte está prohibido mencionarlo, después de una pelea con su padre y no hay ni rastro de él, nadie ha vuelto a verlo. Al segundo, Elmer, lo tienen encerrado, es un enfermo mental y un borracho. Se supone que es

un secreto de estado, pero en Kerack lo sabe todo el mundo. Los verdaderos pretendientes son Egmund y Xander. Se odian, y Belohun lo explota hábilmente, y tiene a los dos siempre en vilo. En la cuestión sucesoria también se las arregla de vez en cuando para favorecer ostentosamente y hacer concebir con sus promesas falsas ilusiones a alguno de los bastardos. Últimamente se murmura por los rincones que ha prometido que la corona será para el hijo que conciba con su nueva mujercita, precisamente con la que va casarse oficialmente en Lammas.

»Mi primo Ferrant y yo —sigo diciendo— creemos, no obstante, que no son más que promesas que se lleva el viento, con ayuda de las cuales ese viejo pellejo piensa predisponer a la jovencita para que se lo monte bien en la cama. Que Egmund y Xander son los únicos candidatos reales al trono. Y que si hiciera falta un coup d'état, lo llevaría a cabo uno de los dos. He conocido a los dos, por mediación de mi primo.

Ambos son… esa impresión me han dado… resbaladizos como la mierda con mayonesa. No sé si sabes lo que quiero decir con eso.

Geralt aseguró que sí lo sabía, que él mismo se había llevado una impresión parecida cuando había hablado con Egmund, sólo que no había sabido expresarlo de una forma tan bonita. Tras lo cual se quedó profundamente pensativo.

—Regreso pronto —dice por fin—. Y tú ocúpate aquí de todo y estate muy atento.

—Antes de despedirnos —le digo—, sé un buen amigo y cuéntame algo de la pupila de tu maga. La del pelo planchado. Es un auténtico capullo de rosa, sólo hay que trabajársela un poquitín y florecerá prodigiosamente. Así que he pensado en dedicarme a ella…

Entonces le cambió la cara. Y descargó tal puñetazo en la mesa que las jarras pegaron un salto.

—Tus garras, lejos de Mozaïk, musicucho. —Así se dirigió a mí, sin una pizca de respeto—.

Quítatela de la cabeza. ¿No sabes que las pupilas de las hechiceras tienen estrictamente prohibido hasta el flirteo más inocente? Por la más pequeña infracción de esa clase Coral la considerará una alumna indigna y la echará de la escuela, y eso para una pupila es una humillación terrible y una deshonra, he oído hablar de suicidios con ese trasfondo. Y con Coral no hay bromas que valgan. No tiene sentido del humor.

Me entraron ganas de aconsejarle que probara a hacerle cosquillas con una pluma de gallina en la raja del culo, una medida como ésa alegra hasta a las tías más cenizas. Pero no dije nada, porque lo conozco. No soporta que le hablen despreocupadamente de sus mujeres. Ni siquiera de las de una sola noche. Así que juré por mi honor que quedaba borrada del orden del día la inocencia de la adepta del pelo planchado y que ni siquiera iba a hacerle la corte.

—Si tanto te ha molestado —replicó, más animado ya, en el momento de despedirse—, que

sepas que he conocido en el juzgado local a una señora abogada. Parecía bien dispuesta. Prueba a ligártela.

Pues vale. No sé, ¿es que tengo que tengo que tirarme a la administración de justicia?

Aunque, por otra parte…

Interludio

Muy respetable señora Lytta Neyd
Kerack, Ciudad Alta
Villa Ciclamen

Castillo de Rissberg,
1 de julio de 1245 p. R.

Querida Coral:

Confío en que mi carta te encuentre bien de salud y de ánimos. Y en que todo se esté desarrollando en consonancia con tus previsiones. Me apresuro a comunicarte que el brujo conocido como Geralt de Rivia se presentó por fin en nuestro castillo. Nada más llegar, en un lapso de tiempo inferior a una hora, se mostró tan irritantemente insoportable que fue capaz de granjearse la animadversión de todo el mundo sin excepción, incluida la del honorable Hortulano, alguien que pasa por ser la personificación de la amabilidad y la buena disposición con cualquiera que se le acerca. Las opiniones que circulan en relación con el mencionado sujeto no resultan, como he tenido

ocasión de comprobar, mínimamente infundadas, y la antipatía y hostilidad con que es acogido allá donde va parecen sólidamente fundadas. Dicho todo lo cual, es justo reconocerle sus méritos, y yo voy a ser el primero en hacerlo, sine ira et studio. Este individuo es un profesional de la cabeza a los pies, y en lo tocante a su oficio es digno de toda confianza. Llevará a cabo la misión encomendada o perecerá en el intento, de eso no cabe la menor duda.

Así pues, podemos dar por logrado el objetivo de nuestra empresa, fundamentalmente gracias a ti, querida Coral. Debemos agradecerte tus desvelos, y ese agradecimiento será permanente. Cuentas, muy especialmente, con mi personal gratitud. Como viejo amigo tuyo, y recordando cuanto nos ha unido en el pasado, soy más consciente que nadie de tu abnegación. Me doy cuenta de cómo has tenido que sufrir la cercanía de ese individuo, que constituye un conglomerado de todos los vicios que más aborreces. Su cinismo, nacido de profundos complejos, su naturaleza recelosa e introvertida, su falta de sinceridad, su mentalidad primitiva, su escasa inteligencia, su arrogancia monstruosa. Para no irritarte, mi querida Coral, pues sé de sobra cómo odias estas cosas, no haré mención a sus manos horribles y sus uñas descuidadas. Pero,

como queda dicho, ya han llegado a su fin tus sufrimientos, problemas y turbaciones, ya nada te impide dar por terminada tu relación con ese sujeto e interrumpir todo contacto con él. Poniendo así punto final y zanjando de una vez por todas esas insidias propaladas por esas malas lenguas que se afanan por presentar como un vulgar romance lo que no ha sido, por parte tuya, sino fingida y aparente gentileza con el brujo. Pero basta ya de esto, no vale la pena detenerse en este asunto.

Sería el más feliz de los hombres, querida Coral, si quisieras venir a visitarme a Rissberg. No tengo que añadir que bastaría una sola palabra tuya, un gesto, una sonrisa, para que acudiera corriendo a tu encuentro.

Con el más profundo de los respetos, siempre tuyo,

Pinety

P. S.: Las malas lenguas a las que hacía referencia suponen que tu buena disposición hacia el brujo ha sido fruto del deseo de molestar a nuestra cofrade Yennefer, que presuntamente seguiría interesada en el brujo. En verdad es patética

la ingenuidad e ignorancia de tales intrigantes. Es de todos sabido que Yennefer mantiene una fogosa relación con un joven empresario del gremio de los joyeros, y que el brujo y sus fugaces amoríos la inquietan tanto como las nieves de antaño.

Interludio

Muy respetable señor Algemon Guincamp
Castillo de Rissberg

Ex urbe Kerack,
die 5. mens Jul. Anno 1245 p. R.

Querido Pinety:

Gracias por tu carta, hacía mucho que no me escribías, vaya, se ve que no tenías nada que contarme y que tampoco había surgido la ocasión.

Es conmovedora tu preocupación por mi salud y mi estado de ánimo, así como por saber si todo se está desarrollando de acuerdo con mis previsiones. Puedo decirte con satisfacción que todo me está yendo como tiene que ir, a ello le dedico mucho esfuerzo, y cada uno, como es sabido, es timonel de su propia nave. Mi nave, debes saberlo, la gobierno con mano firme entre borrascas y arrecifes, alzando la cabeza cada vez que la tormenta ruge a mi alrededor.

En cuanto a mi salud, lo cierto es que no puedo estar mejor. Físicamente, como de costumbre, y

también psíquicamente, desde hace no mucho, desde que tengo algo que durante mucho tiempo me había faltado. Sólo he sabido hasta qué punto me faltaba cuando ha dejado de faltarme.

Me alegro de que vuestra empresa, que exige la intervención del brujo, esté encaminada al éxito, estoy orgullosa de mi modesta participación en ella. No obstante, en vano te afliges, querido Pinety, si crees que ha estado acompañada de renuncias, sufrimientos, problemas y turbaciones. No ha sido para tanto. Es verdad que Geralt es todo un conglomerado de vicios. Pero también he descubierto en él —sine ira et studio— algunas virtudes. Virtudes importantes, te lo aseguro, y más de uno, si llegara a enterarse, se quedaría desconcertado. Y más de uno sentiría envidia.

En cuanto a los rumores, medias palabras, murmullos e intrigas a las que haces referencia, querido Pinety, todos estamos ya acostumbrados y sabemos cómo vivir con esas cosas, y el consejo es bien sencillo: ignorarlos. Seguro que recuerdas aquellos dimes y diretes acerca de ti y de Sabrina Glevissig, en una época en que se supone que teníamos una relación. Yo nos les hice ni caso. Ahora te aconsejo que tú hagas lo mismo.

Bene vale,

Coral

P. S.: Estoy de trabajo hasta arriba. Un eventual encuentro nuestro no me parece posible en un futuro próximo.

Capítulo noveno

Yerran por distintas tierras, mas sus antojos et su humor non consienten subjeción. Quiere ello dezir que non reconoscen poder alguno, divino óhumano que sea, que non respetan drechos ni reglas, que a nada ni a nadie non se someten, teniéndose por impunes. Falsarios por naturaleza, viven de las profecías con que embaucan a los nescios, sirven de espías, espenden amuletos contrafechos, remedios engañosos, bebediços et narcóticos, et son asimesmo aveçados rufianes, traficando con moças disolutas para el gozo deshonesto de quienes pagan. Et si caen en pobreza, no fazen ascos a la mendicidad, ni al simple robo, mas trampas y artimañas son más de su sabor. Engañan a las almas cándidas, faziéndoles creer que defienden a las gentes et matan a los monstruos por su seguridad, mas todo ello no son sino

patrañas: desde ha mucho tiempo es cosa sabida que actúan ansi por su propio deleyte, pues no hay para ellos diversión como el crimen. Quando se preparan para sus fazañas, executan algún conjuro bruxeril, que no es sino un engaño de los ojos de aquéllos que miran. Piadosos sacerdotes han puesto al descubierto, con toda presteça, tanta simulación y supercheria, para desconcierto de aquestos lacayos del maligno que se dizen bruxos.

Anónimo*, Monstrum o descripción de los bruxos*

No tenía Rissberg un aspecto inquietante, ni siquiera imponente. Un castillito como otro cualquiera, ni grande ni pequeño, elegantemente integrado en la escarpada ladera de la montaña, al borde de un precipicio, con una muralla clara que contrastaba con el verdor perenne del bosque de coníferas y dos torres rectangulares, una más alta que otra, cuyos tejados dominaban las copas de los

arboles. La muralla que rodeaba el castillo no era, como pudo advertir desde cerca, demasiado alta, y no estaba coronado por almenas, y las torres situadas en las esquinas, por encima del portón, tenían un carácter más decorativo que defensivo.

Había en el camino, que serpenteaba en torno al cerro, huellas de un intenso tráfico. Pues no faltaba tráfico, y bien intenso que era. A cada paso tenía el brujo que adelantar carros, carretas, jinetes solitarios y peatones. Se cruzó asimismo con numerosos viajeros que venían en sentido contrario, desde la parte del castillo. Geralt supuso que iban en peregrinación. Y supuso bien, como pudo comprobar nada más salir del bosque.

La cima llana del cerro, al pie de la cortina de la muralla, estaba ocupaba por una pequeña ciudad, construida a base de madera, cañas y paja: todo un complejo de edificios, grandes y pequeños, y de tejadillos, rodeado por una empalizada y por una serie de establos para los caballos y el ganado. Llegaba de allí mucho

alboroto y había un vivísimo ajetreo, como sólo podía haber en un mercado o una feria. Pues en efecto era aquello una feria, un bazar, un gran mercado, sólo que allí no se comerciaba con aves, pescados u hortalizas. La mercancía que se ofrecía al pie del castillo de Rissberg era la magia: amuletos, talismanes, elixires, opiáceos, decocciones, extractos, destilados, cochuras, inciensos, perfumes, siropes, polvos y ungüentos, así como todo tipo de objetos prácticos protegidos por conjuros, equipamiento para el hogar, adornos y hasta juguetes para niños. Todo ese surtido atraía a una multitud de compradores. Había demanda, había oferta, y los tratos parecían cerrarse sin pausa.

El camino se bifurcaba. El brujo tomó el ramal que conducía al portón del castillo, considerablemente menos concurrido que el otro, el que llevaba a los clientes a la plaza del mercado. Atravesó el portal empedrado, entre la doble hilera de menhires allí colocados con toda

intención, en su mayoría bastante más altos que él a lomos de su yegua. Pronto se encontró con una puerta, más propia de un palacio que de una fortaleza, con pilastras y frontón ornamentados. El medallón del brujo tembló con vigor. *Sardinilla* relinchó, golpeó el empedrado con la herradura y se detuvo en seco.

—Identidad y propósito de la visita.

Geralt levantó la cabeza. Una voz áspera y profunda, como un eco, pero inequívocamente femenina, parecía llegarle desde la boca muy abierta de la cabeza de una arpía representada en el tímpano. El medallón temblaba, la yegua bufó. Geralt notaba una extraña presión en las sienes.

—Identidad y propósito de la visita —volvió a sonar por el agujero del relieve. Algo más fuerte que antes.

—Geralt de Rivia, brujo. Me esperan.

La cabeza de la arpía emitió un sonido que recordó a un trompetazo. La magia que bloqueaba el portal se disipó, la presión en las sienes cesó al

instante, y la yegua echó a andar sin que hubiera que arrearla. Los cascos golopeaban en las piedras.

Geralt salió del portal y apareció en un cul-de-sac rodeado por una galería. Inmediatamente salieron corriendo a su encuentro dos criados, dos muchachos con ropa de un funcional color pardo. Uno de ellos se ocupó de la yegua, el otro le sirvió al brujo de guía.

—Por aquí, señor.

—¿Siempre está esto así? ¿Con tanto movimiento? ¿Allí, al pie del castillo?

—No, señor. —El criado le dirigió una mirada recelosa—. Sólo los miércoles. Los miércoles hay mercado.

En la coronación del siguiente portal, en forma de arco, había una cartela, y en ella un nuevo bajorrelieve, sin duda también mágico. Representaba las fauces de un amfisbén. El portal estaba protegido por una reja decorativa, de aspecto sólido, la cual, sin embargo, se abrió

ligera y suavemente al ser empujada por el criado.

El segundo patio tenía una superficie considerablemente mayor. Y sólo desde allí se podía apreciar cabalmente el castillo. El aspecto que tenía desde lejos se reveló muy engañoso.

Rissberg era bastante mayor de lo que parecía a primera vista. Y es que se adentraba profundamente en la pared de la montaña, se introducía formando un complejo de edificios, de construcciones severas y feas, de un tipo que no suele darse en la arquitectura de los castillos. Tales edificios parecían fábricas, y es posible que lo fueran. Pues de ellas salían, elevándose hacia lo alto, chimeneas y conductos de ventilación. Olía a humillo, a azufre y amoniaco, y además se apreciaba una ligera vibración en el suelo, prueba del funcionamiento de algún tipo de máquinas subterráneas.

El criado carraspeó para apartar la atención de Geralt del complejo fabril. Les correspondía ir en otra dirección: hacia la torre del homenaje, la más

baja, que contrastaba con el resto de las construcciones por su carácter más clásico, más palaciego. El interior también era clásicamente palaciego: olía a polvo, a madera, a cera y a vejez. Estaba iluminado, bajo el techo, aletargadas como peces en un acuario, flotaban unas bolas mágicas envueltas en aureolas de luz, la iluminación usual en las residencias de los hechiceros.

—Bienvenido, brujo.

Quienes lo saludaron resultaron ser dos hechiceros. Conocía a ambos, aunque no personalmente. A Harlan Tzara se lo había señalado Yennefer una vez, Geralt se acordaba de él, porque probablemente era el único con la cabeza rapada al cero. A Algemon Guincamp, llamado Pinety, lo recordaba de Oxenfurt. De la Academia.

—Te damos la bienvenida a Rissberg —le saludó Pinety—. Nos alegra que hayas querido venir.

—¿Me tomas el pelo? No estoy aquí por mi

propia voluntad. Para obligarme a venir, Lytta Neyd hizo que me metieran en el trullo…

—Pero más tarde te sacó de allí —le cortó Tzara—. Y te retribuyó generosamente. Te recompensó las incomodidades con gran, hum, devoción. Se dice que desde hace una semana, por lo menos, tienes con ella muy buenas… relaciones.

Geralt, con gran esfuerzo, consiguió vencer la tentación de partirle la cara. Pinety tuvo que darse cuenta.

—Pax. —Levantó la mano—. Pax, Harlan. Dejémonos de discusiones. Vamos a ahorrarnos las peleas a base de pullas y sarcasmos. Sabemos que Geralt está mal predispuesto contra nosotros, se nota en cada palabra que pronuncia. Sabemos a qué se debe, sabemos cómo le ha deprimido la historia con Yennefer. Y cuál ha sido la reacción del entorno ante esa historia. Pero Geralt es un profesional, sabrá estar por encima de todo eso.

—Sabrá —admitió con amargura Geralt—. La pregunta es si querrá. Vayamos de una vez al

grano. ¿Por qué estoy aquí?

—Nos haces falta —dijo Tzara secamente—. Precisamente tú.

—Precisamente yo. ¿Debo sentirme honrado? ¿O tengo que empezar a asustarme?

—Eres famoso, Geralt de Rivia —dijo Pinety —. Hay un consenso generalizado en admitir que tus actos y proezas son espectaculares y dignos de admiración. Con la nuestra, como podrás comprender, no puedes contar especialmente, no somos amigos de mostrar admiración, sobre todo a alguien como tú. Pero sabemos reconocer el profesionalismo y respetar la experiencia. Los hechos hablan por si solos. Eres, me atrevería a afirmar, un destacado… hum…

—¿Qué?

—Eliminador. —Pinety encontró la palabra fácilmente, era evidente que ya la tenía pensada de antemano—. Alguien que elimina a las bestias y monstruos que nos amenazan.

Geralt no hizo ningún comentario. Se quedó a

la espera.

—Además, nuestro objetivo, el objetivo de los hechiceros, es el bienestar y la seguridad de la gente. Así pues, cabe hablar de una comunidad de intereses. Los malentendidos ocasionales no deben ocultarlo. Hace no mucho nos lo hizo entender el amo de este castillo. Quien había oído hablar de ti. Y quería conocerte en persona. Ése era su deseo.

—Hortulano.

—El archimaestre Hortulano. Y sus colaboradores más cercanos. Serás presentado. Más tarde. El criado te mostrará tus aposentos. Querrás refrescarte después del viaje. Reposar. En breve mandaremos a alguien a buscarte.

Geralt pensaba. Recordó todo lo que había oído en alguna ocasión sobre el archimaestre Hortulano. Que era, como quería el consenso generalizado, una leyenda viva.

Hortulano era una leyenda viva, una persona con méritos nada comunes para el arte de la hechicería.

Su obsesión era la popularización de la magia. A diferencia de la mayoría de los hechiceros, consideraba que los beneficios y ventajas que se derivaban de los poderes sobrenaturales deberían ser propiedad comunal y servir para incrementar el bienestar general, el confort y la felicidad de todos. Todo el mundo, soñaba Hortulano, debería tener garantizado el acceso gratuito a los remedios y elixires mágicos. Los amuletos y talismanes de los hechiceros y toda suerte de artefactos tendrían que estar al alcance de todo el mundo. Que la telepatía, la telequinesia, la teletransportación y la telecomunicación fueran privilegio de todos. Para lograrlo, Hortulano siempre estaba descubriendo algo. Es decir, que hacía descubrimientos. Algunos de ellos tan legendarios como él mismo.

La realidad había corregido dolorosamente las

ilusiones del viejo mago. Ni uno solo de sus descubrimientos, que se suponía que iban a extender y democratizar la magia, había ido más allá de la fase de prototipo. Todo lo que inventaba Hortulano, y que supuestamente iba a ser sencillo, resultaba monstruosamente complicado. Lo que tenía que ser masivo resultaba endiabladamente caro. Pero Hortulano no se desanimaba: los fiascos, en vez de abatirlo, lo incitaban a seguir con sus intentos. Que conducían a nuevos fiascos.

Se sospechaba —al propio Hortulano, naturalmente, esa idea nunca se le pasó por la cabeza— que el fracaso de los descubrimientos a menudo obedecía sencillamente al sabotaje. No se trataba en este caso —al menos, no únicamente— de la habitual envidia de la cofradía de los hechiceros, de su falta de voluntad de popularizar un arte que los magos preferían ver en manos de una élite, o sea, en sus propias manos. Recelaban sobre todo de los inventos de carácter militar y letal. Con motivo. Como todo inventor, Hortulano

tenía periodos de fascinación por los materiales explosivos e incendiarios, por las bombardas, por los carros acorazados, por los mosquetes y trabucos y por los gases venenosos. La condición necesaria de la prosperidad, argumentaba el anciano, es la paz universal entre los pueblos, y a la paz se llega por medio del armamento. El método más seguro para evitar las guerras consiste en amedrentar con armas aterradoras, y cuanto más aterradoras sean las armas más firme y duradera será la paz. Dado que Hortulano no tenía la costumbre de atender a razones, unos saboteadores infiltrados entre su grupo de inventores se dedicaban a torpedear los hallazgos peligrosos. Prácticamente ninguno vio la luz del día. La excepción fue su célebre lanzabalas, que fue objeto de infinidad de chistes. Era una especie de arbalesta telequinética con un gran recipiente lleno de balas de plomo. El lanzabalas —de ahí su nombre— tenía que lanzar las balas hacia su blanco, y además en serie. El prototipo salió, oh

sorpresa, de los muros de Rissberg, y hasta fue puesto a prueba en alguna escaramuza. Aunque con un resultado lamentable. El tirador que hizo uso del invento, interrogado acerca de la efectividad del arma, no tuvo más remedio que responder, al parecer, que el lanzabalas era igual que su suegra. Pesado, feo y completamente inútil. No valía para nada, sólo para cogerlo y hundirlo en el río. El viejo hechicero ni se inmutó cuando le fueron con el cuento. El lanzabalas no es más que un juguete, parece que dijo, él ya tenía encima de la mesa otros proyectos mucho más avanzados, aptos para ataques masivos. Él, Hortulano, estaba decidido a traerle a la humanidad el bien de la paz, aunque para ello tuviera que acabar primero con la mitad de la población.

La pared de la estancia a la que le condujeron estaba cubierta con un enorme paño, obra maestra del arte de la tapicería, una arcádica verdure. El

tapiz estaba desfigurado por una mancha mal lavada que recordaba hasta cierto punto a un gran calamar. Alguien, juzgó el brujo, ha debido de vomitar hace bien poco tiempo encima de esta obra maestra de la tapicería.

Había siete personas sentadas detrás de una larga mesa que ocupaba el centro de la habitación.

—Maese Hortulano —Pinety hizo una leve reverencia—, permite que te presente. Geralt de Rivia. El brujo.

A Geralt no le sorprendió el aspecto de Hortulano. Se suponía que era el más viejo de los hechiceros vivos. Puede que fuera verdad o puede que no, pero indudablemente se trataba del hechicero con más pinta de viejo. Lo raro del caso es que justamente él, y no otro, era el inventor de una célebre decocción de raíz de mandrágora, un elixir que los magos empleaban con el fin de detener el proceso de envejecimiento. El propio Hortulano, cuando dio finalmente con una fórmula realmente eficaz para aquella sustancia mágica, no

le sacó mucho partido, porque para entonces ya era un anciano provecto. El elixir prevenía el envejecimiento, pero no rejuvenecía en absoluto. De ahí que Hortulano, aunque usara el remedio hacía ya tiempo, no dejara de parecer un abuelete, sobre todo si se le comparaba con sus cofrades: unos venerables hechiceros con aspecto de hombres en la flor de la edad y unas hechiceras que habían vivido ya lo suyo pero estaban hechas unas mozas. Aquellas hechiceras resplandecientes de juventud y de encanto y aquellos hechiceros que apenas peinaban canas, cuyas auténticas fechas de nacimiento se perdían en la noche de los tiempos, guardaban el secreto del elixir de Hortulano como la niña de sus ojos, y a veces negaban su misma existencia. Pero a Hortulano lo tenían engañado y le hacían creer que el elixir estaba al alcance de todo el mundo, gracias a lo cual la humanidad era prácticamente inmortal y, por lo mismo, totalmente dichosa.

—Geralt de Rivia —repitió Hortulano,

estrujándose un mechón de las barbas grises—. Y cómo no, y cómo no, hablar de ti hemos oído. El brujo. El baluarte, como dicen, el protector que a la gente trae la salvación del mal. Digno preservativo y antídoto contra toda suerte de males monstruosos.

Geralt adoptó una expresión humilde y se inclinó.

—Y cómo no, y cómo no… —prosiguió el hechicero, tirándose de la barba—. Ya sabemos, ya. Según la evidencia toda, con tal de proteger a la gente esfuerzo ninguno escatimas, muchacho, no escatimas. Y es en verdad digno de estima tu proceder, digno de estima tu oficio. Te damos la bienvenida a nuestro castillo, encantados de que los hados te hayan traído hasta aquí. Porque, aunque puede que tú mismo no lo sepas, estás de vuelta, como el pájaro aquel a su nido… Digo bien, como el pájaro aquel. Nos alegramos de verte y confiamos en que tú también te alegrarás de vernos. ¿Eh?

Geralt estaba en un apuro, no sabía cómo dirigirse a Hortulano. Los hechiceros no observaban las formas de cortesía y tampoco las esperaban de los demás. Pero no sabía si eso regía también con aquel anciano de cabellera y barbas grises, que además era una leyenda viva. Así que en lugar de contestar volvió a inclinarse ante él.

A continuación Pinety le presentó a los hechiceros que estaban sentados a la mesa. A algunos Geralt ya los conocía. De oídas.

Axel Esparza, más conocido como Axel el Caracañado, tenía de hecho la frente y las mejillas cubiertas de marcas de viruela, no se las había quitado, según decían, por simple ir a contracorriente. Myles Trethevey, con sus cuatro canas, y Stucco Zangenis, algo más canoso, observaban al brujo con moderado interés. El interés de Biruta Icarti, una rubia relativamente atractiva, parecía algo mayor. Tarvix Sandoval, un tipo cuadrado, con pinta de caballero más que de mago, miraba hacia un lado, al tapiz, como si

acabara de fijarse en la mancha y se estuviera preguntando cómo había salido y quién podía ser el culpable.

El sitio más próximo a Hortulano lo ocupaba el que parecía ser el más joven de todos los allí presentes, Sorel Degerlund, de largos cabellos y, en parte por eso, con una clase de belleza un tanto feminoide.

—También nosotros —tomó la palabra Biruta Icarti— damos la bienvenida al célebre brujo, defensor de la gente. Nos alegramos de tenerlo entre nosotros, pues aquí, en este castillo, bajo los auspicios del archimaestre Hortulano, hacemos todo lo posible para que la vida de la población sea más segura y más fácil. También para nosotros el bienestar de las personas es un objetivo primordial. La edad del archimaestre no permite prolongar en exceso la audiencia. Así pues, pregunto como corresponde: ¿tienes algún deseo, Geralt de Rívia? ¿Hay algo que podamos hacer por ti?

—Le doy las gracias —Geralt volvió a inclinarse— al archimaestro Hortulano. Y a vosotros, honorables señores. Pero, ya que me animáis con vuestra pregunta… Si, hay algo que podríais hacer por mí. Podríais explicarme… esto. Esta cosa. Lo arranqué de un vigilosaurio que maté.

Depositó encima de la mesa la placa ovalada, del tamaño de una mano de niño. Con unas marcas grabadas.

—RISS PSREP Mk IV/ 002 025 —leyó en voz alta Axel el Caracañado, y le pasó la placa a Sandoval.

—Esa mutación se ha creado aquí, entre nosotros, en Rissberg —dijo Sandoval, con mal tono—. En la sección de pseudorreptiles. Un lagarto centinela. Modelo cuarto, serie segunda, ejemplar vigésimo quinto. Está obsoleto, hace tiempo que producimos otros modelos mejorados. ¿Qué más hay que explicar?

—Dice que ha matado al vigilosaurio. —

Stucco Zangenis torció el gesto—. Así que no se trata de pedir explicaciones, sino de protestar. Las reclamaciones, brujo, únicamente las aceptamos y las tomamos en consideración cuando proceden de compradores legales, y sólo si se presenta alguna prueba de la adquisición. Exclusivamente sobre esa base prestamos asistencia técnica y reparamos las averías…

—La garantía para ese modelo ha expirado hace tiempo —añadió Myles Trethevey—. En todo caso, ninguna garantía cubre las averias surgidas como consecuencia de un uso inadecuado del producto o que no se ajuste a las instrucciones de mantenimiento del mismo. Si no se ha utilizado debidamente el producto, Rissberg no asume ninguna responsabilidad. Ninguna responsabilidad.

—¿Y por esto —Geralt se sacó del bolsillo y arrojó sobre la mesa otra placa— asumís alguna responsabilidad?

La segunda placa era parecida por su forma y tamaño a la anterior, pero estaba oscurecida y

cubierta de una pátina. Había suciedad incrustada en la inscripción. Pero las marcas aún eran legibles:

IDR UL Ex IX 0012 BETA

Hubo un largo silencio.

—Idarran de Olivo —dijo por fin Pinety, en voz sorprendentemente baja y sorprendentemente insegura—. Un discípulo de Alzur. No creí que…

—¿De dónde has sacado esto, brujo? —Axel el Caracañado se inclinó por encima de la mesa—. ¿Cómo lo has conseguido?

—Preguntas como si no lo supieras —replicó Geralt—. Lo arranqué del pellejo de un monstruo que maté. Y que antes había acabado por lo menos con veinte vecinos de la zona. Por lo menos, porque creo que fueron muchos más. Yo diría que llevaba un año matando.

—Idarran… —masculló Tarvix Sandoval—. Y antes de él Malaspina y Alzur…

—Pero no hemos sido nosotros —dijo Zangenis—. No hemos sido nosotros. No ha sido

Rissberg.

—El noveno modelo experimental —añadió Biruta Icarti, pensativa—. Versión beta. Duodécimo…

—Duodécimo ejemplar —le cortó Geralt, no sin malicia—. ¿Y cuántos había en total? ¿Cuántos se fabricaron? Una respuesta a mi pregunta sobre la responsabilidad no la voy a obtener, eso está claro, porque no es cosa vuestra, no es cosa de Rissberg, vosotros estáis limpios y pretendéis que yo me lo crea. Pero al menos confesad una cosa, porque seguro que sabéis cuántos de esos ejemplares andan por los bosques matando gente. Cuántos de ésos habrá que encontrar. Y a cuántos habrá que cargarse. He querido decir: eliminar.

—¿Qué es eso?, ¿qué es eso? —Hortulano se animó de repente—. ¿Qué tenéis ahí? ¡Enseñádmelo! Ah…

Sorel Degerlund se inclinó hasta el oído del viejo, estuvo un buen rato susurrándole algo. Myles Trethevey, mostrándole la placa, también le

susurraba por el otro lado. Hortulano se mesaba las barbas.

—¿Que lo ha matado? —soltó de pronto un gallo—. ¿El brujo? ¿Ha destruido la obra genial de Idarran? ¿Lo ha matado? ¿Ha acabado con él así porque si?

El brujo ya no aguantaba más. Resopló. Perdió de repente todo respeto a la edad provecta y a las canas. Volvió a resoplar. Y después se echó a reír. Abiertamente y sin reparos.

Los semblantes atónitos de los hechiceros que estaban sentados detrás de la mesa, en lugar de cohibirlo, lo pusieron aún más contento. Qué diablos, pensó, ya no me acuerdo de cuándo fue la última vez que me reí con tantas ganas. Puede que en Kaer Morhen, recordó, sí, en Kaer Morhen. Cuando, estando en la letrina, a Vesemir se le rompió la tabla que tenía debajo.

—¡Y encima se ríe, el mocoso! —gritó Hortulano—. ¡Como burro que rebuzna! ¡Jovenzuelo insensato! ¡Pensar que yo te

defendiera cuando otros te difamaban! ¿Qué importancia tendrá, decía yo, que haya caído en amores de la pequeña Yennefer? ¿Y que la pequeña Yennefer le quiera? El corazón a razones no atiende, decía yo, ¡dejadlos en paz a los dos!

Geralt paró de reírse.

—Y tú, ¿qué es lo que has hecho, el más necio de los matasietes? —Al anciano se lo llevaban los demonios—. ¿Qué has hecho? ¿Acaso no te das cuenta de qué clase de obra maestra, qué milagro de la genética arruinaras? ¡Mas qué va a entender un profano como tú! ¡Qué vas a entender con tu razón limitada! ¡Cómo habrás tú de entender las ideas de los genios! ¡Tales como el propio Idarran, o como Alzur, su maestro, dotados de arte y talento extraordinarios! Los cuales inventaron y crearon grandes obras que habían de servir al bienestar de todos, y no lo hicieron pensando en sus ganancias, ni en el vil metal, ni en placeres ni deleites, sino en el progreso y en el bien común. Pero, ¿acaso aprehenderás algo de todo esto? ¡Nada, nada, ni

pizca aprehenderás!

»Y ademas te diré —Hortulano se ahogaba— que con este imprudente asesinato has deshonrado la obra de tus propios padres. Pues fueron Cosimo Malaspina, y después de él su discípulo Alzur, precisamente Alzur, quienes crearon a los brujos. Ellos idearon la mutación que ha permitido engendrar a los que son como tú. Gracias a la cual existes, gracias a la cual vas por el mundo, ingrato. ¡Deberías haber respetado a Alzur, a sus continuadores y a sus obras, en vez de destruirlas! Ay… Ay…

El viejo hechicero se calló de repente, puso los ojos en blanco y soltó un profundo gemido.

—Que me lo hago encima —anunció quejoso—. ¡Que me lo hago encima ya mismo! ¡Sorel! ¡Mi buen muchacho!

Degerlund y Trethevey se levantaron de un salto, ayudaron al viejo a ponerse de pie y lo sacaron de la estancia.

Enseguida se levantó Biruta Icarti. Dirigió al

brujo una mirada de lo más elocuente, tras lo cual salió sin decir palabra. Detrás de ella, sin dignarse mirar a Geralt, marcharon Sandoval y Zangenis. Axel el Caracañado se puso de pie, se cruzó de brazos. Estuvo un buen rato observando a Geralt. Un buen rato y con cara de pocos amigos.

—Ha sido un error invitarte —dijo por fin—. Lo sabía. Pero me engañé a mí mismo, pensando que te controlarías aunque sólo fuera para guardar las apariencias.

—El error ha sido aceptar vuestra invitación —replicó Geralt con fríaldad—. También yo lo sabía. Pero me engañé a mí mismo, pensando que responderíais a mis preguntas. ¿Cuántas obras maestras numeradas hay todavía en libertad? ¿Cuántos más prodigios como ése han fabricado Malaspina, Alzur e Idarran? ¿Cuántos ha creado el venerable Hortulano? ¿Cuántos monstruos con vuestras placas tendré que matar todavía? ¿Yo, el brujo, preservativo y antídoto? No he obtenido una respuesta y he aprehendido perfectamente por qué.

En cuanto a lo de guardar las apariencias, que te den, Esparza.

El Caracañado dio un portazo al salir. Tan fuerte que se desprendió el enlucido del estucado.

—Me parece —comentó el brujo— que no se han llevado muy buena impresión de mí. Pero tampoco contaba con ello, así que no estoy decepcionado. Pero no creo que esto sea todo, ¿no? Tanto esfuerzo para arrastrarme hasta aquí… ¿y esto iba a ser todo? Bueno, en ese caso… ¿Hay por aquí cerca algún local donde se pueda beber algo? ¿Puedo irme ya?

—No —respondió Harlan Tzara—. No puedes irte.

—Porque eso no ha sido todo, ni mucho menos —confirmó Pinety.

La habitación a la que le condujeron no era la tipica estancia en la que los hechiceros solían recibir a sus clientes. Por lo general —Geralt ya

había tenido ocasión de familiarizarse con esa costumbre— los magos concedían audiencia en salas con una decoración muy formal, a menudo severa y oprimente. No era concebible que un hechicero recibiera a nadie en sus aposentos privados, personales, algo que podría dar información sobre el carácter, los gustos y las preferencias del mago, en particular sobre la clase y especialidad de magia por él practicada.

En esta ocasión era bien distinto. Las paredes de la habitación estaban adornadas por numerosos grabados y acuarelas, todos sin excepción de carácter erótico o abiertamente pornográfico. En las estanterías había unos hermosos modelos de barcos que alegraban la vista con la precisión de sus detalles. Las minúsculas naves de las botellas hinchaban con orgullo las diminutas velas. Las muchas vitrinas, grandes y pequeñas, estaban llenas de soldaditos de plomo, de infantería y de caballería, de toda clase de ejércitos. Enfrente de la puerta, detrás de un cristal, colgaba una trucha

disecada. De grandes dimensiones, para ser una trucha.

—Siéntate, brujo —dijo Pinety. Desde el primer momento quedó claro que él era allí el amo.

Geralt se sentó, sin dejar de observar la trucha disecada. En vida, el pez debía de haber pesado sus buenas quince libras. Si es que no era una imitación de yeso.

—Frente a las escuchas —Pinety agitó una mano en el aire— nos protege la magia. Así que podemos charlar libremente y ocuparnos por fin de las verdaderas razones por las que te hemos hecho venir hasta aquí, Geralt de Rivia. Esa trucha que tanto te interesa fue pescada con mosca en el río Cinta, pesó catorce libras y nueve onzas. Fue liberada viva, lo que hay en la vitrina es una copia suya realizada mágicamente. Y ahora concéntrate, te lo ruego. En lo que voy a decir.

—Estoy preparado. Para cualquier cosa.

—Nos gustaría saber cuál es tu experiencia

con demonios.

Geralt levantó las cejas. Para eso no estaba preparado. Y eso que hasta hacia muy poco estaba convencido de que nada podía sorprenderle.

—¿Y qué es un demonio? ¿A vuestro juicio?

Harlan Tzara torció el gesto y se agitó impetuosamente. Pinety lo aplacó con la mirada.

—En la Academia de Oxenfurt —dijo— hay una cátedra de fenómenos sobrenaturales. Los maestros de la magia suelen acudir como invitados a dar cursos. Que tratan, entre otros temas, también de los demonios y el demonismo, atendiendo a los muchos aspectos de este fenómeno, incluidos el físico, el metafísico, el filosófico y el moral. Pero a lo mejor no hace falta contártelo, porque tú has asistido a esos cursos. Me acuerdo de ti, a pesar de que, en calidad de oyente libre, solías sentarte en la última fila del aula. Así que te repito la pregunta sobre tu experiencia con demonios. Ten la bondad de responder. Sin dártelas de listo, a ser posible. Y sin fingir sorpresa.

—En mi sorpresa —replicó secamente Geralt— no hay ni una gota de fingimiento, es tan sincera que hasta me duele. Cómo no va a sorprenderme el hecho de que se le pregunte por su experiencia con demonios a alguien como yo, un simple brujo, un simple preservativo y un antídoto aún más simple. Y que las preguntas las hagan unos maestros de la magia, los cuales imparten lecciones en la universidad sobre el demonismo y sus distintos aspectos.

—Responde a la pregunta que se te ha formulado.

—Soy brujo, no hechicero. Y eso quiere decir que, en lo tocante a demonios, mi experiencia no se puede comparar con la vuestra. He asistido a tus cursos en Oxenfurt, Guincamp. Lo más importante nos llegaba hasta la última fila del aula. Los demonios son criaturas de otros mundos, distintos al nuestro. De otros planos elementales… de otras superficies, de otras dimensiones del espacio-tiempo o como quiera que se llame. Para

tener alguna experiencia, del tipo que sea, con un demonio, es necesario invocarlo, esto es, sacarlo a la fuerza del plano en el que está. Eso sólo se puede lograr con ayuda de la magia…

—No de la magia, sino de la goecia —le interrumpió Pinety—. La diferencia es fundamental. Y no nos expliques lo que ya sabemos. Responde a la pregunta que se te ha formulado. Te lo pido por tercera vez. Asombrado de mi propia paciencia.

—Respondo a la pregunta: sí, he tenido que ver con demonios. En dos ocasiones me han contratado para… eliminarlos. He tenido que vérmelas con dos demonios. Con uno que se había introducido en un lobo. Y con otro que tenía poseído a un hombre.

—Y te las arreglaste.

—Me las arreglé. No fue fácil.

—Pero fue factible —intervino Tzara—. A pesar de lo que se dice. Y lo que se dice es que no hay manera de liquidar a un demonio.

—No he dicho que haya liquidado nunca a un demonio. Maté a un lobo y a un hombre. ¿Os interesan los detalles?

—Mucho.

—En el caso del lobo, que antes había mordido y despedazado a once personas, actué de acuerdo con un sacerdote, la magia y la espada triunfaron juntas, en comandita. Cuando tras librar un duro combate maté finalmente al lobo, el demonio que habitaba en él salió libre en forma de una gran esfera brillante. Y destruyó una buena porción del bosque, derribando un árbol tras otro. Al sacerdote y a mí no nos hizo ni caso, fue descepando la espesura en dirección contraria. Y luego se perdió de vista, seguramente volvió a su dimensión. El sacerdote insistía en que había sido mérito suyo, que con sus exorcismos había enviado al demonio al otro mundo. Yo creo más bien que el demonio se fue porque estaba aburrido, sin más.

—¿Y el otro caso?

—Fue más curioso.

»Maté al hombre poseído —prosiguió sin que lo apremiaran—. Y ya está. Nada de espectaculares efectos secundarios. Nada de esferas, ni de resplandores, ni de relámpagos, ni de tornados. Ni siquiera olía a nada. No tengo ni idea de qué fue del demonio. Al muerto lo examinaron sacerdotes y magos, cofrades vuestros. No encontraron nada y no llegaron a ninguna conclusión. Quemaron el cuerpo, porque el proceso de descomposición se presentó con plena normalidad, y hacía mucho calor…

Se calló. Los hechiceros intercambiaron miradas. Con los rostros imperturbables.

—Así pues, a mi entender —dijo por fin Harlan Tzara—, ése va a ser el único método adecuado con un demonio. Matar, acabar con el energúmeno, o sea, con el hombre poseído. Con el hombre, subrayó. Conviene matarlo cuanto antes, sin más esperas ni deliberaciones. Atravesarlo con la espada, con todas las fuerzas. Y listo. ¿Ése es el método del brujo? ¿La técnica del brujo?

—Qué mal se te da, Tzara. No sabes. Para vilipendiar a alguien, no basta con desearlo ardientemente, no basta con el entusiasmo ni el empeño. Es imprescindible la técnica.

—Pax, pax —nuevamente zanjó la discusión Pinety—. Se trata simplemente de aclarar los hechos. Nos has dicho que mataste a un hombre, son tus propias palabras. Se supone que el código de los brujos os prohíbe matar a personas. Aseguras que mataste a un energúmeno, a un hombre poseído por un demonio. Después de ese hecho, es decir, de haber dado muerte a un hombre, y vuelvo a citarte, no se observó ningún efecto espectacular. Entonces, cómo puedes estar seguro de que no era…

—Basta —le interrumpió Geralt—. Basta ya, Guincamp, estas alusiones no llevan a ninguna parte. ¿Quieres hechos? Pues mira, son los siguientes. Maté, porque no había más remedio. Maté para salvar la vida de otras personas. Y además contaba entonces con una dispensa legal.

Me la concedieron con carácter urgente, y a pesar de eso fue formulada en términos grandilocuentes. Estado de extrema necesidad, circunstancias eximentes de responsabilidad penal, sacrificio de un bien con el fin de preservar otro bien, amenaza efectiva e inminente. En efecto, era efectiva y era inminente. Es una pena que no vierais a aquel poseso en acción, que no vierais lo que hizo, de lo que era capaz. Poco sé de los aspectos filosóficos y metafísicos de los demonios, pero su aspecto físico es en verdad espectacular. Es capaz de asombrar al más pintado, creed lo que os digo.

—Te creemos —aseguró Pinety, cambiando una nueva mirada con Tzara—. Y tanto que te creemos. Porque también hemos visto lo nuestro.

—No lo dudo. —El brujo frunció los labios—. Tampoco lo dudaba en Oxenfurt, en tus conferencias. Se veía que dominabas el tema. De hecho, la base teórica me vino muy bien entonces, con aquel lobo y con aquel sujeto. Sabía de qué iba aquello. Ambos casos tenían el mismo

fundamento. ¿Cómo dijiste antes, Tzara? ¿Método? ¿Técnica? Pues allí había un método hechiceril y una técnica igualmente hechiceril. Algún hechicero, con sus conjuros, había invocado al demonio, lo había sacado a la fuerza de su plano, con la intención evidente de utilizarlo para sus propios fines mágicos. En eso se basa la magia demoníaca.

—La goecia.

—En eso se basa la goecia: invocar al demonio, utilizarlo y después liberarlo. Eso es lo que dice la teoría. Porque en la práctica ocurre que el hechicero, en vez de liberar al demonio después de utilizarlo, lo encierra mágicamente en el cuerpo de algún portador. En el cuerpo de un lobo, por ejemplo. O de una persona. Porque a los hechiceros como Alzur y como Idarran les gusta experimentar. Observar lo que hace el demonio en la piel de otro, cuando se le deja en libertad. Porque un hechicero como Alzur es un enfermo, un depravado, que está feliz y se divierte

contemplando los crímenes cometidos por el demonio. Eso es lo que ha pasado, ¿verdad?

—Han pasado tantas cosas —dijo despacio Harlan Tzara—. Generalizar es una idiotez, y reprochar una bajeza. ¿Tengo que recordarte a esos brujos que no han resistido la tentación de robar? ¿Que no han vacilado en ofrecer sus servicios como asesinos a sueldo? ¿Tengo que recordarte a los psicópatas que llevaban medallones con una cabeza de gato y que también se divertían con los crímenes que se cometían a su alrededor?

—Señores. —Pinety levantó una mano, conteniendo al brujo, que se disponía a darle la réplica—. Esto no es un pleno del ayuntamiento, no hay por qué competir en achacar defectos y patologías. Seguramente lo más sensato es reconocer que nadie es perfecto, que todos tenemos nuestros defectos, y ni siquiera las criaturas celestiales están libres de patologías. Digo yo. Concentrémonos en el problema que nos ocupa y que requiere una solución.

»La goecia —prosiguió Pinety tras una larga pausa— está prohibida, pues se trata de un procedimiento extremadamente peligroso. En si misma, la invocación al demonio no exige, lamentablemente, ni unos conocimientos excepcionales ni unas capacidades mágicas extraordinarias. Basta con estar en posesión de alguno de los grimorios nigrománticos, y de éstos se encuentran en abundancia en el mercado negro. No obstante, sin conocimientos y sin capacidades es difícil dominar al demonio invocado. El goeta de andar por casa puede darse con un canto en los dientes si el demonio invocado se limita a revolverse, liberarse y escapar. Muchos han acabado hechos picadillo. Por eso, la invocación de demonios y otras criaturas semejantes de los planos de elementos y paraelementos fue objeto de prohibición, bajo la amenaza de severas penas. Existe un sistema de control que garantiza que se respete la prohibición. Pero hay lugares que han quedado excluidos de ese control.

—El castillo de Rissberg. Naturalmente.

—Naturalmente. Rissberg no se puede controlar. El sistema de control de la goecia, del que te hablaba, fue creado precisamente aquí. Como consecuencia de los experimentos que se llevaban a cabo. Gracias a las pruebas que aquí se realizan el sistema no ha dejado de perfeccionarse. También se desarrollan otras investigaciones, se efectúan otros experimentos. De muy diversas clases. Se investiga todo tipo de cosas y fenómenos, brujo. No siempre legales y no siempre morales. El fin justifica los medios. En nuestro portal de entrada se podría colgar una inscripción como ésa.

—Aunque debajo —añadió Tzara— habría que añadir: «Lo que ha surgido en Rissberg, en Rissberg se queda». Aquí los experimentos se realizan bajo control. Todo está monitorizado.

—Es evidente que no todo —aseguró Geralt con acritud—. Porque algo se os ha escapado.

—Algo se nos ha escapado. —Pinety

impresionaba con su tranquilidad—. Actualmente en el castillo trabajan dieciocho maestros. A eso hay que añadir más de medio centenar de discípulos y adeptos. A la mayoría de estos últimos sólo les falta alguna formalidad para alcanzar el grado de maestros. Estamos inquietos… Tenemos motivos para suponer que a alguien, dentro de ese grupo tan nutrido, le ha dado por divertirse con la goecia.

—¿No sabéis a quién?

—No lo sabemos. —Harlan Tzara no pestañeó. Pero el brujo sabía que estaba mintiendo —. En mayo y a comienzos de junio —el hechicero prosiguió sin esperar nuevas preguntas — ha habido en la comarca tres matanzas masivas. En las proximidades, o sea, aquí mismo, en el Piedemonte la más cercana a doce, la más alejada a unas veinte millas de Rissberg. En todos los casos se trataba de colonias aisladas, aldeas de leñadores y de otros trabajadores de los bosques. En las aldeas asesinaron a todos sus moradores, no

quedó nadie vivo. El examen de los restos nos convenció de que el crimen tenía que ser obra de un demonio. Más exactamente, de un energúmeno, de un poseído por un demonio. Un demonio que había sido invocado aquí, en el castillo.

»Tenemos un problema, Geralt de Rivia. Debemos solucionarlo. Y contamos con que tú nos ayudes.

Capítulo décimo

Transportar la materia es tarea delicada, refinada y sutil, por eso antes de emprender el teletransporte se recomienda encarecidamente aliviarse y vaciar la vejiga.

Geoffrey Monck, *Teoría y práctica del empleo de los portales de teletransporte*

Sardinilla, como de costumbre, resopló y se resistió en cuanto vio la gualdrapa, en sus bufidos resonaron el temor y la protesta. No le gustaba cuando el brujo le envolvía la cabeza. Y todavía le gustaba menos lo que venía justo a continuación. A Geralt no le chocaba la conducta de la yegua. Porque a él tampoco le gustaba. No le daba, evidentemente, por resoplar ni bufar, pero no se abstenía de expresar su desaprobación de otra manera.

—La verdad es que sorprende —se sorprendió una vez más, y ya iban no sé cuántas, Harlan Tzara — tu aversión al teletransporte.

El brujo no se puso a soltar un discurso. Eso si que no se lo esperaba Tzara.

—Llevamos transportándote —siguió diciendo — ya más de una semana, y tú cada vez pones una cara como si te llevaran al patíbulo. De la gente normal lo puedo entender, para ellos el transporte de la materia no deja de ser una cosa aterradora e inconcebible. Pero creía que tú, brujo, estarías más familiarizado con los temas de magia. ¡No estamos ya en los tiempos de los primeros portales de Geoffrey Monck! Hoy el teletransporte es cosa común y totalmente segura. Los teleportales son seguros. Y los teleportales que yo he abierto están patentados de forma segura.

El brujo suspiró. Más de una vez y más de dos había tenido ocasión de comprobar los efectos del funcionamiento de los teleportales seguros, también había intervenido en la segregación de los

restos de personas que habían utilizado los teleportales. Por eso sabía que las declaraciones relativas a la seguridad de los portales de teletransporte se podían meter en el mismo saco que las afirmaciones del tipo: pero si mi perro no muerde, mi hijo es un pedazo de pan, este guiso está recién cocinado, mañana mismo como muy tarde te devuelvo el dinero, he pasado la noche en casa de una amiga, lo único que me mueve es el bien de la patria, o respóndenos a unas cuantas preguntas y enseguida te dejamos libre.

Pero no había otra salida ni alternativa. De acuerdo con el plan trazado en Rissberg, la misión de Geralt consistía en patrullar diariamente una zona determinada del Piedemonte, con los asentamientos, colonias, aldeas y alquerías que hubiera ella, lugares en los que Pinety y Tzara se temían que pudiera ocurrir el próximo ataque del energúmeno. Esa clase de poblaciones estaban diseminadas por todo el Piedemonte, a veces bastante alejadas unas de otras. Geralt debía

reconocer y aceptar el hecho de que sin ayuda de la magia teletransportadora habría sido imposible una labor eficaz de patrullaje. Con fines conspirativos, los portales de Pinety y de Tzara se habían construido al final del complejo de Rissberg, en un local enorme, vacio y que pedía a gritos una reforma, donde olía a moho, donde las telarañas se pegaban a la cara y las cagaditas secas de ratón crujían al pisarlas. Una vez activado el encantamiento, en una pared cubierta de churretones y de restos de algo que recordaba al cieno aparecía el dibujo brillante, como de fuego, de una puerta —más bien de un portalón—, detrás de la cual se acumulaba una luminiscencia opaca y opalescente. Geralt obligaba a la yegua cubierta a dirigirse a la entrada de esa luminiscencia, y en ese momento se notaba una sensación desagradable. Se producía un resplandor en los ojos, tras lo cual se dejaba de ver, de oír y de sentir nada, aparte de frío. Eso era lo único que se sentía en el interior de aquella

nada negra, entre el silencio, la ausencia de formas y de tiempo: los restantes sentidos los desconectaba y apagaba la teleportación. Por fortuna, sólo era una fracción de segundo. Pasada la cual, el mundo real resplandecía en los ojos, y la yegua, bufando aterrada, golpeaba con sus herraduras el duro suelo de la realidad.

—Que el caballo se espante es comprensible —comentó Tzara una vez más—. Pero tu miedo, brujo, es totalmente irracional.

El miedo nunca es irracional, se abstuvo de corregirle Geralt. Dejando de lado las alteraciones psíquicas. Ésa era una de las primeras cosas que enseñaban a los jóvenes brujos. Está bien tener miedo. Si tienes miedo, eso quiere decir que hay algo que temer, así que estate atento. No hay que vencer el miedo. Basta con no rendirse a él. Y vale la pena aprender de él.

—¿Hoy adónde? —preguntó Tzara, abriendo la caja lacada donde guardaba la varita—. ¿A qué zona?

—A Peñas Secas.

—Antes de la puesta del sol procura llegar hasta Los Arcillos. Allí te recogeremos, o Pinety o yo. ¿Listo?

—Para lo que haga falta.

Tzara movió en el aire el brazo con la varita, como si estuviera dirigiendo una orquesta. A Geralt le dio la sensación incluso de estar oyendo música. El hechicero formuló el encanto melodiosamente. Era largo y sonaba como la recitación de un verso. Resplandecieron en la pared unas líneas flamígeras, que se unieron en un vivo dibujo rectangular. El brujo maldijo entre dientes, calmó el medallón, que estaba pulsando, golpeó a la yegua con los talones y la obligó a introducirse en la nada lechosa,

Negrura, silencio, ausencia de formas, ausencia de tiempo. Frío. Y de repente un resplandor y una sacudida, el traqueteo de los cascos en la dura

tierra.

Aquellos crímenes que, de acuerdo con las sospechas de los hechiceros, eran obra de un energúmeno, del portador de un demonio, habían sido cometidos en las proximidades de Rissberg, en unas tierras despobladas conocidas como el Piedemonte de Tukai, una franja de cerros cubiertos por un bosque ancestral que separan Temeria de Brugge. El nombre de la franja procedía, según algunos, de un héroe legendario llamado Tukai, pero otros afirmaban que tenía un origen bien distinto. Como eran los únicos cerros en la región, la gente solía referirse a la zona como el Piedemonte, sin más, y ese nombre abreviado figuraba igualmente en muchos mapas. El Piedemonte formaba una franja que se extendía a lo largo de unas cien millas, con una anchura de entre veinte y treinta millas. Era objeto, sobre todo en su parte occidental, de un intenso uso y

explotación forestal. Se producía una tala de árboles a gran escala, y se desarrollaban las industrias y actividades artesanas asociadas a la madera y al bosque. En parajes hasta entonces despoblados surgían asentamientos, colonias, caseríos y campamentos de personas que se dedicaban a tareas forestales, duraderos o provisionales, organizados con criterio o al tuntún, grandes, medianos, pequeños o diminutos. En el momento presente, según estimaciones de los hechiceros, en todo el Piedemonte había medio centenar de asentamientos de esa clase.

En tres de ellos habían tenido lugar aquellas masacres de las que nadie había salido vivo.

En el extremo oeste del Piedemonte, Peñas Secas, un grupo de colinas calcáreas de escasa altura rodeadas por frondosos bosques, era la frontera occidental de la región patrullada. Geralt ya había estado allí, conocía el terreno. En la linde del

bosque habían construido una gran calera, un horno destinado a la calcinación de las rocas. El producto final de la calcinación era la cal viva. Cuando estuvieron allí juntos, Pinety le había explicado para qué sirve la cal viva, pero Geralt no le había escuchado con atención y no había tardado en olvidarlo. La cal —de cualquier tipo— se encontraba muy lejos de su esfera de intereses. Pero junto al horno se había establecido una colonia de individuos para los que dicha cal era la base de su existencia. Le encomendaron la protección de esos individuos. Y eso era lo único importante.

Los caleros lo reconocieron, uno le saludó agitando el sombrero. Geralt le devolvió el saludo. Hago mi trabajo, pensó. Hago lo que tengo que hacer. Por eso me pagan.

Dirigió a *Sardinilla* hacia el bosque. Le esperaba una media hora de marcha por un camino forestal. Alrededor de una milla le separaba del siguiente asentamiento. Conocido como el Claro

del Podenco.

En el curso de un día el brujo solía recorrer una distancia de entre siete y diez millas: dependiendo de la zona, eso suponía visitar desde unos pocos hasta cerca de una veintena de lugares poblados, antes de presentarse en el punto acordado, desde donde alguno de los hechiceros lo teletransportaba antes de la puesta de sol y lo llevaba de vuelta al castillo. Al día siguiente se repetía el esquema, pero patrullando otra zona del Piedemonte. Geralt elegía las regiones al azar, tratando de evitar la rutina y la repetición de un esquema fácilmente predecible. Pero, por lo demás, el trabajo resultaba bastante monótono. No obstante, al brujo la monotonía no le molestaba, estaba habituado a ella en su oficio, en la mayoría de los casos sólo la paciencia, la tenacidad y la diligencia garantizaban el éxito en la caza al monstruo. Además, hasta entonces —y aquello no carecía de

importancia— nunca nadie había tenido a bien pagarle por su paciencia, tenacidad y diligencia tan generosamente como los hechiceros de Rissberg. Así que no podía quejarse, tenía que realizar su trabajo.

Aunque no tuviera demasiada fe en el éxito de su empresa.

—Nada más llegar a Rissberg —hizo ver a los hechiceros— me presentasteis a Hortulano y a todos los magos de rango superior. Aun suponiendo que el responsable de la goecia y de las masacres no estuviera entre ellos, la noticia de la presencia de un brujo en el castillo tuvo que correr por ahí. El criminal, si es que existe, se daría cuenta en un santiamén de qué iba la cosa, de modo que habrá decidido ocultarse, renunciando a sus acciones. Definitivamente. A menos que esté esperando a que yo me vaya, y entonces las reanudará.

—Podemos escenificar tu marcha —repuso Pinety—. A partir de ese momento tu estancia en el castillo será un secreto. No te preocupes, hay una magia que garantiza el secreto de aquello que tiene que mantenerse en secreto. Confía en nosotros, sabemos cómo valernos de esa clase de magia.

—Entonces, a vuestro juicio, ¿tienen sentido las patrullas diarias?

—Si lo tienen. Dedícate a lo tuyo, brujo. De lo demás no te preocupes.

Geralt prometió solemnemente no preocuparse. Pero tenía sus dudas. Y no acababa de fiarse de los hechiceros. Abrigaba algunas sospechas.

Pero no tenía intención de manifestarlas.

En el Claro del Podenco las hachas golpeaban con brío y rechinaban las sierras, olía a madera fresca y a resina. El que se dedicaba allí al aclarado frenético del bosque era el leñador Podenco con su numerosa familia. Los miembros de más edad

se dedicaban a cortar y serrar, los que eran algo más jóvenes limpiaban de ramas los troncos derribados, los más bisoños transportaban la leña. Podenco vio a Geralt, hincó el hacha en un tronco, se rascó la frente.

—Salud. —El brujo se acercó—. ¿Qué tal? ¿Todo en orden?

Podenco lo observó detenidamente, con aire sombrío.

—Mal andamos —dijo finalmente.

—¿Y eso?

Podenco tardó mucho en responder.

—Robaron una sierra —gruñó finalmente—. ¡Una sierra nos robaron! ¿Y ahora qué, eh? Y vos señor, por los linderos cabalgáis, ¿no? Y Torquil con su gente, que tanto andurrean por los bosques, ¿para qué? ¿Vigilando estábais, eh? ¡Pues nos roban las sierras!

—Me ocuparé de eso —mintió con soltura Geralt—. Me ocuparé de ese asunto. Adiós.

Podenco soltó un gargajo.

En el siguiente claro, en este caso el del Abubilla, todo estaba en orden, nadie había amenazado a Abubilla y aparentemente no le habían robado nada. Geralt ni siquiera hizo detenerse a *Sardinilla*. Se dirigió hacia el próximo asentamiento. Llamado El Recocho.

El desplazamiento entre los distintos poblados se veía facilitado por los caminos forestales, hollados por las ruedas de los vehículos. A menudo Geralt se topaba con carros, tanto cargados de madera como vacíos, que iban a recoger su cargamento. También se encontraba con grupos de caminantes, había un tráfico sorprendentemente intenso. Hasta en las profundidades del bosque era raro que no hubiera nadie. Por encima de los helechos, como si se tratase del lomo de un narval emergiendo entre las

olas del mar, asomaba de vez en cuando el trasero de una aldeana que estaba recolectando a cuatro patas bayas y otros tesoros del bosque. A veces, entre los árboles se movía con paso rígido algo que por su tipo y su rostro recordaba a un zombi, pero que en realidad no era más que un abuelete que estaba buscando setas. Otras veces se oía el chasquido de una rama seca en medio de un griterío diabólico: eran unos niños, retoños de leñadores y carboneros, armados con unos arcos fabricados con unos palitroques y unas cuerdas. Sorprendía comprobar todo el daño que eran capaces de infligirle a la naturaleza unos críos con ayuda de tan primitivos utensilios. Y daba miedo pensar que algún día esos críos se harían mayores y dispondrían de utensilios profesionales.

El poblado de El Recocho, donde también reinaba la calma, donde nada estorbaba el trabajo ni amenazaba a los trabajadores, debía su nombre —

cuánta originalidad— a la potasa que allí se cocía, un material muy preciado en la industria del vidrio y de los jabones. La potasa, como le explicaron a Geralt los hechiceros, se obtenía de las cenizas del carbón vegetal que se quemaba en los alrededores. Geralt ya había visitado —y tenía intención de volver a visitarlos ese día— los poblados vecinos de carboneros. El más próximo se llamaba El Robledo y el camino hasta él discurría de hecho junto a una notable concentración de gigantescos robles centenarios. Incluso a mediodía, incluso a pleno sol, en un día despejado, bajo los robles había siempre una espesa sombra. Fue allí precisamente, en medio de aquellos robles, hacía menos de una semana, donde Geralt se había encontrado por primera vez con el constable Torquil y su partida.

Cuando salieron al galope del robledal y le rodearon por todas partes, vestidos con uniformes

verdes de camuflaje, con arcos largos al hombro, Geralt al principio los tomó por Forestales, miembros de la célebre formación paramilitar de cazadores, que se daban a sí mismos el nombre de Guardianes de Despoblados y se dedicaban a dar caza a los inhumanos, sobre todo a los elfos y a las dríadas, y a matarlos con rebuscamiento. Solía ocurrir que a quienes viajaban por los bosques los Forestales los acusaban de colaborar con los inhumanos o de comerciar con ellos, ya fuera por lo uno o por lo otro uno corría el riesgo de ser linchado, y demostrar la inocencia era difícil. Así pues, aquel encuentro en medio del robledal se anunciaba drásticamente violento, por eso, Geralt respiró aliviado cuando los jinetes verdes resultaron ser unos defensores de la ley que actuaban en cumplimiento de su deber. El jefe, un tipo con el rostro atezado y una mirada penetrante que se presentó como constable al servicio del bailío de Gors Velen, exigió bruscamente y sin miramientos a Geralt que se identificara y, una vez

que supo quién era, deseó ver alguna señal que lo acreditara como brujo. El medallón con las fauces de lobo no sólo fue aceptado como una prueba satisfactoria, sino que además despertó una evidente admiración en el defensor de la ley. La estima, por lo que se vio, se extendió al propio Geralt. El constable desmontó del caballo, le pidió a Geralt que hiciera otro tanto y le invitó a charlar unos momentos.

—Soy Frans Torquil. —El constable se quitó la máscara de burócrata rudo y se mostró como un tipo tranquilo y juicioso—. Y tú eres el brujo Geralt de Rivia. El mismo Geralt de Rivia que ha poco más de un mes, en Ansegis, libró de la muerte a una mujer y a una niña, matando a un monstruo comehombres.

Geralt frunció los labios. Felizmente, ya se había olvidado de Ansegis, del monstruo con una chapa y del hombre que había perecido por su culpa. Durante mucho tiempo se había estado reconcomiendo, finalmente había conseguido

convencerse a sí mismo de que había hecho todo lo que había podido, de que había salvado a dos personas, de que aquel monstruo ya no iba a matar a nadie. Ahora todo regresaba.

Probablemente Frans Torquil no se percató de la sombra que cubrió la cara del brujo a raíz de aquellas palabras suyas. Y, si se percató, no le dio mayor importancia.

—Parece, brujo —prosiguió—, que los dos andamos por estas frondas por las mismas razones. Malas cosas empezaron a pasar en primavera en el Piedemonte de Tukai, acá se han visto sucesos horribles. Y hora es ya de poner término a eso. Después de la matanza en Los Arcos aconsejé a los magos de Rissberg que contrataran a un brujo. Se ve que me han hecho caso, y eso que no les gusta hacer caso a nadie.

El constable se quitó el sombrero y sacudió las agujas y las semillas. Llevaba el mismo tipo de sombrero que Jaskier, sólo que el fieltro era de peor calidad. Y en lugar de una pluma de garza lo

adornaba una timonera de faisán.

—Largo ya tiempo ando velando por la ley y el orden en el Piedemonte —continuó, mirando a Geralt a los ojos—. Sin ánimo de pavonearse, más de un malhechor he agarrado, con más de uno adorné alguna rama seca. Mas lo que está pasando últimamente… Para eso hace falta, por añadidura, alguien como tú. Alguien que entienda de hechizos y sepa de monstruos, alguien que no se tiemble ante endriagos, fantasmas ni dragones. Y bien está, podremos aguaitar y amparar juntos a la gente. Yo, por mi salario de mierda, tú por el dinero de los hechiceros. Y por cierto, ¿mucho te pagan por este trabajo? Quinientas coronas novigradas, transferidas por adelantado a mi cuenta bancaria, cosa que Geralt no tenía ninguna intención de revelar. Por esa cantidad han adquirido mis servicios y mi tiempo los hechiceros de Rissberg. Quince días de mi tiempo. Y pasados esos quince días, con independencia de lo que pueda ocurrir, otra transferencia por idéntica suma. Pagan

generosamente. De forma más que satisfactoria.

—Bueno, de seguro que mal no pagan. —Frans Torquil no tardó en comprender que la respuesta no iba a llegar—. Pueden permitírselo. Y a ti te diré únicamente: en esto ningún dinero es mucho. Porque es éste un asunto muy feo, brujo. Muy feo, oscuro y antinatural. El mal que aquí ha hecho tantos estragos ha llegado de Rissberg, me apuesto la testa. Claro está que los hechiceros la cagaron en algo de esa magia suya. Porque su magia es como un saco de víboras: por muy fuerte que lo ates, al final siempre algo venenoso se escapa.

El constable miró a Geralt de reojo, le bastó esa ojeada para comprender que el brujo no le iba a dar ninguna pista de su acuerdo con los magos.

—¿Te han informado de todos los detalles? ¿Te han contado lo que pasó en Los Tejos, en Los Arcos y en Las Cornamentas?

—Más o menos.

—Más o menos —repitió Torquil—. Tres días después de Belleteyn, poblado de Los Tejos, nueve

leñadores asesinados. Mediados de mayo, un caserío de aserradores en Los Arcos, doce muertos. Principios de junio, Las Cornamentas, una colonia de carboneros. Quince muertos. Así andan más o menos las cosas a día de hoy, brujo. Porque esto no ha acabado. Me apuesto la testa a que no ha acabado.

Los Tejos, Los Arcos, Las Cornamentas. Tres asesinatos en masa. Y no había sido un accidente de trabajo, no se trataba de un demonio que se hubiera liberado y se hubiera escapado por culpa de un goetista chapucero que no lo había sabido controlar. Era algo premeditado, una acción planeada. Alguien había introducido tres veces a un demonio en un portador, y tres veces lo había enviado a asesinar.

—Yo ya he visto muchas cosas. —Al constable le empezaron a temblar los músculos de las mandíbulas—. Más de un campo de batalla, más de un despojo y más de dos. Ataques, saqueos, asaltos de bandidos, sangrientas venganzas

familiares y ajustes de cuentas, hasta una boda que se saldó con seis fallecidos, el novio incluso. ¿Mas eso de andar cortando tendones para después acuchillar a los que se han quedado cojos? ¿Para arrancarles el cuero cabelludo? ¿Darles mordiscos en la garganta? ¿Abrirlos vivos en canal para sacarles los intestinos de las tripas? ¿Y al cabo hacer una pirámide con las cabezas cortadas? ¿Con quién, te pregunto, nos las vamos a tener que ver aquí? ¿Los hechiceros no te lo han contado? ¿No te han explicado para qué querían a un brujo?

¿Para qué querían a un brujo los hechiceros de Rissberg? ¿Hasta el punto de que habían tenido que recurrir al chantaje para obligarlo a colaborar? Porque podían habérselas arreglado perfectamente ellos solos con cualquier demonio y con cualquier endemoniado, y sin mayor dificultad. Fulmen sphaericus, sagitta aurea: con esos dos sortilegios, sin ir más lejos, podían haber tratado al energúmeno desde una distancia de cien pasos, y es dudoso que hubiera sobrevivido al

tratamiento. Pero no, los magos preferían un brujo. ¿Por qué? La respuesta no podía ser más sencilla: el energúmeno era un hechicero, un cofrade, un colega. Algún compañero de oficio invoca a unos demonios, deja que entren en él y va corriendo a cargarse a alguien. Ya lo ha hecho tres veces. Pero los hechiceros son incapaces de atinar a su colega con un rayo esférico o de atravesarlo con una flecha de oro. Para ocuparse del colega hace falta un brujo.

Ni podía ni quería decirle eso a Torquil. Ni podía ni quería decirle lo que les había dicho a los hechiceros en Rissberg. Algo a lo que habían reaccionado con desdén. Un desdén más propio de alguna banalidad.

—Seguís haciendo lo mismo. Os seguís divirtiendo con eso que llamáis goecia. Invocáis a esos seres, los sacáis de su dimensión, al otro lado de la puerta cerrada. Y siempre con la misma

canción: los controlaremos, los dominaremos, haremos que nos obedezcan, que trabajen duro para nosotros. Y con idéntica justificación: descubriremos sus secretos, los obligaremos a revelar secretos y arcanos, gracias a lo cual multiplicaremos la fuerza de nuestra magia, podremos curar y sanar, eliminaremos las enfermedades y las catástrofes naturales, lograremos que el mundo sea mejor y que el hombre sea feliz. E invariablemente resulta que es falso, que únicamente os preocupa vuestro poder y vuestro dominio.

Tzara, era evidente, se moría por responder, pero Pinety le frenó.

—Por lo que respecta a esos seres que están al otro lado de la puerta cerrada —prosiguió Geralt—, a los que, por comodidad, llamamos demonios, seguramente sabéis lo mismo que nosotros, los brujos. Y es algo que comprobamos hace ya tiempo, y está escrito en los protocolos y en las crónicas de los brujos. Los demonios nunca, jamás

de los jamases, os revelarán ningún secreto, ningún arcano. Nunca consentirán que los obliguen a trabajar duro. Dejan que los invoquen y los traigan a este mundo con un solo objetivo: quieren asesinar. Porque les gusta. Vosotros lo sabéis tan bien como yo. Pero les dais esa posibilidad.

—De la teoría —dijo Pinety después de un rato muy largo de silencio— podemos pasar a la práctica. Creo que en los protocolos y en las crónicas de los brujos también se dice algo al respecto. Y lo que esperamos de ti, brujo, no son ni mucho menos tratados morales, sino precisamente soluciones prácticas.

—Gusto ha sido el conocerte. —Frans Torquil le dio la mano a Geralt—. Y ahora al tajo, a patrullar. A vigilar, a defender a la gente. Para eso estamos aquí.

—Para eso.

Una vez que montó en el caballo, el constable

se inclinó.

—Me apuesto lo que quieras —dijo en voz baja— a que lo que te vaya a contar ahora tú ya lo sabes de sobra. Mas voy a contártelo de todos modos. Ten cuidado, brujo. Estate atento. De esto departir no quieres, mas yo sé lo que sé. Lo cierto es que los hechiceros te han contratado para que arregles el desaguisado que ellos mismos causaran, para que barras la mugre que han echado. Eso sí, como algo no vaya bien, se buscarán un chivo expiatorio. Y tú tienes todas las papeletas para ello.

El cielo empezaba a oscurecer por encima del bosque, una ráfaga de viento silbó en las copas de los árboles. Resonó un trueno distante.

—Cuando no es una tormenta, es un chaparrón —constató Frans Torquil cuando volvieron a

encontrarse—. Un día si y otro también, truena y llueve. Y el resultado es que todas las huellas, da igual donde las busques, las borró la lluvia. Oportuno, ¿cierto? Ni hecho de encargo. Huele todo esto también a nigromancia, a Rissberg más concretamente. Se dice que los hechiceros pueden influir en el tiempo. Suscitar un viento mágico o dominar uno natural, para que sople cuando ellos quieran. Ahuyentar las nubes, traer lluvia o granizo, y hacer que la tormenta se desate a voluntad. Cada vez que les convenga. Para borrar huellas, por ejemplo. ¿Qué tienes que decir, Geralt?

—Cierto que los magos pueden hacer muchas cosas —contestó—. Han gobernado el tiempo desde siempre, desde el primer desembarco, el cual, por lo visto, sólo gracias a los conjuros de Jan Bekker no acabó en catástrofe. Pero culpar a los magos de todas las desgracias y desastres me parece una exageración. Al fin y al cabo, estás hablando de fenómenos naturales, Frans.

Sencillamente, es la estación en la que estamos. La estación de las tormentas.

Azuzó a la yegua. El sol declinaba ya hacia el oeste, Geralt tenía intención de visitar algunos poblados más antes del ocaso. El más próximo era una colonia de carboneros, situada en un claro conocido como Las Cornamentas. Cuando estuvo allí por primera vez, le acompañó Pinety.

El escenario de la masacre, para sorpresa del brujo, lejos de ser un paraje perdido y siniestro, era un lugar lleno de gente que estaba trabajando animadamente. Los carboneros —que se llamaban a sí mismos cisqueros— estaban trabajando precisamente en la construcción de una nueva carbonera, con la que se obtenía el carbón vegetal. La carbonera consistía en una pila de leña en forma de cúpula, no se trataba ni mucho menos de

amontonar los maderos sin más, sino de colocarlos cuidadosa y metódicamente. Cuando Geralt y Pinety se presentaron en el claro del bosque, los carboneros estaban envolviendo aquella pila con musgo y cubriéndola de tierra meticulosamente. Otra carbonera, construida con anterioridad, ya funcionaba, esto es, humeaba de lo lindo. Todo el claro estaba cubierto de un humo que irritaba los ojos, un intenso olor a resina atacaba las fosas nasales.

—¿Hace cuánto…? —El brujo carraspeó—. ¿Hace cuánto, según me dijiste, ocurrió…?

—Hace justo un mes.

—¿Y la gente está aquí trabajando, como si tal cosa?

—La demanda de carbón vegetal —le explicó Pinety— es enorme. Tan sólo el carbón vegetal permite alcanzar, durante su combustión, una temperatura que hace posible la fundición de los metales. Los hornos de fundición en Dorian y Gors Velen no podrían funcionar sin carbón, y la

metalurgia es la más importante y avanzada de las ramas de la industria. Gracias a esa demanda, la carbonería es una ocupación próspera, y la economía, brujo, es como la naturaleza, que aborrece el vacío. Los cisqueros asesinados fueron enterrados allí, mira, ¿no ves ese túmulo? Aún amarillea la arena reciente. Y en su lugar han llegado otros nuevos. La carbonera humea, la vida sigue su curso.

Desmontaron. Los cisqueros no les prestaron atención, estaban demasiado ocupados. Si acaso alguien se interesó por ellos, fueron las mujeres y los niños, algunos de los cuales correteaban entre las cabañas.

—Y tanto. —Pinety adivinó la pregunta antes de que el brujo se la hiciera—. Entre los sepultados bajo el túmulo niños también había. Tres. Tres hembras. Nueve entre varones y mozos. Ven conmigo.

Pasaron entre unas pilas de madera que se estaban secando.

—A algunos hombres —dijo el hechicero— los mataron de inmediato, les abrieron la cabeza. A los demás los desarmaron e inmovilizaron, cortándoles los tendones de los pies con un objeto afilado. A muchos, entre ellos a todos los niños, les partieron además los brazos. Una vez desarmados, los asesinaron. Los degollaron, les rajaron el vientre, les abrieron la caja torácica. Les desollaron la espalda, les arrancaron el cuero cabelludo. A una de las mujeres…

—Basta. —El brujo observó las negras manchas de sangre, aún visibles en los tocones de abedul—. Basta, Pinety.

—Merece la pena que sepas con quién… con qué tenemos que vérnoslas.

—Ya lo sé.

—Entonces sólo los últimos detalles. No se han encontrado todos los cuerpos. A todas las víctimas las decapitaron. E hicieron una pirámide con las cabezas, aquí mismo, en este lugar. Había quince cabezas, y trece cuerpos. Dos de los

cuerpos han desaparecido.

»Siguiendo un esquema prácticamente idéntico —prosiguió el hechicero tras una breve pausa—, procedieron con los habitantes de los otros dos poblados, Los Tejos y Los Arcos. En Los Tejos mataron a nueve personas, en Los Arcos a doce. Mañana te llevaré allí. Hoy vamos a pasarnos por Nueva Peguera, no está lejos. Conocerás cómo funciona la producción del alquitrán vegetal y de la pez. La próxima vez que se te ocurra embadurnar algo con pez, ya sabrás de dónde lo sacan.

—Tengo una pregunta.

—Dime.

—¿De verdad teníais que recurrir al chantaje? ¿No confiabais en que acudiera a Rissberg por mi propia voluntad?

—Había distintos pareceres.

—Hacer que me metieran en la cárcel en Kerack, que me soltaran después, pero sin dejar de presionar al juez, ¿de quién fue la idea? ¿A quién

se le ocurrió? A Coral, ¿verdad que sí?

Pinety lo miró. Mucho tiempo.

—Cierto —reconoció por fin—. Fue idea suya. El plan es suyo. Encerrarte, soltarte, presionar. Y conseguir al final que la causa fuera sobreseída. Lo solucionó apenas irte tú, ahora tu expediente en Kerack está limpio como una patena. ¿Tienes más preguntas? ¿No? Vamos entonces a Nueva Peguera, a echar un vistazo a la pez. Después abriré el teleportal y volveremos a Rissberg. Esta tarde me gustaría darme una vuelta por mi riachuelo con la mosca. Está plagado de cachipollas, las truchas se van a poner las botas… ¿Has pescado alguna vez, brujo? ¿No te atrae la pesca?

—Pesco cuando me apetece pescado. Siempre llevo una cuerda encima.

Pinety estuvo un buen rato callado.

—Una cuerda —dijo finalmente en un tono chocante—. Un sedal, cargado con un pedazo de plomo. Con muchos anzuelos. En los que se

ensartan lombrices.

—Sí. ¿Y qué?

—Nada. Era por preguntar.

Se dirigía a Pinares, el siguiente asentamiento de carboneros, cuando de repente en el bosque se hizo el silencio. Los arrendajos se callaron, cesaron como cortados con un cuchillo los gritos de las urracas, se interrumpió bruscamente el golpeteo del pájaro carpintero. El bosque se quedó paralizado, presintiendo el peligro.

Geralt lanzó la yegua al galope.

Capítulo decimoprimero

> *La muerte es nuestra eterna compañera. Siempre está a nuestra izquierda, al alcance de nuestra mano. Es la única consejera sabia con la que puede contar el guerrero. Si le parece que todo le está saliendo mal y que está a punto de ser aniquilado, el guerrero se puede volver hacia la muerte y preguntarle si es cierto. La muerte le responderá entonces que está equivocado, que lo único que cuenta es que ella le toque. «Y yo aún no te he tocado», le dirá.*
>
> Carlos Castaneda, *Viaje a Ixtlán*

La carbonera de Pinares la habían construido en las proximidades de un claro de bosque, los carboneros aprovechaban los restos de madera que quedaban después de la tala. No hacía mucho que se había iniciado aquí la combustión: de la parte

superior de la cúpula, como del cráter de un volcán, emergía una columna de humo amarillento que desprendía un fuerte olor. El olor del humo no tapaba el pestazo a muerte que flotaba sobre el calvero.

Geralt saltó del caballo. Y agarró la espada.

Vio el primer cadáver, sin cabeza ni pies, al lado mismo de la carbonera. La tierra que cubría el montículo estaba rociada de sangre. Algo más lejos yacían los tres siguientes cuerpos, masacrados hasta volverse irreconocibles. La sangre había empapado la arena permeable del bosque, formando unas manchas negruzcas.

Hacia el centro del claro, cerca de una hoguera rodeada de piedras, había otros dos cadáveres: un hombre y una mujer. Al hombre lo habían degollado, rajándole de tal modo el gaznate que se le veían las vértebras del cuello. La mujer tenía medio cuerpo metido en la hoguera, entre las cenizas, y estaba manchada con las gachas que se habían vertido de una cazuela volcada.

A cierta distancia, junto a un montón de leña, yacía un chiquillo, tendría unos cinco años. Estaba partido por la mitad. Alguien —o, más bien, algo — lo había cogido de los dos pies y había tirado hasta desgarrarlo.

Geralt contempló el siguiente cadáver, tenía el vientre rajado y las tripas fuera. En toda su extensión, esto es, como un par de varas de intestino grueso y más de seis de delgado. Los intestinos formaban una línea recta, brillante, entre rosa y azulada, que iba desde el cadáver hasta una choza de ramas de pino, desapareciendo en su interior.

Allí dentro, en un tosco camastro, yacía boca arriba un hombre delgado. Era evidente que algo allí no encajaba. Tenía los costosos vestidos completamente empapados de sangre. Pero el brujo no vio que la sangre borboteara, chorreara o goteara de ninguno de los vasos sanguíneos principales.

Lo reconoció a pesar de tener el rostro

cubierto de sangre reseca. Era Sorel Degerlund, aquel guaperas de largos cabellos, delgado y un tanto afeminado, que le habían presentado durante la audiencia con Hortulano. En aquella ocasión, como los demás magos, llevaba una capa engalanada y un jubón bordado, estaba sentado a la mesa entre sus cofrades y al igual que ellos miraba al brujo con mal disimulada animadversión. Y ahora estaba allí tendido, inconsciente, cubierto de sangre, y tenía enrollados en el puño derecho los intestinos de un tipo. Extraídos del vientre rajado de un cadáver que yacía escasamente a diez pasos de él.

El brujo tragó saliva. ¿Me lo cargo, pensó, ahora que está inconsciente? ¿Será eso lo que esperan Pinety y Tzara? ¿Matar al energúmeno? ¿Eliminar al goetista que se dedica a invocar a los demonios?

Un gemido lo sacó de sus cavilaciones. Al parecer, Sorel Degerlund estaba volviendo en sí. Levantó la cabeza, gimió, volvió a derrumbarse en

la yacija. Se incorporó, echó un vistazo a su alrededor con la mirada perdida. Al ver al brujo, abrió la boca. Se fijó en su propio vientre ensangrentado. Levantó la mano. Vio lo que tenía en ella. Y empezó a gritar.

Geralt observó la espada, aquella adquisición de Jaskier con el gavilán dorado. Miró el delgado cuello del hechicero. Con aquella vena hinchada.

Sorel Degerlund se despegó los intestinos de la mano y se deshizo de ellos. Dejó de gritar, ahora se limitaba a gemir y temblar. Se levantó, primero a cuatro patas, acto seguido se puso de pie. Salió de la choza, miró a su alrededor, chilló y echó a correr. El brujo lo agarró del cuello del jubón, lo inmovilizó y le obligó a ponerse de rodillas.

—Qué… aquí… —farfulló Degerlund, sin dejar de temblar—. Qué es… ¿Qué es lo que ha pa… pasado aquí?

—Creo que lo sabes.

El hechicero tragó saliva ruidosamente.

—Cómo he… ¿Cómo he venido a parar aquí? No… No me acuerdo de nada… ¡No me acuerdo de nada! ¡De nada!

—La verdad es que no me lo creo.

—La invocación… —Degerlund se llevó las manos a la cara—. Lo invoqué… Apareció. En el pentagrama, en el círculo de tiza… Y entró. Entró en mí.

—Parece que no es la primera vez, ¿no?

Degerlund gimoteó. De forma algo teatral, esa sensación le dio a Geralt. El brujo lamentaba no haber podido pillar al energúmeno antes de que el demonio lo abandonara. Su pesar, se daba perfecta cuenta, era escasamente racional: sabía muy bien lo peligroso que podía ser verse las caras con un demonio, debería estar contento de que el enfrentamiento no hubiera tenido lugar. Pero no estaba contento. Porque, en ese caso, al menos habría sabido qué hacer.

Por qué me habrá tocado a mí, pensó. Por qué no se ha presentado aquí Frans Torquil con su

partida. El constable no habría tenido reticencias ni escrúpulos. Con sangre hasta las cejas, pillado con los entresijos de la víctima en el puño, le habría colocado al hechicero un lazo en el cuello en un santiamén y éste ahora estaría bamboleándose en cualquier rama de por aquí. Las dudas y las vacilaciones no habrían frenado a Torquil. No se habría parado a pensar que aquel hechicero de apariencia femenil y un tanto enclenque no habría sido capaz, ni de lejos, de despachar horriblemente a tanta gente, y menos en un plazo tan breve que sus ropas manchadas de sangre no habían tenido tiempo de secarse ni de ponerse tiesas. Que no habría podido partir a un niño por la mitad valiéndose tan sólo de sus manos desnudas. No, Torquil ni se lo habría planteado.

Pero yo sí.

Pinety y Tzara estaban seguros de que no me lo habría planteado.

—No me mates… —imploró Degerlund—. No me mates, brujo… Yo ya nunca… Nunca más…

—Cierra el pico.

—Te juro que nunca…

—Que te calles. ¿Estás suficientemente espabilado como para hacer uso de la magia? ¿Para llamar a los hechiceros de Rissberg y hacerlos venir hasta aquí?

—Tengo mi sello… Puedo… puedo teleportarme a Rissberg.

—Pero solo no. Conmigo. Sin truquitos. No intentes ponerte de pie, sigue de rodillas.

—Tengo que levantarme. Y tú… para que la teleportación funcione, tienes que estar cerca de mí. Muy cerca.

—¿Cómo? Venga, ¿a qué esperas? Saca ese amuleto.

—No es un amuleto. Ya te he dicho que es un sello.

Degerlund se desabrochó el jubón ensangrentado y la camisa. Tenía un tatuaje en el pecho escuchimizado: dos círculos entrecruzados. Los círculos estaban sembrados de puntos de

distintos tamaños. Recordaba hasta cierto punto al esquema de las órbitas de los planetas que Geralt había visto en su día en la Academia de Oxenfurt.

El mago recitó un encantamiento melodioso. Los círculos se iluminaron en azul, los puntos en rojo. Y empezaron a girar.

—Ahora. Acércate a mí.

—¿Que me acerque?

—Más todavía. Pégate bien a mí.

—¿Qué has dicho?

—Pégate bien a mí y abrázame.

—A Degerlund le cambió la voz. Sus ojos, llorosos hacía un momento, se encendieron de un modo horrible y los labios se le retorcieron de un modo desagradable.

—Sí, así está bien. Con fuerza y con sentimiento, brujo. Como si yo fuera esa Yennefer tuya.

Geralt comprendió lo que estaba pasando. Pero no tuvo tiempo ni de apartar a Degerlund de un empujón, ni de sacudirle con el pomo de la

espada, ni de golpearle con la hoja en el cuello. Sencillamente, no tuvo tiempo.

Una luminiscencia opalescente brilló en sus ojos. En una fracción de segundo se hundió en la nada negra. En un frío penetrante, en el silencio, en la ausencia de formas y de tiempo.

Aterrizaron en duro, fue como si un suelo de losas de piedra les saliera al encuentro. El impulso hizo que se separaran. Geralt no alcanzó ni a ver bien dónde estaba. Notó un fuerte olor, olor a suciedad mezclado con almizcle. Unas descomunales y poderosas garras lo agarraron de los sobacos y del cuello, unos toscos dedazos se cerraron sin mayor dificultad sobre sus bíceps, unos pulgares duros como el acero se aferraron dolorosamente a los nervios del plexo braquial. Paralizado, dejó caer la espada de su mano impotente. Vio delante de él a un jorobado con una boca espantosa, cubierta de úlceras. Apenas tenía en la cabeza unos cuantos

mechones de pelo acerado. El jorobado, con las piernas arqueadas muy separadas, le apuntaba con una gran ballesta, o más exactamente con una arbalesta de dos arcos de acero, colocados uno por encima del otro. Las dos puntas piramidales de los virotes, que apuntaban contra Geralt, tenían cada una sus dos buenas pulgadas de anchura y estaban afiladas como navajas de afeitar.

Sorel Degerlund estaba parado delante de él.

—Como seguramente ya habrás deducido —dijo—, no has ido a parar a Rissberg. Has ido a parar a mi asilo y lugar de retiro. A un sitio donde, junto con mi maestro, llevamos a cabo experimentos de los que no tienen noticia en Rissberg. Soy, como sin duda sabes, Sorel Albert Amador Degerlund, magister magicus. Soy, cosa que aún no sabes, quien te va a traer el dolor y la muerte.

Habían desaparecido, como llevados por el viento, los fingidos terrores y el afectado pánico, habían desaparecido todas las falsas apariencias.

Allí, en el claro de los carboneros, todo había sido fingido. Delante de Geralt, que estaba atrapado en una llave paralizante por las ásperas garras, había un Sorel Degerlund radicalmente distinto. Un Sorel Degerlund triunfal, rebosante de orgullo y arrogancia. Un Sorel Degerlund que enseñaba los dientes en una sonrisa maliciosa. Una sonrisa que hacia pensar en escolopendras colándose por las rendijas de debajo de la puerta. En tumbas profanadas. En gusanos blancos retorciéndose entre cadáveres. En tábanos metiendo las patas en un plato de sopa de verduras.

El hechicero se acercó más hacia Geralt. Tenía en la mano una jeringa de metal con una larga aguja.

—Te he engañado igual que a un crío, allí, en el claro —dijo entre dientes—. Igual que un crío, has resultado ser un pardillo. ¡Brujo Geralt de Rivia! Aunque el instinto no le ha engañado, no me ha matado por no estar seguro. Por ser un buen brujo y una buena persona. ¿Hace falta decirte,

buen brujo, quiénes son las buenas personas? Son aquéllas a las que el destino les ha escatimado las ocasiones de disfrutar de las ventajas de ser malos. O aquéllas que si han dispuesto de tales ocasiones, pero han sido demasiado estúpidas para aprovecharlas. No importa en cuál de esos dos grupos te incluyas tú. Te has dejado engañar, has caído en la trampa, y te garantizo que no vas a salir de ella vivo.

Levantó la jeringa. El brujo sintió un pinchazo, y a continuación un dolor abrasador. Un dolor penetrante que nublaba la vista, que ponía en tensión todo el cuerpo, un dolor tan atroz que Geralt tuvo que hacer un enorme esfuerzo para reprimir un grito. El corazón le empezó a latir de forma enloquecida, y dado su pulso ordinario, cuatro veces más lento que el de una persona normal, aquélla fue una sensación extraordinariamente desagradable. Los ojos se le nublaron, el mundo empezó a dar vueltas, perdió los contornos y se disolvió.

Se lo llevaron a rastras, el resplandor de las bolas mágicas bailaba en las severas paredes y en los techos. Pasó por delante de una pared llena de manchas de sangre, de la que colgaban distintos tipos de armas: vio anchas cimitarras ensangrentadas, grandes hoces, bisarmas, hachas, mazas. Todas tenían huellas de sangre. Eso es lo que han usado en Los Tejos, en Los Arcos y en Las Cornamentas. Con eso han masacrado a los carboneros en Pinares.

Se quedó completamente paralizado, dejó de sentir nada, ni siquiera sentía el fortísimo apretón de las garras que lo sujetaban.

—¡Buueh-hhhrrr-eeeehhh-bueeeeh! ¡Bueeh-heeh!

Tardó en comprender que lo que estaba oyendo era una risotada alegre. Evidentemente, la situación les parecía divertida a los que tiraban de él.

El jorobado de la ballesta, que iba por delante, soltó un silbido.

Geralt estaba a punto de perder el sentido.

Brutalmente, lo sentaron en un sillón de respaldo alto. Por fin podía ver a quienes lo había conducido hasta allí, destrozándole los sobacos con sus zarpas.

Se acordó del enorme enanogro Mikita, guardaespaldas de Pyral Pratt. Aquellos dos le recordaban un poco, en un momento dado podrían pasar por parientes cercanos. Medían más o menos lo mismo que Mikita y apestaban igual que él. Como Mikita, no tenían cuello, igual que a Mikita, les asomaban del labio inferior unos colmillos de jabalí. No obstante, Mikita era calvo y barbudo, aquellos dos no tenían barba, sus labios de mono estaban cubiertos de una pelusilla negra, y algo que parecía estopa enmarañada adornaba las cumbres de sus ahuevadas cabezas. Tenían unos ojillos diminutos inyectados en sangre, y unas enormes orejas puntiagudas y horriblemente peludas.

Había restos de sangre en sus ropas. Y su

aliento era tan pestilente que cualquiera habría dicho que llevaban muchos días alimentándose tan sólo a base de ajos, mierda y pescado podrido.

—¡Bueeeeh! ¡Bueeh-heeh-heeh!

—Bue, Bang, basta de risas, a trabajar los dos. Pasztor, sal de aquí. Pero no te alejes mucho.

Los dos gigantes se marcharon, atronando con sus enormes pies. El llamado Pasztor, el jorobado, salió corriendo detrás de ellos.

Ante los ojos del brujo apareció Sorel Degerlund. Con ropa limpia, lavado, peinado y afeminado. Acercó un sillón, se sentó enfrente de Geralt, a su espalda había una mesa llena hasta arriba de libros y grimorios. Miró al brujo con una sonrisa desagradable. A todo esto, no paraba de jugar con un medallón, balanceándolo en una cadena dorada que se le iba enrollando en el dedo.

—Te he administrado —dijo con indiferencia — un extracto de veneno de escorpiones blancos. Es molesto, ¿verdad? ¿No puedes mover ni un brazo, ni una pierna, ni un dedo siquiera? ¿Ni

pestañear, ni tragar saliva? Pues eso aún no es nada. Muy pronto empezarán los movimientos incontrolados de los globos oculares y la alteración de la visión. Después notarás los calambres musculares, calambres realmente intensos, es posible que lleguen a romperse los ligamentos intercostales. No podrás dominar el rechinar de dientes, se te partirán algunos dientes, eso seguro. Empezarás a salivar con fuerza, y vendrán los problemas para respirar. Si no te aplico el antídoto, te ahogarás. Pero no te preocupes, te lo aplicaré. Vas a sobrevivir, por ahora. Aunque creo que pronto lamentarás haber sobrevivido. Te explicaré de qué se trata. Tenemos tiempo. Pero antes me gustaría ver un poco más cómo te pones azul.

»Te estuve observando —siguió tras una pausa— entonces, el último día de junio, en la audiencia. Galleabas delante de nosotros con tu arrogancia. Delante de nosotros, personas cien veces más valiosas que tú, personas a las que no

les llegas a la altura del zapato. Vi cómo te divertía y te excitaba jugar con fuego. Ya entonces decidí demostrarte que el que juega con fuego siempre acaba quemándose, y que entrometerse en cuestiones de magia y de magos también trae consecuencias dolorosas. Muy pronto te darás cuenta.

Geralt quiso moverse, pero no pudo. Tenía las extremidades, como el resto del cuerpo, insensibilizadas e inmóviles. Notaba un fastidioso hormigueo en los dedos de pies y manos, la cara la tenía completamente rígida, los labios como cosidos. Cada vez veía peor, una especie de mucosidad turbia le cubría los ojos, cegándole.

Degerlund se cruzó de piernas, hizo balancearse el medallón. Había en él una marca, un emblema, un esmalte azul. Geralt no pudo identificarlo. Cada vez veía menos. El hechicero no le había mentido, la alteración de la visión iba a más.

—El caso, como puedes ver —siguió con

desgana Degerlund—, es que tengo intención de llegar muy alto en la jerarquía de los magos. En mis proyectos y en mis planes me apoyo en la persona de Hortulano, al que conoces de tu visita a Rissberg y de aquella memorable audiencia.

Geralt tenía la impresión de que la lengua se le había hinchado hasta ocupar toda la cavidad bucal. Temía que fuera algo más que una impresión. El veneno de escorpión blanco era mortal. Nunca hasta entonces se había visto expuesto a su acción, no sabía qué consecuencias podía tener para el organismo de un brujo. Se inquietó seriamente, mientras luchaba con todas sus fuerzas contra la toxina que lo estaba destruyendo. La situación no pintaba nada bien. Nada hacía pensar que pudiera llegarle la salvación de ninguna parte.

—Hace algunos años —Sorel Degerlund seguía recreándose en su tono de voz— me convertí en asistente de Hortulano, el Capítulo me designó para ese puesto, y lo ratificó el grupo de investigación de Rissberg. Al igual que mis

predecesores, tenía que espiar a Hortulano y sabotear sus ideas, cada vez más peligrosas. Mi designación no obedecía únicamente a mi talento mágico, sino a mi atractivo y encanto personal. El Capítulo solía asignarle al viejo la clase de asistentes que a él le gustaban.

»Puede que no lo sepas, pero durante la juventud de Hortulano cobró fuerza entre los hechiceros la misoginia y la moda de la amistad varonil, la cual muy a menudo se convertía en algo más, e incluso en mucho más. Pero un discípulo joven o un adepto muchas veces no tenían elección, estaban obligados a obedecer a sus superiores también en ese aspecto. A algunos no les hacía ninguna gracia, pero lo sobrellevaban a beneficio de inventario. Pero a otros les gustaba. Entre éstos estaba, como seguramente ya habrás adivinado, Hortulano. El mozalbete, al que por aquel entonces le sentaba bien su sobrenombre de pájaro, después de una experiencia con su preceptor, fue ya para toda la vida, como dicen los

poetas, un entusiasta partidario de las nobles amistades varoniles y de los nobles amores varoniles. La prosa, como sabes, lo define de un modo más breve y más conciso.

Contra la pantorrilla del hechicero vino a frotarse, ronroneando sonoramente, un gran gato negro con la cola erizada como un cepillo. Degerlund se inclinó, acarició al gato, agitó delante de él el medallón. El animal apartó con desgana el medallón de un zarpazo. Se volvió, dando a entender que le aburría el juego, y se dedicó a lamerse el pelo del pecho.

—Como sin duda habrás observado —continuó el hechicero—, tengo un encanto irresistible, las mujeres me llaman efebo. Las mujeres me gustan, por supuesto, pero en principio tampoco tenía nada contra la homosexualidad. Ni tenía ni tengo. Con una condición: ya puestos, tiene que ayudarme a hacer carrera.

»Mi afecto varonil por Hortulano no suponía un sacrificio excesivo, el viejo ya había cruzado

hacía tiempo la frontera de la edad en que se puede, y también de esa otra en que se quiere. Pero yo me esforcé para que se pensara lo contrario. Para hacer creer que había perdido la cabeza por mí. Que no podía negar nada a su bello amante. Que yo conocía sus códigos, que tenía acceso a sus libros secretos y sus anotaciones privadas. Que me obsequiaba con unos artefactos y talismanes que nunca antes le había mostrado a nadie. Y que me estaba enseñando conjuros prohibidos. La goecia entre ellos. Y, si hasta poco antes eran muchos en Rissberg los que me menospreciaban, de pronto empecé a cobrar importancia, crecí ante sus ojos. Creían que yo haría aquello con lo que ellos soñaban. Y que tendría éxito.

»¿Sabes lo que es el transhumanismo? ¿Lo que es la especiación? ¿La especiación radiactiva? ¿La introgresión? ¿No? No tienes por qué avergonzarte. Yo tampoco es que sepa demasiado. Pero todos creen que sé mucho. Que bajo la mirada y los auspicios de Hortulano estoy

desarrollando una investigación sobre el perfeccionamiento de la especie humana. Con el laudable objetivo de corregir y mejorar. Mejorar la condición de la gente, eliminar las enfermedades y las discapacidades, eliminar el envejecimiento y bla, bla, bla. Ése es el objetivo y la tarea de la magia. Seguir la senda de los grandes maestros de la antigüedad, de Malaspina, de Alzur y de Idarran. Maestros de la hibridación, de la mutación y de la modificación genética.

Anunciándose con un maullido, el gato negro volvió a aparecer. Saltó a las rodillas del hechicero, se estiró, ronroneó. Degerlund lo acarició rítmicamente. El gato ronroneó con más fuerza, sacando unas garras que eran enteramente del tamaño de las de un tigre.

—Seguro que sí sabes lo que es la hibridación, porque no es más que otro modo de llamar a los cruces. Al proceso de obtención de cruzamientos, de híbridos, de bastardos, llámalo como quieras. En Rissberg experimentan activamente en este

campo, han producido un sinfín de rarezas, espantajos y monstruosidades. Para muchos de ellos se han encontrado muy diversas aplicaciones prácticas, como, por ejemplo, el parazeugel, destinado a la limpieza de residuos urbanos, el parapico, que combate las plagas de los árboles, o la gambusia mutante, que devora las larvas de los mosquitos de la malaria. O el vigilosaurio, lagarto guardián, de cuya muerte te jactaste durante la audiencia. Pero todo eso lo consideran naderías, productos secundarios. Lo que de verdad les interesa es la hibridación y mutación de personas y humanoides. Algo semejante está prohibido, pero Rissberg se mofa de las prohibiciones. Y el Capítulo hace la vista gorda. O, más verosímilmente, sigue sumido en una plácida y estúpida ignorancia.

»Malaspina, Alzur e Idarran, y eso es algo que está documentado, partieron de criaturas pequeñas y vulgares para hacer de ellas seres gigantes, como aquellos miriápodos suyos, aquellas arañas, el

diablo sabrá qué más cosas. ¿Qué puede impedimos, se preguntaron, coger a un pequeño y vulgar hombrecillo y convertirlo en un titán, en un forzudo, capacitado para trabajar veinte horas al día, alguien a quien no afecten las enfermedades, alguien que aguante en plena forma hasta los cien años? Se sabe que tenían intención de hacerlo, es probable que lo hicieran, es probable que tuvieran éxito. Pero el secreto de sus híbridos se lo llevaron consigo a la tumba. Ni siquiera Hortulano, que ha dedicado su vida al estudio de sus trabajos, ha conseguido averiguar demasiado. Bue y Bang, los que te han traído hasta aquí, ¿te has fijado en ellos? Son híbridos, cruces mágicos de ogro y de troll. ¿El diestro arquero Pasztor? No, éste en concreto es, digámoslo así, por su figura y su aspecto, el resultado perfectamente natural del cruce de una moza más fea que un dolor y un palurdo que daba miedo verlo. Pero Bue y Bang, ah, ésos salieron directamente de las probetas de Hortulano. Preguntarás: ¿quién coño

necesita a esos engendros? ¿Para qué demonios crear algo así? Ah, hasta hace bien poco yo tampoco lo sabía. Hasta que vi cómo se las gastaban con los leñadores y los carboneros. Bue, de un solo zarpazo, es capaz de separar la cabeza del cuello, Bang parte en dos a una criatura como si fuera un pollo asado. ¡Pues dales tú un instrumento cortante, ja! Te montan una escabechina que es para verla. Hortulano, cuando le preguntan, cuenta que la hibridación es la vía para la eliminación de las dolencias hereditarias, te suelta un rollo sobre la mejora de la resistencia contra las enfermedades infecciosas y todas esas chorradas seniles. Pero a mí no me engaña. Y a ti tampoco. Los ejemplares como Bue y como Bang, o como esa cosa a la que le arrancaste la placa de Idarran, sólo sirven para una cosa: para matar. Lo cual está muy bien, porque a mí justamente lo que me hacían falta eran instrumentos para matar. A ese respecto, no acababa de confiar del todo en mis propias habilidades y capacidades. Injustamente,

la verdad sea dicha, como se ha podido ver después.

»Eso sí, los hechiceros de Rissberg siguen cruzando, mutando y modificando genéticamente sin parar, se pasan así todo el santo día. Y han obtenido muchos éxitos, han producido unos híbridos que son para quitar el hipo. Todos, en su opinión, híbridos beneficiosos, pensados para facilitarle la vida a la gente y hacérsela más agradable. De hecho, están a un paso de crear una mujer con la espalda completamente plana, para que uno pueda tirársela por detrás, teniendo al mismo tiempo un sitio donde depositar la copa de champán y hacer un solitario.

»Pero volvamos ad rem, o sea, a mi carrera científica. Como no podía presumir de éxitos incontestables, tuve que fingir que los había obtenido. No fue difícil.

»¿Sabes que existen otros mundos distintos del nuestro, y que la conjunción de las esferas nos impide el acceso a esos mundos? ¿Qué hay

universa que llamamos planos de elementos y de paraelementos? ¿Habitados por seres llamados demonios? Se suelen explicar los logros de Alzur et consortes porque precisamente lograron acceder a esos planos y a esos seres. Porque consiguieron invocar a esas criaturas y someterlas, porque atrajeron a los demonios y se hicieron con sus secretos y conocimientos. Creo que eso no es más que una trola y una invención, pero todo el mundo está convencido. ¿Y qué podía hacer yo, si esa creencia estaba tan arraigada? Para hacerles creer que estaba muy cerca de descubrir el secreto de los antiguos maestros, no tenía más remedio que convencer a Rissberg de que soy capaz de invocar a los demonios. Hortulano, quien de hecho había logrado en tiempos practicar la goecia con éxito, no quería instruirme en esta disciplina. Se permitió dar una valoración humillantemente baja de mis destrezas mágicas y me recomendó que fuera consciente de dónde estaba mi sitio. De acuerdo, por el bien de mi carrera seré consciente de eso.

Por ahora.

El gato negro, aburrido de tanta caricia, saltó de las rodillas del hechicero. Dirigió al brujo una fría mirada con sus ojos dorados y muy abiertos. Y se alejó, con la cola levantada.

A Geralt cada vez le costaba más respirar, sentía que le recorría el cuerpo un temblor y que no tenía modo de controlarlo. La situación no pintaba nada bien, y tan sólo dos circunstancias anunciaban algo bueno, las dos permitían abrigar alguna esperanza. En primer lugar, seguía vivo, y mientras hay vida hay esperanza, como solía decir Vesemir, su preceptor en Kaer Morhen.

La otra circunstancia propicia era el ego exagerado y la confianza excesiva de Degerlund. Aparentemente, el hechicero se había enamorado de sus propias palabras en la flor de la juventud, y sin duda aquél era el amor de su vida.

—Así que, como no pude convertirme en goetista —siguió contando el hechicero, dándole vueltas al medallón, mientras seguía recreándose

en su propia voz—, tuve que dármelas de goetista. Fingir que lo era. Se sabe que a menudo los demonios invocados por los goetistas se escapan y van sembrando por ahí la destrucción. Pues yo la he sembrado. Varias veces. He sembrado la destrucción en una serie de poblados. Y ellos se han creído que se trataba de un demonio.

»Te sorpendería ver lo ingenuos que son. Una vez decapité a un aldeano que había capturado y luego le cosí con sutura biodegradable la cabeza de un gran macho cabrío, disimulando los puntos con yeso y pintura. Después de lo cual se lo presenté a mis sabios colegas como un teriocéfalo, resultado de un experimento extraordinariamente complicado en el campo de la creación de seres humanos con cabezas de animales, experimento que, desgraciadamente, habría tenido un éxito sólo parcial, pues dicho resultado no había sobrevivido. Se lo tragaron, figúrate. ¡Crecí todavía más a sus ojos! Cuentan con que cree algo perdurable. Yo les reafirmo en esa opinión,

cosiendo cada dos por tres una cabeza de animal a un cadáver decapitado.

»Pero eso ha sido una digresión. ¿De qué estaba hablando? Ajá, de los poblados masacrados. Tal como esperaba, los maestros de Rissberg pensaron que era obra de demonios o de energúmenos poseídos por ellos. Pero cometí un error, me pasé de la raya. Nadie se habría preocupado por una aldea de leñadores, pero aniquilamos unas cuantas. El trabajo corría sobre todo a cargo de Bue y Bang, aunque yo también colaboraba en la medida de mis posibilidades.

»En la primera colonia, en Los Tejos, o algo por el estilo, no anduve demasiado fino. Cuando vi lo que hacían Bue y Bang, vomité: me puse toda la capa perdida. Tuve que tirarla. Una capa de lana de la mejor calidad, rematada con visón plateado, me había costado cerca de cien coronas. Pero luego cada vez me fue mejor. En primer lugar, empecé a vestirme de una manera adecuada, con ropa de faena. En segundo lugar, le cogí el gustillo

a esas acciones. Me di cuenta de que era una gozada cortarle una pierna a un tío y ver cómo la sangre sale a borbotones del muñón. O sacarle los ojos a alguien. O enganchar de un vientre abierto en canal un buen puñado de callos calentitos… Voy a resumir. Con las de hoy, va casi ya medio centenar de personas de ambos sexos y de distintas edades.

»Rissberg comprendió que había que ponerme freno. Pero, ¿cómo? Seguían creyendo en mi poder como goetista y temían a mis demonios. Y no se atrevían a enfurecer a Hortulano, enamorado como estaba de mí. Así que tú ibas a ser la solución. Un brujo.

Geralt respiraba superficialmente. E iba recobrando el optimismo. Veía ahora mucho mejor, los temblores iban remitiendo. Estaba inmunizado contra la mayoría de las toxinas conocidas: afortunadamente, el veneno de escorpión blanco, letal para el común de los mortales, no había sido una excepción. Los efectos, inquietantes al

principio, se habían ido debilitando con el paso del tiempo y estaban desapareciendo, el organismo del brujo era capaz, por lo visto, de neutralizar bastante deprisa la ponzoña. Degerlund lo ignoraba o, en su excesiva confianza, no lo había tenido en cuenta.

—Me enteré de que querían mandarte contra mí. No te oculto que sentí un ligero temor, había oído tanto de los brujos, y sobre todo de ti. Fui corriendo a ver a Hortulano: Sálvame, amado maestro. Mi amado maestro al principio me puso a caer de un burro, diciendo que no había estado nada bien lo de cargarme a aquellos leñadores, que era una cosa muy fea y que fuera la última vez. Pero después me dio algunos consejos para engañarte y tenderte una trampa. Me dijo cómo podía capturarte, utilizando el sello de teleportación que él mismo me había tatuado un par de años atrás en mi torso varonil. Pero me prohibió matarte. No te vayas a creer que lo hizo movido por sus buenos sentimientos. Necesita tus

ojos. Más concretamente, se trata del tapetum lucidum, la capa de tejido que recubre el interior de tus globos oculares, un tejido que aumenta y refleja la luz dirigida hacia los fotorreceptores, gracias a lo cual, como los gatos, puedes ver de noche y en la oscuridad. La más reciente idée fixe de Hortulano es dotar a toda la humanidad de la agudeza visual de los gatos. En el marco de los preparativos para tan noble fin, tiene intención de implantarle tu tapetum lucidum a algún nuevo mutante que piensa crear, aunque, eso sí, es necesario transplantar el tapetum de un donante vivo.

Geralt movió con mucho cuidado los dedos y la mano.

—Hortulano, mago ético y compasivo, después de quitarte los globos oculares, en su inagotable bondad, tiene intención de perdonarte la vida. Es de la opinión de que es preferible estar ciego que muerto, y además le repugna la idea de hacer sufrir a tu amada Yennefer de Vengerberg, por la que

siente un afecto tan grande como insólito en él. Por otra parte, Hortulano anda ya cerca de elaborar una fórmula mágica regeneradora. Dentro de unos años podrás acudir a él, y te devolverá los ojos. ¿Te alegras? ¿No? Haces bien. ¿Cómo? ¿Quieres decir algo? Habla, te escucho.

Geralt fingió que movía los labios con dificultad. El caso es que tampoco tuvo que fingir que lo hacía con dificultad. Degerlund se levantó del asiento, se inclinó sobre él.

—No entiendo nada —dijo contrariado—. En realidad, me importa un comino lo que quieras decir. Yo, en cambio, si que tengo algo más que añadir. Debes saber que entre mis múltiples talentos está también el de la clarividencia. Veo con toda claridad que cuando Hortulano te devuelva la libertad, después de haberte cegado, Bue y Bang te estarán esperando. Y en esa ocasión vendrás a parar a mi laboratorio, y en esa ocasión será con carácter definitivo. Pienso viviseccionarte. Sobre todo por diversión, aunque

también siento alguna curiosidad por lo que tienes dentro. Y una vez que haya terminado, por decirlo en el lenguaje de los carniceros, procederé al troceado de la pieza en canal. Tus restos los iré enviando a Rissberg por partes, como advertencia, para que vean lo que les espera a mis enemigos.

Geralt reunió todas sus fuerzas. No eran demasiadas.

—Por lo que respecta a la susodicha Yennefer —el hechicero se inclinó un poco más, el brujo pudo sentir su aliento mentolado—, a mí, a diferencia de Hortulano, la idea de hacerla sufrir me alegra enormemente. Por eso mismo, cortaré el fragmento que más apreciaba en ti y se lo mandare a Vengerb…

Geralt formó con los dedos la Señal y alcanzó el rostro del hechicero. Sorel Degerlund se quedó sin aliento, se desplomó en el sillón. Resolló. Los ojos se le hundieron en las profundidades del cráneo, la cabeza le colgó como muerta sobre un hombro. La cadena del medallón se le escurrió de

los dedos inertes.

Geralt se puso de pie, o más bien lo intentó, lo único que consiguió fue caer al suelo desde el sillón: su cabeza fue a parar justo a los pies de Degerlund. Delante mismo de sus narices estaba el medallón que se le había escapado al hechicero. En el óvalo dorado, un esmalte con un delfín celeste nageant. El escudo de Kerack. No tenía tiempo para sorprenderse ni para pararse a pensar. Degerlund había empezado a roncar con fuerza, era evidente que estaba a punto de despertarse. La Señal de Somne había funcionado, pero débilmente y con brevedad, el brujo estaba demasiado debilitado por el veneno.

Se levantó agarrándose de la mesa, tirando libros y manuscritos.

Pasztor irrumpió en la estancia. Geralt ni siquiera intentó recurrir a las Señales. Cogió un grimorio encuadernado en piel y latón que había encima de la mesa y atizó al jorobado en el cuello. Con la sacudida, Pasztor cayó al suelo de culo y

soltó la arbalesta. El brujo volvió a atizarle. Y habría repetido, pero el grimorio se le escapó de los dedos entumecidos. Agarró una garrafa que había encima de unos libros y se la estampó en la cabeza a Pasztor. El jorobado, aunque empapado en sangre y vino tinto, no daba su brazo a torcer. Se lanzó contra Geralt, sin sacudirse siquiera de los párpados los fragmentos de cristal.

—¡Bueee! —gritó, agarrando al brujo por las rodillas—. ¡Baaang! ¡A mí! ¡A m…!

Geralt cogió otro grimorio de la mesa, uno pesado, con fragmentos de cráneo humano incrustados en las tapas. Sacudió al jorobado con tantas ganas que salieron volando esquirlas de hueso.

Degerlund carraspeó, intentaba levantar una mano. Geralt se dio cuenta de que quería lanzar un conjuro. El pesado traqueteo de unos pasos cada vez más próximos indicaba que Bue y Bang se estaban acercando. Pasztor se incorporó como pudo, palpó a su alrededor buscando la ballesta.

Geralt vio su espada encima de la mesa, la cogió. Se tambaleó, a punto estuvo de caerse redondo. Cogió a Degerlund del cuello del jubón, le puso en la garganta el filo de la espada.

—¡Tu sello! —le gritó al oído—. ¡Telepórtanos lejos de aquí!

Bue y Bang, armados con cimitarras, se estorbaron mutuamente en la puerta y allí se quedaron atascados, completamente inmovilizados. A ninguno de los dos se le ocurrió que podía ceder el paso al otro.

El marco de la puerta tembló.

—¡Telepórtanos! —Geralt agarró a Degerlund de los pelos, le echó la cabeza hacia atrás—. ¡Ahora! ¡O te rebano la nuez!

Bue y Bang salieron despedidos de la puerta, llevándose el marco por delante. Pasztor encontró la ballesta y la alzó.

Degerlund se desabrochó la camisa con mano temblequeante y gritó un conjuro, pero antes de que los envolviera la oscuridad consiguió

separarse del brujo y le dio un empujón. Geralt le cogió de la puñeta de una manga y trató de tirar de él, pero en ese momento el portal entró en funcionamiento y todos sus sentidos, incluido el del tacto, se desvanecieron. Sintió cómo lo aspiraba una fuerza elemental, zarandeándolo y haciéndole girar como en un remolino. El frío lo dejó paralizado. Una fracción de segundo. Una de las fracciones de segundo más largas e ingratas de toda su vida.

Se golpeó contra el suelo, con tanta fuerza que retumbó. Quedó tendido boca arriba.

Abrió los ojos. A su alrededor reinaba la oscuridad más negra, unas tinieblas impenetrables. Estoy ciego, pensó. ¿Habré perdido la vista?

No la había perdido. Sencillamente era una noche muy oscura. Su tapetum lucidum —como lo había llamado científicamente Degerlund— empezó a funcionar, captó toda la luz que se podía captar en aquellas circunstancias. Un momento después ya pudo reconocer a su alrededor las

siluetas de algunos troncos, arbustos y matorrales.

Y por encima de la cabeza, cuando se abrieron las nubes, vio las estrellas.

Interludio

Al día siguiente

Había que reconocérselo: los constructores de Findetann sabían hacer su trabajo y no escurrían el bulto. A pesar de que a lo largo del día ya los había visto varias veces en acción, Shevlov observaba con interés cómo instalaban una vez más el martinete. Montaban una borriqueta uniendo tres vigas, y colocaban encima una rueda. Sobre la rueda tendían una cuerda, a la que aseguraban un enorme madero chapado en metal, técnicamente llamado mazo. Gritando rítmicamente, los obreros tiraban de la cuerda y levantaban el mazo justo hasta la altura de la parte superior de la borriqueta, para soltarlo de inmediato. El mazo caía con fuerza sobre un poste plantado en un hoyo, clavándolo bien hondo en la tierra. Bastaba

con tres, cuatro golpes a lo sumo, con el mazo, para que el poste quedara bien firme. En un abrir y cerrar de ojos los obreros desmontaban el martinete y cargaban las piezas en un carro, mientras uno de ellos trepaba por una escalera de mano hasta lo alto del poste, y allí clavaba una placa esmaltada con el escudo de Redania: un águila de plata en campo de gules.

Gracias a Shevlov y a su compañía libre —y también gracias a los martinetes y al servicio que prestaban—, la provincia de Ribera, que formaba parte del reino de Redania, ensanchaba su territorio. Notablemente.

El capataz se acercó, enjugándose la frente con la gorra. Estaba empapado en sudor, y eso que no había hecho nada, salvo cagarse en la puta constantemente. Shevlov sabía lo que le iba a preguntar el capataz, porque lo preguntaba cada dos por tres.

—¿El siguiente dónde, mi capitán?

—Ya os lo indico. —Shevlov hizo volverse al

caballo—. Seguidme.

Los carreteros aguijaron a los bueyes, las carretas de los obreros echaron a andar lentamente por la cumbre de la colina, el suelo estaba bastante pesado después de la tormenta de la víspera. Pronto se vieron junto al siguiente poste, adornado con una placa negra pintada de lila. El poste ya estaba caído, lo habían arrastrado hasta unos arbustos, la compañía de Shevlov ya se había ocupado de eso previamente. Otra victoria del progreso, pensó Shevlov, otro triunfo del pensamiento técnico. El poste de Temeria, plantado manualmente, se arranca y se derriba en un santiamén. El poste de Redania, clavado con el martinete, no es tan fácil sacarlo del suelo.

Agitó la mano, señalándoles una dirección a los obreros. A algunas leguas hacia el sur. Pasada la aldea.

A los habitantes de la aldea —si es que unas cuantas cabañas y chozas eran merecedoras de ese nombre— los jinetes de la compañía de Shevlov

los habían reunido en una explanada próxima. Rápidamente los rodearon, levantando nubes de polvo, los arrinconaron con los caballos. Escayrac, siempre impulsivo, no escatimó zurriagazos. Otros rondaban por las casas. Los perros ladraban, las mujeres gemían, los niños chillaban.

Tres jinetes se acercaron a Shevlov al trote. Yan Malkin, llamado Atizador, flaco como una astilla. Prospero Basti, más conocido como Sperry. Y Aileach Mor-Dhu, llamada Fryga, en una yegua gris.

—Reunidos, como ordenaste —dijo Fryga, echándose hacia atrás el kalpak de lince—. Todo el poblado.

—Que los hagan callar.

Callaron a los reunidos, no sin ayuda de nagaikas y bastones. Shevlov se acercó.

—¿Cómo se llama este villonio?

—Villanueva.

—¿Otra vez Villanueva? Esta chusma no tiene

ni pizca de imaginación. Acompaña a los obreros, Sperry. Indícales dónde tienen que clavar el poste, no vayan a confundirse otra vez.

Sperry silbó, el caballo echó a andar. Shevlov se aproximó a los reunidos. Fryga y Atizador se situaron a ambos lados.

—¡Habitantes de Villanueva! —Shevlov se puso de pie en los estribos—. ¡Atentos a lo que tengo que deciros! Por orden de su graciosa majestad, nuestro rey y gobernante Vizimir, os anuncio que desde el día de hoy esta tierra, hasta los postes fronterizos, pertenece al reino de Redania, y su majestad el rey Vizimir es vuestro monarca y señor. A él le debéis respeto, obediencia y tributos. ¡Y ya os estáis retrasando con la contribución y los impuestos! Por orden del rey tenéis que saldar vuestra deuda de manera inmediata. Ahí está el recaudador, ahí está el cofre.

—¿Lo qué? —protestó alguien entre la multitud—. ¿Pero que pagos ni qué leches? ¡Si

nusotros ya habemos pagado!

—¡Si ya los diezmos nos los sacaron!

—Os han sacado los diezmos los recaudadores de Temeria. Ilegalmente, porque esto no es Temeria, sino Redania. Mirad dónde están los postes.

—¡Pero si no más ayer mismo —clamó uno de los lugareños— esto era Temeria! ¿Cómo puede ser? Pagamos, tal y como nos mandaron…

—¡No tenéis derecho!

—¿Quién? —bramó Shevlov—. ¿Quién ha dicho eso? ¡Claro que tengo derecho! ¡Traigo una orden real! ¡Somos soldados del rey! Y os digo: ¡los que quieran quedarse aquí trabajando la tierra tendrán que pagar hasta el último céntimo de sus impuestos! ¡Los que se opongan serán expulsados! ¿Habéis pagado a Temeria? ¡Eso es que os consideráis temerios! ¡Pues entonces largo de aquí, marchaos allá, atravesad la frontera! ¡Pero tan sólo con lo que os quepa en las dos manos, porque las tierras y los aperos son propiedad de

Redania!

—¡Un robo! ¡Esto es un robo a mano armada! —gritó, adelantándose, un gran mocetón con el pelo alborotado—. ¡Vosotros soldados del rey no sois, sino bandidos! No tenéis dere…

Escayrac se acercó y le sacudió un zurriagazo al protestón. El protestón cayó al suelo. A los demás los aplacaron con las astas de las picas. La compañía de Shevlov sabía cómo arreglárselas con los aldeanos. Habían cruzado la frontera hacia una semana y ya habían pacificado más de un poblado.

—Se aproxima un jinete. —Fryga señaló con la nagaíka—. ¿No será Fysh?

—El mismo. —Shevlov se cubrió los ojos con la mano—. Manda que saquen a la chiflada esa del carro y que la traigan aquí. Y tú coge a un par de hombres, echad un vistazo por ahí. Hay colonos aislados en los calveros y desmontes, también ellos tienen que saber a quién les toca pagar ahora la contribución. Y, si alguno protesta, ya sabéis lo

que hay que hacer.

Fryga sonrió con una sonrisa lobuna, le brillaron los dientes. Shevlov lo sintió por los colonos que fueran a recibir su visita. Aunque su suerte le traía sin cuidado.

Miró al sol. Hay que darse prisa, pensó. Antes de mediodía convendría derribar unos cuantos postes más de Temeria. Y erigir algunos nuestros.

—Tú, Atizador, sígueme. Vamos a recibir a unos invitados.

Los invitados eran dos. Uno llevaba un sombrero de paja, y tenía el mentón muy pronunciado y una barbilla prominente y renegrida. Toda la cara la tenía renegrida por la barba de tres días. El otro era un tipo muy fornido, un verdadero gigantón.

—Fysh.

—Mi sargento.

Shevlov puso mala cara. Javil Fysh —no sin un motivo— había aludido a su antigua relación, que venía de los tiempos en que ambos habían

servido en el ejército regular. A Shevlov no le gustaba que le recordaran aquellos tiempos. No quería tener que acordarse ni de Fysh, ni del servicio, ni de la mierda de paga de suboficial.

—La compañía libre —Fysh hizo un gesto en dirección a la aldea, de donde seguían llegando gritos y llanto— está trabajando, por lo que veo… Una expedición de castigo, ¿no? ¿Vais a quemar todo esto?

—Eso es cosa mía.

No vamos a quemarlo, pensó. Disgustado, porque le gustaba incendiar aldeas, a la compañía también le gustaba. Pero no se lo habían ordenado. Le habían ordenado modificar la frontera, y recaudar tributos entre los aldeanos. Expulsar a los que se resistieran, pero sin tocar sus bienes. Servirían a los nuevos pobladores que estaban por venir. Procedentes del norte, donde hay gente de sobra hasta en los yermos.

—He cogido a la chiflada esa y aquí la tengo —anunció—. Según lo acordado. Está atada. No

ha sido nada fácil, si lo hubiera sabido, habría exigido más. Pero quedamos en quinientas, así que quinientas serán.

Fysh hizo un gesto, se acercó el gigantón, le entregó dos saquitos. Tenía en el antebrazo un tatuaje de una víbora, formando una ese alrededor de la hoja de un estilete. Shevlov conocía ese tatuaje.

Se presentó un jinete de la compañía con la prisionera. La chiflada tenía la cabeza metida dentro de un saco que le llegaba hasta las rodillas, asegurado con una cuerda que también le inmovilizaba los brazos. Por debajo del saco asomaban las piernas desnudas, flacas como palillos.

—¿Qué es esto? —Señaló Fysh—. ¿Mi querido sargento? Quinientas coronas novigradas, demasiado caro por un gato metido en un saco.

—El saco es gratis —replicó Shevlov con fríaldad—. Igual que un buen consejo. No la desates ni mires lo que hay dentro.

—¿Y eso?

—Es peligroso. Muerde. Y puede lanzar embrujos.

El gigantón tiró de la cautiva y la depositó en el arzón de la silla. La chiflada, tranquila hasta ese instante, empezó a revolverse, a patalear, a aullar por debajo del saco. No consiguió nada, el saco estaba atado a conciencia.

—¿Cómo puedo saber —preguntó Fysh— que de verdad se trata de la persona por la que he pagado? ¿Y no la primera moza que pasaba por ahí? ¿Puede que una de este mismo villorrio?

—¿Estás diciendo que miento?

—No, no, qué cosas tienes. —Fysh reculó, a ello le ayudó ver cómo Atizador acariciaba el mango del hacha que colgaba de la silla—. Yo a ti te creo, Shevlov. Sé que tu palabra no es humo. Nos conocemos, ¿o no? En los viejos buenos tiempos…

—Llevo prisa, Fysh. Me llama el deber.

—Cuídate, sargento.

—Qué curioso —comentó Atizador, viendo cómo se alejaban—. Qué curioso, para qué la querrán. A esa chiflada. No se lo has preguntado.

—No se lo he preguntado —admitió Shevlov fríamente—. Esas cosas no se preguntan.

Sentía cierta compasión de la chiflada. Su suerte le preocupaba poco. Pero suponía que no le iría muy bien.

Capítulo decimosegundo

En un mundo donde la muerte está al acecho, no hay tiempo para remordimientos de conciencia ni para vacilaciones. Sólo hay tiempo para decisiones. Es indiferente de qué decisiones se trate, ninguna tiene más o menos peso que las demás. En un mundo donde la muerte está al acecho, no hay decisiones trascendentales o intrascendentes. Sólo hay decisiones tomadas por el guerrero a la vista de su inevitable destrucción.

Carlos Castaneda, *La rueda del tiempo*

Había una señal en el cruce, un poste con unas tablas clavadas que indicaban los cuatro puntos cardinales.

El alba le sorprendió en el punto en que había

caído, arrojado por el portal: sobre la hierba empapada de rocío, entre unos matorrales cercanos a una ciénaga o una laguna infestada de aves que, graznando y parpando, lo habían despertado de un sueño profundo y agotador. Por la noche había ingerido un elixir brujeril, siempre lo llevaba consigo por si acaso, en un tubito de plata que llevaba oculto, cosido al cinturón. El elixir, llamado Oropéndola, era considerado una panacea especialmente eficaz contra toda clase de intoxicaciones e infecciones, así como contra el efecto de distintos venenos y toxinas. Gracias a la Oropéndola, Geralt se había salvado más veces de las que podía recordar, pero el consumo del elixir nunca había tenido tantos efectos como en esta ocasión. Después de tomarlo, se pasó una hora luchando con los calambres y con unas bascas increíblemente fuertes, consciente de que no podía permitirse vomitar. De resultas de lo cual, aunque había ganado la batalla, cayó rendido en un profundo sueño. El cual, por lo demás, también

podía deberse a la combinación del veneno de escorpión, el elixir y la teleportación.

En lo tocante al viaje, no estaba seguro de lo que había pasado, de cómo y por qué el portal abierto por Degerlund lo había dejado justamente allí, en aquella paramera pantanosa. Parecía dudoso que hubiera obedecido a una acción deliberada del hechicero, más probablemente se habría tratado de la típica avería en la teleportación, cosa que llevaba temiendo toda la semana. Era algo de lo que había oído hablar muchas veces, y de lo que había sido testigo en alguna ocasión: que el portal, en lugar de enviar al pasajero a donde debía, lo lanzara a un sitio bien distinto, totalmente al azar.

Cuando volvió en sí, tenía la espada en la mano derecha, y en la izquierda agarraba con fuerza un retazo de tela, que a la luz del día identificó como la puñeta de una camisa. La tela estaba cortada limpiamente, como con un cuchillo. Pero no tenía huellas de sangre, así que el

telepuerto no le había cortado el brazo al hechicero, sino tan sólo la camisa. Geralt lamentó que sólo hubiera sido la camisa.

La peor avería de un portal de la que había sido testigo, y que había hecho de el un detractor de la teleportación para los restos, había tenido lugar al comienzo de su carrera como brujo. Entre los nuevos ricos, los señoritos y la dorada juventud de aquellos días se había puesto de moda transportarse de un sitio para otro, y algunos hechiceros facilitaban esa diversión a cambio de sumas fabulosas. Un día —el brujo justamente estaba presente— un amante de la teleportación apareció en el portal, después del transporte, cortado con toda precisión por la mitad a lo largo del plano vertical. Parecía la funda abierta de un contrabajo. Acto seguido, se desmoronó y se disolvió. La fascinación por la teleportación declinó notablemente después de aquel incidente.

En comparación con algo así, pensó, aterrizar en un barrizal es un verdadero lujo.

No había recobrado todas sus fuerzas, pero seguía sintiendo náuseas y le daba vueltas la cabeza. Pero no había tiempo para descansar. Sabía que los portales dejaban huellas, los hechiceros tenían medios para seguir la ruta de una teleportación. Aunque si se trataba, como sospechaba, de un defecto del portal, el rastreo de la ruta era poco menos que imposible. De todos modos, quedarse demasiado tiempo en las inmediaciones del lugar de aterrizaje tampoco era sensato.

Echó a andar a buen paso, con ánimo de entrar en calor y desentumecerse. Todo había empezado con las espadas, pensó, mientras chapoteaba por medio de los charcos. ¿Cómo lo había llamado Jaskier? ¿Una cadena de casualidades desafortunadas y de incidentes malhadados? Primero perdí las espadas. Apenas han pasado tres semanas y he perdido el caballo. A *Sardinilla*, que se ha quedado en Pinares, si antes no la encuentra alguien y se la lleva, seguro que se la comen los

lobos. Las espadas, el caballo. ¿Qué más? Da miedo pensarlo.

Después de una hora recorriendo terrenos pantanosos llegó a una zona seca, y tras otra hora adicional alcanzó una carretera firme. Y al cabo de media hora de marcha por la carretera llegó al cruce.

En aquel cruce de caminos había una señal, un poste con unas tablas clavadas que indicaban los cuatro puntos cardinales. Estaban cubiertas de excrementos de aves migratorias y acribilladas de agujeros dejados por los virotes. Por lo visto, cualquiera que pasaba por allí se sentía obligado a tirar a la señal con su ballesta. Así que para leer las indicaciones había que acercarse mucho.

El brujo se acercó. Y descifró las direcciones. La tabla que apuntaba hacia el este —de acuerdo con la posición del sol— tenía escrito el nombre de Chippir, la contraria señalaba hacia Tegmond.

La tercera tabla indicaba el camino a Findetann, y la cuarta no se sabía adónde, porque la inscripción estaba emborronada con alquitrán. A pesar de lo cual, Geralt ya se había hecho una idea aproximada de dónde se encontraba.

La teleportación lo había depositado en el interfluvio que formaban los dos brazos del río Pontar. El brazo meridional, en virtud de sus dimensiones, se había hecho acreedor a un nombre propio entre los cartógrafos: figuraba en muchos mapas como el Embla. Mientras que el país —o, más bien, el paisillo— que se extendía entre los dos brazos se llamaba Emblonia. Es decir, se había llamado así alguna vez, hacia mucho tiempo. Y hacía mucho tiempo que había dejado de llamarse asi. El reino de Emblonia había dejado de existir hacía como medio siglo. Y había razones para ello.

En la mayoría de los reinos, ducados y otras formas de organización del poder y de las relaciones sociales existentes en las tierras

conocidas por Geralt, los problemas —básicamente, había que reconocer que era asi— se resolvían razonablemente bien. Es verdad que el sistema renqueaba de vez en cuando, pero funcionaba. En la mayor parte de las comunidades sociales la clase gobernante gobernaba, y no se limitaba exclusivamente a practicar el robo y los juegos de azar, en alternancia con el libertinaje. Sólo un pequeño porcentaje de la élite social estaba integrado por gente que creía que higiene era el nombre de una prostituta y que la gonorrea es un pájaro de la familia de las alondras. La clase trabajadora y campesina sólo en una mínima parte estaba formada por cretinos que vivían al día, pendientes de su vodka diaria, incapaces de captar con sus cortas entendederas algo tan difícil de captar como el día siguiente y la vodka del día siguiente. Los sacerdotes en su mayoría no se dedicaban a desplumar al pueblo y a corromper a los menores, sino que frecuentaban los templos, consagrándose sin descanso a tratar de resolver

los irresolubles misterios de la fe. Los psicópatas, los majaretas, los bichos raros y los idiotas no hacían carrera en la política y ocupaban cargos importantes en el gobierno y la administración, sino que se dedicaban a la destrucción de su vida familiar. Los tontos de los pueblos se estaban quietecitos en sus pueblos, detrás de los graneros, sin dárselas de tribunos de la plebe. Así en la mayoría de los países.

Pero el reino de Emblonia no formaba parte de la mayoría de los países. Era de la minoría en todos los aspectos antes mencionados. Y en muchos más.

Por eso vino a menos. Y finalmente desapareció. De ello se encargaron sus poderosos vecinos, Temeria y Redania. Emblonia, a pesar de su fracaso como entidad política, disponía de ciertas riquezas. Pues se hallaba situado en la llanura aluvial del río Pontar, el cual depositaba allí desde hacía siglos los sedimentos transportados por la corriente. Así se habían

formado unos limos extraordinariamente fértiles y productivos para la agricultura. Bajo el gobierno de los soberanos de Emblonia aquellas tierras fértiles no tardaron en transformarse en terrenos baldíos llenos de charcas, en los que poco se podía plantar y menos aún cosechar. Mientras tanto, Temeria y Redania experimentaron un significativo incremento de la población y la producción agrícola se convirtió en una cuestión vital. Los limos de Emblonia eran tentadores. Así pues, los dos reinos, separados por el río Pontar, se repartieron Emblonia sin más miramientos, y borraron el nombre de los mapas. La parte anexionada por Temeria pasó a llamarse Pontaria y la parte unida a Redania se convirtió en Ribera. Masas de colonos fueron enviados a las tierras de aluvión. Bajo la vigilancia de diligentes administradores, gracias a un razonable sistema de rotación de cultivos y de mejora de las tierras, el área, a pesar de su pequeña extensión, pronto se volvió un verdadero cuerno de la abundancia

agrícola.

Tampoco tardaron en surgir las disputas. Tanto más enconadas cuanto más abundantes cosechas daban las vegas del Pontar. El tratado de demarcación de la frontera entre Temeria y Redania contenía cláusulas que permitían las más diversas interpretaciones, y los mapas adjuntos al tratado no valían para nada, porque los cartógrafos habían hecho una mierda de trabajo. El propio río también hizo su aportación: después de un prolongado periodo de lluvias, cambió su curso, desplazándose dos o tres millas. De ese modo el cuerno de la abundancia se volvió manzana de la discordia. Se fueron al garete los planes de enlaces dinásticos y de alianzas, comenzaron las notas diplomáticas, las guerras aduaneras y las retorsiones comerciales. Los conflictos fronterizos cobraron más fuerza, el derramamiento de sangre parecía inevitable. Y al final se produjo. Y a partir de entonces se reprodujo con regularidad.

En sus peregrinajes en busca de faena Geralt

tenía la costumbre de evitar aquellos territorios en los que había frecuentes enfrentamientos armados, porque en tales lugares se hacia dificil trabajar. Los campesinos que habían tenido que vérselas un par de veces con tropas regulares, mercenarios o desertores se convencían de que un licántropo que pudiera rondar por ahí, una estrige, un troll que te sale de debajo de un puente o un vicht surgido de un túmulo no suponen en el fondo un gran problema y constituyen una amenaza menor, y no vale la pena gastarse los cuartos en un brujo. Que hay asuntos más urgentes, como la recostrucción, sin ir más lejos, de la choza incendiada por los soldados o la compra de nuevas gallinas que reemplacen a las que han robado y se han zampado los combatientes. Por esas razones, Geralt apenas conocía las tierras de Emblonia, o más bien, de acuerdo con los mapas modernos, de Pontaria ly Ribera. En particular, no tenía ni idea de cuál de las localidades que figuraban en los indicadores podría ser la más próxima ni por dónde le

interesaría tirar a partir del cruce para dejar lo antes posible aquellas parameras y encontrarse con alguna forma de civilización.

Geralt se decidió por Findetann, o sea, por el norte. Más o menos en esa dirección se hallaba Novigrado, hasta allí tenía que ir, y además, si quería recuperar sus espadas, tenía que llegar necesariamente antes del 15 de julio.

Después de una hora, más o menos, de marcha a buen paso, fue a darse de narices con lo que tanto quería evitar.

En las inmediaciones de un calvero había un redil, una choza con el techo de paja y algunos chamizos. De que allí estaba pasando algo daban noticia unos fuertes ladridos y el cacareo nervioso de unas aves de corral. Los berridos de un niño y el llanto de una mujer. Unas imprecaciones.

Geralt se acercó, maldiciendo en el alma tanto su mala suerte como sus escrúpulos.

Unas plumas flotaban en el aire, uno de los soldados estaba atando a su silla unos pollos que acababa de afanar. Otro daba de latigazos a un aldeano que se retorcía en el suelo. Un tercero se peleaba con una mujer con la ropa hecha jirones y con un crío que se aferraba a la mujer.

Geralt llegó hasta ellos. Sin ceremonias ni presentaciones agarró la mano con el látigo, alzada en el aire, y la retorció. El soldado soltó un alarido. Geralt lo empujó hacia la pared del gallinero. Cogió al segundo del cuello de la camisa y lo apartó de la mujer, lanzándolo contra un vallado.

—Largo de aquí —ordenó escuetamente—. Pero ya.

Rápidamente sacó la espada, como señal de que había que tratarlo como correspondía, dada la importancia de la situación. Y de que debían tener muy presentes las posibles consecuencias de un comportamiento inadecuado.

Uno de los soldados se rió sonoramente. Otro

le imitó, agarrando el puño de la espada.

—¿Sabes con quién te estás metiendo, vagabundo? ¿Buscas la muerte?

—Largo de aquí, he dicho.

El que estaba atando los pollos al caballo se dio la vuelta. Y resultó ser una mujer. Guapa, a pesar de los ojos, entrecerrados de un modo antipático.

—¿No tienes en nada tu vida? —Por lo visto, la mujer sabía retorcer los labios de un modo aún más antipático—. ¿No será que eres un poco retrasado? ¿Que no sabes contar? Te voy a ayudar. Tú eres sólo uno, nosotros somos tres. O sea, que nosotros somos más. O sea, que deberías darte la vuelta ahora mismo y salir de aquí cagando leches, moviendo esas piernas. Mientras tengas piernas.

—Largo. No pienso repetirlo.

—Ajá. Vamos, que tres son poca cosa para ti. ¿Y una docena?

Unos cascos retumbaron a su alrededor. El brujo se volvió. Diez jinetes armados. Lanzas y

rogatinas apuntando hacia él.

—¡Tú! ¡Mentecato! ¡Deja la espada en el suelo!

No obedeció. Retrocedió de un salto hacia el gallinero, para tener al menos las espaldas cubiertas.

—¿Qué pasa, Fryga?

—El aldeano ese, que se ha puesto farruco —bufó la mujer llamada Fryga—. Va y nos suelta que no piensa pagar sus impuestos, que ya ha pagado una vez y bla, bla, bla. Así que estábamos haciendo entrar en razón al muy palurdo, y de pronto ha llegado este canoso, como salido de la nada. Por lo visto, tenemos aquí a un noble caballero, defensor de los pobres y oprimidos. Venía solo, pero no veas qué humos traía.

—¿Este saltarín? —graznó uno de los jinetes, azuzando al caballo contra Geralt y amenazándole con la lanza—. ¡Veamos cómo salta al pincharlo!

—Suelta la espada —ordenó un jinete con plumas en el birrete, que parecía el comandante—.

¡La espada al suelo!

—¿Lo atravesamos, Shevlov?

—Déjalo, Sperry. —Shevlov miró al brujo desde lo alto de la silla—. No vas a soltar la espada, ¿verdad? —valoró—. ¿Tan valiente te crees? ¿Tan duro? ¿Te tomas las ostras con la concha? ¿Y bebes trementina? ¿No te arrodillas ante nadie? ¿Y sólo sales en defensa de los que han sido humillados sin razón? ¿Tan sensible eres ante las injusticias? Ahora veremos. ¡Atizador, Ligenza, Floquet!

Los esbirros captaron al vuelo la indicación de su jefe, se veía que tenían experiencia al respecto, ya habían ensayado el protocolo. Desmontaron de un salto. Uno de ellos le puso un cuchillo en el cuello al aldeano, otro agarró de los pelos a la mujer, el tercero cogió al niño. El niño se puso a gritar.

—La espada en el suelo —dijo Shevlov—. Pero ya. Si no… ¡Ligenza! Rebánale el cuello al campesino.

Geralt arrojó la espada. Inmediatamente se echaron encima de él, lo aplastaron contra las tablas. Lo amenazaron con las armas.

—¡Ajá! —Shevlov se bajó del caballo—. ¡Ha funcionado!

»Estás en un buen lío, defensor de los paletos —añadió secamente—. Te has metido donde no te llamaban y has saboteado a los servidores del rey. Por ese motivo, estoy autorizado a detenerte y a llevarte ante un juez.

—¿Detenerlo? —protestó el llamado Ligenza —. ¿Y crearnos problemas? ¡Un lazo al cuello y que cuelgue de una rama! ¡Con eso basta!

—¡O atravesarlo en el sitio!

—Pues yo —dijo de pronto uno de los jinetes — ya lo he visto antes. Es un brujo.

—¿Un qué?

—Un brujo. Un mago que se dedica a matar monstruos por dinero.

—¿Un mago? ¡Lagarto, lagarto! ¡Matadlo, antes de que nos eche un conjuro!

—Cierra la boca, Escayrac. Habla, Trent. ¿Dónde lo has visto y en qué circunstancias?

—Fue en Maribor. Donde el corregidor de allí, que había contratado a éste para que matara a no sé qué criatura. No recuerdo cuál. Pero de él sí que me acuerdo, con esos cabellos blancos.

—¡Ja! Entonces, si nos ha atacado, es porque alguien le ha contratado para que venga contra nosotros.

—Los brujos son para los monstruos. Sólo de los monstruos defienden a la gente.

—¡Ajá! —Fryga se echó para atrás el kalpak de lince—. ¡Ya decía yo! ¡Un defensor! Ha visto cómo Ligenza le daba una lección al campesino con el látigo, mientras Floquet se disponía a violar a la mujer…

—¿Y ha dado en el clavo al clasificaros? —dijo Shevlov con soma—. ¿Como monstruos? Entonces habéis tenido suerte. Bromeaba. Porque la cosa, a mi modo de ver, es bien sencilla. Yo, cuando serví en el ejército, escuché de los brujos

algo completamente distinto. Se prestaban a lo que fuera, a espiar, a proteger, a matar a traición si hacía falta. Decían de ellos: son gatos. A éste de aquí Trent lo vio en Maribor, en Temeria. Eso quiere decir que está a sueldo de Temeria, que lo han contratado para que se ocupe de nosotros, a propósito de esos postes fronterizos. Me advirtieron en Findetann de los agentes temerios, me prometieron una recompensa por los que pudiera cazar. Así que nos lo llevamos a Findetann atado a una soga, se lo entregamos al comandante y la recompensa es nuestra. Venga, ya lo estáis amarrando. ¿Qué hacéis ahí parados? ¿Os da miedo? No va a presentar resistencia. Sabe lo que les haríamos entonces a esos aldeanos.

—¿Y quién coño va a tocarlo? ¿Siendo un hechicero?

—Quita, quita, ¡lagarto, lagarto!

—¡Estúpidas gallinas! —rugió Fryga, desatando las correas de las alforjas—. ¡Pellejos de liebre! ¡Ya lo haré yo, en vista de que aquí no

hay nadie con un par de huevos!

Geralt se dejó amarrar. Había decidido ser obediente. De momento.

Por el camino procedente del bosque asomaron dos carros tirados por bueyes, cargados con postes y piezas para alguna clase de construcciones de madera.

—Que vaya alguien a hablar con los carpinteros y con el recaudador de impuestos —ordenó Shevlov—. Decidles que se den la vuelta. Ya hemos clavado suficientes postes, basta por esta vez. Vamos a hacer una parada. Echad un vistazo por ahí, a ver si hay con qué alimentar a los caballos. Y algo para comer nosotros.

Ligenza recogió la espada de Geralt y la examinó. La adquisición de Jaskier. Shevlov se la quitó de las manos. La sopesó, la agitó, hizo un molinete.

—Habéis tenido suerte —dijo— de que hayamos llegado tantos justo a tiempo. Os habría hecho picadillo, a Fryga, a Floquet y a ti. Hay

muchas leyendas sobre las espadas de los brujos. El mejor acero, plegado y martillado muchas veces, plegado y nuevamente martillado. Y, por si fuera poco, protegido por conjuros singulares. Dotado por ello de una fuerza insólita, de una elasticidad y agudeza sin par. Las espadas de los brujos, os lo digo yo, atraviesan corazas y cotas de malla como si fueran briales de lino, y parten en dos las otras hojas como quien parte un macarrón.

—No puede ser —repuso Speny. Como casi todos los demás, tenía los bigotes empapados de nata agria que habían encontrado en la cabaña y que habían apurado hasta el fondo—. Cómo va a ser como un macarrón.

—Yo tampoco lo veo —añadió Fiyga.

—Cuesta —terció Atizador— creerse algo así.

—¿Sí? —Shevlov adoptó una postura de esgrimista—. ¿Alguien quiere comprobarlo? ¿Qué? ¿Ninguno está dispuesto? ¿Y bien? ¿Por que estáis ahora tan callados?

—Vale. —Se adelantó Escayrac y sacó su

espada—. Yo mismo. Qué más da. A ver qué pasa… Vamos a darle, Shevlov.

—Venga. Un, dos… ¡tres!

Las espadas chocaron con un chasquido. El metal resquebrajado gimió penosamente. Fryga se encogió cuando un fragmento suelto de espada le pasó silbando junto al oído.

—Su puta madre —dijo Shevlov, mirando incrédulo la hoja, partida algunas pulgadas por encima del gavilán dorado.

—¡Y la mía está intacta! —Escayrae levantó la espada—. ¡Je, je, je! ¡Ni una melladura! ¡Ni una marca siquiera!

Fryga se echó a reír como una chiquilla. Ligenza baló como un carnero. Los demás estallaron en una carcajada.

—¿La espada del brujo? —se burló Sperry—. ¿Como quien parte un macarrón? Tú si que estás hecho un puto macarrón…

—Esto… —Shevlov apretó los labios—. Esto es una especie de chatarra, me cago en la puta.

Esto es una chapuza… Y tú…

Arrojó lo que quedaba de la espada, miró con cara de odio a Geralt y lo señaló con un gesto acusador.

—Eres un embustero. Un estafador y un embustero. Te las das de brujo, pero tamaño fraude… ¿Cómo cojones puedes llevar esa mierda en lugar de una espada decente? ¿A cuánta gente honrada has embaucado, si se puede saber? ¿A cuántos infelices has desplumado, timador? ¡Uyuyuy, ya confesarás tus pecados en Findetann, ya verás cómo te hace hablar el estarosta!

Jadeó, escupió, dio una patada en el suelo.

—¡A los caballos! ¡Nos largamos de aquí!

Se marcharon, riendo, cantando y silbando. El aldeano y su familia los vieron alejarse con gesto sombrío. Geralt se fijó en que estaban moviendo los labios. No era difícil adivinar qué destino y qué vicisitudes les desearían a Shevelov y a su compañía.

Ni en sus mejores sueños podía esperar el

aldeano que sus deseos se fueran a cumplir hasta la última coma. Y que ocurriera tan pronto.

Llegaron a un cruce. La carretera que iba hacia el oeste, que discurría por medio de una rambla, presentaba huellas de ruedas y cascos: por allí, al parecer, habían tirado los carros de los carpinteros. La compañía tomó esa misma dirección. Geralt iba a pie, detrás del caballo de Fryga, atado con una soga al arzón de su silla.

El caballo de Shevlov, que iba en cabeza, relinchó y se puso de manos.

En uno de los taludes de la rambla hubo un destello repentino, algo se iluminó y se convirtió en una opalescente esfera lechosa. La esfera se desvaneció, y apareció en su lugar un pintoresco grupo. Varias figuradas abrazadas y entrelazadas.

—¿Qué diablos? —maldijo Atizador y se acercó a Shevlov, que trataba de calmar a su caballo—. ¿Qué es eso?

El grupo se dividió. En cuatro individuos. Un hombre delgado, con el pelo largo y un tanto afeminado. Dos gigantes de largos brazos y piernas arqueadas. Y un enano jorobado con una enorme arbalesta con dos arcos de acero.

—¡Buueh-hhhrrr-eeeehhh-bueeeeh! ¡Bueeh-heeh!

—¡A las armas! —gritó Shevlov—. ¡A las armas, compañía!

Zumbó la primera, muy poco después la segunda cuerda de la gran arbalesta. Shevlov, alcanzado en la cabeza, murió en el sitio. Atizador, antes de caer de la silla, se miró por un momento el vientre, atravesado de parte a parte por un virote.

—¡A ellos! —La compañía, como un solo hombre, desenfundó las espadas.

—¡A ellos!

Geralt no tenía intención de esperar de brazos cruzados el desenlace del encuentro. Hizo con los dedos la Señal de Igni, quemó la soga que le ataba

las manos. Enganchó a Fryga de la cintura, la derribó. Saltó a la silla.

Hubo un brillo cegador, los caballos empezaron a relinchar, sacudiendo y pateando el aire con los cascos de las patas delanteras. Algunos jinetes cayeron por tierra, chillaron al ser arrollados. La yegua gris de Fryga también se espantó antes de que el brujo hubiera podido hacerse con ella. Fryga se levantó de un salto, se agarró de las bridas y las riendas. Geralt la apartó de un puñetazo y se lanzó al galope.

Pegado al cuello del animal no vio cómo Degerlund, con un nuevo relámpago mágico, asustaba a los caballos y cegaba a los jinetes. Ni cómo caían sobre ellos, bramando, Bue y Bang, uno con un hacha, el otro con una ancha cimitarra. No vio la sangre salpicando, no oyó los gritos de las víctimas.

No vio morir a Escayrac, y justo tras él a Sperry, abiertos como peces por Bang. No vio cómo Bue derribaba a Floquet junto con su caballo

y cómo lo sacaba después de debajo de éste. Pero los aullidos desgarradores de Floquet, su voz de gallo degollado, aún los pudo oír bastante tiempo.

Hasta que se desvió de la carretera y se adentró en el bosque.

Capítulo decimotercero

La sopa de patata al estilo de Mahakam se prepara de este modo: cogemos unos rebozuelos, si es verano, o unas setas de los caballeros en otoño. En invierno o a comienzos de primavera podemos usar en su lugar un buen puñado de setas deshidratadas. Llenamos una cazuela de agua y dejamos las setas en remojo toda la noche, por la mañana añadimos sal, media cebolla y lo hervimos. Una vez hervido, lo colamos todo, y reservamos el caldo en un recipiente aparte, con cuidado de que no caigan los posos que pudiera haber en el fondo de la cazuela. Hervimos unas patatas y las cortamos en dados. Tomamos un buen pedazo de panceta, lo troceamos y lo freímos. Cortamos la cebolla en juliana y la incorporamos a la panceta fundida, hasta que quede bien frita. Cogemos un puchero grande, introducimos todo en él, sin olvidarnos

de las setas, una vez cortadas. Echamos el caldo de las setas, completando con agua, la que nos pida, y añadimos sopa agria al gusto (en otro apartado tenemos la receta de esta sopa). Lo ponemos a cocer, sazonamos con sal, pimienta y mejorana, según las preferencias de cada cual. Añadimos manteca de cerdo. Cubrir o no con nata agria es cuestión de gusto, pero ojo: a diferencia de lo que acostumbramos los enanos, los humanos prefieren añadir nata agria a esta sopa.

Eleonora Rhundurin-Pigott*, La perfecta cocinera de Mahakam. Exposición detallada de los distintos métodos de cocción y cocinado de platos de carne, pescado y verduras, así como de preparación de las más diversas salsas, horneado de masas, confección de confituras, elaboración de ahumados, conservas, vinos y aguardientes, con toda clase de secretos prácticos para cocinar y preservar los alimentos, imprescindibles para toda ama de casa*

Como la inmensa mayoría de las casas de postas, también aquélla estaba situada en una bifurcación, en un cruce de caminos. Un edificio cubierto de tejas de madera, una arcada sustentada en unos postes, unas caballerizas adosadas, una leñera, todo ello rodeado de abedules blancos como la nieve. Ni un alma. No parecía haber huéspedes ni viajeros.

La yegua gris, exhausta, trastabillaba, marchaba rígida y titubeante, bajando la cabeza casi hasta tocar el suelo. Geralt tiró de ella hasta la casa, le entregó las riendas al mozo de cuadras. El mozo tendría a ojo unos cuarenta años, y estaba bastante encogido por el peso de esos cuarenta años. Le acarició el cuello a la yegua, se miró la mano. Recorrió con la mirada a Geralt de pies a cabeza, tras lo cual le escupió a los pies. Geralt sacudió la cabeza, suspiró. No le extrañaba. Sabía que la culpa era suya, que se había excedido con la

galopada, en un terreno abrupto para colmo de males. Quería alejarse lo más rápido posible de Sorel Degerlund y sus lacayos. Sabía que eran excusas muy pobres, él mismo no tenía muy buena opinión de la gente que lleva a las cabalgaduras a semejante estado.

El mozo se marchó, tirando de la yegua y murmurando entre dientes, no era difícil adivinar lo que iría murmurando, lo que pensaría. Geralt suspiró, empujó la puerta, entró en la casa de postas.

Había un olor agradable allí dentro, el brujo reparo en que llevaba más de un día en ayunas.

—Caballos no hay. —El maestro de postas se adelantó a su pregunta, apareciendo por detrás del mostrador—. Y el próximo correo aún tardará dos días en llegar.

—Comería algo. —Geralt miró hacia arriba, a las cumbreras y vigas de las altas bóvedas—. Pagaré.

—Si no tenemos nada.

—Pero bueno, señor maestro de postas —la voz venía de un rincón de la estancia—. ¿Qué maneras son ésas de tratar a un viajero?

En el rincón, sentado a una mesa, había un enano. Con cabellos y barba de lino, vestía un blusón con dibujos bordados de color burdeos, adornado con botones de latón en la pechera y en los puños. Tenía unas mejillas sonrosadas y una nariz imponente. De vez en cuando Geralt veía en el mercado patatas poco corrientes de un color ligeramente rosáceo. El color de la nariz del enano era idéntico. Y la forma.

—Me habías ofrecido una sopa de patata. —El enano le dirigió al maestro de postas una mirada severa por debajo de sus cejas enmarañadas—. No me irás a decir que tu mujer prepara un solo plato. Me apuesto lo que quieras a que hay suficiente para el recién llegado. Siéntate, viajero. ¿Tomarás cerveza?

—Gracias, con mucho gusto. —Geralt tomó asiento y se sacó una moneda que llevaba

escondida en el cinturón—. Siempre y cuando se me permita invitarte, mi buen señor. A pesar de las falsas apariencias, no soy un lumpen ni un vagabundo. Soy brujo. Haciendo mi trabajo, de ahí mis ropas fatigadas y mi aspecto descuidado. Que sabréis disculpar. Dos cervezas, maestro de postas.

La cerveza apareció en la mesa a la velocidad del rayo.

—Enseguida os sirve la sopa mi mujer —farfulló el maestro de postas—. Y no os ofendáis. He de tener comida preparada a todas horas. Por si algún magnate que va de camino, unos mensajeros reales o unos correos… Si no tuviera qué ofrecerles…

—Está bien, está bien… —Geralt levantó su jarra. Conocía a muchos enanos, sabía lo mucho que les gusta beber y cómo se debe brindar con ellos—. ¡Por el éxito de la causa justa!

—¡Y por el fracaso de los hijoputas! —respondió el enano, chocando su jarra con la de

Geralt—. Da gusto beber con alguien que conoce las costumbres y el protocolo. Soy Addario Bach. En realidad, Addarion, pero todos me llaman Addario.

—Geralt de Rivia.

—Brujo Geralt de Rivia. —Addario Bach se limpió la espuma del bigote—. Ese nombre me dice algo. Se ve que eres un hombre viajado, no es de extrañar que conozcas nuestras costumbres. Pues yo aquí, ya lo ves, he venido de Cidaris con el correo. La diligencia, como la llaman en el sur. Y estoy esperando para conectar con el correo que va de Dorian a Redania, a Tretogor. Bueno, aquí está por fin la sopa de patata. Vamos a probar qué tal. La mejor sopa de patata, debes saberlo, es la que preparan nuestras mujeres en Mahakam, en ningún otro sitio se toma otra igual. Con ese caldo espeso de pan negro y harina de centeno, con sus setas, con su cebollita bien dorada…

La sopa de patatas de la casa de postas estaba exquisita, no le faltaban ni sus rebozuelos ni su

cebollita bien dorada, si en algo se veía superada por la de Mahakam, la que preparaban las enanas, Geralt se quedó sin averiguar en qué, porque Addario Bach se la comió con ganas, en silencio y sin hacer comentarios.

De repente el maestro de postas miró por la ventana, su reacción animó a Geralt a mirar él también.

Había dos caballos delante de la casa, los dos en un estado aún peor que el del caballo que había conseguido Geralt. Y eran tres los jinetes. De ambos sexos. El brujo estudió la estancia con mucha atención.

Rechinó la puerta. Fryga irrumpió en la sala. Y tras ella Ligenza y Trent.

—Caballos… —El maestro de postas se quedó sin palabras cuando vio la espada en la mano de Fryga.

—Has acertado —continuó ella—. Caballos es justo lo que nos hace falta. Tres. Así que muévete, ya puedes traérnoslos deprisa.

—Caballos no…

Tampoco esta vez acabó la frase el maestro de postas. Fryga se plantó a su lado de un salto y le puso la espada delante de los ojos.

Geralt se levantó.

—¡Eh!

El trío se volvió hacia él.

—Eres tú —dijo Fryga entre dientes—. Tú. Maldito vagabundo.

Tenía un moratón en la mejilla, justo donde Geralt le había sacudido.

—Todo por tu culpa. —Escupió—. Shevlov, Atizador, Sperry… Todos la han palmado, todo el grupo. Y a mí, cacho cabrón, me tiraste de la silla y me robaste el caballo, y luego huiste como un cobarde. Así que ahora voy a ajustar las cuentas contigo.

Era más bien baja y menuda de complexión. Lo cual no engañó al brujo. Era consciente, por su propia experiencia, de que en la vida, como en el servicio postal, hasta las cosas más terribles nos

llegan a veces en envoltorios que no están nada mal.

—¡Esto es una casa de postas! —se oyó decir al maestro de postas desde detrás del mostrador —. ¡Bajo amparo real!

—¿Habéis oído? —dijo Geralt con calma—. Una casa de postas. Marchaos de aquí.

—Tú, puto canoso, veo que sigues siendo un desastre con las cuentas —siseó Fryga—. ¿Tengo que ayudarte otra vez a calcular? Tú eres uno, nosotros somos tres. O sea, que somos más.

—Vosotros sois tres —los recorrió con la mirada—, y yo soy uno. Pero de ninguna manera sois más. Es una de esas paradojas matemáticas y una excepción a la regla.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Quiere decir que salgáis de aquí echando leches. Ahora que todavía estáis a tiempo de salir.

Advirtió el brillo en los ojos de Fryga, supo enseguida que era una de esas raras personas que en un combate saben golpear en un sitio totalmente

distinto de aquél al que miran. Pero no debía de llevar demasiado tiempo practicando el numerito, porque Geralt esquivó su golpe artero sin la menor dificultad. La confundió con medio giro en corto, de una patada le barrió la pierna izquierda, la lanzó contra el mostrador. Cayó con estrépito en las tablas del suelo, retumbó.

Ligenza y Trent tenían que haber visto ya antes a Fryga en acción, porque su fiasco los dejó de piedra, se quedaron paralizados y boquiabiertos. Un tiempo lo suficientemente largo como para que el brujo pudiera acercarse a un rincón a coger una escoba en la que ya se había fijado anteriormente. Trent fue el primero en llevarse un golpe en toda la jeta con las ramillas de abedul, después en la mollera con el palo. Geralt le colocó la escoba debajo de la pierna, y lo derribó de una patada en la corva.

Ligenza reaccionó, sacó la espada, se arrojó sobre el brujo, tajando de arriba abajo. Geralt esquivó el golpe dando media vuelta, giró sobre si

mismo, sacó el codo, Ligenza, con el impulso que llevaba, fue a darse con la tráquea en el codo del brujo, empezó a toser y cayó de rodillas. Antes de caer, Geralt le arrancó la espada de los dedos y la lanzó hacia arriba, en vertical. La espada se clavó en una viga y allí se quedó.

Fryga atacó por debajo, Geralt apenas tuvo tiempo para una finta. Sujetó el brazo de la espada, lo agarró por el hombro, lo retorció, le segó las piernas a la muchacha con el palo de la escoba y la arrojó contra el mostrador. Retumbó.

Trent se echó encima del brujo, Geralt le sacudió en la cara con la escoba, una vez, dos veces, tres veces, muy seguido. Después con el palo, en una de las sienes, en la otra sien y en el cuello, de revés. Le metió el palo entre las piernas, lo trabó, le agarró de un brazo, se lo retorció, le arrebató la espada, la lanzó hacia arriba. La espada se clavó en una viga y allí se quedó. Trent reculó, tropezó con un banco y cayó patas arriba. Geralt se dio cuenta de que ya no

había manera de seguirlo maltratando.

Ligenza estaba de pie, pero inmóvil, de brazos caídos, mirando pasmado hacia arriba, a las espaldas clavadas en las vigas, muy altas, fuera de su alcance. Fryga se lanzó al ataque.

Hizo un molinete con la espada, realizo una finta, tajó en corto, de revés. Era una técnica propia de las riñas tabernarias, en lugares angostos y pobremente iluminados. Al brujo no le molestaba ninguna clase de luz, tampoco su ausencia, y conocía muy bien esa técnica. La hoja de Fryga cortó el aire, y ella en su finta giró de tal modo que acabó con el brujo a sus espaldas. Grito cuando él le pasó por debajo del brazo el palo de la escoba y le retorció el codo. Le sacó la espada de los dedos, y a ella la apartó de un empujón.

—Tenía intención —examinó la hoja— de quedarme con ésta. Como compensación por el esfuerzo. Pero me lo he pensado mejor. No quiero llevar encima armas de bandidos.

Lanzó la espada hacia arriba. La hoja se clavó

en una viga, tembló. A Fryga, pálida como un pergamino, le brillaron los dientes por detrás de los labios retorcidos. Se agachó, con un movimiento rápido se sacó una navaja de la caña de la bota.

—Ésa, en concreto —comentó el brujo, mirándola a los ojos—, es una idea de lo más estúpida.

Se oyó ruido de cascos en el camino, bufidos de caballos, tintinear de armas. De buenas a primeras había un montón de jinetes a la puerta de la casa de postas.

—Yo que vosotros —dijo Geralt al trío— me sentaría en un banco en un rincón. Y haría como si yo no estuviera.

La puerta resonó con estrépito, rechinaron las espuelas, irrumpieron en la estancia unos soldados con gorros de zorro y casacas negras cortas con cordones plateados. Estaba al frente un bigotudo con una banda escarlata en la cintura.

—¡Servicio real! —anunció, apoyando el puño

en la maza que llevaba al cinto—. Sargento Kovacs, segundo escuadrón, primera bandera, de las fuerzas armadas de su majestad el rey Foltest, señor de Temeria, Pontaria y Mahakam. ¡Persiguiendo a una banda de redanos!

En su rincón, sentados en un banco, Fryga, Trent y Ligenza se miraban con mucho detenimiento las puntas de las botas.

—Un grupo independiente de bandidos redanos, de ladrones a sueldo y maleantes, ha atravesado la frontera —siguió diciendo el sargento Kovacs—. Esos maleantes echan abajo los postes fronterizos, incendian, roban, maltratan y asesinan a los súbditos de su majestad. Derrotados de forma humillante en su lucha contra las tropas del rey, ahora tratan de levantar cabeza, ocultándose en los bosques, al acecho de una ocasión para cruzar la línea fronteriza y poner tierra de por medio. Algunos de ésos han podido asomar por esta zona. Se advierte de que prestarles ayuda, proporcionarles información o

cualquier otra clase de apoyo será considerado traición. ¡Y la traición se castiga con la horca!

»¿Alguien ha visto por la casa de postas a algún forastero? ¿Gente recién llegada? ¿O sea, sospechosos? He de decir también que hay una recompensa por delatar a un malhechor o colaborar en su captura. Cien orenes. ¿Maestro de postas?

El maestro de postas se encogió de hombros, agachó la cabeza, farfulló algo, se puso a pasar un trapo por el mostrador, bajando mucho la cabeza.

El sargento miró a su alrededor, se acercó a Geralt haciendo tintinear sus espuelas.

—¿Tú quién…? ¡Ja! A ti me parece que ya te he visto. En Maribor. Lo deduzco por esos cabellos albinos. Tú eres brujo, ¿a que sí? Cazador y matador de toda clase de monstruos. ¿Verdad?

—Eso es.

—Entonces esto no va contigo, y he de decir que tu profesión es digna de respeto —proclamó el

sargento, al tiempo que calibraba con la mirada a Addario Bach—. El señor enano también está libre de toda sospecha, ningún enano ha sido visto entre los malhechores. Pero es mi obligación preguntar: ¿qué haces en esta casa de postas?

—He venido en diligencia de Cidaris, y estoy esperando una conexión. Hay mucho tiempo por delante, así que aquí estamos conversando con el señor brujo y transformando la cerveza en orina.

—Una conexión, ya veo —repitió el sargento—. Entiendo. ¿Y vosotros dos? ¿Quiénes sois? ¡Sí, vosotros, os estoy hablando!

Trent abrió la boca. Pestañeó. Y balbuceó algo.

—¿Qué has dicho? ¿Cómo? ¡Ponte de pie! Te he preguntado que quién eres.

—Déjelo tranquilo, oficial —dijo con calma Addario Bach—. Es un criado mío, está a mi cargo. Es tonto, es un idiota integral. Una carga para la familia. Ha sido una gran suerte que sus hermanos menores hayan salido ya normales. Al

final su madre entendió que estando preñada no conviene beber de los charcos delante de un hospital de infecciosos.

Trent abrió más aún la boca, dejó caer la cabeza, gimió, farfulló. Ligenza también farfulló, hizo ademán de levantarse. El enano le puso una mano en el hombro.

—Siéntate, muchacho. Y calla, calla. Conozco la teoría de la evolución, sé de qué criatura desciende el hombre, no hace falta que me lo estés recordando a todas horas. Tampoco le haga caso, mi comandante. También es criado mío.

—Bueno… —El sargento no dejaba de mirarlos con suspicacia—. Así que criados. En ese caso… ¿Y ella? ¿Esa jovencita con ropas de hombre? ¡Eh! ¡Levántate, que quiero verte bien! ¿Quién eres tú? ¡Contesta cuando se te pregunta!

—Ja, ja, mi comandante —se rió el enano—. ¿Ella? Es una fulana, o sea, una moza casquivana. Contraté sus servicios en Cidaris, por aquello del fornicio. Con hembra placentera el camino se hace

menos triste, cualquier filósofo os lo puede confirmar.

Le dio un buen azote a Fryga en el culo. Fiyga, enrabietada, se puso pálida, le rechinaron los dientes.

—Vale. —El sargento torció el gesto—. El caso es que no la había identificado de primeras. Pero se nota. Es medio elfa.

—Medio lo será tu nabo —refunfuñó Fryga—. ¡Medio de uno que pase por normal!

—Calma, calma —trató de tranquilizarla Addario Bach—. No os enfadéis, mi coronel. Nos ha salido peleona la putilla.

Entró un soldado en la sala, dio novedades. El sargento Kovacs se irguió.

—¡Han localizado a la banda! —informó—. ¡Vamos tras ellos sin demora! Disculpad las molestias. ¡El servicio!

Salió, y los soldados con él. Un momento después se oyó un ruido de cascos en el patio.

—Lamento —les dijo tras una breve pausa

Addario Bach a Fryga, Trent y Ligenza— el espectáculo, perdonad las palabras espontáneas y los gestos sin malicia. La verdad es que no os conozco, me preocupáis bien poco y no me gustáis demasiado, pero las escenas de ahorcamiento aún me gustan menos, la visión de las piernas de los colgados agitándose en el aire me deprime. De ahí mis frivolidades de enano.

—A las frivolidades de este enano les debéis la vida —añadió Geralt—. Convendría que se lo agradeciérais. Os he visto en acción, allí, en la granja del aldeano aquel, sé qué clase de pájaros sois. Yo no habría movido un solo dedo en vuestra defensa, no habría querido, ni habría sabido, representar una escena como la del señor enano. Y a estas horas estaríais colgando los tres. De modo que largaos de aquí. Os sugeriría que tomárais la dirección contraria a la del sargento y su destacamento de caballería.

»De eso nada —sentenció, viendo que sus miradas se dirigían hacia las espadas clavadas en

las vigas—. Os habéis quedado sin ellas. Así estaréis menos tentados de robar y extorsionar. Fuera.

—Qué nervios —se desahogó Addario Bach en cuanto la puerta se cerró detrás del trío—. La leche, todavía me tiemblan las manos. ¿A ti no?

—No. —Geralt sonreía recordando ciertas cosas—. En ese sentido tengo… mis limitaciones.

—Para algunos eso es bueno. —El enano enseñó los dientes—. Algunas limitaciones resultan perfectas. ¿Otra ronda?

—No, gracias. —Geralt sacudió la cabeza—. Ya va siendo hora de ponerme en marcha. Me he visto involucrado, cómo decirlo, en una situación en la que lo más aconsejable es darse prisa. Y no conviene quedarse demasiado tiempo en el mismo sitio.

—Ya me había dado cuenta. Y no haré preguntas. Pero, ¿sabes qué, brujo? Creo que se me han pasado las ganas de quedarme dos días más de brazos cruzados en esta casa de postas

esperando al correo. Lo primero, porque el aburrimiento acabaría conmigo. Lo segundo, porque esa damisela a la que has derrotado en el duelo con la escoba se ha despedido de mí con una mirada un tanto extraña. Vaya, igual he exagerado una pizca en mi entusiasmo. Puede que no sea de las que dejan pasar sin castigo que le den una palmada en el culo y que la llamen putilla. Si está dispuesta a volver, preferiría que no me hallara aquí. ¿Qué tal si nos ponemos los dos juntos en camino?

—Encantado. —Geralt volvió a sonreír—. Con un buen compañero el camino se hace menos triste, cualquier filósofo lo puede confirmar. Siempre que llevemos la misma ruta. Yo voy a Novigrado. Tengo que estar allí antes del día 15.

Tenía que estar en Novigrado el 15 de julio como muy tarde. Lo había dejado claro cuando los hechiceros le contrataron, comprando dos semanas de su tiempo. Ningún problema, Pinety y Tzara lo miraron con aire de superioridad. Ningún

problema, brujo. Para cuando te quieras dar cuenta, ya estarás en Novigrado. Te teleportaremos directamente a la calle principal.

—Antes del día 15, ja. —El enano se atusó la barba—. Hoy estamos a 10. No queda mucho tiempo, tenemos un buen trecho. Pero siempre habría un medio de llegar allí dentro del plazo.

Se levantó, cogió de una percha un sombrero puntiagudo de ala ancha y se lo encasquetó en la cabeza. Se echó un saco de viaje a la espalda.

—Te explicaré una cosa por el camino. Llevamos la misma senda, Geralt de Rivia. Porque esa dirección me va que ni pintada.

Marchaban a buen ritmo, puede que demasiado incluso. Addario Bach resultó ser el típico enano. Los enanos, aunque en caso de necesidad o por su comodidad podían recurrir a toda clase de vehículos y de bestias de monta, de tiro o de carga, preferían de largo la marcha a pie, eran andarines

por vocación. Un enano estaba capacitado para recorrer una distancia de treinta leguas en un solo día, lo mismo que un hombre a caballo, y eso cargando con un bulto que un hombre corriente sería incapaz de mover. A un enano libre de equipaje un hombre jamás podría seguirle el paso. Tampoco un brujo. Geralt era consciente y al cabo de un rato no tuvo más remedio que pedirle a Addario que aflojase un poco el ritmo.

Marchaban por senderos forestales, y en ocasiones campo a través. Addario conocía la ruta, se orientaba perfectamente en aquel terreno. En Cidaris, aclaró, residía su familia, tan numerosa que cada dos por tres se celebraba allí alguna fiesta familiar asociada a diversas circunstancias, como bodas, bautizos, entierros o banquetes funerarios. De acuerdo con las tradiciones de los enanos, la ausencia de una celebración familiar sólo podía justificarse mediante la presentación de un certificado de defunción acreditado notarialmente, los miembros

vivos de la familia no podían excusar su asistencia a tales celebraciones. Así pues, Addario se conocía al dedillo la ruta de ida y vuelta a Cidaris.

—Nos dirigimos a la colonia de Wiatema —explicó, según caminaba—, situada en las marismas del Pontar. En Wiaterna hay un pequeño embarcadero, allí atracan a menudo gabarras y barcas. Con un pelín de suerte puede que tengamos ocasión de abordar alguna. Yo voy a Tretogor, de modo que desembarcaré en la Isleta de la Grulla, tú puedes seguir ruta y en tres o cuatro días estarás en Novigrado. Fíate de mi, es la mejor solución.

—Me fío de ti. Más despacio, Addario, por favor. Apenas puedo seguirte. ¿Acaso tienes un oficio que te obliga a estar siempre caminando? ¿Eres buhonero?

—Soy minero. En una mina de cobre.

—Bueno, claro. Todos los enanos son mineros. Y trabajan de picadores allá en las minas de Mahakam. Siempre están con un pico en la galería, arrancando negro carbón.

—Te dejas llevar por los estereotipos. Dentro de nada dirás que los enanos son unos malhablados. Y que cuando llevan unas copas de más se lanzan sobre la gente con un hacha.

—No pienso decir eso.

—Mi mina no está en Mahakam, sino en Medzianka, cerca de Tretogor. No me dedico a picar, sino que toco la trompa en una orquesta de viento de mineros.

—Qué curioso.

—Lo curioso —el enano se echó a reír— es más bien otra cosa. Se trata de una coincidencia graciosa. Una de las piezas más señaladas de nuestra orquesta se titula «La marcha de los brujos». Suena así: Tara-rara, bum, bum, unta-unta, rim-chin-chin, paparara-tara-rara, tara-rara, bum-bum-bum…

—¿De dónde demonios habéis sacado ese título? ¿Es que habéis visto alguna vez marchar a un brujo? ¿Dónde? ¿Cuándo?

—A decir verdad —Addario Bach se turbó un

poco—, no pasa de ser una ligera adaptación de «El desfile de los forzudos». Pero todas las orquestas de viento de mineros interpretan cosas como «El desfile de los forzudos», «La aparición de los atletas» o «La marcha de los viejos camaradas». Queríamos ser originales. ¡Tara-rara, bum, bum!

—¡Más despacio, que echo el bofe!

No había un alma en aquellos bosques. A diferencia de las praderías y dehesas próximas, por las que pasaban a menudo. Aquí la actividad era incesante. Segaban el heno, lo rastrillaban y lo amontonaban en hacinas y almiares. El enano saludaba a los segadores dando gritos alegres, y ellos le respondían. O no.

—Esto me recuerda —Addario señaló a los que estaban faenando— otra de las marchas de nuestra orquesta. Se titula «Los segadores». La interpretamos a menudo, sobre todo en verano. Y

también se canta. Tenemos un poeta en la mina que ha compuesto unos versos muy majos, se pueden cantar incluso a capella. Dicen así:

Los mozos siegan la hierba,
las mozas cargan el heno,
con temor de que nos llueva
miramos todos al cielo.
En lo alto de la colina,
esperando el aguacero,
nos meneamos la polla
y las nubes vuelan lejos.

»¡Y da capo! ¡No me dirás que no se marcha bien a este son!

—¡Más despacio, Addario!

—¡No es posible ir más despacio! ¡Es una canción de marcha! ¡Con el ritmo y la métrica perfectos para la marcha!

En lo alto de la colina destacaban los restos de un muro blanco, también eran visibles las ruinas de

un edificio y una torre muy característica. Gracias a esa torre, justamente, Geralt identificó el templo: no recordaba a qué divinidad estaba consagrado, pero había oído hablar mucho de aquel sitio. Antiguamente había sido la morada de unos sacerdotes. Se contaba que había llegado un momento en que su codicia, su depravación desenfrenada y su libertinaje se habían vuelto insoportables, y los habitantes de la comarca expulsaron a los sacerdotes, que se vieron obligados a adentrarse en las profundidades del bosque, donde se dedicaron a predicar a los gnomos. Con magros resultados, por lo visto.

—El viejo Erem —precisó Addario—. No nos hemos apartado de la ruta y vamos bien de tiempo. A la caída de la tarde llegaremos a la Represa del Bosque.

El riachuelo que habían ido siguiendo, que en su curso más alto resonaba entre peñas y torrentes, en

su parte más baja se desbordaba, inundando extensos terrenos. La causa era una represa de tierra y madera que frenaba la corriente. Junto a la represa había unas obras, se afanaba un grupo de personas.

—Estamos en la Represa del Bosque —dijo Addario—. Esa construcción que ves allí abajo es la misma represa. Se utiliza para el transporte de troncos procedentes de las talas. El río, como verás, no es propiamente navegable, es poco profundo. Gracias a la represa el agua se embalsa y se van acumulando los troncos, hasta que en un momento dado se abren las compuertas. Se forma una gran ola que posibilita el transporte fluvial. De este modo se transportan los materiales necesarios para la producción de carbón vegetal. El carbón vegetal…

—Es imprescindible para fundir el hierro —acabó Geralt—. Y la metalurgia es la rama de la industria más importante y más desarrollada. Lo sé. Hace muy poco me lo explicó un hechicero.

Que entiende de carbón y de metalurgia.

—Raro sería que no entendiera —dijo con sorna el enano—. El Capítulo de los hechiceros posee la mayoría de las acciones en las compañías del complejo industrial de Gors Velen, y algunas acerías y forjas le pertenecen en su totalidad. Los hechiceros obtienen pingües beneficios de la metalurgia. También de otros sectores. Tal vez se lo merezcan, al fin y al cabo ellos han desarrollado buena parte de la tecnología. No obstante, podrían dejarse de hipocresías y reconocer que la magia no es caridad, no es una labor filantrópica al servicio de la sociedad, sino una industria orientada a la obtención de beneficios. Pero no sé por qué te cuento todo esto, tú ya lo sabes. Ánimo, allí hay una posada, vamos a descansar un rato. Y puede que también nos toque pernoctar, porque está empezando a caer la tarde.

Aquello de posada sólo tenía el nombre, pero eso tampoco tenía nada de extraño. Allí se atendía a los leñadores y almadieros de la represa, a los que les daba igual dónde beber, con tal de beber. Un chamizo con una cubierta de paja llena de agujeros, sustentada en unas pértigas, unas cuantas mesas y unos bancos hechos con tablones mal cepillados, un hogar de piedra: la sociedad local ni exigía ni esperaba mayores lujos, se contentaba con la cerveza que el posadero tiraba de unos barriles apostados detrás de un tabique y con alguna salchicha ocasional que la posadera, siempre que tuviera ganas y estuviera de humor, se prestaba a freír a la brasa, cobrando por ello un recargo.

Geralt y Addario tampoco se mostraron demasiado exigentes, sobre todo porque la cerveza estaba fresca, salida de un barril recién abierto, y bastaron unos cuantos cumplidos para que la

posadera se animara a freír y servirles una cazuela de morcilla con cebolla. Después de una larga jornada de marcha por los bosques a Geralt aquella morcilla le supo igual de bien que la pierna de ternera en verduras, la paleta de jabalí, el rodaballo en tinta y otras exquisiteces del chef de la hostería Natura Rerum. Aunque, a decir verdad, algo si echaba de menos la hostería.

—Dime una cosa —Addario llamó con un gesto a la posadera, le pidió otra cerveza—, ¿qué sabes de la vida de ese profeta?

Antes de sentarse a la mesa, se habían fijado en una roca cubierta de musgo que había al pie de un roble secular. Unas letras grabadas en la superficie del monolito informaban de que en aquel preciso lugar, en la festividad de Birke del año 1133 post Resurrectionem, el profeta Lebioda había pronunciado un sermón ante sus discípulos. En cuanto al propio obelisco en honor de ese acontecimiento, lo había sufragado y mandado erigir en el año 1200 Spirydon Apps, maestro

pasamanero de Rinde, tenemos tienda propia en el Mercado Menor, excelente calidad, precios asequibles, no deje de visitarnos.

—¿Conoces —Addario apuró los restos de morcilla de la cazuela— la historia de ese Lebioda, el llamado profeta? Me refiero a la historia real.

—No la conozco. —El brujo rebañó la cazuela con un cacho de pan—. Ni la historia real ni la inventada. Nunca me ha interesado.

—Pues escucha. Los hechos ocurrieron hace ciento y pico años, no mucho después, al parecer, de la fecha grabada en esa roca. Hoy en día, como bien sabes, casi no se ven dragones, si acaso en alguna montaña inaccesible, en zonas despobladas. En aquellos tiempos eran más frecuentes y podían resultar bastante molestos. Habían aprendido que los pastos llenos de ganado equivalían a enormes merenderos donde podían comer hasta hartarse sin mayor esfuerzo. Por suerte para los campesinos hasta los bichos más grandes se conformaban con

uno o dos banquetes al trimestre, pero zampaban tanto que podían poner en riesgo la ganadería, sobre todo si alguno de ellos se ensañaba con una comarca en particular. Un dragón gigantesco la tomó con una aldea de Kaedwen. Llegaba allí volando, se zampaba unas cuantas ovejas, dos o tres vacas y de postre pillaba un puñado de carpas en algún estanque. Para terminar, exhalaba fuego, quemaba un granero o un pajar y se largaba volando. —El enano le dio un sorbo a la cerveza, soltó un regüeldo—. Los lugareños intentaron ahuyentar al dragón, probaron con todo tipo de trampas y tretas, todo en vano. Dio la casualidad de que en el curso de sus peregrinaciones había llegado a Ban Ard, que no quedaba lejos de allí, el tal Lebioda con sus discípulos. Por aquel entonces Lebioda ya era un profeta venerado y contaba con un gran número de adeptos. Los campesinos le pidieron su ayuda, y él, para sorpresa de todos, no se la negó. Así pues, cuando el dragón apareció volando, Lebioda lo esperó en unos prados y

empezó a exorcizarlo. El dragón primero lo torró con su fuego, como a un pato. Y después se lo zampó. Así, sin más. Y se marchó volando a las montañas.

—¿Y así termina la historia?

—No. Escucha. Los discípulos del profeta lloraron compungidos, pero después contrataron a unos cazadores. Unos de los nuestros, o sea, unos enanos, que estamos muy puestos en el tema de los dragones. Anduvieron meses detrás del dragón. Como es de rigor en estos casos, iban siguiendo los cagarros que dejaba el bicho por ahí. Y los discípulos ante cada boñiga caían de hinojos y se ponían a hurgar en la mierda, llorando amargamente, e iban recogiendo los restos de su maestro. Al final, recuperaron el cuerpo en su totalidad, o más bien lo que ellos tuvieron por tal, pues en realidad era una colección bastante caótica de huesos, no muy limpios, humanos, bovinos y ovinos. Todo eso está hoy depositado en un sarcófago en un templo de Novigrado. Como

reliquia milagrosa.

—Reconócelo, Addario. Te has inventado esta historia. O la has adornado mucho.

—¿A qué vienen esas suspicacias?

—A que tengo mucho trato con un poeta. Y éste, cuando puede elegir entre la versión auténtica de unos hechos y una versión más atractiva, siempre elige la segunda, a la que añade todo tipo de detalles pintorescos. Todos los reproches que se le hacen al respecto los refuta con un sofisma: si algo no se corresponde con la verdad, eso no quiere decir, ni mucho menos, que sea mentira.

—Ya sé de qué poeta hablas. Es Jaskier, naturalmente. Pero la historia tiene sus normas.

—La historia —el brujo se sonrió— es el relato mayormente falso de unos acontecimientos mayormente inexistentes que nos transmiten unos historiadores mayormente idiotas.

—También en este caso adivino quién es el autor de la cita. —Addario Bach enseñó los dientes—. Vysogota de Corvo, filósofo y ético. Y

asimismo historiador. En cuanto al profeta Lebioda… Bueno, la historia, como se ha dicho, es la historia. Pero he oído que en Novigrado los sacerdotes sacan en ocasiones los restos del profeta del sarcófago y se los dan a besar a los fieles. Si yo estuviera allí presente, la verdad es que me abstendría de besarlos.

—Me abstendré de besarlos —prometió Geralt —. Y ya que hablamos de Novigrado…

—Tranquilo —se anticipó el enano—. Llegarás a tiempo. Si nos levantamos al rayar el alba, llegaremos muy pronto a Wiatema. Aprovecharemos la ocasión y estarás a tiempo en Novigrado.

Ojalá, pensó el brujo. Ojalá.

Capítulo decimocuarto

Los hombres y los animales pertenecen a distintas especies, pero los zorros viven entre los hombres y los animales. Los vivos y los muertos marchan por distintos caminos, pero los zorros avanzan entre los vivos y los muertos. Los dioses y los monstruos caminan por distintos senderos, pero los zorros caminan entre los dioses y los monstruos. Las vías de la luz y de la oscuridad nunca se enlazan ni se cruzan, pero los espíritus de los zorros vigilan entre ellas. Los inmortales y los demonios se adentran por sus propias sendas, pero los espíritus de los zorros se sitúan en medio.

Ji Yun, *sabio de la época de la dinastía Qing*

Aquella noche hubo tormenta.

Descansados, después de dormir entre el heno

en el altillo del granero, se pusieron en camino al rayar el alba, en una mañana fría pero soleada. Siguiendo la senda trazada, atravesaron fragas, turberas inundadas y praderas encharcadas. Tras una hora de marcha forzada llegaron a unos edificios.

—Wiaterna —indicó Addario Bach—. Éste es el puerto del que te hablé.

Se acercaron al río, los envolvió un viento vivificante. Se dirigieron a un muelle de madera. Aquí el rio formaba una extensa ciénaga, grande como un lago, a duras penas se distinguía la corriente, perdida en la lejanía. Desde la orilla colgaban hacia el agua ramas de sauces, salgueros y alisos. Nadaban por todas partes, emitiendo sus distintos cantos, las aves acuáticas: patos, cercetas, ánades rabudos, colimbos y zampullines. Confundida con el paisaje, sin espantar a toda aquella turbamulta de plumíferos, surcaba con gracia las aguas una pequeña embarcación. De un mástil, con una vela grande en la popa y varias

triangulares en la proa.

—Cuánta razón tenía aquél que lo dijo —comentó Addario Bach, concentrado en el cuadro—. Cuáles son los tres espectáculos más bellos que hay en el mundo. Un barco a toda vela, un caballo al galope y, bueno… una mujer desnuda retozando.

—Una mujer danzando. —El brujo esbozó una sonrisa—. Danzando, Addario.

—Vale —asintió el enano—, que sea desnuda danzando. Y ese barquito, ja, no me dirás que no queda bonito surcando así las aguas.

—Eso no es un barco, sino un pequeño velero.

—Es un sloop —le corrigió, acercándose, un tipo regordete, con una pelliza de alce—. Un sloop, señores míos. Se reconoce fácilmente por las velas. Una cangreja de vela mayor, una trinquetilla y dos foques en los puntales. Un clásico.

El pequeño velero —el sloop— se aproximó tanto al muelle que pudieron admirar el mascarón

de proa. La escultura, en lugar de la habitual mujer tetona, de una sirena, un dragón o una serpiente marina, representaba a un anciano calvo de nariz aguileña.

—Leches —gruñó entre dientes Addario Bach—. ¿Es que el profeta la ha tomado con nosotros o qué?

—Sesenta y cuatro pies de longitud —siguió describiendo aquel tipo chaparro con una voz henchida de orgullo—. En conjunto, la superficie de las velas es de tres mil trescientos pies. Se trata, señores míos, del *Profeta Lebioda*, un moderno sloop del estilo de Kovir, construido en los astilleros de Novigrado, botado hace menos de un año.

—Ya se ve —Addario Bach carraspeó— que conocéis bien ese sloop. Es mucho lo que de él sabéis.

—Lo sé todo sobre él, pues no en vano soy el armador. ¿Veis la bandera en el mástil? En ella figura un guante. Es el emblema de mi compañía.

Permitid que me presente: soy Kevenard van Vliet, empresario del sector de la marroquinería.

—Encantados de conoceros. —El enano estrechó la diestra que se le ofrecía, examinando al empresario con una atenta mirada—. Y os felicitamos por la nave, tan hermosa como veloz. Se hace raro verla aquí, en Wiatema, en estas marismas, lejos del canal de acceso del Pontar. También se hace raro que, estando la nave en el agua, se encuentre aquí en tierra el propietario, en este lugar de mala muerte. ¿Habéis sufrido acaso algún percance?

—No, no, nada de eso, ningún percance —replicó el empresario del sector de la marroquinería, con excesiva presteza, a juicio de Geralt, y excesivo énfasis—. Estamos cargando provisiones, eso es todo. Y en cuanto a lo de venir a este sitio, bueno, no es que así lo hayamos querido, ha sido una compleja necesidad la que nos ha traído hasta aquí. Porque, cuando uno corre a salvar a alguien, no repara en la ruta. Y la

nuestra es una expedición de salvamento…

—Señor Van Vliet —le interrumpió, acercándose, uno de los tipos cuyos pasos habían hecho temblar de pronto el muelle—. No entréis en los detalles. No me parece a mí que a estos señores les interesen. O que deban interesarles.

Eran cinco los tipos que habían irrumpido en el muelle procedentes de la aldea. El que había hablado, tocado con un sombrero de paja, destacaba por su mandíbula bien marcada, ensombrecida por la barba de varios días, y por su prominente barbilla partida, que parecía un culo en miniatura. Le acompañaba un gigantón, un verdadero coloso, si bien, a juzgar por su rostro y su mirada, no tenía pinta de ser ningún idiota. El tercero, un retaco muy moreno, era un marino de pies a cabeza: no le faltaban detalles como la gorra de lana y el aro en una oreja. Los otros dos, marineros sin duda, transportaban un cajón con provisiones.

—No me parece a mí —prosiguió el de la

barbilla— que estos señores, sean quienes sean, tengan por qué saber nada de nosotros, de lo que estamos haciendo aquí, y de otros asuntos particulares nuestros. Indudablemente, estos señores se harán cargo de que nuestros asuntos privados no le interesan a nadie, y menos a unas personas con las que nos hemos topado por casualidad y que son unos perfectos desconocidos.

—A lo mejor no son tan desconocidos —terció el gigante—. Al señor enano, efectivamente, no lo conozco, pero los cabellos albinos de este otro sujeto delatan quién es. ¿Geralt de Rivia, supongo? ¿El brujo? ¿Me equivoco?

Me estoy haciendo famoso, pensó Geralt, cruzando los brazos sobre el pecho. Demasiado famoso. ¿Y si me tiño el pelo? ¿O si me afeito la cabeza, como Harlan Tzara?

—¡Un brujo! —Era evidente el entusiasmo de Kevenard van Vliet—. ¡Un brujo de verdad! ¡Qué coincidencia! ¡Señores! ¡Nos viene como caído del cielo!

—El célebre Geralt de Rivia —insistió el gigante—. Qué suerte hemos tenido al encontrárnoslo justo ahora, en nuestra situación. Puede ayudarnos a salir del apuro…

—Estás hablando de más, Cobbin —le interrumpió el de la barbilla—. Y con excesiva ligereza.

—Pero qué decís, señor Fysh —protestó el marroquinero—. ¿No veis la oportunidad que se nos presenta? La ayuda de alguien como un brujo…

—¡Señor Van Vliet! Dejad esto en mis manos. Yo tengo más experiencia en el trato con esta gente.

Se hizo el silencio, mientras el tipo de la barba media al brujo con la mirada.

—Geralt de Rivia —dijo por fin—. Cazador de monstruos y criaturas sobrenaturales. Cazador, diría yo, legendario. Lo diría si creyese en las leyendas. ¿Mas dónde están vuestras célebres espadas de brujo? El caso es que no las veo.

—No es raro —repuso Geralt— que no las veas. Porque son invisibles. ¿Acaso no conoces la leyenda de las espadas de los brujos? Los demás no pueden verlas. Se vuelven visibles si pronunció un conjuro. En caso de necesidad. Sólo en ese caso. Porque también sé arreglármelas bien sin espada.

—Os creo. Soy Javil Fysh. Dirijo en Novigrado una empresa que presta servicios varios. Éste es mi socio, Petru Cobbin. Y aquél es el señor Pudlorak, capitán del *Profeta Lebioda*. Y ya conocéis al honorable Kevenard van Vliet, armador de este barco.

»Observo, brujo —prosiguió Javil Fysh, después de fijarse bien—, que estás aquí parado en este muelle, en la única población que hay en un radio de veintitantas leguas. Para llegar desde aquí a alguna ruta civilizada hay que viajar mucho tiempo por los bosques. Tengo la sensación de que prefirirías largarte de este lugar de mala muerte en barco, a bordo de cualquier cosa que se mantenga

a flote. Y el *Profeta*, justamente, se dirige a Novigrado. Y admite pasajeros. Podría llevaros a ti y al enano que te acompaña. ¿Te interesa?

—Seguid hablando, señor Fysh. Os escucho atentamente.

—Como puedes ver, nuestro barco no es una vulgar chalana, hay que pagar el pasaje, y no es nada barato. No me interrumpas. ¿Estarías dispuesto a darnos protección con tus espadas invisibles? Podemos incluir el precio del pasaje como parte del pago por tus valiosos servicios como brujo, esto es, por la vigilancia y protección a lo largo del viaje, desde aquí hasta la misma rada de Novigrado. Por cierto, ¿en cuánto valoras tus servicios como brujo?

Geralt se quedó mirándole.

—¿Con descubrimiento o sin él?

—¿Cómo dices?

—En vuestra proposición —dijo tranquilamente Geralt— tiene que haber cláusulas ocultas y todo tipo de pegas. Si voy a tener que

descubrirlas por mí mismo, cobraré más caro. Saldré más barato si os decidís a hablar con franqueza.

—Tu desconfianza —replicó Fysh con fríaldad — despierta algunas sospechas. Cree el ladrón que todos son de su condición. Ya se sabe: quien se pica ajos come. Queremos contratarte como escolta. Es una tarea sencilla, sin mayores complicaciones. ¿Qué cláusulas ocultas quieres que haya?

—Lo de la escolta no es más que un cuento. —Geralt no apartó la mirada—. Improvisado sobre la marcha, y de lo más burdo.

—¿Eso es lo que piensas?

—Eso es lo que pienso. Porque hace un momento el fabricante de guantes estaba haciendo alusión a no sé qué expedición de salvamento, y tú, señor Fysh, le hiciste callar sin miramientos. Poco después tu colaborador va y se refiere a una situación apurada de la que es necesario salir. Así pues, si vamos a cooperar, dime sin más rodeos, te

lo ruego: ¿qué clase de expedición es ésta y a quién se propone socorrer? ¿A qué viene tanto secreto? ¿Qué apuros son ésos de los que hay que salir?

—Os lo explicaremos —se apresuró a decir Van Vliet, adelantándose a Fysh—. Os explicaremos todo, señor brujo…

—Pero ya en el puente —terció con voz ronca el capitán, que había callado hasta entonces—. No hay razón para entretenerse más tiempo en este embarcadero. El viento es propicio. Partamos de aquí, estimados amigos.

Con las velas hinchadas por el viento, el *Profeta Lebioda* surcaba veloz las extensas aguas de la bahía, dirigiendo su rumbo hacia el canal de acceso principal, sorteando los islotes. Crujían las jarcias, chirriaba la botavara, ondeaba con brío la bandera del guante en el mástil.

Kevenard van Vliet cumplió lo prometido. En

cuanto el sloop zarpó del embarcadero de Wiaterna, llamó a proa a los interesados y se prestó a darles explicaciones.

—Hemos emprendido esta expedición —empezó, mirando cada dos por tres a Fysh, que tenía cara de pocos amigos— con la misión de rescatar a una niña que ha sido raptada. A Ximena de Sepúlveda, hija única de Briana de Sepúlveda. Seguro que os dice algo este nombre. Curtidurías, talleres de remojo y prensado, también peleterías. Una enorme producción anual, muchísimo dinero. Si veis a una dama con un abrigo bello y caro, seguro que la piel es de esta empresa.

—Y han raptado a su hija. ¿Han pedido un rescate?

—El caso es que no. No os lo vais a creer, pero… A la niña se la ha llevado un monstruo. Una raposa. Es decir, una cambiante. Una vixena.

—Tenéis razón —dijo el brujo con fríaldad—. No me lo creo. Las raposas, o sea, las vixenas, o aguaras, para ser más exactos, únicamente raptan

criaturas élficas.

—Claro, claro, totalmente de acuerdo —farfulló Fysh—. Pero ocurre que, aunque se trate de algo insólito, la mayor peletería de Novigrado la regenta una no humana. Breairme Diarbhail ap Muigh, elfa de pura sangre. Viuda de Jacobo de Sepúlveda, de quien ha heredado todos sus bienes. La familia no ha conseguido invalidar el testamento, ni que se declare la nulidad del matrimonio mestizo, por más que vaya contra la costumbre y contra las leyes divinas…

—Al grano —le cortó Geralt—. Al grano, os lo ruego. Entonces, ¿me estáis diciendo que esa peletera, elfa de pura sangre, os ha encargado que le encontréis a la hija raptada?

—¿Te estás quedando conmigo? —Fysh puso mala cara—. ¿Es que pretendes pillarme en un renuncio? De sobra sabes que los elfos, si una raposa les arrebata a una criatura, jamás hacen nada por recuperarla. La tachan con una cruz y la dan por perdida. Consideran que estaba destinada

a la raposa.

—Briana de Sepúlveda —terció Kevenard van Vliet— al principio también disimuló. Se lamentaba, pero al modo élfico, a escondidas. De cara al exterior, el rostro imperturbable, los ojos secos… Va'esse deireadh aep eigean, va'esse eigh faidh'ar, repetía, que en su lengua quiere decir…

—Algo termina, algo comienza.

—Eso es. Pero no es más que palabrería élfica, nada termina, ¿qué tendría que terminar, y por qué? Briana vive desde hace mucho entre los hombres, observando nuestras leyes y costumbres, es verdad que es de sangre no humana, pero en su corazón es casi un ser humano. Las creencias y supersticiones de los elfos son poderosas, sin duda, puede que ante los demás elfos Briana se muestre serena, pero en secreto añora a su hija, eso salta a la vista. Daría cualquier cosa por recuperar a su hija única, de la raposa o de lo que fuera… Estáis en lo cierto, señor brujo, ella no ha pedido nada, no ha solicitado ayuda. A pesar de lo

cual, hemos decidido ayudarla, no podíamos verla tan desesperada. El gremio de mercaderes al completo se ha volcado de forma solidaría y ha financiado la expedición. Yo he ofrecido el *Profeta* y mi participación personal, lo mismo ha hecho el mercader Parlaghy, a quien no tardaréis en conocer. Pero, dado que somos gente de negocios, y no buscadores de aventuras, solicitamos la ayuda del respetable Javil Fysh, que tiene fama entre nosotros de ser un hombre juicioso y resolutivo, que no teme el riesgo, curtido en difíciles empresas, célebre por su saber y experiencia…

—El respetable Fysh, célebre por su experiencia —Geralt miró al mentado—, se ha abstenido de informaros de que una expedición de rescate no tiene sentido y está condenada de antemano al fracaso. Se me ocurren dos explicaciones. Primera: el respetable Fysh no tiene ni idea de en la que os ha metido. Segunda, más verosímil: el respetable Fysh ha recibido un

anticipo lo suficientemente generoso como para teneros dando tumbos durante un tiempo y regresar después con las manos vacías.

—¡Sois muy rápido lanzando acusaciones! —Kevenard van Vliet detuvo con un gesto a Fysh, dispuesto a replicar con furia—. También os apresuráis a predecir el fracaso. Pero nosotros, los mercaderes, siempre pensamos en positivo…

—Se os felicita por pensar así. Pero en este caso no sirve de ayuda.

—¿Por qué?

—Cuando una aguara se lleva a una criatura —explicó Geralt con calma—, ya no hay manera de recuperarla. Es totalmente imposible. Ya no se trata tan sólo de que no sea posible dar con la criatura porque las raposas tienen un estilo de vida extraordinariamente reservado. Ni tampoco de que la aguara no vaya a permitir que se la arrebaten, y eso que no es precisamente un rival al que se pueda menospreciar en el combate, tanto si se presenta en su forma zorruna como si lo hace en

forma humana. Se trata de que la criatura raptada deja de ser lo que era antes. Las chiquillas capturadas por las aguaras experimentan cambios. Se transforman y ellas mismas se convierten en raposas. Las aguaras no se reproducen. Para preservar la especie, capturan y transforman a las criaturas de los elfos.

—Esa raza zorruna —Fysh ya no se pudo aguantar más— debería desaparecer. Todos esos licántropos deberían desaparecer. Es verdad que las raposas pocas veces se meten con las personas. Se limitan a raptar cachorros élficos y sólo hacen daño a los elfos, lo cual en sí mismo es positivo, porque, cuanto mayores sean los perjuicios para los no humanos, mayores serán los beneficios para las auténticas personas. Pero las raposas son monstruos, y hay que acabar con los monstruos, hacer que desaparezcan, que perezca toda su raza. Tú vives de eso, brujo, contribuyes a esa tarea. Por eso mismo, espero que no te tomarás a mal que otros nos dediquemos también a la destrucción de

los monstruos. Me parece, no obstante, que estas divagaciones son estériles. Querías explicaciones, ya las tienes. Ya sabes para qué se te contrata y de quién… de quién tienes que defendernos.

—Vuestras explicaciones —comentó tranquilamente Geralt—, sin ánimo de ofender, son tan turbias como el pis de una vejiga con cistitis. Y los nobles fines de vuestra expedición tan discutibles como la virtud de una doncella a la mañana siguiente de una fiesta de pueblo. Pero eso es asunto vuestro. Lo que es asunto mío es haceros ver que el único medio de defenderse de una aguara es mantenerse lejos de una aguara. ¿Señor Van Vliet?

—¿Sí?

—Volved a casa. Esta expedición no tiene sentido, ya es hora de asumirlo y desistir. Es todo lo que puedo aconsejaros como brujo. El consejo es gratis.

—Pero no vais a desembarcar, ¿no es cierto? —balbuceó Van Vliet, poniéndose algo pálido—.

¿Señor brujo? ¿Os quedaréis con nosotros? Y si… Y si ocurriera algo, ¿nos vais a defender? Decid que sí… Por todos los dioses, decid que si…

—Dirá que sí —dijo Fysh con malicia—. Vendrá con nosotros. ¿Quién si no iba a recogerlo en este lugar de mala muerte? Que no cunda el pánico, señor Van Vliet. No hay de qué temer.

—¡Cómo que no! —gritó el marroquinero—. ¡Eso sí que es bueno! Nos habéis metido en este enredo, ¿y ahora os las dais de tipo duro? ¡Yo quiero volver sano y salvo a Novigrado! Alguien tiene que defendemos en estos momentos, cuando estamos en apuros… Cuando nos amenaza…

—Nada nos amenaza. No os pongáis a temblar como una mujer. Bajad a los camarotes, con vuestro compañero Parlaghy. Bebeos un ron mano a mano, y enseguida os volverá el coraje.

Kevenard van Vliet se puso colorado, después palideció. Después se encontró con la mirada de Geralt.

—Ya está bien de darle tantas vueltas —dijo

con rotundidad, pero con calma—. Ya es hora de confesar la verdad. Señor brujo, ya tenemos a esa joven raposa. Está en la cabina de popa. El señor Parlaghy la está vigilando.

Geralt negó con la cabeza.

—No me lo creo. ¿Habéis recuperado a la hija de la peletera? ¿A la pequeña Ximena? ¿Se la habéis quitado a una aguara? Fysh escupió por la borda. Van Vliet se rascó la coronilla.

—No ha sido así —balbuceó por fin—. Por un error, ha caído otra en nuestras manos… También es una joven raposa, pero se trata de otra… Y había sido raptada por otra vixena, una totalmente distinta. El señor Fysh pagó un rescate por ella… A unos soldados que le habían arrebatado la chiquilla a una raposa valiéndose de una treta. De entrada pensamos que se trataba de Ximena, sólo que ya transformada… Pero Ximena tenía siete años, y era rubia, ésta en cambio tendrá como doce y es morena…

—Aunque no sea la que andábamos buscando

—Fysh se adelantó al brujo—, el caso es que nos la hemos traído. ¿Qué sentido tendría que esa cría élfica se convirtiera en un monstruo aún más terrible? En cambio, en Novigrado siempre se la podremos vender a una casa de fieras, al fin y al cabo es una rareza, un ser salvaje, medio raposa, criada en el bosque por una raposa… La casa de fieras pagará un buen dinero por ella…

El brujo le dio la espalda.

—¡Capitán, poned rumbo a la orilla!

—Más despacio, más despacio —gritó irritado Fysh—. Mantén el rumbo, Pudlorak. Aquí tú no das las órdenes, brujo.

—Señor Van Vliet —Geralt lo ignoró—, apelo a vuestro buen sentido. Hay que soltar de inmediato a esa chica y desembarcarla en la orilla. En caso, contrario daos por perdidos. La aguara no va a renunciar a la niña. Seguramente ya os estará siguiendo el rastro. El único modo de detenerla es devolverle a la chiquilla.

—No le hagáis caso —dijo Fysh—. No os

dejéis asustar. Estamos surcando un río, el lecho es ancho. ¿Qué puede hacernos esa zorra?

—Y tenemos a un brujo que nos puede defender —apuntó con ironía Petru Cobbin—. ¡Armado con espadas invisibles! ¡El famoso Geralt de Rivia no se va a amilanar ante una raposa!

—No sé qué hacer, no sé qué hacer —balbuceó el marroquinero, mirando sucesivamente a Fysh, a Geralt y a Pudlorak—. ¿Don Geralt? En Novigrado os recompensaré con generosidad, os pagaré con creces el trabajo… Si os decidís a defendemos…

—Os defenderé, vaya que sí. De la única manera posible. Capitán, a la orilla.

—¡No te atreverás! —Fysh palideció—. ¡No des un solo paso hacia la cabina de popa, o lo lamentarás! ¡Cobbin!

Petru Cobbin quiso agarrar del cuello a Geralt, pero no fue capaz, porque se entrometió Addario Bach, tranquilo y callado hasta entonces. El enano

le soltó un patadón en la corva a Cobbin, que cayó de rodillas. Addario Bach saltó hasta él, aprovechó el impulso para hundirle el puño en los riñones, y repitió el golpe en una sien. El gigante se derrumbó en la cubierta.

—¿De qué le sirve ser tan grande? —El enano recorrió a los demás con la mirada—. Hace más ruido al caer.

Fysh se llevó la mano a las cachas de su cuchillo, pero la retiró en cuanto Addario Bach reparó en él. Van Vliet se había quedado paralizado, con la boca abierta. Lo mismo que el capitán Pudlorak y el resto de la tripulación.

Petru Cobbin gimió y levantó la frente de las tablas de cubierta.

—Tú sigue ahí quietecito —le aconsejó el enano—. No me impresiona ni tu corpulencia ni el tatuaje de Sturefors. Otros más grandes que tú y que han estado en cárceles más duras ya han tenido que vérselas conmigo. Así que no intentes levantarte. Procede, Geralt.

»Por si alguien tiene alguna duda —se dirigió a los demás—, lo que estamos haciendo el brujo y yo es salvaros la vida a todos vosotros. Capitán, a la orilla. Y arriad un bote.

El brujo bajó por la escalerilla, abrió de golpe una puertecilla, después otra. Y se quedó de piedra. A su espalda Addario Bach soltó una maldición. Lo mismo que Fysh. Van Vliet suspiró. La muchacha delgada, tendida inerte en una litera, tenía los ojos vidriosos. Estaba medio desnuda, de cintura para abajo completamente desnuda, abierta de piernas de un modo obsceno. El cuello lo tenía retorcido de una manera nada natural. Y más obscena aún.

—Señor Parlaghy… —dijo a duras penas Van Vliet—. ¿Qué…? ¿Qué habéis hecho?

Sentado encima de la chica, aquel tipo calvo los estaba mirando.

Movía la cabeza como si no los hubiera visto, como si estuviera haciendo un esfuerzo por localizar el punto de donde le llegaba la voz del

marroquinero.

—¡Señor Parlaghy!

—Ha gritado… —farfulló el tipo aquel, temblando con su doble barbilla y soltando un pestazo a alcohol—. Ha empezado a gritar…

—Señor Parlaghy…

—Quería que se callara… Sólo quería que se callara.

—La ha matado —Fysh constató el hecho—. ¡La ha matado como si nada!

Van Vliet se llevó las manos a la cabeza.

—¿Y ahora qué?

—Ahora —le explicó el enano con objetividad — si que estamos bien jodidos.

—¡Os digo que no hay razones para ponerse nerviosos! —Fysh descargó un puñetazo en la regala—. Estamos en el rio, en mitad de las aguas. La orilla está lejos. Aunque la raposa, y esto es muy dudoso, hubiera dado con nuestro rastro, en el

agua no representa ninguna amenaza.

—¿Señor brujo? —Van Vliet levantó la mirada con temor—. ¿Qué decís a esto?

—La aguara dará con nuestro rastro —insistió pacientemente Geralt—. De eso no puede haber ninguna duda. Si hay algo dudoso, ese algo son los conocimientos del señor Fysh, a quien, visto lo visto, pediría que guardase silencio. La cuestión es la siguiente, señor Van Vliet: si hubiéramos liberado a la joven raposa y la hubiéramos dejado en tierra, habríamos tenido alguna posibilidad de que la aguara nos hubiera dejado marchar. Pero ha pasado lo que ha pasado. Y ahora nuestra única salvación es la huida. Es un milagro que la aguara no os haya dado alcance hasta ahora, una vez más se comprueba que todos los tontos tienen suerte. Pero ya no podemos seguir tentando a la fortuna. Largad las velas, capitán. Todas las que haya.

—También se podría —comentó con calma Pudlorak— desplegar la gavia. El viento es favorable…

—Pero en caso de que… —le interrumpió Van Vliet—. ¿Señor brujo? ¿Estaréis dispuesto a defendemos?

—Seré sincero, señor Van Vliet. De buena gana os abandonaría. En compañía de ese Parlaghy, que sólo de pensar en él se me revuelven las tripas. Alguien que se pone ahí abajo a beber hasta caer redondo sobre el cadáver de una chiquilla a la que acaba de asesinar.

—Yo también sería partidario de eso —intervino, mirando hacia arriba, Addario Bach—. Porque, parafraseando las palabras del señor Fysh sobre los no humanos: cuanto mayores sean los perjuicios para los idiotas, mayores serán los beneficios para las personas sensatas.

—Os dejaría, junto con Parlaghy, a merced de la aguara. Pero mi código me lo prohíbe. El código de los brujos me impide actuar de conformidad con mis propios deseos. No puedo dejar abandonados a su suerte a quienes están amenazados de muerte.

—¡La nobleza de los brujos! —protestó Fysh —. ¡Como si nadie hubiera oído hablar de vuestras villanías! No obstante, apoyo la idea de escapar a toda prisa. Larga todos los trapos, Pudlorak, hay que llegar al canal de acceso y salir a escape.

El capitán dio las órdenes, los marineros se afanaban con los aparejos. Pudlorak se dirigió a la proa, después de pensárselo un momento, Geralt y el enano fueron tras él. Van Vliet, Fysh y Cobbin se quedaron discutiendo en la cubierta de popa.

—¿Señor Pudlorak?

—¿Ajá?

—¿De dónde ha salido el nombre del barco? ¿Y ese mascarón tan raro? ¿Se trataba de recabar el patrocinio de los sacerdotes?

—Botaron este sloop con el nombre de *Melusina*. —El capitán se encogió de hombros—. Con un mascarón que le iba bien al nombre y alegraba la vista. Más tarde cambiaron las dos cosas. Unos decían que era, en efecto, cuestión de patrocinio. Otros, que los sacerdotes de

Novigrado no paraban de acusar al señor Van Vliet de herejía y blasfemia, de modo que él quiso meterse en su… Quiso caerles en gracia.

La proa del *Profeta Lebioda* cortaba las olas.

—¿Geralt?

—¿Qué, Addario?

—Esa raposa… o aguara… según tengo entendido, puede cambiar de forma. Puede presentarse como una mujer, pero también puede adoptar el aspecto de una zorra. O sea, ¿algo parecido a un hombre lobo?

—Es diferente. Los hombres lobo, los hombres oso, los hombres rata y otros semejantes son teriántropos, personas con la capacidad de transformarse en animales. La aguara es un anterion. Un animal, o más bien una criatura, capacitada para adoptar una forma humana.

—¿Y sus poderes? He oídos unas historias increíbles… Por lo visto, la aguara es capaz de…

—Tengo la esperanza —le interrumpió el brujo — de llegar a Novigrado antes de que la aguara

nos demuestre de lo que es capaz.

—Pero en caso de que…

—Más vale que no nos veamos en ese caso.

Se había levantado el viento. Aleteaban las velas.

—El cielo se oscurece —señaló Addario Bach —. Y me ha parecido oír un trueno lejano.

El oído no había engañado al enano. Unos momentos después volvió a tronar. Esta vez lo oyó todo el mundo.

—¡Se nos echa encima la tormenta! —gritó Pudlorak—. ¡En aguas abiertas nos levantará la quilla! ¡Tenemos que escapar, buscar amparo, protegemos del viento! ¡A las velas, muchachos!

Apartó al timonel, él mismo se hizo con el timón.

—¡Agarrarse! ¡Agarrarse todos!

En la orilla derecha el cielo se volvió granate oscuro. De improviso se encontraron con un torbellino que sacudió el bosque en la ribera, zarandeándolo. Las coronas de los árboles más

grandes empezaron a balancearse, los más pequeños se doblaron por la mitad ante la embestida. Se formó un remolino de hojas y ramillas, y hasta de ramas grandes. Hubo un brillo cegador, y prácticamente en ese mismo instante se oyó el penetrante chasquido del trueno. Después de él, casi de inmediato, estalló un segundo trueno. Y un tercero.

Al cabo de unos momentos, se oyó un murmullo creciente, y enseguida empezó a jarrear. Detrás del muro de lluvia ya no se veía nada. El *Profeta Lebioda* se balanceaba y bailaba en las olas, inclinándose con fuerza a cada instante. Y para colmo rechinaba. Rechinaba, según le pareció a Geralt, cada tabla. Cada tabla tenía vida propia y se movía, o esa impresión daba, independientemente de las demás. Cundió el temor de que el mástil fuera a partirse sin más. El brujo se dijo a sí mismo una vez más que era imposible, que la construcción del barco prevé travesías por aguas más agitadas, que al fin y al cabo estaban en

un río, no en el océano. Se lo dijo una vez más, escupió agua y se agarró frenéticamente de unos cabos.

Habría sido difícil calcular cuánto duró aquello. Pero al final las sacudidas cesaron, el viento dejó de azotar el barco y escampó el violento aguacero que agitaba las aguas, dejando paso a la lluvia y después al chirimiri. En ese momento comprobaron que la maniobra de Pudlorak había tenido éxito. El capitán había conseguido situar el sloop al amparo de una isla elevada y boscosa, donde los embates del vendaval no eran tan violentos. Parecía que la nube de tormenta se alejaba, la tempestad se iba calmando.

La neblina se alzaba de las aguas.

El agua caía del gorro de Pudlorak, completamente empapado, chorreándole por toda la cara. A pesar de eso, el capitán no se quitaba el gorro.

Probablemente no se lo quitaba nunca.

—¡Mil rayos! —Se enjugó las gotas de la nariz —. ¿Adónde nos ha arrastrado la tormenta? ¿Estamos en algún brazo del río? ¿O tal vez en un galacho? Parece agua estancada…

—Pero nos lleva la corriente. —Fysh escupió al agua y observó el gargajo. Ya no llevaba puesto el sombrero de paja, debía de habérselo arrebatado el vendaval—. La corriente es débil, pero nos arrastra —insistió—. Estamos en un estrecho entre islas. Mantén el rumbo, Pudlorak. Seguro que al final nos lleva hasta el canal de acceso.

—El canal de acceso —el capitán se inclinó sobre la brújula— parece que está en dirección norte. En ese caso, tenemos que tomar el brazo de la derecha. No el de la izquierda, sino el de la derecha…

—¿Dónde ves tú esos brazos? —preguntó Fysh —. Sólo hay una vía. Mantén el rumbo, te digo.

—Hace un momento había dos brazos —

insistió Pudlorak—. Pero puede que me haya entrado agua en los ojos. O tal vez sea la neblina. Pues nada, que nos arrastre la corriente. Sólo que…

—¿Qué pasa ahora?

—La brújula. La dirección no es la adecuada… No, no, está bien. Lo estaba viendo mal. Era cosa del cristal, que le había goteado agua del gorro. Seguimos navegando.

—Pues naveguemos.

La niebla tan pronto se abría como volvía a cerrarse, el viento se había calmado por completo. Empezaba a hacer mucho calor.

—El agua —señaló Pudlorak—. ¿No lo notáis? Apesta, pero es un olor diferente. ¿Dónde estamos?

La niebla se levantó, pudieron ver entonces la orilla cubierta de vegetación, llena de troncos putrefactos. En lugar de los pinos, abetos y tejos, que crecían en las islas, ahora abundaban los arbustos de abedul de agua y los altos cipreses de

pantano, de base cónica. Las trompetas trepadoras abrazaban sus troncos, sus flores intensamente rojas eran el único acento vivo en medio de la vegetación verde parduzca de las ciénagas. La superficie estaba cubierta de lentejuelas de agua e infestada de algas que el *Profeta* iba apartando con la proa y arrastrando como si fuera la cola de un vestido. Del fondo turbio emanaba, en efecto, un olor repugnante, como a podrido. Unas enormes burbujas ascendían hasta estallar en la superficie. Pudlorak seguía al timón.

—Por aquí puede haber bancos de arena. —Se inquietó de repente—. ¡Eh! ¡Que venga uno a proa con la plomada!

Navegaban, llevados por la débil corriente, siempre en medio de aquel paisaje pantanoso. Y del olor a podrido. El marinero que había acudido a proa gritaba monótonamente, informando de la profundidad.

—Señor brujo —Pudlorak se inclinó sobre la brújula, le dio unos toques al cristal—, echad un

vistazo.

—¿A qué?

—Pensaba que el cristal se había empañado… Pero, si la aguja no se ha vuelto loca, estamos navegando hacia el este. O sea, que estamos volviendo. Al lugar de donde partimos.

—Pero es imposible. Nos lleva la corriente. El río…

Se calló de repente.

Colgaba por encima del agua un árbol gigantesco, parcialmente arrancado de raíz. En una de las ramas desnudas había una mujer con un vestido largo y ceñido. Estaba mirándolos inmóvil.

—El timón —dijo en voz baja el brujo—. El timón, capitán. Hacia aquella orilla. Lo más lejos posible de ese árbol.

La mujer había desaparecido. Pero un enorme zorro se deslizó por la rama, se ocultó rápidamente en la espesura. El animal parecía negro, sólo el extremo del rabo peludo era blanco.

—Nos ha encontrado. —También Addario Bach se había percatado—. La raposa nos ha encontrado…

—Por todos los diablos…

—Callaos los dos. No sembréis el pánico.

Navegaban. Desde los árboles secos de las orillas los observaban los pelícanos.

Interludio

Ciento veintisiete años más tarde

—Ahí mismo, detrás de esa colina —señaló con el látigo el mercader—, eso ya es Ivalo, jovencita. Media legua, no más, te plantas en un santiamén. Yo me desvío aquí en el cruce, voy para el este, a Maribor, así que toca despedirse. Cuídate, que los dioses te guíen y te protejan en tu camino.

—Y que también a vos os protejan, buen señor. —Nimue se bajó de la carreta, cogió su hatillo y el resto del equipaje, tras lo cual hizo una torpe reverencia—. Mil gracias por haberme traído en el carro. Entonces, en el bosque… Mil gracias…

Tragó saliva al recordar el negro bosque, hasta cuyo corazón la había conducido el camino hacia dos días. Al recordar los árboles enormes de copas retorcidas que se entrelazaban formando un

techo sobre el camino desierto. Un camino en el que se había visto sola de repente, más sola que la una. Al recordar el horror que la había envuelto en aquellos momentos. Y el deseo de darse la vuelta y salir corriendo. De regresar a casa. Renunciando a su absurda idea de recorrer en solitario el mundo. Quitándose esa absurda idea de la cabeza.

—Quita, quita, no me des las gracias, no hay por qué darlas. —El mercader se echó a reír—. Nada más humano que ayudarse en el camino. ¡Adiós!

—Adiós. ¡Y buen viaje!

Nimue se quedó un momento parada en el cruce, mirando el poste de piedra, azotado por las lluvias y los vendavales hasta quedarse suave y liso. Tiene que llevar aquí mucho tiempo, pensó. ¿Quién sabe, puede que más de cien años? ¿A lo mejor este poste conmemora el Año del Cometa? ¿Los ejércitos de los reyes del norte, dirigiéndose a Brenna, a la batalla contra Nilfgaard?

Como hacía a diario, recitó la ruta que se

había aprendido de memoria. Como una fórmula hechiceril. Como un encantamiento.

Wyrwa, Guado, Sibell, Brugge, Casterfurt, Mortara, Ivalo, Dorian, Anchor, Gors Velen.

El pueblo de Ivalo ya desde cierta distancia se hacía notar. Por el ruido y el mal olor.

El bosque acababa a la altura del cruce, a partir de ahí, hasta los primeros edificios, todo era desmonte, con la tierra pelada y los tocones en pie, extendiéndose más allá del horizonte. Por todas partes se elevaban columnas de vapor, se sucedían las hileras de humeantes barriles de hierro, las retortas para la quema del carbón vegetal. Olía a resina. Según se acercaba al pueblo, el ruido iba en aumento, se oían unos extraños chasquidos metálicos que hacían que la tierra temblara sensiblemente bajo los pies.

Nimue llegó al pueblo y fue tal su sorpresa que se quedó sin aliento. El origen de aquel estruendo y de los temblores del suelo era la máquina más disparatada que nunca habían visto sus ojos. Un

enorme y panzudo caldero de cobre con una rueda gigantesca, que al girar ponía en movimiento un émbolo que brillaba engrasado. La máquina siseaba, humeaba, escupía agua hirviendo y despedía vapor, y en un momento determinado soltó un silbido, un silbido tan espantoso y aterrador que Nimue se quedó paralizada. No tardó en reponerse, e incluso se acercó y, llevada por la curiosidad, examinó las correas con las que los engranajes de la máquina infernal impulsaban aquellas sierras mecánicas que cortaban los troncos con un ritmo increíble. Habría seguido observando, pero ya le empezaban a doler los oídos por culpa del estruendo y el chirrido de las sierras.

Cruzó una pasarela, el riachuelo bajaba turbio y olía a rayos, llevaba virutas, cortezas y pegotes de espuma. El pueblo de Ivalo como tal, adonde justo acababa de llegar, apestaba como una enorme letrina, una letrina en la que, para colmo de males, alguien se había empeñado en asar a la brasa un

pedazo de carne pasada. A Nimue, que llevaba una semana en medio de praderas y bosques, empezaba a faltarle el aire. Se había imaginado que el pueblo de Ivalo, donde acababa una de las etapas de su ruta, podría ser un sitio adecuado para descansar. Ahora sabía que no se entretendría aquí más de lo estrictamente imprescindible. Y que no guardaría un buen recuerdo de Ivalo.

En el mercado —como de costumbre— vendió una cesta de setas y unas raíces medicinales. No se entretuvo mucho, ya había adquirido soltura, conocía lo que la gente demandaba y sabía a quién ofrecer su mercancía. Se hacía la tonta a la hora de negociar, gracias a lo cual no tenía problemas para vender: los comerciantes se peleaban por timar a la retrasada. Ganaba poco, pero rápido. Y el tiempo era importante.

La única fuente de agua pura en los alrededores era un pozo en una angosta plazoleta, y para llenar su cantimplora Nimue tuvo que esperar lo suyo en una larga cola. Más fácil fue

hacerse con provisiones para el camino. Atraída por el olor, compró también en un puesto unos bollitos rellenos, los cuales, vistos más de cerca, le parecieron sospechosos. Se sentó en una lechería a tomarse los bollos, ahora que todavía parecían relativamente comestibles sin mayores riesgos para la salud. Aunque no tenía pinta de que fueran a aguantar mucho tiempo en ese estado.

Enfrente estaba la taberna La Verde…, al cartel le faltaba la tabla de abajo, lo cual hacía del nombre un misterio y un reto intelectual. No tardó Nimue en perderse en sus intentos de adivinar qué más cosas podían ser verdes, aparte de las ranas y las lechugas. La ruidosa discusión de unos parroquianos en las escaleras de la taberna la arrancó de sus reflexiones.

—El *Profeta Lebioda*, os digo —peroraba uno de ellos—. Ese velero de leyenda. Un barco fantasma, que hace más de cien años desapareció sin dejar rastro, con toda la tripulación. Que a partir de entonces aparecía en el río cada vez que

iba a ocurrir alguna desgracia. Aparecía con espectros en cubierta, muchos pudieron verlos. Se temía que siguiera apareciéndose hasta que alguien encontrara los restos. Y al final los encontraron.

—¿Dónde?

—En Boca de Río, en un galacho, en medio de las aguas pantanosas, en el corazón mismo del estero, una vez que lo desecaron. Estaba todo cubierto de plantas acuáticas. Y de musgo. Cuando rascaron las algas y el musgo, apareció la inscripción: *Profeta Lebioda*.

—¿Y tesoros? ¿Encontraron algún tesoro? Tenía que haber algún tesoro en la bodega. ¿No encontraron nada?

—Ni idea. Según se dice, los sacerdotes se quedaron con los restos. Como una especie de reliquia.

—Vaya una chorrada —hipó el otro parroquiano—. Os tragáis esos cuentos, sois como niños. Encuentran una vieja barcaza, y hala: un barco fantasma, tesoros, reliquias. Todo eso, os lo

digo yo, es una mierda pinchada en un palo, leyendas de cagatintas, cotilleos estúpidos, patrañas de viejas. ¡Eh, tú! ¡Muchacha! ¿Y tú quién eres? ¿De quién eres tú?

—De mí misma. —Nimue ya tenía práctica y sabía cómo responder.

—¡Retírate el pelo y enseña esa oreja! ¡Porque pareces de la piel de los elfos! ¡Y a los mestizos élficos aquí no los queremos!

—Dejadme, no os estoy molestando. Y enseguida me pongo en camino.

—¡Ja! ¿Y adónde?

—A Dorian. —Nimue había aprendido que siempre tenía que mencionar como destino exclusivamente su siguiente etapa, y no revelar nunca, pero nunca, la meta última de su peregrinaje, porque eso sólo despertaba un regocijo salvaje.

—¡Jo, jo! Te espera un largo camino.

—Por eso salgo ya. Pero antes quiero deciros, nobles señores, que el *Profeta Lebioda* no

transportaba ningún tesoro, la leyenda no cuenta nada de eso. El barco se perdió y se convirtió en un barco fantasma porque estaba maldito, y su capitán no quiso escuchar un sabio consejo. Un brujo que viajaba con él le aconsejó que dieran la vuelta, que no se adentrara por un brazo del rio hasta que no hubiera levantado la maldición. He leído algo de eso…

—Tan joven —comentó el primer parroquiano —, ¿y ya eres tan sabia? Tú a lo que tienes que dedicarte, chiquilla, es a barrer las estancias, a vigilar la olla y a lavar los calzones, y a nada más. Nos ha salido una marisabidilla, ¿habéis visto?

—¡Un brujo! —se burló un tercero—. ¡Nada, nada, sólo son cuentos!

—Ya que eres tan lista —intervino el siguiente —, seguro que has oído hablar del Bosque del Arrendajo. ¿A qué sí? Te diré: en ese bosque duerme algo maligno. Pero cada pocos años se despierta, y entonces pobre de aquél que atraviesa el bosque. Y tu camino, si de verdad piensas ir a

Dorian, va derechito al Bosque del Arrendajo.

—¿Es que todavía os queda algún bosque? Si habéis talado toda la comarca, no hay más que desmontes.

—Fijaos, qué listilla, labia no le falta a la muchacha. ¿Para qué sirve el bosque, si no es para talarlo? Hemos talado lo que hemos talado, y hemos dejado lo que hemos dejado. Pero lo que es al Bosque del Arrendajo no se atreven a ir ni los leñadores, tal es el horror que despierta. Tú ya lo verás cuando estés allí. ¡Te vas a mear de miedo!

—Bueno, mejor me voy.

Wynva, Guado, Sibell, Brugge, Casterfurt, Mortara, Ivalo, Dorian, Anchor, Gors Velen.

Soy Nimue verch Wledyr ap Gwyn.

Me dirijo a Gors Velen. A Aretusa, la escuela de hechiceras en la isla de Thanedd.

Capítulo decimoquinto

En otros tiempos podíamos hacer mucho más. Crear la ilusión de islas mágicas, mostrar muchedumbres enormes de dragones danzando en el cielo. Podíamos evocar la visión de un poderoso ejército acercándose a las murallas de una ciudad, y todos los habitantes veían ese ejército como si fuera real, hasta en los más pequeños detalles del equipamiento y las figuras de los estandartes. Pero eso sólo estaba al alcance de aquellas raposas sin par de los tiempos más remotos, que para salvar la vida hubieron de renunciar a su poder como hechiceras. Desde entonces las habilidades de nuestra especie se han ido degradando, seguramente como consecuencia de nuestra prolongada convivencia con los seres humanos.

Viktor Pelevin, *El libro sagrado del licántropo*

—¡La has hecho buena, Pudlorak! —se enfureció Javil Fysh—. ¡Nos has metido en un buen lío! ¡Llevamos una hora dando vueltas por todos estos entrantes! He oído hablar de estos pantanos, ¡y no es nada bueno lo que he oído! ¡Aquí se pierde gente y se pierden barcos! ¿Dónde está el río? ¿Dónde está el canal de acceso? ¿Por qué…?

—¡Cerrad el pico, por todos los diablos! —El capitán perdió los nervios—. ¡Dónde está el canal, dónde está el canal! ¡En el culo, ahí es donde está! ¿No erais tan listo? ¡Os lo ruego, ahora tenéis ocasión de demostrarlo! ¡Otra bifurcación! ¿Por dónde tengo que tirar, so listillo? ¿Por la izquierda, siguiendo la corriente? ¿O acaso ordenáis por la derecha?

Fysh soltó un bufido y le dio la espalda. Pudlorak mantuvo el rumbo y condujo el sloop por el brazo izquierdo.

El marinero de la plomada gritó. Un momento después, bastante más alto, gritó Kevenard van Vliet.

—¡Fuera de la orilla, Pudlorak! —bramó Petru Cobbin—. ¡A estribor! ¡Más lejos de la orilla! ¡Más lejos de la orilla!

—¿Qué hay?

—¡Serpientes! ¿No lo ves? ¡Serpienteees!

Addario Bach soltó un juramento.

La orilla izquierda estaba plagada de serpientes. Los reptiles se enroscaban alrededor de los juncos y de las plantas de la orilla, trepaban por los tocones medio sumergidos, colgaban siseantes de las ramas que se extendían por encima del agua. Geralt identificó mocasines de pantano, serpientes de cascabel, yararacas, boomslangs, daboias, víboras cornudas, víboras bufadoras, arietes, mambas negras y otras que no conocía.

Toda la tripulación del *Profeta* se alejó despavorida de la borda de babor, chillando con voces destempladas. Kenevard van Vliet corrió hasta la popa, se quedó encogido, temblando de pies a cabeza, detrás del brujo. Pudlorak dio un golpe de timón, el sloop empezó a virar.

Geralt le puso una mano en el hombro.

—No —le dijo—. Mantén el rumbo. No te aproximes a la orilla derecha.

—Pero las serpientes… —Pudlorak señaló una rama a la que se iban acercando, infestada de siseantes serpientes—. Van a caer en cubierta…

—¡No hay ninguna serpiente! Mantén el rumbo. Lejos de la orilla derecha.

Los obenques del palo mayor se engancharon con la rama. Algunas serpientes se enroscaron en las sogas, algunas, entre ellas dos mambas, cayeron en cubierta. Levantándose y silbando, atacaron a quienes se apelotonaban a estribor. Fysh y Cobbin corrieron a proa, los marineros, chillando despavoridos, se lanzaron hacia la popa. Uno de ellos saltó al agua, donde desapareció sin tiempo para gritar. La sangre se arremolinó en la superficie.

—¡Un girador! —El brujo señaló la ola y una forma negra que se alejaba—. Verdadero, no como esas serpientes.

—Odio los reptiles… —gemía Kevenard van Vliet, encogido junto a la borda—. Odio las serpientes…

—No hay ninguna serpiente. Ni las ha habido. Es una ilusión.

Los marineros gritaban, se frotaban los ojos. Las serpientes habían desaparecido. Lo mismo las que estaban en cubierta que las que había en la orilla. Ni rastro de ellas.

—¿Qué ha…? —balbuceó Petru Cobbin—. ¿Qué ha ocurrido?

—Una ilusión —repitió Geralt—. La aguara nos ha dado alcance.

—¿Qué?

—La raposa. Crea ilusiones para desorientarnos. Me pregunto desde cuándo. Lo más probable es que la tempestad haya sido real. Y había dos brazos de río, el capitán estaba en lo cierto. La aguara ocultó uno de ellos mediante una ilusión. Y falseó las señales de la brújula. También ha sido obra suya la ilusión de las

serpientes.

—¡Cuentos de brujos! —se burló Fysh—. ¡Prejuicios élficos! ¡Supersticiones! ¿Cómo iba a tener un zorro la capacidad de hacer todo eso? ¿Ocultar un brazo de río, estropear una brújula? ¿Hacer que veamos unas serpientes donde no las hay? ¡Bobadas! ¡Pues yo os digo que son estas aguas! ¡Nos han intoxicado los vapores, los gases venenosos del pantano y las miasmas! De ahí las alucinaciones y los portentos…

—Son ilusiones que crea la aguara.

—¿Nos tomas por tontos? —gritó Cobbin—. ¿Ilusiones? ¿Qué ilusiones son ésas? ¡Eran víboras auténticas! Todos las habéis visto, ¿no? ¿No habéis oído el silbido? ¡Yo hasta he percibido su olor!

—Ha sido una ilusión. Las serpientes no eran verdaderas.

De nuevo los obenques del *Profeta* se engancharon en las ramas de la orilla.

—Entonces, ¿eso es una alucinación? —dijo uno de los marineros, señalando con la mano—.

¿Una visión? ¿Esa serpiente tampoco es verdadera?

—¡No! ¡Alto!

Un ariete enorme que colgaba de una rama, tras emitir un silbido que helaba la sangre en las venas, atacó como un rayo, hundiendo los colmillos en el cuello del marinero. Una vez, después otra vez. El marinero soltó un grito desgarrador, dio algunas vueltas, se desplomó y empezó a sufrir convulsiones, golpeando rítmicamente las tablas de la cubierta con la nuca. Le salía espuma por la boca, tenía los ojos inyectados en sangre. Murió antes de que nadie acudiera en su auxilio.

El brujo cubrió el cuerpo con una tela.

—¡Al diablo, señores! —dijo—. ¡Mucha precaución! ¡No todo son visiones!

—¡Cuidado! —gritó un marinero desde la proa —. ¡Cuidadooo! ¡Un remolino delante de nosotros! ¡Un remolino!

El galacho volvía a bifurcarse. El brazo de la izquierda, adonde los llevaba la corriente, estaba

todo agitado y se revolvía formando un violento remolino. En aquel círculo giratorio la espuma subía como si fuera sopa hirviendo en la cazuela. Daban vueltas en el remolino, tan pronto sumergidos como saliendo a flote, tocones y ramas, y hasta un árbol entero con la copa hendida. El marinero de la plomada se apartó de la proa, los demás empezaron a chillar. Pudlorak conservaba la calma. Con un golpe de timón hizo virar el sloop hacia el brazo de la derecha, donde las aguas estaban sosegadas.

—Uf. —Se enjugó la frente—. ¡Justo a tiempo! Mal lo habríamos pasado si nos hubiera atrapado el remolino. Si, habríamos volcado…

—¡Remolinos! —gritó Cobbin—. ¡Giradores! ¡Caimanes! ¡Sanguijuelas! No se necesita ninguna ilusión, estos pantanos están plagados de criaturas atroces, de reptiles, de toda clase de bichos venenosos. Qué horror, qué horror, haber venido a parar a este sitio. Aquí son incontables…

—Los barcos naufragados —acabó la frase

Addario Bach, señalando algo—. Eso parece.

Corroído, en estado ruinoso, hundido hasta la borda, recubierto de plantas acuáticas, envuelto en lianas y musgo, apareció en la orilla derecha un barco naufragado, atrapado en las aguas pantanosas. Pudieron contemplarlo mientras el *Profeta* se deslizaba por su lado, llevado por la débil corriente.

Pudlorak le dio un ligero toque a Geralt con el codo.

—Señor brujo —le avisó en voz baja—. La brújula sigue desnortada. Según la aguja, hemos abandonado el rumbo este, y ahora nos dirigimos hacia el sur. Si no se trata de un nuevo engaño de la raposa, son malas noticias. Nadie ha estudiado a fondo estos pantanos, pero se sabe que están situados al sur del canal de acceso. De modo que estamos siendo arrastrados hacia el corazón mismo de las marismas.

—El caso es que vamos a la deriva —advirtió Addario Bach—. No hay viento, nos lleva la

corriente. Y la corriente nos conducirá hasta el río, hasta el canal de acceso del Pontar…

—No necesariamente. —Geralt sacudió la cabeza—. He oído hablar de estos galachos. En ellos la corriente del agua cambia de sentido. Dependiendo de que la marea suba o baje. Y no os olvidéis de la aguara. También puede tratarse de una ilusión.

En las orillas, igual que antes, seguían abundando los cipreses de pantano, y también se veían los exuberantes tupelos de agua gruesos por la base, como cebollas. Muchos árboles estaban resecos, muertos. De los tocones y ramas cadavéricos colgaban densos festones de claveles de aire brillando al sol con destellos plateados. En las ramas se agazapaban las garzas, que estudiaban al *Profeta* con ojos inmóviles.

Un marinero gritó desde la proa.

En esta ocasión la vieron todos. Una vez más se había apostado en una gruesa rama que colgaba por encima del agua, erguida e inmóvil. No hubo

que insistir a Pudlorak para que virara, acercando el sloop a la orilla izquierda. Pero de pronto la raposa soltó un ladrido, sonoro y penetrante. Volvió a ladrar cuando el *Profeta* pasó cerca.

Un enorme zorro recorrió la rama precipitadamente y fue a ocultarse en la espesura.

—Eso ha sido un aviso —dijo el brujo, una vez que cesó el griterío en cubierta—. Un aviso y un reto. O más bien una exigencia.

—De que soltemos a la chica —añadió Addario Bach con lucidez—. Está claro. Pero no podemos soltarla, porque no está viva.

Kevenard van Vliet gimió, llevándose las manos a las sienes. Empapado, sucio y muerto de miedo, ya no recordaba al mercader que podía permitirse tener un barco propio. Recordaba a un mozalbete al que han pillado mangando unas ciruelas.

—¿Qué podemos hacer? —se lamentaba—.

¿Qué podemos hacer?

—Yo sé lo que hay que hacer —declaró de improviso Javil Fysh—. Atamos el cuerpo de la chiquilla a un barril y lo arrojamos por la borda. La raposa se detendrá para llorarla. Y así ganaremos tiempo.

—Qué vergüenza, señor Fysh —la voz del marroquinero se endureció repentinamente—. No hay que tratar así a los muertos. Es algo inhumano.

—¿Es que era un ser humano? Era una elfa, y para colmo a medio transformar en una fiera. Insisto en que lo del barril es una buena idea…

—Esa idea —dijo Addario Bach, arrastrando las palabras— sólo se le puede ocurrir a un redomado idiota. Y supondría nuestra perdición. Si la vixena se da cuenta de que hemos matado a la chica, estamos acabados.

—¡Nosotros no hemos matado a la cachorra! —intervino Petru Cobbin, antes de que Fysh, rojo de ira, tuviera tiempo de replicar—. ¡No hemos sido nosotros! Ha sido Parlaghy. Él es culpable.

Nosotros estamos limpios.

—Eso es —asintió Fysh, sin dirigirse ni al brujo ni a Van Vliet, sino a Pudlorak y a los marineros—. Parlaghy es el culpable. Que la raposa se vengue de él. Lo metemos en un bote en compañía del cadáver y que se los lleve la corriente. Y nosotros mientras tanto…

Cobbin y algunos marineros acogieron la idea con gritos de aprobación, pero Pudlorak los hizo callar de inmediato.

—No lo voy a consentir —dijo.

—Ni yo. —Kevenard van Vliet palideció—. Puede que el señor Parlaghy sea culpable, puede que merezca un castigo por su acción. Pero, ¿arrojarlo así, entregarlo a una muerte segura? Eso sí que no.

—¡Es su muerte o la nuestra! —exclamó Fysh —. ¿Qué más podemos hacer? ¡Brujo! ¿Nos defenderás cuando esa raposa se lance sobre el barco?

—Os defenderé.

Se hizo el silencio.

El *Profeta Lebioda* marchaba a la deriva entre las aguas pestilentes, donde no cesaban de estallar las burbujas, arrastrando tras de si una cola de algas. Desde las ramas los observaban garzas y pelícanos.

El marinero de proa dio un grito de aviso. Un instante después todo el mundo estaba gritando. Al ver los restos corroídos del barco, cubiertos de lianas y maleza. Los mismos restos naufragados que habían visto una hora antes.

—Vamos navegando en círculo —constató el enano—. Estamos atrapados. La raposa nos ha tendido una trampa.

—Sólo hay una salida. —Geralt señaló el brazo de la izquierda y el remolino que daba vueltas en él—. Pasar por allí.

—¿Por medio de ese géiser? —bramó Fysh—. ¿Has perdido el juicio? ¡Nos hará pedazos!

—Nos hará pedazos —asintió Pudlorak—. O nos volcará. O nos hundirá en el barro, y acabaremos como ese barco. Mirad cómo arrastra los árboles el oleaje. Se ve que el remolino tiene una fuerza terrible.

—Eso mismo. Se ve. Porque probablemente sea una ilusión. Creo que es otra nueva ilusión de la aguara.

—¿Probablemente? ¿Eres un brujo y no puedes distinguirlo?

—Distinguiría una ilusión más débil. Éstas son extraordinariamente fuertes. Pero me parece…

—Te parece. ¿Y si estás confundido?

—No hay otra salida —balbuceó Pudlorak—. O por el remolino, o seguiremos navegando en círculo…

—Hasta la muerte —completó Addario Bach —. Y vaya una muerte de mierda.

Girando en el remolino, el árbol sacaba una y otra

vez una gruesa rama por encima de la superficie, como si se tratara de un náufrago levantando los brazos. Las aguas se agitaban, estallaban, rompían y espumaban. El *Profeta* dio una sacudida y aceleró de pronto, absorbido por el remolino. Zarandeado por las aguas, el árbol golpeó con estrépito el costado de la nave, se produjo una lluvia de espuma. El sloop empezó a balancearse y a dar vueltas, cada vez más rápido, cada vez más rápido.

Todos chillaban con distintas voces.

Y de repente sobrevino la calma. Las aguas se aquietaron, lisas como un espejo. El *Profeta Lebioda* avanzaba despacio entre las márgenes llenas de tupelos.

—Tenías razón, Geralt. —Addario Bach se aclaró la garganta—. No era más que una ilusión.

Pudlorak miró detenidamente al brujo. Sin decir nada. Por fin se quitó el gorro. Resultó que tenía la cabeza calva como un huevo.

—Me pasé a la navegación fluvial —dijo

finalmente con voz ronca—, porque mi mujer me lo pidió. El río, decía, es más seguro. Más seguro que el mar. Así no estaré con el alma en vilo, decía, cada vez que embarques.

Volvió a encasquetarse el gorro, sacudió la cabeza, sujetó con fuerza el timón.

—¿Ya está? —llegó desde la cabina la voz gimoteante de Kevenard van Vliet—. ¿Ya estamos a salvo?

Nadie respondió a su pregunta.

Las algas y las lentejuelas espesaban el agua. En la vegetación ribereña empezaban a predominar con claridad los cipreses de pantano, en el barro y las aguas someras de la orilla se alzaban con frecuencia sus neumatóforos, sus raíces aéreas, algunas de las cuales alcanzaba casi dos varas de altura. En los islotes de vegetación se calentaban las tortugas. Croaban las ranas.

En esta ocasión, antes de verla, pudieron oírla.

Aquellos ladridos intensos, cortantes, como una amenaza rítmica o una advertencia. Apareció en la orilla en su forma zorruna, sobre un tronco seco derribado. Ladró, con la cabeza bien alta. Geralt captó unas notas extrañas en su voz, comprendió que había en ella una orden, además de una amenaza. Pero la orden no iba dirigida a ellos.

De pronto, debajo del tronco el agua se llenó de espuma, y emergió un monstruo gigantesco, todo recubierto de motivos verdes y pardos de escamas abombadas. Borboteó, chapoteó, en respuesta a la orden de la raposa echó a nadar, agitando las aguas, derecho hacia el *Profeta*.

—¿Eso también…? —Addario Bach tragó saliva—. ¿Eso también es una ilusión?

—Más bien no —negó Geralt—. ¡Es un vodianói! —les gritó a Pudlorak y a los marineros—. ¡La raposa ha embrujado aun vodianói y lo lanza contra nosotros! ¡Los bicheros! ¡Agarrad los bicheros!

El vodianói emergió al lado de la nave,

dejando ver la cabeza aplastada, recubierta de algas, los ojos saltones de pez, los dientes cónicos de sus grandes fauces. El monstruo golpeó con furia la borda, una vez, otra vez, hasta que todo el *Profeta* tembló. Cuando acudieron los marineros armados con los bicheros, se sumergió para salir poco después con un chapoteo por detrás de la popa, justo al lado de la pala del timón. La atrapó entre los dientes, y empezó a dar tirones hasta agrietarla.

—¡Va a arrancar el timón! —exclamó Pudlorak, tratando de pinchar al monstruo con un bichero—. ¡Va a arrancar el timón! ¡Coged unas drizas, levantadle la aleta! ¡Alejad a ese diablo del timón!

El vodianói mordía y daba tirones del timón, ignorando los gritos y los puyazos de los bicheros. El timón se partió, y entre los dientes del monstruo quedó un pedazo de madera. Ya fuera porque consideró que así era suficiente o porque el conjuro de la raposa se había debilitado, el caso

es que se zambulló y se perdió de vista.

Se oyeron los ladridos de la aguara en la orilla.

—¿Qué más? —chilló Pudlorak, manoteando —. ¿Qué más puede hacemos? ¡Señor brujo!

—Dioses… —se lamentaba Kevenard van Vliet—. Perdonadme por no haber creído en vosotros… ¡Perdonadnos por haber matado a esa muchacha! ¡Dioses, salvadnos!

De repente sintieron un soplo de viento en la cara. La vela cangreja del *Profeta*, que hasta entonces colgaba tristemente, se hinchó con un chasquido, chirrió la botavara.

—¡Se va abriendo! —gritó Fysh desde proa—. ¡Allí, allí! Hay un tramo mas ancho, ¡sin duda ése es el río! ¡Navega hacia allí, capitán! ¡Hacia allí!

En efecto, el cauce empezaba a ensancharse, por detrás de una pared verde de cañas se adivinaba algo que parecía un estuario.

—¡Lo hemos conseguido! —proclamó Cobbin —. ¡Ja! ¡Hemos vencido! ¡Hemos salido de las

ciénagas!

—¡Primera marca! —avisó el marinero de la plomada—. ¡Primera marcaaa!

—¡Todo a babor! —ordenó Pudlorak, apartando al timonel y ejecutando él mismo su propia orden—. ¡Un banco de arena!

El *Profeta Lebioda* viró, enfilando la proa hacia el brazo de río donde crecían los neumatóforos.

—¡Adónde vamos! —estalló Fysh—. ¿Qué haces? ¡Sigue hacia el estuario! ¡Por allí! ¡Por allí!

—¡No se puede! ¡Hay un banco de arena! ¡Encallaremos! Llegaremos al estuario por este brazo, ¡aquí es mas profundo!

Otra vez oyeron ladrar a la aguara. Pero no la veían.

Addario le tiró de la manga a Geralt.

Petru Cobbin asomó por las escalerillas de la cabina de popa, sujetando a Parlaghy, que apenas se tenía en pie, del cuello de la camisa. El marinero que venía tras él llevaba a la muchacha

envuelta en una capa. Otros cuatro se situaron a los lados, formando una muralla, haciendo frente a Geralt. Iban armados con hachuelas, lanzas de pesca, ganchos de hierro.

—No hay más remedio, amigos —dijo el más alto, con voz ronca—. Queremos vivir. Ya va siendo hora de hacer algo.

—Dejad a la niña —dijo Geralt de mala gana —. Suelta al mercader, Cobbin.

—No, señor. —El marinero negó con la cabeza—. El cadáver, y este mercader, van por la borda, eso hará detenerse al monstruo. Y entonces podremos escapar.

—Más vale —dijo otro, también ronqueando — que no os metáis en esto. No tenemos nada contra vosotros, pero no tratéis de interponeros. Porque será peor para vosotros.

Kevenard van Vliet se acurrucó junto a la borda, empezó a gimotear, volviendo la cabeza. También Pudlorak se retiró con una mirada de resignación, apretando los labios: resultaba

evidente que no iba a oponerse al motín de su tripulación.

—Eso es, bien hecho. —Petru Cobbin empujó a Parlaghy—. Sacar de la nave al mercader y a la raposa muerta, ésa es nuestra única salida. ¡A un lado, brujo! ¡Adelante, muchachos! ¡Al bote con ellos!

—¿A qué bote? —preguntó con calma Addario Bach—. ¿No será a ése?

Bastante alejado ya del *Profeta*, inclinado en el banco del bote, remaba Javil Fysh, en dirección al estuario. Remaba con brío, las palas de los remos hendían la superficie del agua y apartaban las algas.

—¡Fysh! —le llamó Cobbin—. ¡Serás mal nacido! ¡Cabrón hijo de puta!

Fysh se volvió, le hizo un corte de mangas y le mandó a tomar por culo. Después de lo cual volvió a coger los remos.

Pero no fue muy lejos remando.

Ante la vista de la tripulación del *Profeta*, la

barca salió despedida en medio de un géiser de agua. Todos vieron la cola golpeando como un martillo y las fauces erizadas de dientes de un gigantesco cocodrilo. Fysh voló fuera de la barca y echó a nadar, dando gritos, en dirección a la orilla, hacia los bajíos donde crecían los cipreses de pantano con sus raíces aéreas. El cocodrilo fue tras él, aunque la barrera de neumatóforos entorpeció la persecución. Fysh alcanzó la ribera, se dejó caer, boca abajo, en una roca aislada. Pero no era una roca.

Una colosal tortuga lagarto abrió las mandíbulas y atrapó a Fysh por un brazo, por encima del codo. Fysh soltó un alarido, se revolvió, pataleó, salpicando el cieno. El cocodrilo emergió del agua y le agarró de una pierna. Fysh bramó.

Por un momento no se sabía cuál de los dos reptiles se apoderaría de Fysh: si la tortuga o el cocodrilo. Pero al final los dos se llevaron algo. En las mandíbulas de la tortuga se quedó el brazo,

con el hueso blanco en forma de maza asomando entre un amasijo sanguinolento. El resto de Fysh fue para el cocodrilo. En la superficie turbia del agua se formó una gran mancha roja.

Geralt aprovechó el estupor de la tripulación. Le arrebató a un marinero el cuerpo de la chiquilla muerta, se retiró hacia la proa. Addario Bach no se apartaba de su lado, armado con un bichero.

Pero ni Cobbin, ni ninguno de los marineros, intentaron hacerles frente. Al contrario, todos huyeron precipitadamente hacia la popa. A la carrera. Por no decir, presa del pánico. Kenevard van Vliet, acurrucado junto a la borda, gimoteando, escondió la cabeza entre las rodillas y se la cubrió con ambas manos.

Geralt miró a su alrededor.

Ya fuera porque Pudlorak había errado en sus cálculos, o porque el timón, maltratado por el vodianói, ya no funcionaba bien, el caso es que el sloop se había metido por debajo de unas ramas que colgaban sobre el agua, y había acabado

encallando entre unos troncos caídos. La anguara no desaprovechó la ocasión. Saltó a la proa, ágil, ligera, silenciosa. En forma de raposa. Geralt la había visto antes sobre el fondo del cielo, y en ese momento le había parecido negra, negra como la pez. Pero no era así. Aunque tenía el pelaje oscuro, y el rabo peludo terminaba en un mechón blanco como la nieve, predominaban, sobre todo en la cabeza, los matices grisáceos, más propios de un zorro de la estepa que de un zorro plateado.

Cambió de forma, creció, se convirtió en una mujer alta. Con cabeza de zorra. Con las orejas puntiagudas y el hocico alargado. Donde, al abrirlo, brillaron los colmillos.

Geralt se agachó, depositó lentamente el cuerpo de la muchacha en la cubierta, se retiró. La aguara emitió un aullido estremecedor, chasqueó con la dentadura, avanzó hacia el brujo. Parlaghy chilló, agitó los brazos desesperadamente, se soltó de Cobbin y saltó por la borda. Se fue derecho al fondo.

Van Vliet lloraba. Cobbin y los marineros, siempre pálidos, se apelotonaron alrededor de Pudlorak. Pudlorak se quitó el gorro.

El medallón que colgaba del cuello del brujo tembló con fuerza, vibró de un modo irritante. La aguara se inclinó sobre la chica, produciendo unos extraños sonidos, entre ronroneos y siseos. De pronto alzó la cabeza, enseñó los colmillos. Soltó un ladrillo sordo, una llama destelló en sus ojos. Geralt no se movía.

—Somos culpables —dijo—. Todo ha salido mal. Pero que no empeore aún más. No puedo permitir que hagas daño a estas personas. No lo permitiré.

La raposa se puso de pie, levantando a la chica. Paseó por todos ellos la mirada. Por último miró a Geralt.

—Te has cruzado en mi camino —dijo como ladrando, pero con claridad, pronunciando despacio cada palabra—. Para defenderlos.

Geralt no respondió.

—Tengo a mi hija en mis brazos —concluyó la aguara—. Eso es más importante que vuestras vidas. Pero has sido tú quien ha salido en su defensa, albino. Ya volveré a por ti. Algún día. Cuando ya te hayas olvidado. Y no te lo esperes.

Saltó ágilmente a la regala, de ahí a un tronco caído. Y se perdió en la espesura.

Se hizo el silencio, roto únicamente por los sollozos de Van Vliet.

Se calmó el viento, empezaba a hacer bochorno. Impulsado por la corriente el *Profeta Lebioda* se liberó de las ramas, avanzó a la deriva por medio del brazo de río. Pudlorak se enjugó con el gorro los ojos y la frente.

Gritó el marinero de proa. Gritó Cobbin. Gritaron los demás.

Por detrás de la masa de cañas y de arroz salvaje se divisaron de pronto los techos de paja de unas cabañas. Todos pudieron ver las redes puestas a secar en unos postes. La arena amarillenta de una playa. El embarcadero. Y más

lejos, detrás de los árboles del cabo, el ancho curso del río bajo el cielo azul.

—¡El río! ¡El río! ¡Por fin!

Gritaba todo el mundo. Los marineros, Petru Cobbin, Van Vliet.

Sólo Geralt y Addario Bach no se unieron al coro.

También callaba Pudlorak, manteniendo el rumbo.

—¿Qué haces? —le gritó Cobbin—. ¿Adónde vamos? ¡Vira hacia el río! ¡Por allí! ¡Hacia el río!

—No es posible —dijo el capitán, con voz desesperada y resignada—. Hay calma chicha, la nave apenas obedece al timón y la corriente cada vez es más fuerte. Vamos a la deriva, nos arrastra, nos conduce nuevamente al brazo de antes. De vuelta a los pantanos.

—¡No!

Cobbin maldijo. Y saltó por la borda. Y nadó hacia la playa.

Siguiendo su ejemplo se lanzaron al agua los

marineros, todos ellos, Geralt no consiguió detener a ninguno. Addario Bach agarró con firmeza a Van Vliet, que se disponía a saltar, y lo inmovilizó.

—El cielo azul —dijo—. Las arenas doradas de la playa. El río. Demasiado bonito para ser verdad. O sea, que no es verdad.

Y de repente la imagen se desvaneció. De buenas a primeras, allí donde hacía un momento se veían unas cabañas de pescadores, una playa dorada y la corriente del rio mas allá del cabo, el brujo vio por un segundo la maraña de lianas que colgaban de las ramas de los árboles moribundos y bajaban hasta el agua. Las orillas de las ciénagas, donde se sucedían los neumatóforos de los cipreses de los pantanos. Las pozas llenas de burbujas. El mar de algas. El laberinto interminable de entrantes y salientes.

Por un segundo vio lo que había ocultado la última ilusión de la aguara.

Los que nadaban empezaron de improviso a dar chillidos y a agitarse en el agua. Y a

desaparecer en ella, uno detrás de otro.

Petru Cobbin salió a la superficie, atragantándose y dando gritos, cubierto todo él de sanguijuelas sinuosas, rayadas, gordas como anguilas. Después se ocultó bajo el agua y ya no volvió a aparecer.

—¡Geralt!

Addario Bach acercó con el bichero la barca, que había aguantado el encuentro con el cocodrilo. Y ahora la deriva la había llevado junto a la borda del barco. El enano saltó al bote, tomó a Van Vliet, que seguía trastornado, de manos de Geralt.

—¡Capitán!

Pudlorak agitaba el gorro en señal de despedida.

—¡No, señor brujo! Yo no abandono el barco, ¡lo conduciré a puerto, cueste lo que cueste! Y si no, yaceré en el fondo con él. ¡Adiós!

El *Profeta Lebioda* siguió navegando sereno y mayestático, se adentró en un brazo de río, y allí se perdió de vista.

Addario Bach se escupió en las palmas de las manos, se inclinó hacia delante, cogió los remos. La barca se deslizó sobre las aguas.

—¿Adonde?

—Allí está el estuario, detrás del banco de arena. Ahí está el río. Estoy seguro. Iremos a parar al canal de acceso, ya nos encontraremos con algún barco. Y, si no, iremos en este bote hasta la mismísima Novigrado.

—Pudlorak…

—Sabrá lo que tiene que hacer. Si es que ése es su destino.

Kevenard van Vliet se echó a llorar. Addario remaba. El cielo se iba oscureciendo. Se oyó un trueno lejano y prolongado.

—Va a haber tormenta —dijo el enano—. Nos vamos a mojar, maldita sea.

Geralt resopló. Y después empezó a reírse. Con una risa cordial y sincera. Y contagiosa. Porque enseguida ya estaban riéndose los dos.

Addario remaba con paladas fuertes y

regulares. La barca surcaba las aguas como una flecha.

—Remas —comentó Geralt, enjugándose las lágrimas debidas a la risa— como si no hubieras hecho otra cosa en toda tu vida. Creía que los enanos no sabíais ni navegar ni nadar…

—Te dejas llevar por los estereotipos.

Interludio

Cuatro días más tarde

La casa de subastas de los hermanos Borsody estaba situada en una plazoleta junto a la calle Mayor, que era de hecho la mayor arteria de Novigrado y unía la plaza del mercado con el templo del Fuego Eterno. Los hermanos, que en los inicios de su carrera se habían dedicado a la compraventa de caballos y ovejas, sólo podían permitirse en aquellos tiempos un tenducho en los arrabales. Cuarenta y dos años después de su fundación, la casa de subastas ocupaba un imponente edificio de tres plantas en el barrio más representativo de la ciudad. Seguía en manos de la familia, pero lo que se subastaba en la actualidad eran exclusivamente piedras preciosas, principalmente diamantes, así como obras de arte,

antigüedades y objetos de coleccionista. Las subastas se celebraban una vez al trimestre, invariablemente en viernes. Hoy en la sala de subastas no cabía un alfiler. Habría, según calculó Antea Derris, sus buenas cien personas.

Se acallaron el ruido y las voces. El director de la subasta ocupó su lugar detrás del atril. Abner de Navarette.

Abner de Navarette, como de costumbre, tenía un aspecto imponente con su caftán de terciopelo negro y su chaleco de brocado dorado. Sus nobles rasgos y su fisonomía eran la envidia de príncipes, y sus gestos y modales la envidia de aristócratas. Era un secreto de Polichinela que Abner de Navarette era un verdadero aristócrata, apartado del clan familiar y desheredado por su inclinación a la bebida, el despilfarro y la disipación. De no haber sido por los Borsody, Abner de Navarette habría tenido que mendigar. Pero los Borsody necesitaban un director de subastas con aspecto de aristócrata. Y ningún otro candidato podía, desde

el punto de vista de su aspecto, igualarse a Abner de Navarette.

—Muy buenas tardes, señoras, muy buenas tardes, caballeros —empezó a hablar con una voz tan aterciopelada como su caftán—. Les damos la bienvenida a la Casa Borsody con ocasión de la subasta trimestral de obras de arte y antigüedades. Hoy será objeto de subasta la colección que los señores han podido admirar en nuestra galería, y que constituye un conjunto único, procedente en su totalidad de propietarios particulares.

»La inmensa mayoría de los presentes, según puedo constatar, son invitados y clientes habituales nuestros, y ya están familiarizados con las normas de nuestra casa y con el reglamento por el que se rigen nuestras subastas. A todos los aquí presentes se les ha hecho entrega de un folleto con dicho reglamento. Entiendo entonces que todos están debidamente informados de nuestras normas y son conscientes de las consecuencias de su infracción. Empecemos, pues, sin más dilación.

»Lote número uno: estatuilla grupal de nefrita, representando a una ninfa… hum… con tres faunos. Realizada, según nuestros expertos, por gnomos, tiene una antigüedad de en torno a cien años. El precio de partida es de doscientas coronas. Veo doscientos cincuenta. ¿Eso es todo? ¿Alguien ofrece más? ¿No? Adjudicada al caballero con el número treinta y seis.

Dos empleados que ocupaban el atril vecino anotaron diligentemente el resultado de la venta.

—Lote número dos: *Aen N'og Mab Taedh'morc*, recopilación de leyendas y parábolas versificadas de los elfos. Profusamente ilustradas. Magnífico estado. El precio de partida es de quinientas coronas. Quinientas cincuenta, el señor mercader Hofmeier. El señor concejal Droffus, seiscientas. Señor Hofmeier, seiscientas cincuenta. ¿Eso es todo? Adjudicada por seiscientas cincuenta coronas al señor Hofmeier de Hirundum.

»Lote número tres: un utensilio de marfil, con forma… hum… redondeada y alargada… hum…

seguramente es para darse masajes. Procedencia ultramarina, se desconoce su antigüedad. El precio de partida es de cien coronas. Veo ciento cincuenta. Doscientas, la señora de la máscara con el número cuarenta y tres. Doscientas cincuenta, la señora del velo con el número ocho. ¿Nadie da más? Trescientas, la señora boticaria Vorsterkranz. ¡Trescientas cincuenta! ¿Ninguna de las señoras da más? Adjudicada por trescientas cincuenta coronas a la señora con el número cuarenta y tres.

»Lote número cuatro: *Antidotarius magnus*, un tratado médico sin par, publicado por la universidad de Castell Graupian en los comienzos de su existencia como centro de enseñanza. El precio de partida es de ochocientas coronas. Veo ochocientas cincuenta. Novecientas, el señor doctor Ohnesorg. Mil, la honorable Marti Sodergren. ¿Eso es todo? Adjudicado por mil coronas a la honorable Sodergren.

»Lote número cinco: *Liber de naturis bestiarum*, un mirlo blanco, cubiertas de tablillas

de haya, ricamente iluminado…

»Lote número seis: *Niña con gato*, retrato en trois quarts, óleo sobre lienzo, escuela de Cintra. El precio de partida…

»Lote número siete: campanilla con mango, realizada en latón, trabajo de enanos, la datación de la pieza es difícil de establecer, pero se trata sin duda de un objeto antiguo. Presenta en el borde una inscripción en la escritura rúnica de los enanos que reza: «¿Para qué coño llamas, capullo?». El precio de partida…

»Lote número ocho: óleo y témpera sobre lienzo, artista desconocido. Una obra maestra. Les ruego que presten atención al insólito cromatismo, al juego de los colores y a la dinámica de las luces. La atmósfera en penumbra y el magnifico colorido de la naturaleza boscosa majestuosamente reflejada. Y en su parte central, en un enigmático claroscuro, les pido que se fijen en la figura principal de la obra: el ciervo en berrea. El precio de partida…

»Lote número nueve: *Ymago mundi*, también conocido con el título de *Mundus novus*. Es un libro excepcionalmente raro, en posesión de la universidad oxenfurtiense hay únicamente un ejemplar, unos cuantos ejemplares se encuentran en manos privadas. Cubiertas en piel de cabra de cordobán. Magnífico estado. El precio de partida es de mil quinientas coronas. Honorable Vimme Vivaldi, mil seiscientas. Reverendo padre Prochaska, mil seiscientas cincuenta. Mil setecientas, la señora del fondo de la sala. Mil ochocientas, señor Vivaldi. Mil ochocientas cincuenta, reverendo Prochaska. Mil novecientos cincuenta, señor Vivaldi. Dos mil coronas, bravo, reverendo Prochaska. Dos mil cien, señor Vivaldi. ¿Alguien da más?

—Es un libro impío, ¡contiene elementos heréticos! ¡Habría que quemarlo! ¡Quiero comprarlo para quemarlo! ¡Dos mil doscientas coronas!

—¡Dos mil quinientas! —resopló furioso

Vimme Vivaldi, alisándose su atildada barba blanca—. ¿Lo superas, beato incendiario?

—¡Es un escándalo! ¡Aquí Mammón triunfa sobre la rectitud! ¡Los enanos paganos reciben mejor trato que las personas! ¡Pienso presentar una queja ante las autoridades!

—Adjudicado el libro por dos mil quinientas coronas al señor Vivaldi —anunció tranquilamente Abner de Navarette—. Por otra parte, le recuerdo al reverendo Prochaska que la Casa Borsody se rige por una serie de normas y reglas.

—¡Me voy!

—Adiós. Los señores sabrán disculparnos. En ocasiones la singularidad y riqueza de la oferta de la Casa Borsody suscita emociones. Continuamos. Lote número diez: una verdadera rareza, un hallazgo excepcional, dos espadas de brujo. La casa ha decidido no ofrecerlas por separado, sino en conjunto, en homenaje al brujo al que sirvieron durante años. La primera espada es de acero procedente de un meteorito. La hoja ha sido

forjada y afilada en Mahakam, la autenticidad de la marca de forja de los enanos ha sido confirmada por nuestros expertos.

»La segunda espada es de plata. Sobre el gavilán y por toda la hoja hay grabadas runas y glifos, que confirman su originalidad. El precio de partida es de mil coronas por las dos. Mil cincuenta ofrece el señor con el número diecisiete. ¿Eso es todo? ¿Nadie da más? ¿Por semejantes rarezas?

—Eso es una mierda, no es dinero —rezongó Nikefor Muus, funcionario municipal, que estaba sentado en la última fila y que, presa de los nervios, tan pronto se estrujaba en el puño los dedos manchados de tinta como se alisaba con ellos sus ralos cabellos—. Ya sabía yo que no valían nada…

Antea Derris le chistó para hacerlo callar.

—Mil cien, señor conde Horvath. Mil doscientas, el señor con el número diecisiete. Mil quinientas, el honorable Nino Cianfanelli. Mil

seiscientas, el señor de la máscara. Mil setecientas, el señor con el número diecisiete. Mil ochocientas, el señor conde Horvath. Dos mil, el señor de la máscara. Dos mil cien, el honorable Cianfanelli. Dos mil doscientas, el señor de la máscara. ¿Eso es todo? Dos mil quinientas, el honorable Cianfanelli… El señor con el número diecisiete…

Al señor con el número diecisiete lo cogieron de pronto por los sobacos dos imponentes gorilas que habían entrado inadvertidamente en la sala.

—Jerosa Fuerte, llamado el Pincho —dijo entre dientes un tercer gorila, dándole golpes con una porra en el pecho al detenido—. Asesino a sueldo, declarado en búsqueda y captura. Estás detenido. Lleváoslo.

—¡Tres mil! —gritó Jerosa Fuerte, llamado el Pincho, agitando el cartel con el número diecisiete —. Tres… mil…

—Lo lamento —dijo con frialdad Abner de Navarette—. Son las reglas. La detención del

licitante anula su oferta. La oferta válida son dos mil quinientas, del honorable Cianfanelli. ¿Alguien da más? Dos mil seiscientas, el conde Horvath. ¿Es todo? Dos mil setecientas, el señor de la máscara. Tres mil, el honorable Cianfanelli. No veo más ofertas…

—Cuatro mil.

—Ah. El honorable Molnar Giancardi. Bravo, bravo. Cuatro mil coronas. ¿Alguien da más?

—Las quería para mi hijo —refunfuñó Nino Cianfanelli—. Y tú, en cambio, sólo tienes hijas, Molnar. ¿Para qué quieres esas espadas? Pues nada, allá tú. Me rindo.

—Adjudicadas las espadas —anunció De Navarette— al honorable señor Molnar Giancardi por cuatro mil coronas. Continuamos, estimadas señoras, estimados señores. Lote número once: capa de piel de mono…

Nikefor Muus, encantado, enseñando los dientes como un castor, le dio unas palmaditas en la espalda a Antea Derris. Con viveza. Antea,

haciendo un gran esfuerzo, se abstuvo de sacudirle en todos los morros.

—Nos vamos —susurró.

—¿Y el dinero?

—Una vez que haya terminado la subasta y se hayan resuelto todas las formalidades. Va a llevar un tiempo.

Sin hacer caso de las protestas de Muus, Antea se dirigió hacia la puerta. Notó una mirada desagradable, y ella misma miró a hurtadillas. Una mujer. Morena. Llevaba un vestido blanco y negro. Con una estrella de obsidiana en el escote.

Sintió un estremecimiento.

Antea estaba en lo cierto. Las formalidades tardaron lo suyo. Sólo dos días más tarde pudieron dirigirse al banco. A la sucursal de uno de esos bancos de los enanos, que olían, como todos los bancos, a dinero, a cera y a boiserie de caoba.

—La suma a pagar es de tres mil trescientas

treinta y seis coronas —anunció el empleado—. Una vez deducida la comisión del banco, que asciende al uno por ciento.

—Los Borsody el quince, el banco el uno —gruñó Nikefor Muus—. ¡Todo el mundo se lleva un porcentaje! ¡A cuál más ladrón! ¡Venga la pasta!

—Un momento —lo detuvo Antea—. Primero tenemos que arreglar lo nuestro, lo tuyo y lo mío. A mí también me corresponde una comisión. Cuatrocientas coronas.

—¡Pero bueno! —estalló Muus, atrayendo las miradas de los otros empleados y clientes del banco—. ¿Cómo que cuatrocientos? De los Borsody sólo he recibido tres mil y poco más…

—Según lo acordado me corresponde un diez por ciento de lo obtenido en la subasta. Los costes son cosa tuya. Y sólo a ti te conciernen.

—Pero qué me estás…

Antea Derris le miró. Fue suficiente. Entre Antea y su padre no había un gran parecido. Pero Andrea tenía una mirada idéntica a la de su padre.

A la mirada de Pyral Pratt. Muus se arrugó ante esa mirada.

—De la cantidad a pagar —Antea aleccionó al empleado—, le ruego que emita un cheque bancario por cuatrocientas coronas. Ya sé que el banco se lleva una comisión, la acepto.

—¡Y mi dinero en efectivo! —El funcionario municipal señaló un gran morral de piel que había llevado consigo—. ¡Pienso llevármelo a casa y guardarlo bien! ¡Ningún banco de ladrones me va a sacar ninguna comisión!

—Es una suma considerable. —El empleado se levantó—. Les ruego que esperen.

Al retirarse del mostrador el empleado entreabrió una puerta que daba a un cuarto trasero, fue sólo un instante, pero Antea habría jurado que por un momento había visto a la mujer morena vestida de blanco y negro.

Sintió un estremecimiento.

—Gracias, Molnar —dijo Yennefer—. No olvidaré este servicio.

—Gracias, ¿por qué? —dijo con una sonrisa Molnar Giancardi—. ¿Qué es lo que he hecho? ¿Cómo te he servido? ¿Comprando en una subasta el lote señalado? ¿Pagando por él con un dinero de tu cuenta privada? ¿O a lo mejor ha sido volviéndome, hace un momento, cuando lanzaste un conjuro? Me volví, porque estaba mirando por la ventana a aquella comisionista mientras se alejaba, meneando con gracia lo uno y lo otro. Una damisela de mi gusto, no lo niego, aunque las mujeres humanas no me tiran. Y tu conjuro, ¿también a ella… le va a traer problemas?

—No —le cortó la hechicera—. A ella no le va a pasar nada. Se ha llevado un cheque, no oro.

—Claro. Las espadas del brujo me imagino que te las llevarás enseguida, ¿no? Porque para él lo son…

—Todo —concluyó Yennefer—. Está unido a ellas por el destino. Lo sé, vaya si lo sé. Me lo ha dicho. Yo incluso empezaba a creerle. No, Molnar, hoy no me voy a llevar esas espadas. Pueden quedarse aquí en depósito. Pronto mandaré a alguien para que las recoja en mi nombre. Hoy mismo dejo Novigrado.

—Y yo. Voy a Tretogor, a supervisar también la sucursal de allí. Después me vuelvo a casa, a Gors Velen.

—Bien, gracias una vez más. Adiós, enano.

—Adiós, hechicera.

Interludio

A las cien horas justas de la retirada del oro del banco Giancardi en Novigrado

—Tienes prohibida la entrada —dijo el gorila Tarp—. Lo sabes de sobra. Apártate de las escaleras.

—¿Tú has visto esto, escoria? —Nikefor Muus sacudió una abultada talega de dinero, haciéndola tintinear—. ¿Habías visto en tu vida tanto dinero junto? ¡Abrid paso, que viene un señor! ¡Un señor muy rico! ¡Aparta, palurdo!

—¡Déjale que pase, Tarp! —Febus Ravenga asomó del interior de la hostería—. No quiero aquí broncas, los clientes se ponen nerviosos. Y tú ándate con ojo. Me engañaste una vez, no va a

haber una segunda vez. Más vale que ahora tengas con qué pagar, Muus.

—¡Señor Muus! —El funcionario apartó a Tarp de un empujón—. ¡Señor! ¡A ver cómo te diriges a mí, posadero!

»¡Vino! —exigió, sentándose a una mesa y poniéndose cómodo—. ¡Del más caro que haya!

—El más caro —se atrevió a replicar el maître — cuesta sesenta coronas…

—¡Puedo pagarlo! ¡Una jarra entera, rápido!

—Más bajo —le reprendió Ravenga—. Más bajo, Muus.

—¡No intentes hacerme callar, sacacuartos! ¡Timador! ¡Rastacuero! ¿Quién te crees tú que eres para hacerme callar? ¡Mucho cartel dorado, pero estiércol en las botas! ¡Y la mierda siempre será mierda! ¡Mira esto! ¿Habías visto en tu vida tanto dinero junto? ¿Lo habías visto?

Nikefor Muus cogió la talega de dinero, sacó un puñado de monedas doradas y con un gesto decidido las arrojó sobre la mesa.

Las monedas se deshicieron, formando una plasta parduzca. Alrededor se expandió un repugnante olor a excrementos.

Los clientes de la hostería Natura Rerum se levantaron rápidamente de las mesas y corrieron hacia la salida, atragantándose y tapándose la nariz con las servilletas. El maître se arqueó en un reflejo espasmódico, a punto de vomitar. Alguien gritó, alguien soltó un taco. Febus Ravenga no pestañeó. Se quedó quieto como un poste, con los brazos cruzados sobre el pecho.

Muus, atónito, sacudió la cabeza, se frotó los ojos, abiertos como platos, mirando embobado el montón hediondo que había sobre el mantel. Por fin reaccionó, se llevó la mano a la talega. Y la sacó llena de una plasta espesa.

—Tienes razón, Muus —dijo con voz gélida Febus Ravenga—. La mierda siempre será mierda. Al patio con él.

El funcionario no opuso la menor resistencia cuando lo sacaron a rastras, estaba demasiado

atónito ante lo ocurrido. Tarp lo condujo a las letrinas. A una señal de Ravenga los criados retiraron la tapa de madera de la fosa séptica. Al ver aquello, Muus reaccionó, empezó a dar voces, a revolverse y a patalear. Tarp lo arrastró hasta la zanja y lo arrojó al interior. El jovenzuelo chapoteó en la materia fecal. Pero no se hundió. Extendió los brazos y las piernas y no se hundió, retenido en la superficie de aquella masa viscosa por todo lo que había allí tirado: puñados de paja, trapos, palitos y hojas arrugadas, arrancadas de los más diversos libros sesudos y piadosos.

Febus Ravenga cogió una horca de madera, hecha de una sola pieza, que colgaba de la pared del chamizo.

—La mierda ha sido, es y será mierda —dijo—. Y al final siempre se junta con la mierda.

Se apoyó en la horca y hundió a Muus. Hasta la cabeza. Con un chapoteo, Muus consiguió salir a flote, bramando, tosiendo y escupiendo. Revenga le permitió aclararse un poco los pulmones y

tomar aire, tras lo cual lo sumergió de nuevo. En esta ocasión bastante hondo.

Tras repetir la operación unas cuantas veces más, Ravenga soltó la horca.

—Dejadlo ahí —ordenó—. Que salga como pueda.

—No va a ser fácil —comentó Trap—. Y le va a llevar un tiempo.

—Pues que le lleve un tiempo. No hay prisa.

Capítulo decimosexto

A mon retour, hé! je m'en désespère,
tu m'as reçu d'un baiser tout glacé.

Pierre de Ronsard

En ese momento enfilaba la rada a toda vela la goleta Pandora Parvi, de Novigrado, un barco bonito de verdad. Bonito y rápido, pensó Geralt, bajando por la rampa a la animada ribera. Había visto esa goleta en Novigrado, sabía que zarpaba de Novigrado dos días después de la galera Stinta, en la que él se había embarcado. A pesar de lo cual habían llegado a Kerack prácticamente a la misma hora. A lo mejor tendría que haber esperado y haber viajado en la goleta, pensó. Dos días más en Novigrado, quién sabe, ¿le habrían permitido recabar alguna información?

Vanas divagaciones, decidió. A lo mejor, quién sabe, puede… A lo hecho, pecho, eso ya no tiene

remedio. Y no hay que darle más vueltas.

Dirigió una mirada de despedida a la goleta, al faro, al mar y al horizonte, oscurecido con nubes de tormenta. Tras lo cual se dirigió a la ciudad con paso resuelto.

En ese preciso instante, unos porteadores estaban sacando a alguien de la villa en litera, una delicada estructura con visillos de color lila. Tenía que ser martes, miércoles o jueves. En esos días Lytta Neyd atendía a sus pacientes, y las pacientes, generalmente señoras importantes de las altas esferas, solían moverse en esa clase de literas.

El portero le dejó pasar sin decir ni palabra. Mejor así. Geralt no estaba de muy buen humor y seguramente habría replicado con una palabra de más. Si no eran dos o tres.

El patio estaba desierto, el agua de la fuente susurraba suavemente. En una mesa de malaquita había una garrafa y unas copas. Geralt se sirvió sin

ceremonias.

Al levantar la cabeza vio a Mozaïk. Con una bata blanca y un delantal. Pálida. Con el pelo alisado.

—Eres tú —dijo—. Has vuelto.

—Soy yo con toda seguridad —asintió Geralt secamente—. He vuelto con toda seguridad. Y este vino, con toda seguridad, está un poco picado.

—Yo también me alegro de verte.

—¿Coral? ¿Está? Y, si está, ¿dónde está?

—Hace un momento —se encogió de hombros — la he visto entre las piernas de una paciente. Con toda seguridad ahí seguirá.

—Efectivamente, no tienes otra salida, Mozaïk —repuso Geralt tranquilamente, mirándola a los ojos—. Tienes que convertirte en hechicera. De verdad que tienes una enorme predisposición y talento. Tu agudeza no sería debidamente apreciada en un taller textil. Y ya no digamos en un lupanar.

—Estudio y hago mis progresos. —Le aguantó

la mirada—. Ya no lloro en un rincón. Ya he llorado todo lo que tenía que llorar. Esa etapa ya ha quedado atrás.

—No, no es cierto, te engañas. Aún tienes mucho por delante. Y el sarcasmo no te va a proteger. Sobre todo si es falso y es una mala imitación. Pero basta de todo esto, no soy yo quién para darte lecciones de vida. Te preguntaba dónde está Coral.

—Aquí. Sé bienvenido.

La hechicera asomó como un fantasma por detrás de una cortina. Al igual que Mozaïk llevaba puesta una bata blanca de médico, y tenía la cabellera pelirroja recogida y cubierta por una gorrita de tela que a Geralt, en circunstancias normales, le habría parecido ridícula. Pero las circunstancias no eran normales y la risa estaba fuera de lugar. Geralt necesitó un segundo para comprenderlo.

Coral se acercó, sin decir nada le besó en una mejilla. Tenía los labios fríos. Y ojeras.

Olía a medicinas. Y a algo más, que usaba como desinfectante. Era un olor molesto, enfermizo, que echaba para atrás. Un olor que inspiraba temor.

—Mañana nos vemos —le advirtió—. Mañana me lo cuentas todo.

—Mañana.

Ella lo miró, pero fue una mirada muy lejana, desde más allá del abismo de tiempo y acontecimientos que los separaba. Geralt necesitó un segundo para comprender cómo de profundo era ese abismo y hasta qué punto los habían separado los acontecimientos.

—Mejor pasado mañana. Ve a la ciudad. Vete a ver al poeta, estaba muy preocupado por ti. Pero ahora vete, te lo ruego. Tengo que ocuparme de una paciente.

Cuando Coral salió, Geralt miró a Mozaïk. Sin duda de un modo elocuente, porque ella no tardó en ofrecerle explicaciones.

—Esta mañana hemos tenido un parto —dijo, y

la voz se le alteró levemente—. Complicado. Ha optado por el fórceps. Y todo lo que podía ir mal ha ido mal.

—Entiendo.

—Lo dudo.

—Hasta la vista, Mozaík.

—Has estado fuera mucho tiempo. —Levantó la cabeza—. Mucho más de lo que me esperaba. En Rissberg no sabían nada, o pretendían que no sabían nada. Algo ha ocurrido, ¿verdad?

—Sí. Algo ha ocurrido.

—Entiendo.

—Lo dudo.

Jaskier le impresionó por su clarividencia. Constatando un hecho cuya evidencia Geralt seguía sin asumir plenamente. Y sin aceptar del todo.

—¿Qué? ¿Se acabó? ¿Se lo llevó el viento? Bueno, claro, los hechiceros y ella te necesitaban, ya has hecho tu trabajo, puedes largarte. ¿Y sabes

qué? Me alegro de que haya terminado. Alguna vez tenía que acabarse este disparatado romance, y cuanto más durase más peligrosas serían sus consecuencias. También tú, si quieres saber mi opinión, tendrías que estar contento de habértelo quitado de la cabeza y de que haya sido tan sencillo. Así que deberías alegrar esa cara en lugar de poner ese gesto tan deprimente y tan sombrío que, hazme caso, no te favorece nada en absoluto. Cualquiera diría, viéndote esa cara, que llevas una resaca de espanto, que encima te has intoxicado con los aperitivos y que no recuerdas cuando ni cómo te has roto un diente ni a qué se deben esos rastros de semen en los pantalones.

»¿O a lo mejor —prosiguió el bardo, nada sorprendido de la ausencia de reacción por parte del brujo— tu depresión tiene otro origen? ¿Procede, por ejemplo, del hecho de que te han puesto de patitas en la calle, mientras que tú tenías previsto un final de los tuyos? ¿Uno de ésos con fuga al amanecer y flores en la mesilla? Ja, ja, en

el amor como en la guerra, amigo, y tu querida ha actuado como un consumado estratega. Se te ha anticipado mediante un ataque preventivo. Seguro que ha leído la *Historia de las guerras* del mariscal Pelligram. Pelligram aporta numerosos ejemplos de victorias alcanzadas gracias a semejante añagaza.

Geralt seguía sin reaccionar. Se diría que Jaskier no esperaba su reacción. Se acabó su cerveza, le hizo un gesto al tabernero para que le pusiese otra.

—En vista de todo lo cual —siguió diciendo, mientras apretaba las clavijas del laúd—, yo soy partidario, en principio, del sexo en la primera cita. De cara al futuro te lo recomiendo en cualquier caso. Así se prescinde de la obligación de tener nuevas citas con la misma persona, lo cual suele ser aburrido y latoso. Y, ya que estamos, tu admirada abogada ha resultado digna del esfuerzo. No te vas a creer…

—Me lo creo —el brujo no se pudo aguantar, y

le interrumpió con notable brusquedad—. Me lo creo sin necesidad de que me lo cuentes, así que te lo puedes ahorrar.

—Muy bien —constató el bardo—. Deprimido, irritado y devorado por la pena, por eso estás tan susceptible y tan borde. No es sólo una mujer, me parece a mí. Aquí hay algo más. Ya sé lo que es, qué demonios. Y lo veo. ¿No te ha ido bien en Novigrado? ¿No has recuperado las espadas?

Geralt suspiró, a pesar de que se había prometido a si mismo no suspirar.

—No las he recuperado. Llegué tarde. Hubo complicaciones, pasaron muchas cosas. Nos sorprendió una tempestad, después nuestra barca empezó a anegarse… Y después un marroquinero cayó gravemente enfermo… Bah, no quiero aburrirte con los detalles. En resumidas cuentas, no llegué a tiempo. Cuando llegué a Novigrado, ya se había celebrado la subasta. En Casa Borsody me despacharon en cinco minutos. Las subastas

están protegidas por el derecho de confidencialidad, que ampara tanto a la parte vendedora como a la compradora. La empresa no facilita ninguna información a terceras personas, bla, bla, bla, ha sido un placer, señor. No he averiguado nada. No sé si se han vendido las espadas, y en ese caso quién las compró. Ni siquiera sé si el ladrón llegó a ofrecer las espadas en subasta. Pudo desdeñar el consejo de Pratt, pudo presentársele otra opción. No sé nada.

—Mala suerte. —Jaskier sacudió la cabeza—. Una cadena de casualidades desafortunadas. Las pesquisas de mi primo Ferrant también se encuentran, me parece a mí, en punto muerto. Y ya que estamos, mi primo Ferrant no para de preguntar por ti. Que dónde estás, que si tengo alguna noticia de ti, que cuando regresas, que si estarás de vuelta para las bodas reales y que si no te has olvidado de la promesa que le hiciste al príncipe Egmund. Evidentemente no le he dicho ni palabra ni de tus historias ni de la subasta. Pero la

fiesta de Lammas, te recuerdo, cada vez está más cerca, apenas faltan diez días.

—Ya lo sé. Pero, ¿y si ocurre algo en este plazo? ¿Algo venturoso, digamos? Después de esa cadena de casualidades desafortunadas no vendría mal algún cambio.

—No digo que no. Pero si…

—Lo pensaré y tomaré una decisión. —Geralt no dejó que el bardo terminara la frase—. Además, en principio nada me obliga a participar en las bodas reales como guardaespaldas, ni Edmund ni el instigator han recuperado mis espadas, y ésa era la condición. Pero no excluyo en absoluto que vaya a satisfacer los deseos del príncipe. Aunque sólo fuera por consideraciones materiales. El príncipe se jactaba de que no iba a reparar en gastos. Y todo apunta a que voy a necesitar unas espadas nuevas, hechas de encargo. Y eso cuesta lo suyo. Pero basta de cháchara. Vamos a comer algo. Y a beber.

—¿Vamos a donde Ravenga, a Natura?

—Hoy no. Hoy me apetece algo sencillo, natural, sin complicaciones y auténtico. No sé si me entiendes.

—Claro que sí. —Jaskier se levantó—. Vamos a la costa, a Palmira. Conozco un sitio. Ponen arenques, vodka y una sopa de un pescado que llaman gallineta. ¡No te rías! ¡En serio que se llama así!

—Que se llame como quiera. Vamos.

El puente sobre el Adalatte estaba bloqueado, en ese momento se arrastraba por él una columna de carros cargados y un grupo de jinetes que conducían a unos caballos sin ensillar. Geralt y Jaskier tuvieron que esperar y hacerse a un lado. Cerraba la marcha un jinete solitario montado en una yegua baya. La yegua sacudió la cabeza y saludó a Geralt con un largo relincho.

—¡*Sardinilla*!

—Salud, brujo. —El jinete se quitó la capucha

dejando el rostro al descubierto—. Precisamente iba a verte. Aunque no esperaba dar contigo tan pronto.

—Salud, Pinety.

Pinety desmontó de un salto. Geralt advirtió que iba armado. Era algo bastante extraño, los magos casi nunca llevaban annas. Del cinturón del hechicero, con herrajes de latón, colgaba una espada con una vaina profusamente decorada. También había un estilete, sólido y ancho.

Geralt tomó las riendas de *Sardinilla* de manos del hechicero, le acarició a la yegua los ollares y la cruz. Pinety se quitó los guantes y se los encajó en el cinturón.

—Te pido que me disculpes, maestro Jaskier —dijo—, pero querría quedarme a solas con Geralt. Lo que tengo que decirle está destinado exclusivamente a sus oídos.

—Geralt —se jactó Jaskier— no tiene secretos conmigo.

—Lo sé. Muchos detalles de su vida privada

los he conocido por tus baladas.

—Pero…

—Jaskier —le cortó el brujo—. Vete a dar una vuelta.

»Te lo agradezco —le dijo a Pinety cuando se quedaron a solas—. Te agradezco que me hayas traído el caballo, Pinety.

—Ya me había dado cuenta —contestó el hechicero— que estabas muy unido al animal. Así que cuando lo encontramos en Pinares…

—¿Estuvisteis en Pinares?

—Sí. Nos avisó el constable Torquil.

—Visteis…

—Sí que lo vimos —le interrumpió bruscamente Pinety—. Lo vimos todo. No consigo entenderlo, brujo. No consigo entenderlo. ¿Cómo no te lo cargaste entonces? ¿Alli mismo, en el sitio? No actuaste, permíteme que te lo diga, con mucha sensatez.

Lo sé, se abstuvo de reconocer el brujo. Lo sé, y tanto que lo sé. Fui demasiado estúpido como

para aprovechar la ocasión que me brindaba el azar. Total, no me podía perjudicar, un cadáver más en la cuenta. Qué importancia tiene para un asesino a sueldo. ¿A lo mejor me repugnaba ser un instrumento en vuestras manos? Pero si yo siempre soy el instrumento de alguien. Debería haber apretado los dientes y haber hecho lo que había que hacer.

—Seguramente te sorprenderá —Pinety le miró a los ojos—, pero inmediatamente corrimos en tu auxilio, Harlan y yo. Supusimos que esperabas ayuda. Atraparnos a Degerlund al día siguiente, cuando se las estaba viendo con una banda cualquiera.

Lo atrapasteis, se abstuvo de repetir el brujo. ¿Y sin mediar palabra le retorcisteis el pescuezo? ¿Habéis sido más sensatos que yo, no habéis cometido el mismo error que yo? De eso nada. De ser así, no tendrías ahora esa cara, Guincamp.

—No somos asesinos. —El hechicero se ruborizó, tartamudeó—. Lo trasladamos a

Rissberg. Y se armó un escándalo… Todos se pusieron en contra nuestra. Hortulano, cosa rara, se mostró prudente, y eso que nos temíamos lo peor de su parte. Pero Biruta Icarti, el Caracañado, Sandoval, incluso Zangenis, que hasta entonces nos había apoyado… Escuchamos discursos interminables sobre la solidaridad en el seno de la comunidad, sobre la hermandad, sobre la lealtad. Descubrimos que sólo unos canallas pueden mandar a un asesino a sueldo en persecución de un cofrade, que hace falta caer muy bajo para contratar a un brujo que actúe contra uno de nuestros hermanos. Movidos por unas razones miserables. Por la envidia del talento y el prestigio de nuestro colega, por celos de sus logros científicos y de sus éxitos.

De nada habría servido mencionar los incidentes en Piedemonte, con aquellos cuarenta y cuatro cadáveres, se abstuvo de comentar el brujo. Sólo para que se encogieran de hombros. Y, seguramente, para que respondieran con una

prolija charla sobre la ciencia, que requiere de víctimas. Sobre el fin que justifica los medios.

—Degerlund —prosiguió Pinety— compareció ante una comisión y se llevó una severa reprimenda. Por practicar la goecia, por toda la gente que había asesinado el demonio. Se mostró altivo, contaba sin duda con la mediación de Hortulano. Pero Hortulano parecía haberse olvidado de él, entregado por completo a su nueva pasión: la fabricación de un abono universal, de una eficacia sin par, llamado a revolucionar la agricultura. Abandonado a su suerte, Degerlund adoptó otro tono. Un tono lloroso y lastimero. Se presentó como alguien agraviado. Como la víctima, en la misma medida, de su ambición y de su talento mágico, gracias al cual había invocado a un demonio tan poderoso que resultaba imposible controlarlo. Juró que renunciaría al ejercicio de la goecia, que jamás volvería a tocarla. Que se iba a consagrar exclusivamente al estudio de la mejora del género humano, el transhumanismo, la

especiación, la introgresión y la modificación genética.

Y le creyeron, se abstuvo de comentar el brujo.

—Le creyeron. Influyó en ello Hortulano, que de pronto se presentó ante la comisión entre efluvios de abono. Dijo que Degerlund era un jovenzuelo adorable que, ciertamente, había cometido algunos errores, pero, ¿quién no comete algún error? No albergaba la menor duda de que el jovenzuelo se corregiría, y dijo que respondía por él. Pidió que la comisión atemperase su ira, que mostrase compasión y no condenase al jovenzuelo. Finalmente declaró a Degerlund su heredero y sucesor, a quien confiaba sin reservas la Ciudadela, su laboratorio privado. Pues él, declaró, ya no necesitaba laboratorio alguno, habiendo resuelto trabajar y ejercitarse a cielo abierto, entre surcos y caballones. A Biruta, al Caracañado y al resto les pareció adecuado. Siendo de difícil acceso, la Ciudadela podía servir eficazmente como lugar de aislamiento.

Degerlund había caído en su propia trampa. Se encontraba en arresto domiciliario.

Y barrieron el caso debajo de la alfombra, se abstuvo el brujo.

—Sospecho —Pinety le miró fugazmente— que también influyó en esto la opinión que tienen de ti, de tu persona y de tu reputación.

Geralt frunció el ceño.

—Vuestro código brujeril —prosiguió el hechicero— al parecer os prohíbe matar a la gente. Pero de ti dicen que no muestras el debido respeto por ese código. Que ha habido de todo, que un puñado de personas, al menos, han perdido la vida por tu culpa. Biruta y los demás estaban aterrados. De que volvieras a Rissberg a acabar el trabajo, y de que ellos, ya de paso, también se llevaran su merecido. Y la Ciudadela es un refugio seguro al cien por cien, es una antigua fortaleza de los gnomos adaptada para servir de laboratorio, y actualmente protegida por la magia. Nadie puede acceder a la Ciudadela, no hay forma de hacerlo.

Así pues, Degerlund no sólo está aislado, sino que también está a salvo.

Rissberg también está a salvo, se abstuvo el brujo. A salvo del escándalo y el descrédito. Con Degerlund aislado, ya no hay caso. Nadie va a enterarse de que un listillo, un arribista, ha engañado y se la ha dado con queso a los hechiceros de Rissberg, que se consideran y se proclaman la élite de la hennandad de los magos. De que, aprovechándose de la candidez y la estupidez de esa élite, un psicópata degenerado haya podido asesinar a cuarenta y tantas personas sin mayor impedimento.

—En la Ciudadela —el hechicero seguía sin apartar la vista de él— Degerlund estará en vigilancia y observación. No invocará a más demonios.

Nunca ha habido ningún demonio. Y tú, Pinety, lo sabes muy bien.

—La Ciudadela —el hechicero volvió la mirada, observó los barcos que había en la rada—

se localiza en una roca en el monte Cremora, a cuyos pies yace Rissberg. Cualquier intento de llegar hasta allí equivaldría a un suicidio. Y no sólo gracias a la protección mágica. ¿Recuerdas lo que nos contaste en aquella ocasión? ¿De un poseído que mataste una vez? ¿En un estado de extrema necesidad, preservando un bien a costa de otro, quedando así a salvo de cualquier responsabilidad penal? Seguramente entenderás que ahora las circunstancias son totalmente diferentes. Aislado, Degerlund no constituye una amenaza efectiva e inminente. Si, a pesar de todo, le pones un dedo encima, estarás cometiendo una acción prohibida y contraria a la ley. Como intentes matarlo, irás a juicio por tentativa de asesinato. Algunos de los nuestros, de eso estoy seguro, tienen la esperanza de que lo intentes, a pesar de todo. Y de que acabes en el patíbulo. Por eso, te doy un consejo: déjalo. Olvídate de Degerlund. Que las cosas sigan su curso.

»No dices nada —constató Pinety—. Te

abstienes de cualquier comentario.

—Porque no hay nada que comentar. Sólo tengo una curiosidad. Tzara y tú. ¿Os vais a quedar en Rissberg?

Pinety se rió. Con una risa seca y falsa.

—A ambos, a Harlan y a mí, nos han solicitado que renunciemos, a petición propia, alegando motivos de salud. Hemos dejado Rissberg, ya nunca volveremos allí. Harlan tiene intención de ir a Poviss, para entrar al servicio del rey Rhyd. Yo, en cambio, me propongo emprender un viaje más largo. En el Imperio de Nilfgaard, por lo que he oído, tienen un trato con los magos utilitario y no especialmente respetuoso. Pero les pagan bien. Y hablando de Nilfgaard… Ya se me olvidaba. Tengo para ti un regalo de despedida, brujo.

Se soltó el tahalí, lo enrolló alrededor de la vaina y le entregó la espada a Geralt.

—Esto es para ti —se anticipó a lo que el brujo pudiera decir—. Es un regalo de cuando cumplí dieciséis años. De mi padre, que no podía

soportar que yo hubiera decidido ingresar en una escuela de magia. Pensaba que el regalo influiría en mi, que estando en posesión de un arma así me sentiría obligado a prolongar la tradición familiar y elegiría la carrera militar. Qué se le va a hacer, decepcioné a mi progenitor. En todo. No me gustaba la caza, prefería la pesca. No me casé con la hija única de su más querido amigo. No me hice guerrero, y la espada se cubrió de polvo en un armario. Yo no la quiero para nada. A ti te será más útil.

—Pero… Pinety…

—Tómala, no seas tan remilgado. Sé que tus espadas han desaparecido y necesitas una.

Geralt agarró la empuñadura de lagarto, sacó la hoja de la vaina hasta la mitad. Una pulgada por encima del gavilán había una marca de forja en forma de un sol con los dieciséis rayos alternativamente rectos y ondulados que simbolizan en heráldica el brillo del sol y el calor del sol. Dos pulgadas más allá del sol, empezaba

una inscripción con una caligrafía bellamente estilizada, el célebre emblema de la casa.

—Una espada de Viroledo —constató Geralt—. Esta vez auténtica.

—¿Cómo dices?

—Nada, nada. Es admirable. Pero sigo sin saber si puedo aceptarla…

—Puedes aceptarla. Básicamente, ya la has aceptado, la tienes en tus manos. Qué diablos, ya te he dicho que no seas remilgado. Te doy la espada con simpatía. Para que entiendas que no todos los magos son tus enemigos. Y a mí me van más las cañas de pescar. En Nilfgaard hay unos ríos preciosos y cristalinos, rebosantes de truchas y salmones.

—Gracias. ¿Pinety?

—¿Sí?

—Me regalas esta espada únicamente por simpatía.

—Por simpatía, claro que sí. —El hechicero bajó la voz—. Aunque puede que no sólo por eso.

En fin, ¿qué más me da a mi lo que pueda pasar aquí, o para que puedas servirte de esa espada? Me despido de estas tierras, jamás regresaré. ¿Ves ese espléndido galeón en la rada? Es el *Euryale*, matriculado en el puerto de Baccalá. Zarpamos pasado mañana.

—Has venido con bastante antelación.

—Sí… —se turbó ligeramente el mago—. Quería estar aquí con cierta antelación… Para despedirme de alguien.

—Suerte. Gracias por la espada. Y por el caballo, nuevamente. Adiós, Pinety.

—Adiós. —Sin pensárselo dos veces, el hechicero estrechó la mano tendida—. Adiós, brujo.

Geralt encontró a Jaskier, cómo no, en una taberna del puerto, sorbiendo una sopa de pescado.

—Me marcho —le comunicó sin preámbulos —. Ya mismo.

—¿Ya mismo? —Jaskier se quedó con la cuchara a medio camino—. ¿Ahora? Creía que…

—Da igual lo que creyeras. Parto de inmediato. Tranquiliza a tu primo instigator. Estaré de vuelta para las bodas reales.

—¿Y qué es eso?

—¿Y a ti qué te parece?

—Una espada, está claro. ¿De dónde la has sacado? Te la ha dado el hechicero, ¿verdad? ¿Y la que yo te conseguí? ¿Dónde está?

—Se perdió. Vuelve a la ciudad alta, Jaskier.

—¿Y Coral?

—¿Qué pasa con Coral?

—Qué tengo que decirle, si pregunta…

—No va a preguntar. No va a tener tiempo para eso. Tiene que despedirse de alguien.

Interludio

SECRETO
Illustrissimus et reverendissimus
magnus magister Narses de la Roche
Presidente del Capítulo del Talento y las Artes
Novigrado

Datum ex castello Rissberg,
die l5 mens. Jul. Anno 1245 post Resurrectionem

Re:
Maestro en artes mgr mag
Sorel Albert Amador Degerlund

Honoratissime archimaestro:

Sin duda habrán llegado a oídos del Capítulo los rumores relativos a ciertos incidentes acaecidos durante el verano anno currente en los confines occidentales de Temeria, de resultas de los cuales perdieron la vida, según se estima, alrededor de cuarenta personas —no es posible determinar con exactitud la cifra—, en su mayoría trabajadores forestales no cualificados. Dichos incidentes están relacionados, para nuestro pesar, con la persona del

maestro Sorel Albert Amador Degerlund, miembro del grupo de investigación del complejo de Rissberg.

El grupo de investigación del complejo de Rissberg se une al dolor de las familias de las víctimas de dichos incidentes, con independencia de que las víctimas, que ocupaban un lugar ínfimo en la jerarquía social, abusaban del alcohol y llevaban una vida inmoral, muy probablemente no tuvieran vínculos familiares.

Deseamos recordar al Capítulo que el maestro Degerlund, discípulo y pupilo del archimaestro Hortularlo, es un eminente científico, especialista en el campo de la genética, a quien se deben brillantes logros, de una trascendencia incalculable, en el ámbito del transhumanismo, la introgresión y la especiación. Las investigaciones que desarrolla el maestro Degerlund pueden resultar cruciales para el desarrollo y la evolución de la raza humana. Como es sabido, la raza humana va a la zaga de otras razas no humanas en relación con numerosos rasgos físicos, psíquicos y psicomágicos. Los experimentos del maestro Degerlund, basados en la hibridación y la combinación del acervo genético, tienen como objetivo, en una primera fase, la equiparación de la raza humana con las razas no

humanas, y en una segunda fase —mediante la especiación— la dominación sobre ellas y su completo sometimiento. Seguramente no será necesario explicar la importancia capital que tiene esta cuestión. Sería imperdonable que por culpa de un pequeño incidente se viera impedido o frenado el progreso de los trabajos científicos ya mencionados.

Por lo que respecta al propio maestro Degerlund, el grupo de investigadores del complejo de Rissberg asume toda la responsabilidad en lo que concierne a su atención médica. Al maestro Degerlund ya le habían sido diagnosticados anteriormente tendencias narcisistas, falta de empatía y desórdenes emocionales leves. En el periodo que precedió a la comisión de los actos que se le atribuyen ese estado se agravó, llegando a aparecer síntomas de trastorno afectivo bipolar. Se puede afirmar que, en los momentos en que realizó los hechos de que se le acusa, el maestro Degerlund no controlaba sus reacciones emocionales y tenía disminuida su capacidad para distinguir el bien y el mal. Podemos admitir que el maestro Degerlund se hallaba non compos mentis, eo ipso había perdido transitoriamente la cordura, de modo que no es posible exigirle responsabilidades penales por los

hechos que se le atribuyen, dado que impune est admittendum quod per furorem alicuius accidit.

El maestro Degerlund ha sido confinado ad interim en un lugar cuya localización es un secreto, donde recibe tratamiento y prosigue sus investigaciones.

Dando el asunto por concluido, deseamos llamar la atención del Capítulo sobre la persona del constable Torquil, que lleva a cabo la investigación del caso de los incidentes de Temeria. El constable Torquil, subordinado del bailío de Gors Velen, presuntamente valorado como un funcionario concienzudo y un celoso defensor de la ley, ha demostrado un evidente exceso de celo en relación con los incidentes en las poblaciones antes aludidas y está llevando la investigación por unos derroteros que, desde nuestro punto de vista, son claramente inaceptables. Convendría acudir a sus superiores, a fin de que atemperase un tanto su celo. Y, en caso de que eso no surtiese efecto, merecería la pena revisar el expediente del constable, de su mujer, sus padres, sus abuelos, sus hijos y demás miembros de su familia, de su vida privada, de su pasado, de sus antecedentes penales, de su situación patrimonial y de sus preferencias sexuales. Sugerimos que se contacte con el despacho de abogados Codringher y

Fenn, a cuyos servicios recurrió el Capítulo hace tres años, si se me permite recordarlo, con el objeto de desacreditar y comprometer a los testigos en un asunto conocido como «el caso del grano».

Item, deseamos llamar la atención del Capítulo sobre el hecho de que en el asunto que nos ocupa se ha visto implicado, lamentablemente, el brujo llamado Geralt de Rivia. El cual fue testigo presencial de los incidentes ocurridos en las aldeas, y tenemos además razones para suponer que vincula tales hechos a la persona del maestro Degerlund. Convendría hacer callar a este brujo en el supuesto de que empezara a ir demasiado lejos en la investigación del asunto. Hay que advertir que la actitud antisocial, el nihilismo, la inestabilidad emocional y la personalidad caótica de dicho brujo pueden llevar a que las meras advertencias resulten non sufficit, y que haya que recurrir inevitablemente a las medidas más extremas. El brujo está sometido a nuestra permanente vigilancia y estamos preparados para adoptar esa clase de métodos, siempre y cuando, naturalmente, el Capítulo lo apruebe y lo recomiende.

Confiando en que las anteriores explicaciones hayan bastado al Capítulo para poder cerrar el caso, bene valere optamus y expresamos

nuestro más alto respeto

en nombre del grupo de investigación del complejo de Rissberg semper fidelis vestrarum bona amica

Biruta Anna Marquette Icarti
manu propria

Capítulo decimoséptimo

> *Devuelve golpe por golpe, desprecio por desprecio, muerte por muerte, ¡y devuélvelo con un elevado interés! Ojo por ojo, diente por diente, ¡multiplicado por cuatro, multiplicado por cien!*
>
> Anton Szandor LaVey, *Biblia satánica*

—Justo a tiempo —dijo Frans Torquil en tono lúgubre—. Has llegado, brujo, justo a tiempo para el espectáculo. Esta a punto de empezar.

Estaba tumbado boca arriba en la cama, pálido como una pared enjalbegada, con los cabellos empapados en sudor y pegados a la frente. Apenas llevaba una tosca camisa de lino, que Geralt inmediatamente asoció con la camisa de un condenado a muerte. El muslo izquierdo, desde la ingle hasta la rodilla, estaba envuelto en un

vendaje ensangrentado.

En mitad de la estancia habían dispuesto una mesa, cubierta con una sábana. Un tipo bajito con un caftán negro sin mangas iba colocando uno por uno los instrumentos en la mesa. Cuchillos. Tenazas. Cinceles. Sierras.

—Sólo lamento una cosa. —A Torquil le rechinaban los dientes—. No haber podido atrapar a esos hijos de puta. Así lo han querido los dioses, no estaba escrito… Y ya no va a poder ser.

—¿Qué ha pasado?

—Lo mismo, maldita sea, que en Los Tejos, en Las Cornamentas, en Pinares. Sólo que esta vez ha sido algo distinto, en la misma linde del bosque. Y no ha sido en un claro, sino en un camino. Atacaron a unos viajeros. Mataron a tres, y se llevaron a dos niños. Dio la casualidad de que yo estaba con mi gente muy cerca de allí, rápidamente fuimos tras ellos, pronto los tuvimos a la vista. Dos jayanes como dos toros de grandes y un jorobado repelente. Y fue el jorobado el que me

dio con la ballesta. —El Constable apretó los dientes, con un breve gesto señaló el muslo vendado—. Ordené a mis hombres que me dejaran allí y que siguieran persiguiéndolos. No me hicieron caso, los muy zopencos. Así que se nos escaparon. ¿Y yo? ¿De qué me sirve que me hayan salvado? ¿Si ahora mismo me van a amputar una pierna? Habría preferido, me cago en la puta, palmarla allí mismo, viendo cómo esos tipos pataleaban en el aire con una soga al cuello, antes de cerrar los ojos. No obedecieron mi orden esos mentecatos. Míralos ahora, muertos de vergüenza.

Los subordinados del constable, todos con la misma cara inexpresiva, estaban sentados en un banco pegado a la pared. Los acompañaba una vieja llena de arrugas que desentonaba con esa gente. Llevaba en la cabeza una corona de flores que no pegaba ni con cola con sus cabellos grises.

—Podemos empezar —dijo el tipo del caftán negro—. Tumbad al paciente en la mesa, apretadle bien las correas. Que los demás abandonen la

estancia.

—Que se queden —balbuceó Torquil—. Que sepa que están mirando. Así me dará vergüenza gritar.

—Un momento. —Geralt se puso firme—. ¿Quién ha decidido que la amputación es imprescindible?

—Yo lo he decidido. —El tipo de negro también se puso firme, pero para mirar a Geralt a la cara tuvo que echar de todos modos la cabeza hacia arriba—. Soy messer Lugpi, médico de cámara del bailío de Gors Velen, he sido enviado expresamente. He explorado al paciente, y he comprobado que la herida está infectada. He de amputar la pierna, es la única forma de salvarle.

—¿Cuánto cobras por la operación?

—Veinte coronas.

—Aquí tienes treinta. —Geralt desató una talega y sacó tres monedas de diez coronas—. Guarda el instrumental, recoge tus cosas y vuélvete con el bailío. Si te pregunta, di que el paciente se

encuentra mejor.

—Pero… Debo protestar…

—Recoge tus cosas y vuélvete. ¿Cuál de estas palabras es la que no comprendes? Y tú, abuela, ven aquí. Retirale el vendaje.

—Este hombre —la vieja señaló al médico— me ha prohibido tocar al herido. Dice que soy una curandera y una bruja. Ha amenazado con denunciarme.

—Ni caso. Además, ya se iba.

La mujer, a quien Geralt no había tardado en identificar como una herborista, le obedeció. Le quitó el vendaje con todo cuidado, a pesar de lo cual Torquil no paró de sacudir la cabeza, de soltar silbidos y de quejarse.

—Geralt… —protestó—. ¿Qué ocurrencia es ésta? Ha dicho el médico que no había otra solución… Mejor es perder la pierna que la vida.

—De eso nada. No es mejor ni de coña. Y ahora cierra el pico.

La herida tenía una pinta horrible. Pero Geralt

las había visto peores.

Sacó de su bolso un estuche con unos elixires. Messer Luppi, que ya había recogido sus cosas, miró detenidamente, meneó la cabeza.

—De nada sirven aquí las decocciones —sentenció—. De nada sirve la falsa magia ni la curandería. Pura charlatanería. Como médico que soy, he de protestar…

Geralt se volvió, le miró. El médico salió. A toda prisa. Trastabillando en el umbral.

—Vosotros cuatro, venid aquí. —El brujo le quitó el tapón a un frasco—. Sujetadle. Aprieta los dientes, Frans.

El elixir vertido sobre la herida espumeó intensamente. El constable gimió de un modo desgarrador. Geralt aguardó un momento, vertió un segundo elixir. Éste también espumeó, y además chisporroteó y humeó. Torquil gritó, agitó con violencia la cabeza, tensionó el cuerpo, puso los ojos en blanco y se desvaneció.

La vieja sacó un tubito de su morral, tomó de

él un pegote de una masa verde, untó una gruesa capa en un pedazo de tela doblada, la aplicó a la herida.

—Consuelda —supuso Geralt—. Un emplasto de consuelda, árnica y caléndula. Bien, abuela, muy bien. También irían bien el corazoncillo, la corteza de roble…

—Habrase visto —le interrumpió la anciana, sin apartar la vista de la pierna del constable—. Me va a dar éste a mí lecciones de herbolaria. Yo, hijo, ya sanaba con hierbas cuando tú todavía le vomitabas la papilla a la niñera. Y vosotros, zagalones, apartarse que me quitáis la luz. Y soltáis un tufo que no hay quien lo aguante. Hay que cambiarse los peales. Cada cierto tiempo. Venga, fuera de aquí, ¿es que no me oís?

—Habrá que inmovilizar la pierna. Convendría entablillarla…

—Y dale, ya te he dicho que no necesito lecciones. Y salte tú también al patio. ¿Qué haces aquí todavía? ¿A qué estás esperando? ¿A su

agradecimiento por haber empleado tan generosamente tus remedios mágicos? ¿A la promesa de que no lo olvidará mientras viva?

—Quiero preguntarle una cosa.

—Júrame, Geralt —habló Frans Torquil de forma totalmente inesperada—, que les darás alcance. Que no tendrás compasión…

—Voy a darle algo para que duerma y le baje la fiebre, porque está delirando. Y tú, brujo, sal. Espera delante de la cabaña.

No tuvo que esperar mucho tiempo. La anciana salió, se estiró la falda, se arregló la corona de flores, que llevaba torcida. Se frotó un pie con el otro pie. Los tenía extraordinariamente pequeños.

—Duerme —informó—. Y es posible que viva si no pasa nada malo, toquemos madera. El hueso se le soldará. Le has salvado la pata con tus encantamientos brujeriles. Se va a quedar cojo para siempre, y para mi que ya no va a poder montar a caballo, pero en cualquier caso dos piernas no es lo mismo que una, je, je.

Se metió la mano entre las ropas, por debajo del corpiño bordado, lo que hizo que el olor a hierbas fuera aún más intenso. Sacó una cajita de madera, la abrió. Tras un instante de vacilación, se la pasó a Geralt.

—¿Te metes?

—No, gracias. No consumo fisstech.

—Pues yo… —La herborista se llevó el narcótico a la nariz, primero a una fosa, después a la otra—. Pues yo sí, de vez en cuando. Sienta de puta madre. Es bueno para aclarar las ideas. Para la longevidad. Y para el atractivo. Mírame a mí si no.

Geralt la miró.

—Te doy las gracias —la anciana se enjugó un ojo lloroso, sorbió por la nariz— por los remedios brujeriles que le has dado a Frans, no lo olvidaré. Sé con cuánto celo guardáis esas decocciones vuestras. Y tú las has gastado en él sin pensártelo dos veces. A pesar de que, por eso mismo, pudieras llegar a echarlo en falta en caso de

necesidad. ¿No te da miedo?

—Sí que me da.

La mujer torció la cabeza, mostrándole su perfil. En verdad tenía que haber sido una bella muchacha alguna vez. Pero hacia de eso la tira de tiempo.

—Y ahora —se volvió— dime. ¿Qué querías preguntarle a Frans?

—No tiene importancia. Está dormido, y ya va siendo hora de que me ponga en marcha.

—Habla.

—El monte Cremora.

—Haber empezado por ahí. ¿Qué quieres saber de esa montaña?

La cabaña estaba bastante alejada de la aldea, justo en la linde del bosque. El bosque empezaba al lado mismo del cercado del jardín, que estaba lleno de manzanos rebosantes de fruto. El resto no se apartaba del clásico marco aldeano: un granero,

un cobertizo, un gallinero, algunas colmenas, un huertecillo, un montón de estiércol. Salía por la chimenea una cinta de humo blanco, que olía que daba gusto.

Las pintadas que correteaban cerca de la valla fueron las primeras en verlo, alertaron al barrio con su cacareo infernal. Tres criaturas que andaban dando vueltas por el patio echaron a correr hacia la cabaña. Una mujer se asomó a la puerta. Alta, rubia, con un mandil por encima de una falda sencilla. El brujo se acercó, desmontó.

—Salud —saludó—. ¿Está el señor en casa?

Las criaturas, niñas las tres, se aferraron a la falda y el mandil de su madre. La mujer miró al brujo, y habría sido una pérdida de tiempo buscar simpatía en aquella mirada. No tenía nada de extraño. No se le había escapado la empuñadura de la espada que asomaba por encima del hombro del brujo. Ni el medallón en el cuello. Ni las tachuelas plateadas en los guantes, que el brujo no trataba en absoluto de ocultar. Al contrario, las iba

mostrando abiertamente.

—El señor —repitió—. Es decir, Otto Dussart. Tengo un asunto que tratar con él.

—¿Qué clase de asunto?

—Personal. ¿Es aquí?

La mujer lo miraba fijamente, en silencio, con la cabeza ligeramente ladeada. Era el suyo, a juicio del brujo, un atractivo al estilo rústico, de modo que podía tener entre veinticinco y cuarenta y cinco años. Una evaluación más precisa, como solía ocurrir tratándose de aldeanas, no era posible.

—¿Está?

—No está.

—En ese caso, esperaré —el brujo echó las riendas de la yegua por encima de un poste— hasta que vuelva.

—Puede tardar mucho.

—Aguardaré. Aunque, a decir verdad, preferiría hacerlo dentro de la casa que pegado a esta valla.

Por un instante la mujer midió con la mirada al brujo. Y también a su medallón.

—Un huésped en casa es como dios en casa —dijo finalmente—. Bienvenido.

—Acepto la invitación —respondió con la fórmula acostumbrada—. No faltaré a la hospitalidad del anfitrión.

—No faltarás —dijo la mujer despacio—. Pero llevas una espada.

—Así es mi profesión.

—Las espadas hieren. Y matan.

—También la vida. ¿Qué pasa al final con esa invitación?

—Adelante.

Se entraba, como suele ocurrir en esa clase de moradas, a través de un zaguán, oscuro y lleno de trastos. La sala resultó bastante amplia, clara y limpia, únicamente las paredes más próximas a la cocina y la chimenea exhibían restos de hollín, en el resto de la casa alegraban la vista con su blancura y sus telas coloristas, también colgaban

por todas partes distintos utensilios domésticos, manojos de hierbas, trenzas de ajos, ristras de guindillas. Una cortina de tela separaba la sala del dormitorio. Olía a cocina. Es decir, a repollo.

—Te ruego que te sientes.

La mujer se quedó de pie, estrujándose el mandil. Las niñas se sentaron alrededor de la estufa, en un banco bajo.

Vibraba el medallón en el cuello de Geralt. Con fuerza y sin parar.

Se agitaba bajo la camisa, como un pájaro atrapado.

—Esa espada —observó la mujer, dirigiéndose a la cocina— tenías que haberla dejado en el zaguán. No está bien sentarse a la mesa con armas. Eso sólo lo hacen los bandidos. ¿Acaso eres un bandido?

—Sabes bien lo que soy —le cortó—. Y la espada está bien donde está. Como un recordatorio.

—¿De qué?

—De que las acciones precipitadas suelen tener consecuencias peligrosas.

—Aquí no hay ningún arma, así que…

—Vale, vale —la interrumpió sin contemplaciones—. No nos engañemos, mi querida anfitriona. La casa y las dependencias de un campesino son un arsenal, más de uno ha caído víctima de las azadas, por no hablar de mayales y bieldos. Oí hablar de uno al que mataron con el batidor de una mantequera. Si uno se lo propone, puede hacer daño a quien quiera. O a quien tenga que hacérselo. Y, ya que estamos, deja tranquilo ese puchero con agua hirviendo. Y apártate de la cocina.

—No pretendía hacer nada —replicó rápidamente la mujer, mintiendo de manera evidente—. Y aquí no hay agua hirviendo, sino borsch, sopa de remolacha. Quería ofrecerte…

—Gracias. Pero no tengo hambre. De modo que no toques el puchero y apártate del horno. Siéntate ahí, con las niñas. Y vamos a esperar

tranquilamente al señor.

Esperaron en silencio, un silencio interrumpido únicamente por el zumbido de las moscas. El medallón vibraba.

—Hay una cazuela con repollo en el horno, que ya casi debe estar —la mujer rompió el incómodo silencio—. Hay que retirarla, removerla, no se vaya a quemar.

—Ella —Geralt señaló a la más pequeña de las niñas— puede hacerlo.

La chiquilla se levantó despacio, mirando al brujo por debajo del flequillo castaño. Cogió una horquilla con un mango largo, se inclinó hacia la portezuela del horno. Y de repente saltó sobre Geralt como una gatita. Pretendía clavarle el cuello a la pared con la horquilla, pero él se apartó, agarró el mango de la horquilla, tiró de él con fuerza, arrojó a la niña al piso de tierra. La niña empezó a transfomiarse antes de llegar al suelo.

La mujer y las otras dos niñas ya habían tenido

tiempo de transformarse. Tres lobos —una loba gris y dos lobeznas— se echaron encima del brujo con los ojos inyectados en sangre y los colmillos afilados. Mientras saltaban se separaron, como hacen los lobos, atacando por todos los lados. El brujo se apartó de un salto, empujó el banco contra la loba, se quitó de encima a las lobeznas a base de puñetazos con los guantes con tachuelas de plata. Las lobeznas gañían, aplastadas contra el suelo, enseñando los colmillos. La loba aulló salvajemente, volvió a saltar.

—¡No! ¡Edwina! ¡No!

Cayó sobre el brujo, arrinconándolo contra la pared. Pero ya con forma humana. Las niñas, nuevamente transformadas, escaparon rápidamente, se agazaparon junto al horno. La mujer se quedó arrodillada, junto a las rodillas del brujo, mirando avergonzada. Geralt no sabía si estaba avergonzada de haberlo atacado o de haber fracasado.

—¡Edwina! ¿Cómo es posible? —bramó, con

los brazos en jarras, un barbudo de considerable altura—. ¿Pero qué haces?

—¡Es un brujo! —dijo con rabia la mujer, que aún seguía de rodillas—. ¡Un malhechor con una espada! ¡Ha venido a buscarte! ¡Asesino! ¡Apesta a sangre!

—Calla, mujer. Lo conozco. Disculpad, don Geralt. ¿Os ha ocurrido algo? Disculpad. Mi mujer no sabía… Creía que, siendo un brujo…

Se calló de pronto, miró inquieto. La mujer y las niñas estaban muy juntas, al lado del horno. Geralt habría jurado que oía unos débiles gruñidos.

—No ha pasado nada —dijo—. No tengo ninguna queja. Pero has aparecido justo a tiempo. No podías haber llegado en mejor momento.

—Lo sé. —El barbudo se estremeció visiblemente—. Lo sé, don Geralt. Sentaos, sentaos a la mesa… ¡Edwina! ¡Saca unas cervezas!

—No. Salgamos, Dussart. Un par de palabras.

Había un gato pardo en medio del patio, nada

más ver al brujo salió pitando y se escondió entre unas ortigas.

—No quiero poner nerviosa a tu mujer ni asustar a las niñas —aclaró Geralt—. Aparte de eso, se trata de un asunto del que preferiría hablar cara a cara. Se trata, verás, de cierto favor.

—Lo que queráis. —El barbudo se puso firme—. En cuanto me digáis. Haré todo lo que deseéis, siempre que esté en mi mano hacerlo. Tengo una deuda con vos, una deuda enorme. Gracias a vos aún puedo pasearme por el mundo. Porque en aquella ocasión me perdonasteis. Os debo…

—A mí no. A ti mismo. A que incluso en forma de lobo seguías siendo un hombre y nunca hiciste daño a nadie.

—No hice daño, cierto es. ¿Y de qué me sirvió? Mis vecinos, en cuanto sospecharon algo, se buscaron a un brujo para acabar conmigo. Aunque eran unos muertos de hambre, ahorraron como hormiguitas para poder contrataros.

—Consideré la posibilidad —admitió Geralt

— de devolverles el dinero. Pero eso podía haber despertado sospechas. Les había dado mi palabra de brujo de que te había librado del embrujo licantrópico y te habías curado por completo de ese mal, y te habías convertido en el hombre más normal del mundo. Semejante hazaña tiene un precio. Si la gente paga por algo, hay una cosa que se cree a pie juntillas: que lo que han pagado es algo auténtico y legal. Y más, cuanto más caro.

—Me entran escalofríos cuando me acuerdo de aquel día. —Dussart palideció, a pesar de lo atezado de su piel—. Por poco no me muero de miedo cuando os vi con aquella espada de plata. Creí que había llegado mi hora. No había oído historias yo ni nada. De brujos asesinos, que se regodean con la sangre y las torturas. Pero vos resultasteis ser un hombre justo. Y bueno.

—No exageremos. Pero hiciste caso de mi consejo, y te marchaste de Guaamez.

—No tuve más remedio —dijo Dussart en tono lúgubre—. En Guaamez, por lo visto, se tragaron

que me había desencantado, pero teníais razón, un antiguo lobizón no lo tiene fácil viviendo entre la gente. Era tal como decíais: para los hombres tiene más importancia quién ha sido uno que quién es. No tuve más remedio que marcharme de allí, viajar a tierras extranjeras donde nadie me conociera. Las vueltas que habré dado… Hasta que por fin vine a parar a este sitio. Y aquí conocí a Edwina…

—No es frecuente —Geralt sacudió la cabeza— que dos teriántropos se emparejen. Y aún menos frecuente es que tengan descendencia. Has tenido suerte, Dussart.

—Pues debéis saber —el lobizón enseñó los dientes— que las niñas son un verdadero encanto, van a ser unas señoritas preciosas. Y Edwina y yo estamos hechos el uno para el otro. Voy a estar con ella hasta el fin de mis días.

—Enseguida se ha dado cuenta de que yo era un brujo. Y estaba decidida a defenderse. No te lo vas a creer, pero tenía intención de agasajarme con

borsch hirviendo. Seguro que se ha hartado de oír cuentos de ésos de lobizones sobre brujos sanguinarios que disfrutan haciendo sufrir.

—Perdonadla, don Geralt. Y ahora mismo probamos ese borsch. Edwina prepara un borsch excelente.

—Seguramente será mejor —el brujo negó con la cabeza— no imponerles mi presencia. No quiero asustar a las niñas, y menos aún poner nerviosa a tu señora. Para ella sigo siendo un bandido con una espada, no podemos esperar que vaya a aceptarme así de repente. Ha dicho que apesto a sangre. En un sentido figurado, entiendo.

—No tanto. Sin ánimo de ofender, señor brujo, pero apestáis a sangre que tiráis de espalda.

—No he tenido contacto con sangre desde hace…

—Desde hace un par de semanas, diría yo —completó la frase el hombre lobo—. Es sangre reseca, sangre muerta, tocasteis a alguien que estaba cubierto de sangre. También hay otra sangre

más antigua, de hace un mes. Sangre fría. Sangre reptiliana. También vos mismo habéis sangrado. Sangre que brotaba de una herida, sangre viva.

—Estoy impresionado.

—Nosotros, los lobizones —Dussart se irguió con orgullo— tenemos el olfato un pelín más fino que el de los hombres.

—Ya lo sé —se sonrió Geralt—. Ya sé que el sentido del olfato del hombre lobo es un auténtico prodigio de la naturaleza. Precisamente por eso he venido a pedirte un favor.

—Musarañas —venteó Dussart—. Musarañas, o séase, musgaños. Y topillos. Muchos topillos. Estiércol. Mucho estiércol. Sobre todo de garduña. Y de comadreja. Nada más.

El brujo suspiró, y luego escupió. No ocultaba su decepción. Ya era la cuarta cueva en la que Dussart no husmeaba nada que no fueran roedores y alimañas que cazaban roedores. Y mierda en

abundancia, de los unos y de las otras.

Llegaron al siguiente agujero abierto en la pared rocosa. Las piedras se desprendían a su paso, rodaban ladera abajo. Había mucha pendiente, costaba mucho avanzar, Geralt empezaba a encontrarse cansado. Dependiendo del terreno, Dussart se transformaba en lobo o conservaba su forma humana.

—Una osa. —Se asomó a una nueva gruta, aspiró—. Con sus crías. Estuvo, pero se marchó, ya no está aquí. Lo que hay son marmotas. Musarañas. Murciélagos. Muchos murciélagos. Un armiño. Una garduña. Un glotón. Mucho estiércol.

La siguiente caverna.

—Un hurón, una hembra. Está en celo. También hay un glotón… No, dos. Una pareja de glotones.

»Un manantial subterráneo, agua levemente sulfurosa. Gremlins, todo un grupo, como unos diez individuos. Algún anfibio, puede que salamandras… Murciélagos…

En un saliente de la roca, situado en lo alto,

alzó el vuelo un águila enorme, se puso a dar vueltas por encima de ellos, chillando. El lobizón levantó la cabeza, miró las cumbres de los montes. Y los negros nubarrones que se arrastraban por detrás.

—Se acerca una tormenta. Menudo veranito, casi no ha habido un día sin tormentas… ¿Qué hacemos, don Geralt? ¿Al siguiente agujero?

—Al siguiente agujero.

Para llegar al siguiente agujero tuvieron que atravesar una cascada que caía de un despeñadero, no demasiado grande, pero suficiente para dejarlos calados hasta los huesos. Las peñas, cubiertas de musgo, eran escurridizas como jabón. Dussart, para poder seguir, se transformó en lobo. Geralt, después de varios peligrosos resbalones, se resignó, se puso de rodillas y recorrió un trecho complicado a cuatro patas. Menos mal que no está aquí Jaskier, pensó, lo habría descrito en una balada. Delante un licántropo en forma de lobo, detrás de él un brujo a cuatro patas. No le iba a

sacar punta la gente ni nada.

—Es un agujero grande, señor brujo —dijo Dussart, husmeando—. Grande y profundo. Aquí hay trolls de montaña, cinco o seis trolls adultos. Y murciélagos. Montones de guano de murciélago.

—Sigamos. Al siguiente.

—Trolls… Son los mismos trolls que en el de antes. Las grutas están comunicadas.

»Un oso. Joven. Ha estado aquí, pero se ha marchado. No hace mucho.

»Marmotas. Murciélagos. Portahojas.

De la siguiente espelunca el lobizón se retiró como escaldado.

—Una gorgona —susurró—. En lo más hondo de la caverna hay una enorme gorgona. Duerme. No hay nada más, aparte de ella.

—No es de extrañar —balbuceó el brujo—. Vámonos de aquí. Sin hacer ruido. No vaya a despertarse…

Se alejaron, mirando inquietos a sus espaldas. A la siguiente gruta, bastante alejada, por suerte,

del cubil de la gorgona, se aproximaron muy despacio, conscientes de que ninguna precaución estaba de más. No estuvo de más, pero se reveló innecesaria. Las siguientes cavernas no ocultaban nada en su seno, aparte de murciélagos, marmotas, ratones, topillos y musarañas. Y capas y más capas de estiércol.

Geralt estaba cansado y resignado. Dussart también, era más que evidente. Pero mantenía el tipo, había que reconocérselo, no dejaba escapar ni una sola palabra, ni un solo gesto de desaliento. No obstante, el brujo no se llamaba a engaño. El hombre lobo dudaba del éxito de la operación. Según había oído decir Geralt en alguna ocasión, y según le había confirmado la herborista, la vertiente oriental, la más abrupta, del monte Cremora estaba agujereada como un queso, horadada por incontables cavernas. Cavernas, desde luego, habían encontrado sin cuento. Pero era evidente que Dussart no confiaba en que lograran, a base de husmear, dar precisamente con

aquélla que servía de acceso subterráneo al interior del complejo de la Ciudadela.

Para colmo de males relampagueó. Tronó. Y empezó a llover. Geralt estuvo a punto de escupir, soltar un taco y anunciar el final de la intentona. Se reprimió.

—En marcha, Dussart. Un agujero más.

—Como deseéis, don Geralt.

Y súbitamente, en la siguiente abertura en la roca, se produjo —exactamente igual que en una mala novela— un giro inesperado en la acción.

—Murciélagos —informó el lobizón, husmeando—. Murciélagos y… y un gato.

—¿Un lince? ¿Un gato montés?

—Un gato —Dussart se mostró firme—. Un gato doméstico normal y corriente.

Otto Dussart contempló con curiosidad las botellitas con los elixires, vio cómo se los bebía el brujo. Observó los cambios que se producían en

el semblante de Geralt, y los ojos se le pusieron a cuadros del asombro y el terror.

—No me ordenéis —dijo— que entre con vos en esa galería. Sin ánimo de ofender, pero no pienso entrar. Me da tanto miedo lo que allí pueda haber que se me eriza la pelambrera…

—No se me ha pasado por la cabeza pedirte una cosa así. Vuélvete a casa, Dussart, con tu mujer y tus hijas. Me has prestado un gran servicio, has hecho lo que te he pedido, no puedo exigirte más.

—Esperaré —protestó el lobizón—. Esperaré hasta que salgáis.

—No sé —Geralt se colocó la espada a la espalda— cuando voy a salir de ahí. Ni siquiera es seguro que vaya a salir.

—No habléis así. Esperaré… Esperaré hasta que anochezca.

El fondo de la cueva estaba cubierto por una

gruesa capa de guano de murciélago. Los propios murciélagos —de los llamados orejudos, con una buena panza— colgaban arracimados de los techos, como adormilados, girándose y chillando de vez en cuando. Al principio el techo quedaba muy por encima de la cabeza de Geralt, éste podía moverse cómodamente y bastante rápido por el fondo llano. Pero muy pronto se acabó lo cómodo: primero tuvo que empezar a agacharse, cada vez más y más bajo, hasta que ya no le quedó más remedio que avanzar a cuatro patas. Y finalmente le tocó reptar.

Llegó un momento en que se detuvo, decidido a regresar, aquello era tan angosto que corría el riesgo de quedarse atascado. Pero oyó el rumor del agua, y notó en la cara algo parecido a un soplo de aire fresco. Consciente del peligro que afrontaba, se coló como pudo por una grieta, y respiró aliviado cuando empezó a ensancharse. De improviso el pasadizo se convirtió en una rampa, por la que descendió recto hasta el lecho de un

riachuelo subterráneo, el cual surgía de debajo de una roca y se sumergía bajo otra situada enfrente. De lo alto se filtraba una luz débil y también desde allí —de mucho más arriba— llegaban las frías corrientes. La hoya en la que desaparecía el riachuelo parecía estar completamente inundada de agua. Al brujo, aunque sospechaba que pudiera haber allí un sifón, no le hacia gracia bucear. Prefirió remontar el riachuelo, yendo a contracorriente, por una rampa que le llevó hacia arriba. Durante el ascenso por esa rampa hasta una amplia sala, se caló hasta los huesos y se embadurnó de limo de los sedimentos calcáreos.

Era una sala enorme, toda llena de majestuosos espeleotemas: coladas, banderolas, estalactitas, estalagmitas y columnas. El arroyo corría por el fondo, profundamente excavado por un meandro. También aquí se filtraba la luz desde lo alto y se percibía una débil corriente. Y también se percibía otra cosa. La nariz del brujo no podía competir con el olfato del lobizón, pero ahora ya podía

apreciar lo mismo que éste había apreciado antes: un tenue olor a meado de gato.

Se detuvo un momento, miró a su alrededor. La corriente de aire le indicaba la salida, una abertura parecida al portal de un palacio, flanqueada por unas imponentes columnatas de estalagmitas. Muy cerca vio un hoyo relleno de arena menuda. En ese preciso instante un gato se alejaba de ese hoyo. En la arena se advertían numerosas huellas de pisadas de gato.

Se colgó a la espalda el arma, que había tenido que quitarse antes, en las estrecheces de la brecha. Y se metió entre las estalagmitas.

La galería, que ascendía suavemente, tenía un alto techo abovedado y estaba seca. El fondo estaba cubierto de rocas, pero se podía avanzar. Y el brujo fue avanzando. Hasta que se encontró con una puerta que le cerraba el paso. Una puerta sólida y con un cerrojo.

Hasta ese momento no estaba seguro de si estaba yendo por el buen camino, no tenía ninguna

garantía de que se hubiera metido en la caverna adecuada. Aquella puerta parecía confirmarle que era así.

En la puerta, justo por encima del suelo, había una pequeña abertura, que parecía haber sido practicada muy recientemente. Una gatera.

Empujó la puerta: nada. Lo que sí pasó fue que vibró —muy levemente— el amuleto del brujo. Era una puerta mágica, protegida por un conjuro. No obstante, la débil vibración del medallón indicaba que no se trataba de un conjuro potente. Acercó el rostro a la puerta.

—Un amigo.

La puerta se abrió sin hacer ruido sobre sus goznes bien engrasados. Como bien había supuesto sobre la débil protección mágica, producida en serie, con una clave que venía de fábrica y un equipamiento estándar, nadie se había propuesto —por suerte para él— instalar algo más sofisticado. Su única función era la de aislar del entramado de cuevas, manteniendo alejadas a unas

criaturas que no eran capaces de servirse ni de la magia más elemental.

Al otro lado de la puerta —que aseguró con una piedra, por si acaso— terminaban las cuevas naturales. Empezaba un pasillo excavado a pico en la roca.

Pero, a pesar de tantos indicios, seguía sin estar totalmente seguro. Hasta el momento en que vio una luz delante de él. La luz vacilante de una antorcha o un candil. E inmediatamente oyó una risa que conocía de sobra. Una carcajada.

—¡Buueh-hhhrrr-eeeehhh-bueeeeh!

La luz y la carcajada, por lo que pudo ver, procedían de una amplia estancia, iluminada por una antorcha encajada en un soporte de hierro. Junto a la pared había montones de cofres, cajas y barriles. Al lado de uno de los cofres, sentados en sendos barriles, estaban Bue y Bang. Jugando a los dados. La risa era de Bang, que acababa de hacer una buena tirada.

Encima del cofre había una damajuana de

aguardiente. Con la tapa correspondiente.

Una pierna humana asada.

El brujo desenvainó la espada.

—Buenos días, paisanos.

Bue y Bang se quedaron como pasmados, mirando boquiabiertos al brujo por unos segundos. Tras lo cual soltaron un bramido, se levantaron de un salto y, volcando los barriles, se lanzaron a por sus armas. Bue una guadaña, Bang una ancha cimitarra. Y atacaron al brujo.

Le sorprendieron, aunque él ya contaba con que no sería cosa fácil. Pero no se esperaba que aquellos desgarbados gigantones fueran tan rápidos.

Bue segó por bajo con la guadaña. De no haber saltado hacia arriba, Geralt habría perdido ambas piernas. Y esquivó por los pelos el ataque de Bang, la cimitarra sacó chispas de la pared de piedra.

El brujo sabía apañárselas con las personas rápidas. También con las grandes. Rápidas o

lentas, grandes o pequeñas, todas tenían puntos sensibles al dolor.

Y no tenían ni idea de lo rápido que puede ser un brujo después de haberse tomado sus elixires.

Bue aulló, herido en un codo. Herido en una rodilla, Bang aulló aún más fuerte. El brujo lo engañó con un rápido giro, saltó por encima de la hoja de la guadaña, con el extremo de la espada pinchó a Bue en una oreja. Bue bramó, agitó la cabeza, blandió la guadaña, atacó. Geralt juntó los dedos y le golpeó con la Señal de Aard. Bue, sacudido por el embrujo, cayó al suelo de culo, se oyó el chasquido de sus dientes.

Bang alzó la cimitarra. Geralt se deslizó ágilmente por debajo de la hoja, de paso alcanzó al gigante en la otra rodilla, se giró, saltó hasta Bue, que intentaba ponerse de pie, le lanzó un tajo a los ojos. Bue, sin embargo, pudo desviar a tiempo la cabeza, el ataque erró su objetivo, la espada alcanzó el arco de las cejas, en un instante la sangre cubrió la cara del ogrotroll. Con un

rugido, Bue se levantó, se arrojó a ciegas sobre Geralt, éste se retiró de un salto, Bue cayó sobre Bang, chocó con él. Bang se lo quitó de encima y bramando con furia se abalanzó sobre el brujo, dando reveses con la cimitarra. Geralt esquivó la hoja con una finta veloz, seguida de media vuelta, y acuchilló dos veces al ogrotroll, en ambos codos. Bang bramó, pero no soltaba la cimitarra, volvió a blandirla, intentó un tajo amplio, ya sin ton ni son. Geralt se alejó del alcance del arma. Con una nueva finta, se situó a la espalda de Bang, no podía desaprovechar la ocasión. Volvió la espada y atacó desde abajo, en vertical, justo entre las dos posaderas. Bang se llevó las manos al trasero, aulló, chilló como un cerdo, pataleó, dobló las rodillas y se meó.

Bue, cegado, levantó la guadaña. Golpeó. Pero no al brujo, que se escabulló con una pirueta. Golpeó a su camarada, que seguía sujetándose el trasero. Y le segó la cabeza de los hombros. El aire salió de la tráquea seccionada con un

estruendoso silbido, la sangre brotó de la arteria como la lava del cráter de un volcán, llegando muy alto, hasta el techo. Bang seguía de pie, vertiendo sangre, como una estatua decapitada en una fuente, estabilizado en posición vertical gracias a sus enormes pies planos. Hasta que por fin se inclinó y cayó como un tronco.

Bue se limpió la sangre que le tapaba los ojos. Empezó a bramar como un búfalo cuando al fin descubrió lo ocurrido. Pateó repetidamente, con la guadaña en alto. Se puso a dar vueltas en el sitio, buscando al brujo. No dio con él. Porque lo tenía a su espalda. Herido en un costado, Bue soltó la guadaña, se arrojó sobre Geralt con las manos desnudas, la sangre volvió a cubrirle los ojos, y se estampó contra la pared. Geralt lo alcanzó de un salto, tajó.

Evidentemente, Bue no sabía que tenía varias arterias seccionadas. Y que hacía ya un rato que debería haber muerto. Bramaba, se giraba en el sitio, agitaba los brazos. Hasta que le fallaron las

piernas y cayó de rodillas en medio de un charco de sangre. Arrodillado, aún seguía bramando y haciendo aspavientos, aunque cada vez con menos energía, de forma menos ruidosa. Para terminar de una vez, Geralt se acercó y le hincó la punta de la espada en el esternón. Fue un error.

El ogrotroll gimió y agarró con fuerza la hoja, el gavilán y la mano del brujo. La vista ya se le nublaba, pero no soltaba la presa. Geralt le puso la bota en el pecho, se resistió, forcejeó. Aunque le chorreaba sangre de las manos, Bue no se rendía.

—Tú, estúpido hijoputa —farfulló, irrumpiendo en la caverna, Pasztor, mientras apuntaba al brujo con su arbalesta de dos arcos—. Has venido hasta aquí para morir. Tú lo has querido, engendro diabólico. ¡Sujétalo, Bue!

Geralt intentaba zafarse. Bue gemía, pero no le soltaba. El jorobado enseñó los dientes y apretó el gatillo. Geralt se agachó para esquivar el tiro, las remeras pasaron rozándole el costado, el pesado virote se clavó en la pared. Bue soltó la espada,

tumbado boca abajo agarró al brujo de las piernas, lo inmovilizó. Pasztor graznó triunfalmente y preparó la ballesta.

Pero no llegó a disparar.

Entró corriendo en la caverna, como un proyectil gris, un lobo enorme. Atacó a Pasztor al estilo lobuno, en las piernas, por detrás, desgarrándole los ligamentos popliteos y las arterias. El jorobado soltó un grito, cayó al suelo. Al caer, la cuerda de la arbalesta chasqueó. Bue resolló. El virote le había acertado en todo el oído, hundiéndose hasta las remeras. Y la punta le salia por el otro oído.

Pasztor aullaba. El lobo abrió sus terribles fauces y lo agarró de la cabeza. El aullido se transformó en un estertor.

Geralt se sacudió de las piernas al ogrotroll, muerto al fin.

Dussart, ya con forma humana, se levantaba sobre los restos de Pasztor, limpiándose los labios y la barbilla.

—Después de cuarenta y dos años de existencia como lobizón —dijo, encontrándose con la mirada del brujo—, por primera vez he tenido que morder a alguien.

—Tenía que venir —se justificaba Dussart—. Sabía, don Geralt, que estaba obligado a advertiros.

—¿De ésos? —Geralt limpió la espada, señaló los cuerpos inmóviles.

—No sólo.

El brujo entró en la estancia que le indicó el licántropo. Y se echó para atrás de manera instintiva.

El suelo de piedra estaba negro de la sangre reseca. En medio de la estancia se abría un boquete negro revestido de ladrillo. Al lado se amontonaban los cadáveres. Desnudos y mutilados, amputados, descuartizados, algunos desollados. Era difícil calcular cuántos. Del

interior del agujero llegaba con toda claridad un ruido de chasquidos, de crujidos de huesos machacados.

—Antes no pude apreciarlo —musitó Dussart, con la voz llena de aversión—. Sólo cuando habéis abierto aquella puerta, he podido ventearlo desde allí abajo… Deberíamos marchamos de aquí, señor. Alejamos de este depósito de cadáveres.

—Aún tengo unas cuentas que ajustar aquí. Pero tú vete. Te agradezco enormemente que hayas venido en mi ayuda.

—No deis las gracias. Estaba en deuda con vos. Me alegro de haber podido pagarla.

Unas escaleras de caracol llevaban hacia arriba, serpenteando en el interior de un pozo cilíndrico excavado en la roca. No era sencillo determinarlo con precisión, pero Geralt calculó que, de haber sido aquéllas unas escaleras normales de una

torre, habría subido ya hasta la primera planta, tal vez hasta la segunda. Había contado sesenta y dos escalones cuando se topó con una puerta.

Como en la de abajo, también en esta habían practicado una gatera. Como la puerta de abajo, estaba cerrada, pero aquí la cerradura no era mágica, y se abrió sin problemas accionando el picaporte.

Entró en una estancia sin ventanas y muy débilmente iluminada. Del techo colgaban varias esferas mágicas, pero sólo una de ellas estaba activa. Apestaba horriblemente a productos químicos y a toda clase de guarrerías. Le bastó un simple vistazo para descubrir lo que había. Tarros, botellas y frascos en los estantes, retortas, recipientes y tubos de cristal, instrumentos y aparatos de acero, en definitiva, un laboratorio, no había error posible.

Junto a la entrada, en un anaquel, vio una hilera de tarros grandes. El más próximo estaba lleno de ojos humanos, flotando en un líquido amarillo,

como si fueran ciruelas en compota. En el segundo tarro había un homúnculo, muy chiquitito: no era mayor de dos puños juntos. En el tercer…

En el tercer tarro flotaba en el líquido una cabeza humana. No era fácil reconocer los rasgos de la cara, deformada por los cortes, las tumefacciones y la alteración del color, y escasamente visible a través del turbio fluido y el grueso cristal. Pero no había un solo pelo en la cabeza. Sólo uno de los hechiceros se rapaba la cabeza al cero.

Por lo visto, Harlan Tzara no había llegado a Poviss.

En los demás tarros también había cosas nadando, toda clase de horrores azules y pálidos. Pero no había más cabezas.

El centro de la sala lo ocupaba una mesa. Una mesa de acero, fina y alargada, con un sistema de drenaje.

En la mesa yacía un cadáver desnudo. Un cadáver pequeño. Los restos de una criatura. De

una niña rubita.

El cadáver estaba destripado, con un corte en forma de Y. Los órganos internos, extraídos, estaban colocados a ambos lados del cuerpo, a la misma altura, bien dispuestos, con pulcritud. Parecía talmente una lámina de un atlas de anatomía. Sólo faltaban los símbolos. Fig. 1, fig. 2, y cosas así.

Con el rabillo del ojo el brujo detectó un movimiento. Un gran gato negro pasó corriendo pegado a la pared, lo miró, soltó un bufido, salió por la puerta entreabierta. Geralt fue tras él.

—Señor…

Se detuvo. Y se volvió.

En un rincón había una jaula, baja, como un pequeño gallinero.

Geralt miró los finos dedos aferrados a los barrotes de hierro. Y después los ojos.

—Señor… Salvadme…

Un niño, no tendría más de diez años. Un niño acurrucado y tembloroso.

—Estate callado. Ya no hay ningún peligro, pero aguanta un poco más. Enseguida vuelvo a buscarte.

—¡Señor! ¡No os vayáis!

—Silencio, te he dicho.

Primero había una biblioteca donde olía a polvo. Después una especie de salón. Y luego un dormitorio. Una cama grande con un baldaquino negro con soportes de ébano.

Oyó un susurro. Se dio la vuelta.

Sorel Degerlund estaba en la puerta. Estaba peinado con esmero, vestía un manto gris bordado con estrellas doradas. Junto a Degerlund había algo no muy grande, completamente gris y armado con un sable zerrikano.

—Tengo preparado un tarro con formol —dijo el hechicero—. Para tu cabeza, mutante. ¡Mátalo, Beta!

Degerlund aún estaba terminando la frase, deleitándose con su propia voz, cuando se lanzó al ataque aquella criatura gris, aquel espectro gris

increíblemente veloz, aquella rata gris ágil y silenciosa, entre el silbido y el fulgor del sable. Geralt esquivó dos acometidas ejecutadas al estilo clásico, en cruz. Con la primera sintió junto a un oído el movimiento del aire cortado por la hoja, con la segunda un ligero roce en una manga. Paró el tercer golpe con su espada, por un momento se quedaron trabados. El brujo pudo ver el rostro de la criatura gris, los grandes ojos amarillos con las pupilas verticales, las estrechas ranuras en lugar de nariz, las orejas puntiagudas. El monstruo no tenía boca.

Se separaron. El monstruo se giró ágilmente, atacó de inmediato, con un leve paso de danza, otra vez en cruz. Otra vez de forma previsible. Era de una rapidez sobrehumana, de una ligereza increíble, de una gracilidad infernal. Pero estúpido.

No tenía ni idea de lo rápido que puede ser un brujo después de haberse tomado sus elixires.

Geralt sólo le permitió una nueva intentona,

que esquivó con una maniobra. Después pasó al ataque. Con un movimiento ensayado y cien veces practicado. Rodeó a la criatura gris con media vuelta rápida, ejecutó una finta desconcertante y tajó en la clavícula. No había empezado siquiera a brotar la sangre cuando el brujo volvió la espada y se la hincó al monstruo en la axila. Y reculó de un salto, preparado para insistir. Pero no hizo falta insistir.

El monstruo, por lo que pudo verse, tenía boca. Le recorría de lado alado el rostro gris como una herida abierta, pero su tamaño no llegaba a la media pulgada. Aquel ser no dejó escapar ni una voz, ni un sonido. Cayó de rodillas, después de costado. Tembló por un momento, agitó los brazos y las piernas, como un perro que estuviera soñando. Después murió. En silencio.

Degerlund cometió un error. En lugar de escapar, levantó las mandos y empezó a salmodiar un conjuro, con la voz irritada, henchida de rabia y de odio, como ladrando. Alrededor de sus manos

se arremolinó una llama, formando una bola de fuego. Recordaba un poco al algodón de azúcar. Incluso olía parecido.

Degerlund no llegó a completar la bola. No tenía ni idea de lo rápido que puede ser un brujo después de haberse tomado sus elixires.

Geralt se lanzó sobre él, tajando en la bola y las manos del hechicero. Se oyó un ruido sordo, como si de repente se hubiera encendido un horno, brotaron unas chispas. Degerlund, chillando, soltó la esfera de fuego de las manos sangrantes. La bola se apagó, llenando la estancia de olor a caramelo quemado.

Geralt arrojó la espada. Golpeó a Degerlund en la cara, con la mano abierta, de un fuerte manotazo. El hechicero soltó un grito, se encogió, se volvió de espaldas. El brujo lo agarró, lo inmovilizó con una llave, le rodeó el cuello con su antebrazo. Degerlund chillaba, empezó a patalear.

—¡No puedes! —bramó—. ¡No puedes matarme! No te está permitido… Yo soy… ¡Yo soy

un hombre!

Geralt le apretó el cuello con el antebrazo. Al principio no demasiado fuerte.

—¡No he sido yo! —aullaba el hechicero—. ¡Ha sido Hortulano! ¡Era Hortulano el que me lo ordenaba! ¡Me obligaba! ¡Y Biruta Icarti estaba al corriente de todo! ¡Ella! ¡Biruta! ¡Fue idea suya, este medallón! ¡Ella me ordenó que lo hiciera!

El brujo aumentó la presión.

—¡Auxiliooo! ¡Alguieeen! ¡Auxiliooo!

Geral aumentó la presión.

—Alg… Ayuuu… Nooo…

Degerlund soltó un estertor, soltó muchas babas. Geralt apartó la cabeza. Aumentó la presión.

Degerlund perdió el conocimiento, quedó colgando inerte. Más fuerte. Se chascó el hueso hioides. Más fuerte. Se partió la laringe. Más fuerte. Todavía más fuerte.

Crujieron y se desplazaron las vértebras cervicales.

Geralt sujetó a Degerlund unos instantes más. Después le dio un fuerte tirón de la cabeza hacia un lado, para mayor seguridad. Entonces lo soltó. El hechicero se derrumbó en el suelo, suavemente, como una tela de seda.

El brujo se limpió la manga babeada con una cortina.

El gran gato negro apareció como de la nada. Se frotó contra el cuerpo de Degerlund. Le lamió la mano yerta. Maulló, gimió tristemente. Se tumbó junto al cadáver, apretado contra su costado. Miró al brujo con sus ojos dorados, muy abiertos.

—He tenido que hacerlo —dijo el brujo—. No había más remedio. Allá cada quien, pero tú deberías entenderlo.

El gato entornó los ojos. En señal de que lo entendía.

Capítulo decimoctavo

¡Por Dios! Sentémonos en el suelo, a contar
tristes historias sobre el fin de los monarcas.
Unos fueron destronados, otros cayeron en combate,
a éstos los atormentaron los fantasmas de quienes destronaron,
a ésos los envenenaron sus mujeres,
a aquéllos los mataron mientras dormían:
todos acabaron asesinados.

William Shakespeare, *Ricardo II*

El día de las bodas reales, ya desde el amanecer, lucia el sol, el azul del cielo sobre Kerack no se veía empañado por una sola nubecilla. Desde bien temprano hacia bastante calor, y la brisa que llegaba del mar aliviaba el bochorno.

Desde primera hora en la ciudad alta reinaba un continuo ajetreo. Calles y plazoletas fueron barridas diligentemente, las fachadas de las casas

se decoraron con cintas y guirnaldas, los estandartes eran izados en los mástiles. Desde por la mañana una columna de proveedores recorría el camino que conducía al palacio real, carros y carretas cargados se cruzaban con aquellos otros que regresaban vacíos, iban y venían repartidores, artesanos, comerciantes, recaderos y mensajeros. Algo más tarde, el camino estaba atestado de porteadores que trasladaban a palacio a los invitados. No va a ser mi boda un casorio de birria, parecía querer dejar claro el rey Belohun, mi boda tiene que quedar grabada en la memoria de la gente y sonar por todo lo largo y ancho de este mundo. El rey había dispuesto que las celebraciones comenzasen muy temprano y se prolongasen hasta bien entrada la noche. En todo ese tiempo atracciones nunca vistas esperaban a los invitados.

Kerack era un reino pequeño y, en definitiva, no demasiado importante, así que Geralt tenía serías dudas de que el mundo se fuera a preocupar

en exceso por las nupcias de Belohun, y aunque éste había ordenado que hubiera bailes durante toda la semana, y el diablo sabría qué novedades se le habrían ocurrido, lo cierto es que resultaba muy improbable que a nadie que viviera a más de cien leguas le llegara ninguna noticia relativa al acontecimiento. Pero todos sabían que para Belohun la ciudad de Kerack era el centro del mundo, y el mundo no pasaba de ser un círculo de un limitado radio en torno a Kerack.

Tanto Geralt como Jaskier se habían ataviado con toda la elegancia de que eran capaces, Geralt se enfundó incluso, para la ocasión, una chaqueta nuevecita de cuero, por la que había pagado lo suyo, al parecer. En cuanto a Jaskier, proclamó desde el primer momento que las bodas reales se la traían al fresco y que no pensaba tomar parte en ellas. Y es que figuraba en la lista de invitados, pero en calidad de pariente del instigator real, no como poeta y bardo de renombre mundial. Y no le habían propuesto que actuara. Jaskier se lo tomó

como una muestra de desprecio y se enfadó. Como era habitual en él, el enfado no le duró demasiado, medio día escaso como mucho.

A lo largo de todo el camino de palacio, que serpenteaba colina arriba, habían plantado unos mástiles de los que colgaban, indolentemente movidos por la brisa, unos gallardetes amarillos con el escudo de Kerack, un delfín nageant azur con aletas y cola de gules.

Delante de la entrada al recinto palaciego los esperaba el pariente de Jaskier, Ferrant de Lettenhove, en compañía de varios guardianes vestidos con los colores del delfín heráldico, esto es, de azul y de rojo. El instigator saludó a Jaskier y llamó al paje que debía asistir al poeta y guiarlo hasta el lugar de la fiesta.

—En cuanto a vos, mi señor don Geralt, hacedme el favor de venir.

Recorrieron la alameda de un parque lateral, pasando por delante de una zona evidentemente servil, pues de allí les llegaron ruidos de cazuelas

y otros utensilios de cocina, así como los groseros insultos que los jefes de cocina dedicaban a los pinches. De todos modos, había un grato y apetitoso olor a comida. Geralt sabía cuál era el menú, sabía con qué iban a deleitar en el banquete a los invitados al enlace nupcial. Un par de días antes había visitado en compañía de Jaskier la hostería Natura Rerum. Febus Ravenga, sin disimular su orgullo, se jactó de que, en comandita con otros restauradores, iba a encargarse de organizar el banquete y de confeccionar la lista de platos, cuya elaboración correría a cargo de la élite de los chefs locales. De desayuno, les contó, se servirían ostras, erizos de mar, gambas y cangrejo sauté. De almuerzo, gelatina de carne y un surtido de patés, salmón ahumado y marinado, pato en áspic, quesos de oveja y de cabra. De comida habrá caldo de pescado o de carne ad libitum, además de albóndigas de carne y de pescado, callos con higadillos, rape a la parrilla dorado a la miel y perca de mar con azafrán y clavo.

Después, recitó Ravenga, modulando la respiración como un orador experimentado, se servirán piezas de carne con una salsa blanca de alcaparras, huevos y mostaza, muslos de cisne con miel, capones envueltos en panceta, perdices con confitura de membrillo, palomas asadas, así como pastel de hígado de cordero y gachas de cebada. Un amplio surtido de ensaladas y verduras. Después dulces, turrón, pastelillos rellenos, castañas asadas, confituras y mermeladas. Los vinos de Toussaint, se entiende, se servirán sin tasa y a todas horas.

La descripción de Ravenga era tan gráfica que a los dos se les hizo la boca agua. Pero Geralt tenía sus dudas de que pudiera llegar a probar bocado de tan extenso menú. Él no se contaba entre los invitados a aquella boda, ni mucho menos. Estaba en peor situación que los ajetreados pajes, que siempre se las arreglan para pillar algo de las fuentes que vienen y van o, por lo menos, para meter el dedo en la nata, en la salsa o en el

paté.

El escenario principal de la celebración era el parque de palacio, en otros tiempos huerto de un templo, reconstruido y reformado por los reyes de Kerack a base de columnatas, cenadores y templetes. Ese día, entre los árboles y las construcciones, se habían dispuesto, adicionalmente, numerosos pabellones de brillantes colores, y unas telas extendidas sobre pértigas proporcionaban protección frente al ardiente sol. Ya se había congregado un gran número de invitados. Tampoco iban a ser demasiados, un par de centenares en total. La lista, según las malas lenguas, la había confeccionado el rey en persona, sólo un grupo de elegidos, la verdadera élite, estaba llamado a recibir su invitación. En esa élite, por lo que se pudo ver, Belohun incluía sobre todo a allegados y parientes. Además, se invitó a la alta sociedad y la crema local, a los funcionarios clave de la administración, a los vecinos más acaudalados y a

hombres de negocios extranjeros, así como a representantes del cuerpo diplomático, o lo que es lo mismo, a algunos espías de países vecinos que se hacían pasar por agregados comerciales. La lista se completaba con un nutrido grupo de pelotas, arribistas y otros maestros en el arte de lamerle el culo al monarca.

Delante de una de las entradas laterales a palacio esperaba el príncipe Egmund, ataviado con un caftán negro con ricas bordaduras de oro y plata. Le acompañaban unos jóvenes. Todos llevaban los cabellos largos y trenzados, todos iban vestidos a la última moda, con jubones guateados y calzas ajustadas, que presentaban unas coquillas genitales exageradamente prominentes. No le hicieron mucha gracia a Geralt. No sólo por las miradas burlonas que dirigieron a sus ropas. Le recordaron en exceso a Sorel Degerlund.

Al ver al instigator y al brujo, el príncipe hizo retirarse de inmediato a su escolta. Sólo permaneció a su lado un individuo. Llevaba el

pelo corto y vestía unas calzas normales. Pero a Geralt tampoco le gustó.

Tenía unos ojos raros. Con los que miraba de un modo desagradable.

Geralt se inclinó ante el príncipe. El príncipe, como es natural, no se inclinó ante Geralt.

—Entrégame la espada —le dijo a Geralt después de los saludos—. No puedes pasearte armado por aquí. No te preocupes, aunque no veas la espada, estará a tu permanente disposición. He dado órdenes. Si ocurriera algo, te devolverán inmediatamente la espada. De eso se ocupará el capitán Ropp, aquí presente.

—Y, ¿qué probabilidades hay de que ocurra algo?

—Si no hubiera ninguna o fueran escasas, ¿te daría tanto la lata? ¡Oooh! —Egmund se fijó en la vaina y en la espada—. ¡Una espada de Viroledo! Esto no es una espada, sino una obra de arte. Lo sé, porque en tiempos tuve una parecida. Me la robó mi hermano por parte de padre, Viraxas.

Cuando mi padre lo desterró, antes de marcharse se apropió de muchas cosas ajenas. De recuerdo, seguramente.

Ferrant de Lettenhove carraspeó. Geralt recordó unas palabras de Jaskier. No estaba permitido pronunciar el nombre del primogénito desterrado en la corte. Pero estaba claro que Egmund no hacia mucho caso de aquella prohibición.

—Una obra de arte —repitió el príncipe, sin dejar de admirar la espada—. No te pregunto de qué modo la has conseguido, pero en todo caso te felicito por la adquisición. Porque me resisto a creer que las que te robaron fueran mejores que ésta.

—Cuestión de gusto, de inclinación y de preferencia. Yo habría preferido recuperar las robadas. El príncipe y el señor instigator dieron su palabra de que descubrirían al autor del robo. Ésa era, me permito recordarlo, la condición con la que acepté el encargo de proteger al rey. Una

condición que, evidentemente, no se ha cumplido.

—Evidentemente, no se ha cumplido —admitió con fríaldad Egmund, entregándole la espada al capitán Ropp, el tipo de la mirada desagradable —. Por eso, me siento en la obligación de compensarte. En lugar de las trescientas coronas con las que me proponía remunerarte por tus servicios, recibirás quinientas. Añado de paso que la investigación relativa a tus espadas no se ha dado por cerrada, y aún puedes recobrarlas. Al parecer, Ferrant tiene ya un sospechoso. ¿No es verdad, Ferrant?

—Las investigaciones —informó secamente Ferrant de Lettenhoveapuntan inequívocamente a la persona de Nikefor Muus, funcionario municipal y judicial. Ha huido, pero su captura es sólo cuestión de tiempo.

—No mucho tiempo, en mi opinión —dijo irritado el príncipe—. No cuesta tanto atrapar a un funcionario manchado de tinta. Al que, además, seguro que de estar siempre sentado en su

escritorio le habrán salido unas hemorroides que le tendrían que complicar la huida, lo mismo a pie que a caballo. ¿Cómo se las habrá arreglado para escapar?

—Nos las vemos —gruño el instigator— con un hombre escasamente previsible. Y probablemente no muy normal. Antes de desaparecer, montó un espectáculo repugnante en el local de Ravenga, algo, perdonad, a base de excrementos humanos… Tuvieron que cerrar el local por un tiempo, porque… Os ahorro los detalles más escabrosos. En el registro que se llevó a cabo en casa de Muus no aparecieron las espadas robadas, pero en cambio se encontró… perdonad… un morral de piel, lleno hasta arriba…

—No sigas, no sigas, ya me imagino qué. —Egmund torció el gesto—. Sí, efectivamente dice mucho del estado psíquico de ese personaje. Dadas las circunstancias, brujo, lo más probable es que tus espadas haya que darlas por perdidas. Aunque Ferrant lo capture, no va a sacarle nada a

ese chiflado. A ésos ni siquiera merece la pena someterlos a tortura, cuando los torturan se limitan a delirar sin ton ni son. Y ahora disculpadme, mis obligaciones me reclaman.

Ferrant de Lettenhove acompañó a Geralt hasta la entrada principal del recinto palaciego. Enseguida se encontraron en un patio cubierto con baldosas de piedra, donde los senescales recibían a los invitados según iban llegando, y guardias y pajes los acompañaban al interior del parque.

—¿Qué puedo esperarme?

—¿Cómo?

—Que qué puedo esperarme hoy aquí. ¿Cuál de estas palabras no se entiende?

—El príncipe Xander —bajó la voz el instigator— se ha jactado en presencia de testigos de que mañana será rey. Aunque ya lo había dicho otras veces, y siempre en estado de embriaguez.

—¿Está capacitado para llevar a cabo un golpe de estado?

—No demasiado. Pero tiene su camarilla, sus

allegados y sus favoritos. Éstos están más capacitados.

—¿Qué hay de cierto en eso de que Belohun va a proclamar hoy mismo heredero al trono al hijo engendrado en su nueva consorte?

—Bastante.

—Y Egmund, que va a perder sus opciones al trono, mira tú por dónde, contrata a un brujo para que proteja y defienda a su padre. Un amor filial digno de admiración.

—Déjate de divagar. Has aceptado una tarea. Realízala.

—La he aceptado y la estoy realizando. Aunque es tremendamente oscura. No sé a quién tendría enfrente en caso de que ocurriera algo. Creo que debería saber quién me va a apoyar si pasa algo.

—Si fuera necesario, la espada, como te ha prometido el príncipe, te la daría el capitán Ropp. Él también te apoyaría. Y yo te ayudaría, en la medida de mis fuerzas. Porque te deseo lo mejor.

—¿Desde cuándo?

—¿Cómo?

—Hasta ahora nunca habíamos hablado a solas. Siempre estaba Jaskier delante, y no quería sacar el tema en su presencia. Informes detallados por escrito sobre mis presuntas estafas. ¿De dónde los ha sacado Egmund? ¿Quién los ha pergeñado? Porque no ha sido él personalmente. Ha sido cosa tuya, Ferrant.

—No he tenido nada que ver con eso. Te lo aseguro…

—Mientes muy mal para ser un guardián de la ley. No me imagino cómo has podido pillar ese cargo.

Ferrant de Lettenhove apretó los dientes.

—Tuve que hacerlo —dijo—. Cumplía órdenes.

El brujo lo miró largamente.

—No te creerías —dijo finalmente— la de veces que he oído algo parecido. Es un consuelo que fuera casi siempre en boca de gente a la que

iban a colgar.

Lytta Neyd estaba entre los invitados. La identificó sin problemas. Y es que llamaba la atención.

El vestido, muy escotado, en crêpe de Chine, de un jugoso color verde, estaba adornado por delante con un bordado en forma de estilizada mariposa, y brillaba con sus diminutas lentejuelas. Estaba rematado con volantes. Los volantes en el atuendo de una mujer de más de diez años solían despertar en el brujo un sentimiento de compasión irónica, pero en el vestido de Lytta armonizaban perfectamente con el conjunto, y de un modo más que atractivo.

El cuello de la hechicera estaba envuelto en un collar de esmeraldas talladas. Ninguna era menor que una almendra. Una de ellas era sensiblemente mayor.

Sus cabellos pelirrojos eran como un incendio en un bosque.

Al lado de Lytta se encontraba Mozaïk. Con un vestido negro sorprendentemente atrevido de seda y chifón, completamente transparente en hombros y mangas. El cuello y el escote de la muchacha estaban cubiertos por una especie de gola de chifón, con unos pliegues de fantasía, cosa que, en combinación con los largos guantes negros, le añadía a la figura un aura de extravagancia y misterio.

Las dos llevaban zapatos de tacones de cuatro pulgadas. Lytta de piel de iguana, Mozaïk de charol.

Por un momento Geralt dudó de si debía acercarse. Pero sólo por un momento.

—Salud —Lytta lo recibió sin inmutarse—. Mira quién está aquí, me alegro de verte. Mozaïk, has ganado, los zapatos blancos son para ti.

—Una apuesta —supuso Geralt—. ¿A propósito de qué?

—De ti. Estaba convencida de que ya no nos íbamos a ver, y aposté a que no ibas a aparecer

por aquí. Mozaïk aceptó la apuesta, porque no compartía mi opinión.

Le obsequió con una profunda mirada de jade, esperando sin duda un comentario. Unas palabras. Las que fueran. Geralt no dijo nada.

—¡Salud a estas hermosas damas! —Jaskier apareció, como salido de la tierra, un auténtico deus ex machina—. Me inclino profundamente, rindo homenaje al encanto. Mi señora Neyd, doncella Mozaïk. Disculpad que me presente sin unas flores.

—Estás disculpado. ¿Qué hay de nuevo en el arte?

—Como es habitual en el arte, todo y nada. —Jaskier cogió de la bandeja de un paje que pasaba por allí unas copas de vino y se las ofreció a las damas—. La fiesta es un pelin sosa, ¿no creéis? Pero el vino es bueno. Est Est, a cuarenta la pinta. El tinto tampoco está mal, lo he probado. Pero ni se os ocurra tomar hipocrás, no saben prepararlo. Y siguen llegando invitados, ¿habéis visto? Como

suele ocurrir en las altas esferas, hay esas carreras a la inversa, esas galopadas à rebours, en las que gana y se lleva la palma quien llega el último. Haciendo una bonita entrada. Creo que estamos asistiendo al final. Acaban de cruzar la línea de meta el propietario de una red de serrerías y su señora, siendo derrotados por la máxima autoridad portuaria y su esposa, que hacen su entrada justo detrás de ellos. Pero, a su vez, caen derrotados ante un dandy que ignoro quién es…

—Es el jefe de la representación comercial de Kovir —explicó Coral—. Con la mujer. La mujer de quién, me pregunto.

—Al selecto grupo de cabeza se une, fijaos, Pyral Pratt, el viejo bandido. Con una acompañante que no está nada mal… ¡Leches!

—¿Qué te ha pasado?

—Esa mujer que está con Pratt… —Jaskier se atragantó—. Es… es Etna Asider… La viuda que me vendió la espada…

—¿Fue con ese nombre como se te presentó?

—dijo Lytta con sorna—. ¿Etna Asider? Un vulgar anagrama. Esa mujer es Antea Derris. La hija mayor de Pratt. No es la viuda de nadie, porque nunca se ha casado. Se rumorea que no le gustan los hombres.

—¿Hija de Pratt? ¡No es posible! Estuve en su casa…

—Y allí no la viste —se le adelantó la hechicera—. No tiene nada de raro. Antea no se lleva demasiado bien con la familia, ni siquiera usa el apellido, utiliza un pseudónimo formado por dos nombres. Con el padre sólo tiene contacto por cuestión de negocios, a los que, por cierto, se dedican con fruición. Lo que me sorprende es verlos aquí juntos.

—Algún negocio se traerán entre manos —comentó secamente el brujo.

—Da miedo pensar de que tipo. Antea oficialmente se dedica a la mediación comercial, pero su deporte favorito es el timo, el fraude y el trapicheo. Poeta, tengo que pedirte un favor. Tú

tienes experiencia, y Mozaïk no. Échale una mano con los invitados, acompáñala, preséntasela a quien merezca la pena conocer. Indícale a quiénes no merece la pena conocer.

Tras proclamar que los deseos de Coral eran órdenes para él, Jaskier le ofreció el brazo a Mozaïk. Geralt y Lytta se quedaron a solas.

—Ven —ella rompió un silencio que se prolongaba en exceso—. Vamos a otro sitio. Allí, a esa colina.

Desde lo alto de la colina, desde un templete, la vista abarcaba la ciudad, Palmira, el puerto y el mar. Lytta se protegió los ojos con la mano.

—¿Qué barco es ése que se acerca a la rada? ¿Y echa el ancla? Una fragata de tres palos con un aspecto curioso. Con las velas negras, ja, no se ve todos los días…

—Dejémonos de fragatas. Jaskier y Mozaïk se han marchado, estamos solos y apartados.

—Y tú —Lytta se dio la vuelta— te preguntas por qué. Estás esperando que te comunique lo que

tenga que comunicarte. Esperando la pregunta que voy a hacerte. ¿Y si yo sólo quiero contarte los últimos cotilleos? Del ambiente de los hechiceros. Ah, no, no temas, no tienen que ver con Yennefer. Tienen que ver con Rissberg, un sitio que, por lo demás, tú ya conoces. Últimamente ha habido allí muchos cambios… El caso es que no detecto en tus ojos el menor brillo de interés. ¿Quieres que continúe?

—Sí, por favor.

—Empezaron con la muerte de Hortulano.

—¿No vive ya Hortulano?

—Murió hace menos de una semana. Según la versión oficial, sufrió una intoxicación letal con unos abonos con los que estaba trabajando. Pero se rumorea que fue un infarto cerebral, causado por la noticia de la muerte repentina de uno de sus pupilos, el cual había fallecido como consecuencia de un experimento fallido y sumamente sospechoso. Me refiero a un tal Degerlund. ¿Te suena? ¿Lo conociste cuando estuviste en el

castillo?

—No lo descarto. Conocí a mucha gente. No todos eran dignos de recordar.

—Por lo visto Hortulano culpó de la muerte de su pupilo a toda la dirección de Rissberg, se enfureció y sufrió un ataque. Era realmente anciano, tenía desde hacía años la tensión alta, tampoco era ningún secreto su adicción al fisstech, y el fisstech y la tensión alta son una mezcla explosiva. Pero algo tuvo que haber en cualquier caso, porque en Rissberg se han producido cambios profundos en el personal. Ya antes de la muerte de Hortulano habían surgido conflictos: entre otros, se había visto obligado a largarse de allí Algemon Guicamp, más conocido como Pinety. Seguro que te acuerdas de él. Porque, si había alguien digno de recordar, ése era él.

—Cierto.

—La muerte de Hortulano —Coral lo miró de reojo— suscitó la rápida reacción del Capítulo, a cuyos oídos ya habían llegado anteriormente

algunas noticias inquietantes, relativas a los excesos del difunto y de su pupilo. Curiosamente, aunque en nuestros tiempos sea cada vez más característico, una pequeña piedrecilla fue la causa del alud. Un insignificante hombre del común, un sheriff o un constable, que ha mostrado un celo excesivo. Éste obligó a actuar a su superior, el bailío de Gors Velen. El bailío, a su vez, remitió las acusaciones a sus superiores y de ese modo, escalón a escalón, el asunto ha llegado hasta el Consejo del Reino, y de ahí al Capítulo. Para no extenderme más: se determinó que habían sido culpables de falta de vigilancia. Se ha visto obligada a dejar la dirección Biruta Icarti, que ha regresado a la escuela, a Aretusa. También lo han dejado Axel el Caracañado y Sandoval. Ha conservado el puesto Zangenis, obtuvo la gracia del Capítulo denunciando a los otros y cargando sobre ellos todas las culpas. ¿Qué piensas tú de todo esto? ¿Tienes algo que decirme?

—¿Qué quieres que te diga? Son vuestros

asuntos. Y vuestros escándalos.

—Un escándalo que estalló en Rissberg poco después de tu visita.

—Me sobrevaloras, Coral. A mí, y a mi capacidad real.

—Jamás sobrevaloro nada. Y rara vez infravaloro.

—Mozaïk y Jaskier volverán en cualquier momento. —Geralt la miró a los ojos, desde cerca —. Por alguna razón les habrás pedido que se alejen. Di de una vez de qué se trata.

Ella le aguantó la mirada.

—Sabes muy bien de qué se trata —repuso—. Así que no ofendas mi inteligencia rebajando a propósito la tuya. No estuviste conmigo más de un mes. No, no pienses que ansío un melodrama empalagoso o unos gestos patético-sentimentales. No espero nada de una relación cuando termina, salvo conservar un buen recuerdo.

—Has empleado, me parece, la palabra «relación»… La verdad es que asombra su

amplitud semántica.

—Nada —Coral hizo como si no le hubiera oído, pero no bajó la mirada—, salvo conservar un buen recuerdo. No sé cómo será en tu caso, pero a mí, si te soy sincera, no me ha ido demasiado bien al respecto. Debería esforzarme más en ese sentido. Creo que no hace falta mucho. No sé, algo pequeño, pero bonito, un acorde final agradable, que deje un grato recuerdo. ¿Te prestarías a algo así? ¿Querrás venir a verme?

Al brujo no le dio tiempo a responder. La campana del campanario empezó a tañer ensordecedoramente, hubo diez toques en total. Después resonaron las trompetas, en una fanfarria estruendosa, metálica y un tanto cacofónica. Los guardias, con sus uniformes azules y rojos, separaron a la masa de invitados, formando un pasillo. En el pórtico de entrada al palacio apareció el mariscal de la corte, con una cadena dorada al cuello y un bastón, grande como un poste, en la mano. Tras el mariscal venían los

heraldos, tras los heraldos los senescales. Detrás de éstos, con un kalpak de marta en la cabeza y un cetro en la mano, desfilaba la figura huesuda y nervuda de Belohun, rey de Kerack. A su lado marchaba una rubita flacucha tocada con un velo, que no podía ser sino la prometida del rey, llamada a convertirse en un futuro inmediato en su esposa y reina. La rubita llevaba un vestido blanco como la nieve, e iba hasta arriba de brillantes, en una exhibición más bien excesiva, propia de nuevos ricos y de escaso gusto. Paseaba sobre los hombros, al igual que el rey, un manto de armiño, que sostenían por detrás unos pajes.

A continuación de la pareja real, si bien como a una docena de pasos de los pajes que sostenían el armiño, avanzaba la familia real. Entre ellos estaba, como es natural, Egmund, que tenía a su lado a un sujeto muy rubio, casi albino, que no podía ser más que su hermano Xander. Por detrás de los hermanos marchaba el resto de la parentela, varones y hembras, acompañados de un grupo de

niños y adolescentes, que constituían, evidentemente, tanto la progenitura legítima como la extraconyugal.

Avanzando entre los invitados que saludaban con una reverencia y las damas que hacían una profunda genuflexión, la comitiva real llegó a su meta: una plataforma que, por su estructura, recordaba más bien a un patíbulo. En la plataforma, cubierta con un baldaquino, adornada con gobelinos en los laterales, habían erigido dos tronos. En ellos se sentaron el rey y la joven doncella. Al resto de la familia se le ordenó permanecer de pie.

Por segunda vez las trompetas hirieron los oídos con su estruendo de latón. El mariscal, agitando las manos como un director de orquesta, animaba a los invitados a gritar, vitorear y brindar. Por todas partes se oían y se repetían sumisamente los deseos de salud duradera, de felicidad, de fortuna, de todo lo mejor, de una larga vida, de una larga, larguísima y requetelarga vida, cortesanos e

invitados rivalizaban entre sí. Al rey Belohun no le cambiaba la expresión de la cara, enfurruñada y altiva: su satisfacción ante los parabienes, felicitaciones y peanes en su honor y en honor de su amada la mostraba únicamente mediante leves movimientos del cetro.

El mariscal pidió silencio a los invitados y empezó a pronunciar un discurso, estuvo largamente hablando, pasando con fluidez de la grandilocuencia a la pomposidad y vuelta. Geralt consagró toda su atención a la observación de la muchedumbre, porque lo que es del discurso no se enteraba de la misa la media. El rey Belohun, proclamaba a los cuatro vientos el mariscal, agradece sinceramente la presencia de tan nutrida concurrencia, a la que se alegra de dar la bienvenida, y en día tan señalado desea a sus invitados lo mismo que éstos le desean a él. La ceremonia nupcial se celebrará por la tarde, que hasta ese momento los invitados coman, beban y disfruten de las numerosas atracciones

planificadas con esta ocasión.

El resonar de las trompetas anunció el final de la parte oficial. La comitiva real empezó a abandonar los jardines. Entre los huéspedes, Geralt pudo detectar a algunos grupos que se comportaban de un modo harto sospechoso. Uno en particular no le gustó nada, pues no se inclinaban tan profundamente como otros ante la comitiva, y además intentaban abrirse paso hacia las puertas del palacio. El brujo se desplazó ligeramente hacia el pasillo formado por los soldados uniformados en rojo y azul. Lytta iba a su lado.

Belohun marchaba mirando fijamente al frente. La joven doncella iba pendiente de todo, de vez en cuando inclinaba la cabeza a los invitados que la saludaban. Un soplo de viento le levantó el velo fugazmente. Geralt vio unos grandes ojos azules. Vio cómo esos ojos encontraban de pronto en medio de la muchedumbre a Lytta Neyd. Y cómo brillaban de odio esos ojos. Un odio límpido, claro, destilado.

Fue cosa de un segundo, después resonaron las trompetas, la comitiva siguió adelante, los guardias empezaron a marchar. El grupillo con un comportamiento sospechoso no tenía más objetivo, al parecer, que una mesa con vino y entrantes, la cual asaltó y saqueó, adelantándose a otros invitados. En una serie de estrados improvisados, levantados en distintos sitios, dieron comienzo las actuaciones: tocaban orquestas de guzlas, zanfonas, flautines y caramillos, cantaban coros. Los juglares actuaban después de los volatineros, los forzudos cedían el sitio a los acróbatas, los funambulistas reemplazaban a las bailarinas con pandereta ligeras de ropa. La cosa se iba animando. Las mejillas de las señoras empezaban a ruborizarse, las frentes de los caballeros a brillar sudorosas, las voces de unas y de otros iban subiendo de volumen. Y se volvían ligeramente estropajosas.

Lytta arrastró al brujo, llevándolo detrás de un pabellón. Ahuyentaron a una pareja que se había

ocultado allí con evidentes propósitos sexuales. La hechicera ni se inmutó, casi no se dio ni cuenta.

—No sé lo que se está tramando aquí —dijo —. No lo sé, aunque ya me imagino por qué estás tú aquí. Pero ten los ojos bien abiertos y todo lo que hagas hazlo con juicio. La prometida del rey es ni más ni menos que Ildiko Breckl.

—No te pregunto si la conoces. He visto esa mirada.

—Ildiko Breckl —insistió Coral—. Así es como se llama. La echaron de Aretusa en el tercer año. Por pequeños hurtos. Por lo que veo, no le ha ido mal en la vida. No llegó a hechicera, pero en unas horas será reina. Una cerecita con nata, y unas narices. ¿Diecisiete años? Viejo chocho. Ildiko tiene sus buenos veinticinco.

—Y te aprecia más bien poco.

—El sentimiento es mutuo. Es una intrigante por naturaleza, allá adonde va siempre hay problemas. Y eso no es todo. Esa fragata con las velas negras que ha arribado al puerto. Ya sé qué

barco es ése, he oído hablar de él. Es el *Aquerontia*. Tiene muy mala fama. Allí donde aparece, suele pasar algo.

—¿Como qué, por ejemplo?

—Lleva una tripulación de mercenarios, a quienes, por lo visto, se puede contratar para cualquier cosa. ¿Y para qué, en tu opinión, se puede contratar a unos mercenarios? ¿Para trabajos de albañilería?

—Tengo que irme. Disculpa, Coral.

—Ocurra lo que ocurra —dijo despacio, mirándole a los ojos—. Pase lo que pase, yo no puedo verme implicada en eso.

—Descuida. No tengo intención de pedirte ayuda.

—No me has entendido bien.

—Con toda seguridad. Disculpa, Coral.

Justo detrás de una columnata cubierta de hiedra, Geralt se topó con Mozaïk, que estaba de vuelta.

Sorprendentemente tranquila y fría en medio del calor, el bullicio y el ajetreo.

—¿Dónde está Jaskier? ¿Te ha dejado sola?

—Pues sí —suspiró—. Pero se ha excusado amablemente, también ha rogado que le perdonéis. Le han requerido para una actuación en privado. En los aposentos de palacio, para la reina y su camarera. No ha podido rehusar.

—¿Quién se lo ha pedido?

—Un hombre con aspecto de soldado. Y una extraña expresión en los ojos.

—Tengo que irme. Disculpa, Mozaïk.

Detrás de un pabellón que se distinguía por sus cintas de colores, se había congregado la multitud, allí servían comida: pasteles, salmón y pato en áspic. Geralt se abrió camino como pudo, buscando al capitán Ropp o a Ferrant de Lettenhove. En su lugar, se dio de frente con Febus Ravenga. El restaurador parecía un aristócrata. Vestía un jubón de brocado, y hermoseaba su cabeza un sombrero adornado con un penacho de

orgullosas plumas de avestruz. Le acompañaba la hija de Pyral Pratt, distinguida y elegante en un negro atuendo varonil.

—Oh, Geralt —se alegró Ravenga—. Permite, Antea, que te presente: Geralt de Rivia, el famoso brujo. Geralt, ésta es doña Antea Denis, intemediaria. Tómate un vino con nosotros…

—Perdonad —se disculpó—, pero tengo prisa. Además, ya conocía a doña Antea, aunque no en persona. Si yo estuviera en tu lugar, Febus, no le compraría a ella nada.

Algún eminente lingüista había decorado el pórtico por el que se accedía al palacio con una pancarta que decía: CRESCITE ET MULTIPLICAMINI. Y Geralt tuvo que detenerse ante las astas cruzadas de unas alabardas.

—Está prohibido el paso.

—Tengo que ver urgentemente al instigator real.

—Está prohibido el paso. —Por detrás de los alabarderos apareció el jefe de la guardia.

Llevaba un espontón en la mano izquierda. Un dedo sucio de la derecha se lo plantó a Geralt en toda la nariz—. Prohibido, ¿qué es lo que no entiende el señor?

—Si no apartas el dedo de mi cara, te lo romperé por varios sitios. Eso es, así está mejor. ¡Y ahora llévame hasta el instigator!

—Cada vez que te encuentras con un guardia, se arma el lio —dijo Ferrant de Lettenhove a espaldas del brujo, debía de haber estado buscándolo—. Es un grave defecto de tu carácter. Podría traerte consecuencias indeseables.

—No me gusta que me prohíban el paso.

—Para eso están los vigilantes y los guardianes. No serían necesarios si estuviera permitido el acceso a todas partes. Dejadle pasar.

—Tenemos órdenes del rey en persona. —El jefe de la guardia frunció el ceño—. ¡No dejar pasar a nadie sin registrarlo!

—Pues entonces registradlo.

El registro fue exhaustivo, los guardianes no

remolonearon, miraron a fondo, no se limitaron a un toqueteo apresurado. No encontraron nada, el estilete que Geralt solía llevar en la caña de las botas no lo había llevado a las bodas.

—¿Satisfechos? —El instigator miró al jefe de la guardia de arriba abajo—. Apartaos pues y dejadnos pasar.

—Su señoría me sabrá disculpar —dijo de mala gana el jefe de la guardia—. La orden del rey era muy clara. Afecta a todo el mundo.

—¿Cómo dices? ¡No te confundas, muchacho! ¿Sabes con quién estás hablando?

—Nadie sin registrar. —El jefe les hizo un gesto a los guardianes—. La orden era clara. Espero que su señoría no nos ponga las cosas difíciles. Para nosotros… y para su señoría.

—¿Qué está pasando hoy aquí?

—A ese respecto, ruego a su señoría que se dirija a mis superiores. A mí me han ordenado que registre a todo el mundo.

El instigator maldijo entre dientes, se sometió

al registro. No llevaba encima ni un cortaplumas.

—Me gustaría saber qué significa todo esto —dijo cuando por fin se adentraron por el pasillo—. Estoy muy preocupado. Muy preocupado, brujo.

—¿Has visto a Jaskier? Se supone que lo han llamado a palacio para un recital.

—No sé nada de eso.

—¿Y sabes que ha arribado al puerto el *Aquerontia*? ¿Te dice algo ese nombre?

—Y tanto. Y aumenta mi preocupación. Con cada minuto que pasa. ¡Vamos rápido!

En el vestíbulo —en otros tiempos, atrio del templo— rondaban los guardianes armados de partesanas, también se veían uniformes azules y rojos en las galerías. De los pasillos llegaba un rumor de pasos y voces.

—¡Eh! —el instigator se dirigió a uno de los soldados con los que se cruzó—. ¡Sargento! ¿Qué está pasando aquí?

—Disculpad, señoría… Corro a cumplir una orden…

—¡Alto, te digo! ¿Qué pasa aquí? ¡Exijo explicaciones! ¿Qué ha pasado? ¿Dónde está el príncipe Egmund?

—Don Ferrant de Lettenhove.

En la puerta, bajo unos pendones con el delfín azur, escoltado por cuatro fornidos pretorianos ataviados con casacas de cuero, estaba el mismísimo rey Belohun. Se había despojado de los atributos reales, de modo que no parecía un monarca. Parecía un aldeano cuya vaca acaba de parir. Trayendo al mundo un precioso ternerito.

—Don Ferrant de Lettenhove. —En la voz del rey también resonaba la alegría por el alumbramiento—. Instigator real. O sea, mi instigator. ¿O tal vez no es mío? ¿Tal vez es de mi hijo? Te presentas, a pesar de que no te he llamado. En realidad, estar aquí en estos momentos es una de las obligaciones de tu cargo, pero el caso es que no te he llamado. Que se divierta Ferrant, pensé, que coma, que beba, que se pille a alguna pelandusca y se la cepille en un

cenador. No voy a llamar a Ferrant, no lo quiero aquí. ¿Sabes por que no te quería aquí? Porque no estaba seguro de a quién servías. ¿A quién sirves, Ferrant?

—Sirvo —el instigator hizo una profunda reverencia— a vuestra majestad. Y estoy entregado por entero a vuestra majestad.

—¿Lo habéis oído todos? —El rey miró a su alrededor en un gesto teatral—. ¡Ferrant está entregado a mí! Bien, Ferrant, bien. Ésa era la respuesta que esperaba, instigator real. Puedes quedarte, eres de mi agrado. Ahora mismo pienso abrumarte con toda clase de tareas propias de un instigator… ¡Vaya! ¿Y éste? ¿Quién es éste? ¡Un momento, un momento! ¿No será el brujo ese que ha cometido un fraude? ¿El que nos señaló la hechicera?

—Ha resultado ser inocente, la hechicera fue inducida a error. Hubo una denuncia…

—No se denuncia a los inocentes.

—Así lo ha decidido el tribunal. La causa se

ha archivado por falta de pruebas.

—Pero hubo una causa, vamos, que algo olía mal. Las decisiones y las sentencias de los tribunales no se basan en las fantasías y los caprichos de los funcionarios judiciales, sino que malos olores se desprenden del meollo del asunto. Basta de esto, no pienso perder el tiempo con una conferencia sobre jurisprudencia. En el día de mi boda puedo mostrarme magnánimo, no voy a ordenar que lo encierren, pero que este brujo desaparezca de mi vista inmediatamente. ¡Y no quiero volver a verlo!

—Majestad… Estoy preocupado… Al parecer, ha llegado al puerto el *Aquerontia*. En esta situación, las consideraciones relativas a la seguridad nos imponen, con vistas a garantizar vuestra protección… El brujo podría…

—¿Qué es lo que podría? ¿Cubrirme con su pecho? ¿Hacer frente a los atacantes con sus encantamientos brujeriles? ¿Ésa fue la misión que le encomendó Egmund, mi afectuoso hijo?

¿Defender a su padre y proporcionarle protección? Bueno, haz el favor de venir conmigo, Ferrant. Ah, qué diablos, ven tú también, brujo. Os voy a enseñar una cosa. Vais a ver cómo me preocupo por mi propia seguridad y cómo me protejo a mí mismo. Fijaos bien. Escuchad. A lo mejor aprendéis algo. Y descubrís algo. Sobre vosotros mismos. ¡Venga, seguidme!

Echaron a andar, apremiados por el rey y escoltados por los pretorianos con casacas de cuero. Llegaron a una sala grande. En una tarima, bajo un plafón pintado con olas y monstruos marinos, había un trono, y en él se sentó Belohun. Enfrente, bajo un fresco que representaba un mapa estilizado del mundo, sentados en un banco, escoltados por otro grupo de pretorianos, estaban los hijos del rey. Los príncipes de Kerack. Egmund, negro como un cuervo, y Xander, rubio casi albino.

Belohun se arrellanó en el trono. Miró a sus hijos de arriba abajo, con la mirada de un

triunfador ante quien se arrodillan, implorando piedad, los enemigos derrotados en la batalla. No obstante, en los cuadros que Geralt había visto antes, los triunfadores solían exhibir en sus rostros un aire de gravedad, de dignidad, de nobleza y de respeto por los vencidos. Habría sido inútil buscar algo de eso en el rostro de Belohun. En él se reflejaba únicamente el escarnio más ponzoñoso.

—Mi bufón de corte —declaró el rey— se puso ayer malo. Tiene cagalera. Mala suerte, pensé, nos quedamos sin chistes, nos quedamos sin facecias, nos quedamos sin risas. Me equivoqué. Hay risas. Para partirse. Porque vosotros, vosotros dos, hijos míos, sois ridículos. Patéticos, pero ridículos. Durante años, os lo aseguro, con mi mujer en el lecho, después de los juegos y los torneos de amor, cuantas veces nos acordemos de vosotros dos, de este día, vamos a reímos hasta que se nos salten las lágrimas. Al fin y al cabo, no hay nada más divertido que un tonto.

Xander, no era difícil advertirlo, estaba

asustado. No paraba de pasear los ojos por la sala y sudaba intensamente. Egmund, por el contrario, no daba muestras de temor. Miraba directamente al padre a los ojos, con idéntica acritud.

—Dice la sabiduría popular: espera lo mejor y prepárate para lo peor. Así pues, estaba preparado para lo peor. Porque, ¿qué puede haber peor que la traición de tus propios hijos? Entre vuestros conmilitones de mayor confianza he infiltrado a agentes míos. Vuestros colaboradores os han traicionado a las primeras de cambio, en cuanto he ejercido la menor presión sobre ellos. Vuestros factótums y favoritos han huido sin más de la ciudad.

»Sí, hijos míos. ¿Pensabais que soy ciego y estúpido? ¿Que estoy viejo y oxidado, que soy un incapaz? ¿Pensabais que no me daba cuenta de que los dos aspirabais al trono y a la corona? ¿Que los deseáis como el cerdo desea las trufas? El cerdo, en cuanto husmea una trufa, se vuelve idiota. De deseo, de avidez, de ganas y de apetito salvaje. El

cerdo enloquece, gruñe, chilla, no hace caso de nada, sólo le preocupa llegar hasta las trufas. Para quitárselo de encima, hay que darle una manta de palos. Y vosotros, hijos míos, habéis resultado unos cerdos. En cuanto olisqueasteis un hongo, os volvisteis locos de ganas y de apetito. Pero vais a conseguir una mierda, nada de trufas. Y también, claro está, vais a saborear el palo. Habéis actuado contra mí, hijos, os habéis rebelado contra mi poder y contra mi persona. La salud de la gente que actúa contra mi suele sufrir repentinos empeoramientos. Es un hecho confirmado por la ciencia médica.

»Ha echado el ancla en el puerto la fragata *Aquerontia*. Ha venido hasta aquí obedeciendo órdenes mías, yo he contratado al capitán. El juicio se celebrará mañana por la mañana, antes de mediodía se habrá dictado sentencia. Y a mediodía los dos estaréis en ese barco. Sólo os permitirán abandonar la nave una vez que haya dejado atrás el faro de Peixe de Mar. Lo que en la práctica

significa que vuestro nuevo lugar de residencia será Nazair. Ebbing. Maecht. O Nilfgaard. O el mismísimo fin del mundo y la antesala del infierno, si tenéis el capricho de viajar hasta allí. Porque lo que es aquí, a estas tierras, no volveréis nunca más. Nunca más. Si en algo apreciáis vuestras cabezas.

—¿Pretendes desterrarnos? —estalló Xander —. ¿Igual que desterraste a Viraxas? ¿También prohibirás pronunciar nuestros nombres en la corte?

—A Viraxas lo desterré en un arrebato de ira y sin que mediara una sentencia. Lo cual no quiere decir que no vaya a ordenar ejecutarlo en caso de que osara volver. A vosotros dos os condenará a destierro un tribunal. Legalmente y conforme a derecho.

—¿Tan seguro estás? ¡Veremos! ¡Veremos lo que dice el tribunal ante tamaña arbitrariedad!

—El tribunal sabe qué clase de fallo espero, y ése será el fallo que emita. Por unanimidad. Sin un

solo voto particular.

—¡Seguro que por unanimidad! ¡En este país los tribunales son independientes!

—Los tribunales sí. Pero los jueces no. Mira que eres tonto, Xander. Tu madre era más simple que un chupete, tú has salido a ella. Seguro que este golpe tampoco lo has tramado tú solito, todo lo ha planeado alguno de tus favoritos. Pero en definitiva me alegro de que te haya dado por conspirar, estoy encantado de librarme de ti. El caso de Egmund es distinto, sí, Egmund tiene talento. Un brujo contratado por el hijo concienzudo para proteger al padre, ¡ay!, con cuanta inteligencia lo guardaste en secreto, de tal modo que todos llegaran a saberlo. Y luego ese veneno por contacto. Qué cosa más astuta, ese veneno: la comida y las bebidas las doy a catar, pero, ¿quién iba a reparar en el mango del atizador de la chimenea de los aposentos reales? ¿Un atizador que no usa nadie más que yo y que no dejo tocar a nadie? Muy astuto, muy astuto, hijo. Sólo

que tu envenenador te traicionó, así son las cosas, los traidores traicionan a los traidores. ¿Cómo es que estás tan callado, Egmund? ¿No tienes nada que decir?

Los ojos de Egmund miraban con fríaldad, seguía sin haber en ellos ni sombra de temor. La perspectiva del destierro no le asusta lo más mínimo, comprendió Geralt, no está pensando en el exilio ni en su vida en el extranjero, no está pensando en el *Aquerontia*, no está pensando en Peixe de Mar. Entonces, ¿en qué estará pensando?

—¿No tienes —insistió el rey— nada que decir, hijo?

—Sólo una cosa —dijo Egmund de mala gana —. Una de esas sentencias populares que tanto te gustan. No hay nada más estúpido que un viejo estúpido. Recuerda mis palabras, querido padre. Cuando llegue la hora.

—Agarradlos, encerradlos y vigiladlos —ordenó Belohun—. Ésa es tarea tuya, Ferrant, es misión del instigator. Y ahora que vengan el sastre,

el mariscal y el notario, todos los demás fuera de aquí. Y tú, brujo… Hoy has aprendido algo, ¿a que sí? ¿Has descubierto algo sobre ti mismo? ¿En concreto, que eres un pardillo y un ingenuo? Si lo has comprendido, ya habrás sacado algo positivo de tu visita de hoy. Visita que finaliza ahora mismo. ¡Eh, ahí, que vengan dos hombres! Conducid al brujo aquí presente hasta las puertas de palacio y ponedlo de patitas en la calle. ¡Y cuidad que no pille por el camino alguna pieza de plata de la cubertería!

En el pasillo, pasado el vestíbulo, les cortó el paso el capitán Ropp. En compañía de otros dos individuos, de parecidos ojos, ademanes y actitud. Geralt se habría apostado algo a que los tres habían servido alguna vez en la misma unidad. De pronto comprendió. De pronto cayó en la cuenta de que sabía lo que iba a pasar, sabía cómo se iban a desarrollar los acontecimientos. Por tanto, no le

sorprendió que Ropp declarara que él se hacía cargo de la vigilancia del escoltado, ni que ordenara darse la vuelta a los guardias. Sabía que el capitán le iba a mandar que le acompañara. Tal y como esperaba, los otros dos individuos marcharon por detrás de ellos, a sus espaldas.

Ya se imaginaba con quién se iba a encontrar en el cuarto adonde entraron.

Jaskier estaba pálido como un cadáver y visiblemente asustado. Pero no daba la impresión de que hubiera sufrido ningún daño. Estaba sentado en una silla de alto respaldo. Detrás de la silla había un tipo flaco, con los cabellos peinados y recogidos en una trenza. Tenía en la mano un estilete con la hoja alargada, fina y de sección cuadrangular. El arma estaba pegada al cuello del poeta, por debajo de la mandíbula, oblicuamente y apuntando hacia arriba.

—Nada de tonterías —advirtió Ropp—. Nada de tonterías, brujo. Un solo movimiento precipitado, aunque no sea más que un ligero

titubeo, y el señor Samsa degüella al músico como a un cerdo. Sin vacilar.

Geralt sabía que el señor Samsa no iba a vacilar. Porque los ojos del señor Samsa eran aún más desagradables que los de Ropp. Eran unos ojos con una expresión muy particular. Personas con unos ojos como ésos se podían encontrar, de vez en cuando, en los depósitos de cadáveres y en las salas de disección. No trabajaban allí para ganarse el pan, ni mucho menos, sino para disfrutar de la posibilidad de satisfacer sus pasiones más ocultas. Geralt ya entendía por qué estaba tan tranquilo el príncipe Egmund. Por qué miraba sin temor al futuro. Y a los ojos de su padre.

—Se trata de que seas obediente —dijo Ropp—. Si eres obediente, los dos salvaréis el pellejo.

»Si haces lo que te ordenemos —siguió mintiendo el capitán—, os dejaremos libres a ti y al cagaversos. Que te resistes, os mataremos a los dos.

—Estás cometiendo un error, Ropp.

—El señor Samsa —Ropp no hizo ni caso de la advertencia— se quedará aquí con el músico. Nosotros, o sea, tú y yo, vamos a dirigirnos a los aposentos reales. Allí estará la guardia. Tengo tu espada, como puedes ver. Te la entregaré, y tú te ocuparás de la guardia. Y de cualquiera que pudiera venir en ayuda de la guardia si es que ésta consigue dar la voz de alarma antes de que la liquides. Al oír el alboroto, el ayuda de cámara guiará al rey por una salida secreta, donde le esperarán los señores Richter y Tverdoruk. Los cuales alterarán en alguna medida la sucesión al trono local y la historia de la monarquía local.

—Estás cometiendo un error, Ropp.

—Ahora —dijo el capitán, acercándose mucho —. Ahora me vas a confirmar si has comprendido cuál es tu tarea y la vas a cumplir. Si no lo haces, antes de que yo cuente mentalmente hasta tres el señor Samsa le atravesará al músico el tímpano del oído derecho, y yo seguiré contando. Si no surte el efecto deseado, el señor Samsa le pinchará

en el otro oído. Y después le sacará un ojo al poeta. Y así hasta el final, que será un pinchazo en los sesos. Empiezo a contar, brujo.

—¡No le hagas caso, Geralt! —Jaskier, de forma milagrosa, consiguió que la voz le saliera de la garganta contraida—. ¡No se atreverán a ponerme la mano encima! ¡Soy famoso!

—Me parece —juzgó fríamente Ropp— que no nos está tomando en serio. Señor Samsa, el oído derecho.

—¡Quieto! ¡No!

—Mejor así. —Ropp asintió con la cabeza—. Mejor así, brujo. Confirma que has entendido cuál es tu cometido. Y que lo vas a cumplir.

—Primero el estilete lejos del oído del poeta.

—Ah —bufó el señor Samsa, levantando el arma por encima de la cabeza—. ¿Así vale?

—Sí, así vale.

Con la mano izquierda Geralt cogió a Ropp de la muñeca y con la derecha agarró el puño de su espada. De un fuerte tirón atrajo hacia sí al capitán

y le propinó un violento cabezazo en toda la cara. Se oyó un chasquido. Antes de que Ropp cayera al suelo, el brujo desenvainó la espada, con un suave movimiento, haciendo un giro en corto, le seccionó al señor Samsa la mano levantada con el estilete. Samsa soltó un bramido, cayó de rodillas. Richter y Tverdoruk se abalanzaron sobre el brujo armados con sendos estiletes, pero él, dando media vuelta, saltó en medio de los dos. Sobre la marcha acuchilló a Richter en el cuello, la sangre ascendió hasta la lámpara de araña que colgaba del techo. Tverdoruk atacó, saltando y fintando con el arma, pero se tropezó con Ropp, tendido en el suelo, y perdió el equilibrio por unos momentos. Geralt no le permitió recuperarlo. Con una rápida acometida le hirió desde abajo en una ingle, y otra vez, desde arriba, en la carótida. Tverdoruk cayó, se encogió en un ovillo.

El señor Samsa desconcertó a Geralt. Sin la mano derecha, perdiendo sangre por el muñón, encontró con la izquierda el estilete caído en el

suelo. Y armado con él se lanzó sobre Jaskier. El poeta chilló, pero exhibió presencia de ánimo. Se tiró de la silla y se protegió tras ella de su atacante. Y Geralt ya no le permitió nada más al señor Samsa. La sangre volvió a salpicar el techo, la araña y los restos de las velas que estaban encajadas en la araña.

Jaskier se puso de rodillas, apoyó la frente en la pared y vomitó generosamente, poniéndolo todo perdido. Ferrant de Lettenhove irrumpió en el cuarto, en compañía de algunos guardianes.

—¿Qué está pasando aquí? ¿Qué es todo esto? ¡Julian! ¿Estás bien? ¡Julian!

Jaskier levantó una mano, dando a entender que respondería en breve, porque en ese preciso momento no tenía tiempo. Tras lo cual volvió a vomitar.

El instigator mandó salir a los guardias, cerró la puerta tras de ellos. Examinó los cadáveres, con cuidado de no pisar la sangre derramada y de que la sangre que goteaba de la araña no le manchara

el jubón.

—Samsa, Tverdoruk, Richter —los identificó—. Y el capitán Ropp. Hombres de confianza del príncipe Egmund.

—Cumplían órdenes. —El brujo se encogió de hombros, mirando su espada—. Lo mismo que tú, se atuvieron a las órdenes recibidas. Y tú no sabías nada de esto. Confírmalo, Ferrant.

—Yo no sabía nada de esto —se apresuró a asegurar el instigator, y se echó para atrás, con la espalda apoyada en la pared—. ¡Lo juro! No sospecharás… No creerás…

—Si lo creyera, ya no vivirías. Te creo. No ibas a poner así en peligro la vida de Jaskier.

—Hay que informar de esto al rey. Me temo que para el príncipe Egmund puede significar una enmienda y un anexo al acta de acusación.

Ropp aún vive, me parece. Confesará…

—Dudo que pueda hacerlo.

El instigator observó al capitán, que yacía rígido en medio de un charco de orina, babeando

en abundancia y tiritando sin parar.

—¿Qué tiene?

—Esquirlas de los huesos nasales en el cerebro. Y seguramente algunos fragmentos en los globos oculares.

—Le has sacudido demasiado fuerte.

—Así es como he querido. —Geralt limpió la hoja de la espada con un mantelillo que quitó de una mesa—. Jaskier, ¿qué tal? ¿Todo bien? ¿Puedes ponerte en pie?

—Todo bien —farfulló Jaskier—. Ya estoy mejor. Mucho mejor…

—Nadie diría que estás mejor.

—¡Qué diablos, acabo de librarme por poco de la muerte! —El poeta se levantó, apoyándose en una cómoda—. La leche, no he tenido tanto miedo en mi vida… He tenido la sensación de que me estallaba el fondo del culo. Y de que todo lo de dentro salia volando hacia abajo, incluidos los dientes. Pero en cuanto te vi supe que me ibas a salvar. Es decir, no es que lo supiera, pero desde

luego contaba con ello… Ostras, cuánta sangre hay aquí… ¡Qué mal huele! Me da que voy a volver a potar…

—Vamos a ver al rey —dijo Ferrant de Lettenhove—. Dame tu espada, brujo… Y límpiate un poco. Tú, Julian, quédate…

—Sí, claro. Yo no me quedo aquí solo ni un momento. Prefiero pegarme bien a Geralt.

El acceso a las antecámaras reales estaba controlado por unos guardianes, no obstante, reconocieron al instigator y le permitieron pasar. En cuanto al acceso a los aposentos propiamente dichos, la cosa no fue tan fácil. Un heraldo, dos senescales y su escolta, integrada por cuatro pretorianos, constituía una barrera infranqueable.

—El rey —informó el heraldo— se está probando el atuendo nupcial. Ha prohibido que se le moleste.

—¡Venimos por un asunto muy importante y

que no admite demora!

—El rey ha prohibido categóricamente que se le moleste. Además, al señor brujo se le había ordenado, si no me equivoco, que abandonara el palacio. ¿Qué hace aquí todavía?

—Se lo explicaré al rey. ¡Os rogamos que nos dejéis pasar!

Ferrant apartó al heraldo, dio un empujón al senescal. Geralt siguió sus pasos. Pero de ese modo consiguieron llegar únicamente hasta el umbral de los aposentos reales, por detrás de una serie de cortesanos que se habían congregado en ese punto. A partir de ahí fueron los pretorianos con casacas de cuero quienes les cortaron el paso, arrinconándolos contra la pared a una orden del heraldo. Mostraron muy poca delicadeza, si bien Gerralt siguió el ejemplo del instigator y no ofreció resistencia.

El rey estaba de pie sobre un taburete bajo. Un sastre con alfileres en la boca le arreglaba las calzas. A su lado estaba el mariscal de la corte y

un tipo vestido de negro, probablemente el notario.

—Inmediatamente después de la ceremonia nupcial —decía Belohun— anunciaré que el heredero al trono será el hijo que me dé la que hoy se convierte en mi esposa. Esta decisión debería asegurarme su favor y obediencia, je, je. También me proporcionará un poco de tiempo y de paz. Pasaran como veinte años antes de que el mocoso alcance la edad en que uno empieza a intrigar.

»Pero —el rey hizo una mueca y le guiñó el ojo al mariscal—, si me da la gana, puedo desdecirme y nombrar sucesor a cualquier otro. Al fin y al cabo, éste es un matrimonio morganático, y los hijos de tales matrimonios no heredan los títulos, ¿no es así? ¿Y quién está en condiciones de prever cuánto voy a aguantar con ella? ¿O es que no hay otras mozas en el mundo, más guapas y más jóvenes que ella? Así pues, habrá que redactar los correspondientes documentos, unas capitulaciones o algo por el estilo. Espera lo mejor y prepárate para lo peor, je, je, je.

El ayuda de cámara le entregó al rey una bandeja con abundantes joyas.

—Llévate esto —se enfadó Belohun—. No pienso cargarme de pedrería como un pisaverde o un nuevo rico. Sólo voy a ponerme esto. Es un regalo de mi amada. Pequeño, pero de buen gusto. Un medallón con el escudo de mi país, conviene que lleve este escudo. Son palabras suyas: el escudo del país en el cuello, el bien del país en el corazón.

Transcurrió algún tiempo antes de que Geralt, arrinconado contra la pared, pudiera atar cabos.

El gato, golpeando con la zarpa un medallón. Un medallón de oro con una cadena. Un esmalte celeste, un delfín. D'or, dauphin nageant d'azur, lorré, peautré, oreillé, barbé et crêté de gueules.

Era demasiado tarde para reaccionar. A Geralt ni siquiera le dio tiempo a gritar, a avisar. Vio cómo la cadena dorada se contraía de pronto, cerrándose sobre el cuello del rey como un garrote. Belohun se puso rojo, abrió la boca, no

consiguió ni tomar aire ni gritar. Se agarró el cuello con las dos manos, tratando de arrancarse el medallón o, cuando menos, de introducir los dedos por debajo de la cadena. No fue capaz, la cadena se hundió profundamente en su cuello. El rey cayó del taburete, bailó, empujó al sastre. El sastre se trastabilló, se ahogó, por poco no se traga sus alfileres. Se echó encima del notario, los dos fueron a parar al suelo. Mientras tanto Belohun se puso azul, con los ojos en blanco, se derrumbó, sacudió varias veces las piernas, se quedó rígido. E inmóvil.

—¡Socorro! ¡El rey se ha desmayado!

—¡Un médico! —clamaba el mariscal—. ¡Avisad a un médico!

—¡Por todos los dioses! ¿Qué ha pasado? ¿Qué le ha pasado al rey?

—¡Un médico! ¡Rápido!

Ferrant de Lettenhove se llevó las manos a las sienes. Tenía una expresión extraña. La expresión de alguien que poco a poco empieza a comprender.

Colocaron al rey en un diván. El médico reclamado lo estuvo examinando detenidamente. A Geralt no le dejaron acercarse, no le permitieron observarlo. No obstante, sabía que había habido tiempo para que la cadena recobrase su forma anterior antes de la llegada del galeno.

—Apoplejía —dictaminó, incorporándose, el médico—. Causada por la asfixia. Unos vapores aéreos malignos se han introducido en el cuerpo y han intoxicado los humores. La culpa es de estas incesantes tormentas, que aumentan el calor de la sangre. Nuestro buen y amado rey ya no vive. Ha dejado este mundo.

El mariscal daba gritos, se cubrió el rostro con las manos. El heraldo se agarró el bonete con ambas manos. Algún cortesano empezó a gimotear. Varios se arrodillaron.

En el pasillo y el vestíbulo resonó de pronto el eco de unos pasos recios. En la puerta apareció un gigante, un tío que mediría siete pies de altura, tal cual. Con el uniforme de la guardia, pero con

distintivos del más alto rango. Acompañaban al gigante unos hombres con pañuelos en la cabeza y aretes en las orejas.

—Señores —dijo el gigante en medio del silencio—, tengan la gentileza de dirigirse a la sala del trono. De inmediato.

—¿A qué sala del trono? —protestó el mariscal—. Y, ¿para qué? ¿No os dais cuenta, señor De Santis, de lo que acaba de pasar aquí? ¿De la desgracia que ha ocurrido? No entendéis…

—A la sala del trono. Son órdenes del rey.

—¡El rey ha muerto!

—Viva el rey. A la sala del trono, os lo ruego. Todos. De inmediato.

En la sala del trono, bajo el plafón con tritones, sirenas e hipocampos, se había reunido como una docena de hombres. Algunos llevaban pañuelos de colores en la cabeza, otros sombreros de marinos con cintas. Todos estaban bronceados, todos llevaban aretes en las orejas.

Mercenarios. No era difícil de adivinar

quiénes eran. La tripulación de la fragata *Aquerontia*.

En el trono, sobre la tarima, se había sentado un hombre de cabello oscuro y ojos igualmente oscuros, con una nariz prominente. También él estaba bronceado. Pero no llevaba ningún arete en la oreja.

A su lado, en una silla que le habían acercado, se sentaba Ildiko Breckl, con el mismo vestido blanco como la nieve y los mismos brillantes de antes. La que hacía nada era la prometida y amada del rey contemplaba al hombre de cabello oscuro con una mirada henchida de admiración. Geralt, desde hacía ya un buen rato, estaba tratando de adivinar tanto el desarrollo de los acontecimientos como sus causas, relacionando unos hechos con otros y atando cabos. Pero ahora, en ese preciso instante, hasta alguien muy corto de entendederas tenía que ver y darse cuenta de que Ildiko Breckl y el hombre de cabello oscuro ya se conocían, y muy bien. Y seguramente desde hacía mucho tiempo.

—El príncipe Viraxas, hijo del rey, hasta hace un momento heredero del trono y de la corona —anunció el gigante, De Santis, con sonora voz de barítono—. Y ahora mismo rey de Kerack, legitimo soberano del país.

El primero que se inclinó ante él, haciendo a continuación una genuflexión, fue el mariscal de la corte. Después le rindió pleitesía el heraldo. Siguió su ejemplo el senescal, inclinando profundamente la cabeza. El último en inclinarse ante él fue Ferrant de Lettenhove.

—Su majestad.

—Por ahora basta con «su alteza» —le corrigió Viraxas—. El título de majestad me convendrá tras la coronación. Coronación que, por otra parte, tampoco debemos demorar. Cuanto antes mejor. ¿No es verdad, señor mariscal?

Reinaba un completo silencio. Se podía oír cómo a alguno de los cortesanos le sonaban las tripas.

—Mi añorado padre ya no vive —proclamó

Viraxas—. Ha ido a reunirse con sus gloriosos antepasados. Mis dos hermanos menores, algo que no me sorprende, han sido acusados de un delito de alta traición. El proceso se celebrará de conformidad con lo dispuesto por el difunto rey, mis dos hermanos serán declarados culpables y en cumplimiento de la sentencia del tribunal abandonarán Kerack para siempre. A bordo de la fragata *Aquerontia*, que yo mismo he fletado… junto a mis poderosos amigos y protectores. Sabemos que el difunto rey no ha dejado ningún testamento válido ni otras disposiciones oficiales referentes a la sucesión. Respetaría la voluntad del rey en caso de existir tales disposiciones. Pero no existen. Por tanto, el derecho a la sucesión a la corona recae sobre mí. ¿Hay alguien de los aquí presentes que desee oponerse?

No había nadie entre los allí presentes. Todos los allí presentes estaban suficientemente dotados de sentido común y de instinto de conservación.

—Entonces, pido que empecemos con los

preparativos de la coronación, y que se ocupen de ello las personas competentes. La coronación va a ir unida al casamiento. Pues he decidido revitalizar una antigua tradición de los reyes de Kerack, una norma establecida hace ya siglos. Según la cual, si el novio fallece antes de que llegue a celebrarse el enlace nupcial, la prometida está obligada a casarse con el pariente más próximo que no esté casado.

Ildiko Breckl, se le notaba en la cara radiante, estaba dispuesta a acatar desde ya esa antigua tradición. El resto de los allí reunidos callaban, intentando sin duda recordar quién, cuando y con ocasión de qué había instaurado dicha tradición. Y cómo era posible que aquella tradición hubiera sido introducida hacía siglos, cuando el reino de Kerack no contaba ni con cien años de existencia. No obstante, las frentes de los cortesanos, contraídas en el esfuerzo intelectual, pronto se relajaron. Todos, como un solo hombre, llegaron a la conclusión adecuada. Pues, si bien todavía no se

había sustanciado la coronación y de momento sólo era su alteza, Viraxas ya era de hecho el rey, y al rey siempre se le debe obediencia.

—Desaparece de aquí, brujo —susurró Ferrant de Lettenhove, poniéndole a Geralt su espada en la mano—. Llévate de aquí a Julian. Desapareced los dos. No habéis visto nada, no habéis oído nada. Que nadie os asocie con todo esto.

—Soy consciente —Viraxas paseó la mirada por todos los cortesanos allí reunidos— y puedo comprender que para algunos de los aquí presentes la situación es sorprendente. Que para algunos se están produciendo unos cambios demasiado inesperados y repentinos, que los acontecimientos se suceden con excesiva celeridad. Tampoco puedo excluir que para algunos de los aquí presentes las cosas no estén ocurriendo como ellos tenían pensado y la situación no sea de su agrado. El coronel De Santis no ha tardado en adoptar la decisión correcta y me ha jurado lealtad. Lo mismo espero de todos los demás.

»Empecemos —hizo un gesto— por el fiel servidor de mi añorado padre. Ejecutor, asimismo, de las órdenes de mi hermano, quien atentó contra la vida de mi padre. Empecemos por el instigator real, don Ferrant de Lettenhove.

El instigator hizo una reverencia.

—No te vas a librar de una investigación —anunció Viraxas—. Que aclare qué papel has desempeñado en la conjura de los príncipes. La conjura ha sido un fiasco, cosa que descalifica a los conjurados, por incompetentes. Podría perdonar el error, pero no la incompetencia. No en un instigator, en un guardián de la ley. Pero eso luego, vamos a empezar por las cuestiones más básicas. Acércate, Ferrant. Queremos que muestres y demuestres a quién sirves. Queremos que nos rindas la debida pleitesía. Que te arrodilles a los pies del trono. Y que beses nuestra mano real.

El instigator se dirigió obediente hacia la tarima.

—Vete de aquí —aún tuvo tiempo de susurrar

—. Vete cuanto antes, brujo.

En los jardines seguían pasándoselo en grande.

Lytta Neyd no tardó en fijarse en la sangre que había en el puño de la camisa de Geralt. Mozaïk también se dio cuenta, y a diferencia de Lytta se puso pálida.

Jaskier pilló dos copas de la bandeja de un paje que pasaba por allí, las vació de un trago, una detrás de otra. Pilló otras dos, se las ofreció a las damas. No quisieron. Jaskier se bebió una, la otra se la dio a Geralt, a regañadientes. Coral, entornando los ojos, miró fijamente al brujo, con una evidente tensión.

—¿Qué ha pasado?

—Ahora mismo te vas a enterar.

La campana del campanario empezó a tañer. En un tono tan siniestro, tan fúnebre y quejumbroso que los invitados, que estaban festejando, se callaron.

El mariscal de la corte y el heraldo subieron a la plataforma que recordaba a un patíbulo.

—Embargados por el dolor y la aflicción —declaró el mariscal en medio del silencio—, nos vemos obligados a trasladar una luctuosa noticia a los presentes. El rey Belohun I, nuestro amado, bondadoso y benevolente soberano, señalado por la mano cruel del destino, ha fallecido de forma repentina, abandonando este mundo. ¡Pero en Kerack no mueren los reyes! ¡El rey ha muerto, viva el rey! ¡Que viva su majestad el rey Viraxas! ¡El hijo primogénito del finado rey, el sucesor legítimo al trono y a la corona! ¡Rey Viraxas I! ¡Tres veces viva! ¡Viva el rey! ¡Viva!

Un coro de aduladores, pelotilleros y lameculos secundó el grito. El mariscal los acalló con un gesto.

—El rey Viraxas está sumido en el pesar, al igual que toda la corte. El banquete ha sido suspendido, se ruega a los invitados que abandonen el recinto del palacio. El rey tiene

intención de celebrar en breve sus propias nupcias, entonces tendrá lugar un nuevo banquete. Para que los alimentos no se echen a perder, el rey ha dado orden de que se trasladen a la ciudad y se ofrezcan en la plaza del mercado. También serán obsequiados con alimentos los habitantes de Palmira. ¡Se avecinan tiempos de felicidad y bienestar para Kerack!

—Vaya —comentó Coral, arreglándose el pelo —. Cuanta verdad hay en la afirmación de que la muerte del novio puede entorpecer seriamente la fiesta nupcial. Belohun tendría sus defectos, pero tampoco era tan malo, así pues, descanse en paz, y que la tierra le sea leve cual pluma. Vámonos de aquí. De todos modos, empezaba a resultar aburrido. Y, como hace un día precioso, podemos ir a pasear por las terrazas, a ver el mar. Poeta, ten la amabilidad de ofrecer el brazo a mi pupila. Yo voy con Geralt. Porque tiene que contarme algo, si no me equivoco.

Era primera hora de la tarde. Todavía. Costaba

creer que hubieran pasado tantas cosas en tan poco tiempo.

Capítulo decimonoveno

Un guerrero muere con dificultad. Para llevárselo, la muerte tiene que entablar combate con él; Y el guerrero no se rinde fácilmente ante la muerte.

Carlos Castaneda, *La rueda del tiempo*

—¡Eh! ¡Mirad! —avisó de pronto Jaskier—. ¡Una rata!

Geralt no reaccionó. Conocía al poeta, sabía que solía asustarse de cualquier cosa, que se entusiasmaba fácilmente y que buscaba sensaciones allí donde no había nada sensacional.

—¡Una rata! —Jaskier no se daba por vencido—. ¡Oh, la segunda! ¡La tercera! ¡La cuarta! ¡Maldición! ¡Mira, Geralt!

Geralt suspiró y miró.

Al pie del acantilado, por debajo de la terraza, había montones de ratas. El terreno situado entre

Palmira y la colina estaba vivo, se movía, oscilaba y chillaba. Centenares, o puede que millares, de roedores huían de la zona del puerto y la desembocadura del río, corrían monte arriba, a lo largo de la empalizada, hacia los cerros y los bosques. Otros viandantes también se habían dado cuenta del fenómeno, se oían por todas partes gritos de sorpresa y de terror.

—Las ratas huyen de Palmira y del puerto —advirtió Jaskier—, ¡porque están asustadas! ¡Ya sé lo que ha pasado! ¡Seguro que ha llegado a puerto un barco de desratizadores!

Nadie tenía ganas de hacer comentarios. Geralt se enjugó el sudor de los párpados, el bochorno era monstruoso, el aire abrasador impedía respirar normalmente. El brujo miró al cielo cristalino, sin una sola nube.

—Se avecina tormenta —Lytta dijo en voz alta lo mismo que había pensado él—. Una tormenta potente. Las ratas lo notan. Y yo también lo noto. Lo noto en el aire.

Y yo también, pensó el brujo.

—Va a haber tormenta —insistió Coral—. Y va a llegar desde el mar.

—¿Cómo que tormenta? —Jaskier se abanicaba con un sombrerillo—. ¿De dónde? El tiempo parece salido de un cuadro, el cielo está despejado, no sopla el viento. Y es una pena, porque con este calor no vendría nada mal algo de vientecillo. La brisa marina…

Sin haber terminado la frase, saltó el viento. Una ligera brisa traía el olor del mar, proporcionaba un grato alivio, refrescaba. Y rápidamente cogió fuerza. Los gallardetes de los mástiles, que hacia sólo un momento colgaban flácidos y tristes, se agitaron, empezaron a ondear.

Se oscureció el cielo en el horizonte. Crecía la fuerza del viento. El leve susurro dejó paso a un murmullo, el murmullo se convirtió en silbido.

Los gallardetes los mástiles zumbaban y aleteaban con violencia en los mástiles. Rechinaban las veletas en tejados y torres,

chirriaban y tintineaban los sombreretes metálicos en las chimeneas. Volaban nubes de polvo.

En el último momento Jaskier se sujetó el sombrerillo con las dos manos, de otro modo se le habría volado.

Mozaïk se agarró el vestido, un soplo repentino le levantó mucho el chifón, casi hasta las caderas. Antes de que pudiera dominar la tela sacudida por el viento, Geralt se fijó con agrado en sus piernas. Ella sorprendió su mirada. No apartó los ojos.

—La tormenta… —Coral, para poder hablar, tuvo que darse la vuelta, el viento soplaba con tanta fuerza que ahogaba las palabras—. ¡La tormenta! ¡Se nos echa encima la tempestad!

—¡Por todos los dioses! —exclamó Jaskier, que no creía en ningún dios—. ¿Qué está pasando? ¿Ha llegado el fin del mundo?

El cielo se oscurecía muy deprisa. Y el horizonte, antes granate, se estaba volviendo negro.

El viento creció, silbando salvajemente.

En la rada, más allá del cabo, el mar se iba picando cada vez más, las olas azotaban el malecón, la blanca espuma salpicaba por todas partes. Crecía el estruendo del mar. Todo se volvió oscuro, como si fuera de noche. Entre las embarcaciones que había en la rada se apreciaba movimiento. Algunas, entre ellas el clíper correo *Eco* y la goleta de Novigrado *Pandora Parvi*, largaban las velas a toda prisa, con intención de poner rumbo a alta mar para tratar de huir de la tempestad. Los demás barcos arriaban velas y echaban anclas. Geralt se acordaba de algunos, los había observado desde la terraza de la villa de Coral. El *Alke*, la coca de *Cidaris*. El *Fucsia*, no recordaba de dónde. Y los galeones: el *Orgullo de Cintra*, con una cruz azul celeste en la bandera. El *Vértigo*, de tres mástiles, de Lan Exeter. El *Albatros*, de Redania, con sus ciento veinte pies de eslora. Y algunos más. Como la fragata *Aquerontia*, con las velas negras.

El viento había dejado de silbar. Aullaba. Geralt vio cómo en el barrio de Palmira se elevaba hacia el cielo la primera cubierta de paja, cómo se deshacía en el aire. La segunda no se hizo esperar. Ni la tercera. Ni la cuarta. Y el viento cada vez era más fuerte. El aleteo de los gallardetes dio paso a un estruendo incesante, traqueteaban las contraventanas, se derrumbaban tejas y canalones, las macetas se hacían pedazos contra el pavimento. Zarandeada por el torbellino, empezó a repicar la campana en el campanario, con un tañido entrecortado, medroso, ominoso.

Y el viento soplaba, soplaba cada vez más fuerte. Y lanzaba contra la orilla olas cada vez mayores. El rumor del mar no cesaba de crecer, cada vez era más atronador. Dejó muy pronto de ser un rumor. Se convirtió en un zumbido sordo y monocorde, como el retumbar de una máquina diabólica. Las olas crecían y, coronadas por la blanca espuma, se precipitaban contra la orilla. La tierra temblaba bajo los pies. El viento ululaba.

El *Eco* y el *Pandora Parvi* no habían logrado escapar. Regresaron a la rada y echaron anclas.

Los gritos de la gente que se agolpaba en las terrazas eran cada vez más potentes, y estaban henchidos de asombro y terror. Las manos extendidas señalaban hacia las aguas.

Una gran ola avanzaba por el mar. Una colosal pared de agua. Que parecía alzarse tan alto como los mástiles de los galeones.

Coral tenía al brujo agarrado del brazo. Decía algo, o más bien intentaba decirlo, porque el torbellino la amordazaba con toda eficacia.

—… capar. ¡Geralt! ¡Tenemos que escapar de aquí!

La ola se desplomó sobre el puerto. La gente gritaba. Bajo el gran peso de la masa de agua el muelle se hizo añicos y astillas, volaron vigas y tablones. Se derrumbó la dársena, las grúas se partieron y cayeron junto con sus soportes. Las barcas y barcazas que estaban junto a la orilla volaron por los aires como juguetes infantiles,

como esos barquitos de corcho que guían los golfillos en los sumideros. Las cabañas y los cobertizos que había junto a la playa fueron sencillamente barridos por el viento, no quedó ni rastro de ellos. La ola se adentró en el estuario, convirtiéndolo en un instante en un hervidero infernal. La multitud trataba de escapar de las calles inundadas de Palmira, corriendo en su mayoría hacia la ciudad alta, en dirección a la atalaya. Éstos se salvaron. Otros eligieron la orilla del río como vía de escape. Geralt vio cómo se los tragaban las aguas.

—¡Otra ola! —avisó Jaskier—. ¡Otra ola!

Cierto, llegó la segunda ola. Y luego la tercera. La cuarta. La quinta. Y la sexta. Las paredes de agua avanzaban hacia la rada y el puerto. Las olas golpeaban con gran fuerza los barcos anclados, que eran zarandeados en sus cadenas, y Geralt vio a algunos hombres caer por la borda. Los barcos, con el viento de cara, se defendían lo mejor que podían. Por un tiempo. Perdieron los mástiles, uno

detrás de otro. Después las olas empezaron a cubrirlos. Se hundían en la espuma y después emergían, se hundían y emergían.

El primero que dejó de emerger fue el clíper correo *Eco*. Desapareció sin más. Poco después, ésa fue también la suerte del *Fucsia*, la galera simplemente se desintegró. El casco del *Alke* rompió la cadena del ancla, muy tirante, y la coca se hundió en los abismos en un santiamén. La proa y el castillo de proa del *Albatros* estallaron ante el embate de las aguas, el barco, hecho pedazos, se fue al fondo como una piedra. El *Vértigo* perdió el ancla, el galeón empezó a bailar sobre la cresta de una ola, volcó y acabó estampado contra el malecón.

El *Aquerontia*, el *Orgullo de Cintra*, el *Pandora Parvi* y dos galeones que Geralt no conocía levaron anclas, y las olas los empujaron hacia la orilla. En apariencia se trataba de una solución desesperadamente suicida. Pero los capitanes tenían que elegir entre una destrucción

segura en el fondeadero o una maniobra arriesgada para adentrarse en el estuario.

Los galeones desconocidos no tuvieron ninguna posibilidad. Ninguno de ellos consiguió siquiera orientarse adecuadamente. Los dos se estrellaron contra el espigón.

Tampoco el *Orgullo de Cintra* ni el *Aquerontia* pudieron controlar el rumbo. Se embistieron y se quedaron trabados, las olas los aplastaron contra el embarcadero y los destrozaron. El agua se llevó los restos.

El *Pandora Parvi* bailaba y brincaba sobre las olas como un delfín. Pero mantenía el rumbo, derecho hacia el estuario del Adalatte. Geralt oía los gritos de la gente, animando al capitán.

Coral gritó, haciendo una señal con la mano.

Venía la séptima ola.

Las anteriores, tan altas como los mástiles de los barcos, tendrían, a juicio de Geralt, como diez o doce varas, de treinta a cuarenta pies. La que ahora estaba atravesando el mar, ocultando el

cielo con su masa, era el doble de alta.

La gente que huía de Palmira, amontonada al pie de la atalaya, se puso a dar gritos. Fueron azotados por el torbellino, aplastados contra el suelo, lanzados contra la empalizada.

La ola cayó sobre Palmira. Y la pulverizó como si tal cosa, la borró de la faz de la tierra. En un instante, el agua llegó hasta la empalizada, tragándose a la gente que allí se agolpaba. Montones de maderos que arrastraba la ola se precipitaron sobre la barrera, partiendo los postes. La atalaya se derrumbó y se la llevó la corriente.

El ariete del agua, irrefrenable, golpeó el acantilado. La colina tembló de tal manera que Jaskier y Mozaïk cayeron al suelo, y Geralt a duras penas consiguió mantener el equilibrio.

—¡Tenemos que escapar! —exclamó Coral, aferrada a la balaustrada—. ¡Geralt! ¡Vámonos de aquí! Se acercan más olas.

Una ola se abalanzó sobre ellos, los cubrió. La gente que estaba en la terraza y que no había salido

corriendo antes salió corriendo en ese momento. Trataban de escapar entre gritos, ascendiendo cada vez más, colina arriba, en dirección al palacio real. Pocos fueron los que se quedaron allí. Entre ellos, Geralt reconoció a Ravenga y a Antea Derris.

La gente chillaba, hacia señas con la mano. Las olas arrasaron los acantilados que había a su derecha, al pie del barrio residencial. La primera villa se derrumbó como un castillo de naipes y se deslizó ladera abajo, derecha al hervidero. Detrás de la primera fue la segunda, detrás la tercera y la cuarta.

—¡La ciudad se está desmoronando! —clamó Jaskier—. ¡Se desintegra!

Lytta Neyd levantó las manos. Salmodió un conjuro. Y desapareció.

Mozaïk se aferraba al brazo de Geralt. Jaskier chillaba.

Las aguas habían llegado ya justo debajo de ellos, al pie de la terraza. Y había gente en esas

aguas. Desde arriba les alargaban pértigas, bicheros, les lanzaban cables, intentaban tirar de ellos. No muy lejos, un individuo de fuerte complexión saltó al remolino, acudió nadando en auxilio de una mujer que estaba a punto de ahogarse.

Mozaïk soltó un grito.

Geralt divisó, bailando sobre una ola, parte del tejado de una cabaña. Y unos niños agarrados al tejado. Tres niños. El brujo se quitó el arma que llevaba a la espalda.

—¡Sujeta, Jaskier!

Se desprendió de la chaqueta. Y saltó al agua.

No era aquél un chapuzón corriente, y las técnicas corrientes de natación allí no servían de nada. Las olas le arrastraban hacia arriba, hacia abajo y hacia los lados, chocaban con él las vigas, las tablas y los muebles que daban vueltas en el remolino, grandes maderos se abalanzaban sobre él, amenazando con hacerle picadillo. Cuando por fin alcanzó el tejado y se pudo agarrar a él, estaba

machacado. El tejado daba tumbos y giraba sobre la ola como un trompo. Las criaturas chillaban aterradas.

Tres, pensó. Es imposible que pueda llevarme a los tres.

Sintió en su hombro el roce de otro hombro.

—¡Dos! —Antea Derris escupió agua, cogió a uno de los críos—. ¡Coge tú a dos!

No era tan sencillo. Agarró a un chiquillo y se lo colocó debajo del brazo. Una niña, presa del pánico, estaba aferrada al caballete con tanta fuerza que al brujo le llevó un buen rato hacerse con ella. Le ayudó una ola que cayó sobre ellos, cubriéndolos. Al hundirse, la niña se soltó del caballete, y Geralt se la metió bajo el otro brazo. Y después los tres empezaron a hundirse. Los críos gorgoteaban y se agitaban.

Geralt luchaba.

No sabría decir cómo, pero salió a flote. La ola le empujó contra el muro de la terraza, impidiéndole respirar. No soltó a los niños. La

gente gritaba desde arriba, intentaba ayudar, acercarles algo a lo que pudieran agarrarse. No había manera. El remolino tiraba de ellos y los alejaba. Geralt se golpeó con alguien, era Antea Derris, que cargaba con la otra chiquilla. Luchaba con todas sus fuerzas, pero Geralt veía que estaba al borde de la extenuación. Apenas podía mantener fuera del agua la cabeza de la niña y la suya propia.

Muy cerca se oyó un chapoteo, una respiración entrecortada. Mozaïk. Le cogió una de las criaturas a Geralt, se alejó nadando. El brujo vio cómo la golpeaba una de las vigas que transportaba la ola. Dio un grito, pero no soltó al crío.

Una vez más la ola los lanzó contra el muro de la terraza. En esta ocasión la gente de arriba estaba preparada, incluso se habían hecho con unas escaleras de mano, colgaban por encima de ellos con los brazos extendidos. Les cogieron a los niños. Geralt vio cómo Jaskier agarraba a Mozaïk y tiraba de ella hasta la terraza.

Antea Derris miró al brujo. Tenía unos ojos preciosos. Sonreía.

La ola cayó sobre ellos con una gran masa de maderos. Grandes estacas arrancadas de la empalizada.

Una de esas estacas acertó en Antea Derris y la aplastó contra la terraza. Antea escupió sangre. Mucha sangre. Después la cabeza le colgó sobre los hombros y desapareció bajo la superficie del agua.

A Geralt le golpearon dos estacas, una en un hombro, otra en la cadera. Los impactos lo dejaron paralizado, por un momento se quedó completamente rígido. Tragó agua y se fue para el fondo.

Alguien lo sujetó. Con un agarrón férreo, doloroso, tiró de él hacia arriba, hacia la claridad de la superficie. Geralt alargó el brazo, palpando se encontró con un bíceps poderoso, duro como una roca. El forzudo trabajó con las piernas, surcó el agua como un tritón, con la mano libre iba

apartando los maderos que flotaban a su alrededor y los ahogados que giraban en aquel cáos. Emergieron justo al lado de la terraza. Les llegaron de arriba los gritos, las ovaciones. Las manos tendidas.

Un segundo después Geralt estaba tumbado en un charco de agua, tosiendo, escupiendo y salpicando en las baldosas de piedra de la terraza. A su lado, de rodillas, estaba Jaskier, pálido como una hoja. Al otro lado vio a Mozaïk. Igual de descolorida. Y con las manos trémulas. Geralt se incorporó como pudo.

—¿Antea?

Jaskier negó con la cabeza, volvió la cara. Mozaïk hundió el rostro entre las rodillas. Geralt veía cómo le temblaba el cuerpo por el llanto.

Muy cerca estaba su salvador. El forzudo. Mejor dicho, la forzuda. Un cepillo irregular sobre la cabeza rapada al cero. La tripa como un gran solomillo atado para el horno. Hombros de luchador. Pantorrillas como un discóbolo.

—Te debo la vida…

—Qué dices… —La comandanta del cuerpo de guardia sacudió la mano, como quitándole importancia—. De eso mejor ni hablar. Pero eres un capullo, y las mozas y yo te la tenemos guardada, de la pelea aquella. Así que mejor no te dejes ver, si no quieres que te demos por culo. ¿Queda claro?

—Queda claro.

—Pero hay que reconocer —la comandanta escupió con energía, se sacudió el agua del oído— que eres un capullo valiente. Un capullo valiente, Geralt de Rivia.

—¿Y tú? ¿Cómo te llamas?

—Violetta —dijo la comandanta, y de repente se entristeció—. ¿Y ésa? La que…

—Antea Derris.

—Antea Derris —repitió ella, torciendo el gesto—. Qué lástima.

—Qué lástima.

La terraza se fue llenando, la gente se

apretujaba. Ya había pasado el peligro, había aclarado, el torbellino se había calmado, los gallardetes estaban caídos. El oleaje había perdido fuerza, las aguas se retiraban. Dejando desolación y ruina. Y cadáveres, por los que ya empezaban a trepar los cangrejos.

Geralt se levantó con dificultad. Cada vez que hacia un movimiento y cada vez que respiraba hondo un dolor sordo se despertaba en su costado. Las rodillas le dolían a rabiar. Tenía arrancadas las dos mangas de la camisa, no recordaba dónde las había perdido. La piel del codo izquierdo, del hombro derecho y seguramente del omóplato la tenía desgarrada, en carne viva. Sangraba a través de numerosos cortes superficiales. En definitiva, nada serio, nada por lo que tuviera que preocuparse.

El sol se abrió paso a través de las nubes, reflejándose en el mar, que se iba serenando. Brilló la cubierta del faro desde la punta del cabo, un faro de ladrillos blancos y rojos, una reliquia

de los tiempos élficos. Una reliquia que ya había sobrevivido a más de una tormenta como ésa. Y que parecía que aún iba a sobrevivir a algunas más.

Dejando atrás las aguas ya tranquilas, aunque atestadas de basura flotante, del estuario, la goleta *Pandora Parvi* enfiló la rada a toda vela, como en un desfile naval. La multitud vitoreaba.

Geralt ayudó a levantarse a Mozaïk. La muchacha también se había quedado casi sin ropa. Jaskier le dio su capa para que se cubriera. Y carraspeó con toda intención.

Ante ellos estaba Lytta Neyd. Con un maletín médico colgado del brazo.

—He vuelto —dijo, mirando al brujo.

—No —la desmintió—. Te marchaste.

Ella le miró. Con ojos fríos, ajenos. Y enseguida concentró la mirada en algo mucho más lejano, situado en la distancia, por detrás del hombro diestro del brujo.

—Así que quieres terminar así —constató con

frialdad—. Dejando este recuerdo. Bueno, como quieras, es tu elección. Aunque podías haber optado por un estilo menos patético. Entonces, adiós. Voy a prestar ayuda a los heridos y necesitados. Está claro que tú no necesitas mi ayuda. Ni me necesitas a mí. ¡Mozaïk!

Mozaïk negó con la cabeza. Cogió a Geralt del brazo. Coral soltó un bufido.

—¿Conque ésas tenemos? ¿Eso es lo que quieres? ¿De este modo? Bueno, como quieras. Es tu elección. Adiós.

Se dio la vuelta y se alejó.

Entre la multitud que empezaba a congregarse en la terraza apareció Febus Ravenga. Debía de haber participado en las acciones de salvamento, porque las ropas empapadas le colgaban hechas jirones. Algún factótum servicial se acercó y le dio su sombrero. O, más bien, lo que quedaba de él.

—¿Y ahora qué? —preguntó alguien de la

muchedumbre—. ¿Ahora qué, señor concejal?

—¿Ahora qué? ¿Qué vamos a hacer?

Ravenga los miró. Estuvo mirándolos mucho tiempo. Después se incorporó, estrujó el sombrero y se lo puso en la cabeza.

—Enterrar a los muertos —dijo—. Ocuparse de los vivos. Y ponerse a reconstruir.

Resonó la campana del campanario. Como si quisiera dejar constancia de que había sobrevivido. De que, aunque hubieran cambiado muchas cosas, hay ciertas cosas que nunca cambian.

—Vámonos de aquí. —Geralt se sacó unas algas empapadas del cuello de la camisa—. ¿Jaskier? ¿Dónde está mi espada?

Jaskier se atragantó, señalando un sitio al pie de la pared donde no había nada.

—Hace un momento… ¡Hace un momento estaban aquí! ¡Tu espada y tu chaqueta! ¡Las han

robado! ¡Serán cabrones! ¡Las han robado! ¡Eh, vosotros! ¡Aquí había una espada! ¡Haced el favor de devolverla! ¡Vosotros! ¡Ah, seréis hideputas! ¡Que os parta un rayo!

De repente el brujo se encontró mal. Mozaïk lo sujetó. Mala cosa, pensó él. Mala cosa si me tienen que sujetar las muchachas.

—Ya estoy harto de esta ciudad —dijo—. Harto de todo lo que es esta ciudad. Y de lo que representa. Vámonos de aquí. Cuanto antes. Y lo más lejos posible.

Interludio

Doce días más tarde

La fuente chapoteaba suavemente, el brocal olía a piedra mojada. Olían las flores, olía la hiedra, que trepaba por los muros del patio. Olían las manzanas en un frutero que había encima de una mesa de malaquita. Dos copas sudaban, llenas de vino helado.

Dos mujeres charlaban junto a la mesita. Dos hechiceras. Si por un casual se hubiera encontrado por allí cerca alguien con suficiente sensibilidad artística, imaginación pictórica y capacidad para la alegoría lírica, no habría tenido ningún problema para representarlas. Lytta Neyd, de cabellos rojos como el fuego, con su vestido verde y cinabrio, era como una puesta de sol en septiembre. Yennefer de Vengerberg, morena,

vestida con una composición de negro y blanco, hacía pensar en un amanecer de diciembre.

—La mayoría de las villas vecinas —rompió el silencio Yennefer— yacen derrumbadas a los pies del acantilado. Y la tuya está intacta. No se le ha caído ni una teja. Eres una suertuda, Coral. Te recomiendo que vayas pensando en comprar un décimo de lotería.

—Los sacerdotes —se sonrió Lytta Neyd— no llamarían a esto suerte. Dirían que se ha debido a la protección de las divinidades y de las fuerzas celestiales. Los dioses extienden su protección sobre los justos y defienden a los virtuosos. Premian la virtud y la justicia.

—Está claro. Las premian. Si se les antoja y resulta que andan cerca. A tu salud, amiga.

—A tu salud, amiga. Mozaïk. Sirve a doña Yennefer. Tiene la copa vacía.

»Y en cuanto a la villa —Lytta despidió a Mozaïk con la mirada—, está disponible. La vendo, porque… porque tengo que trasladarme. El

aura de Kerack ha dejado de servirme.

Yennefer levantó las cejas. Lytta no se hizo esperar.

—El rey Viraxas —dijo en un tono sarcástico apenas perceptible— ha empezado su gobierno con una serie de edictos auténticamente reales. Primo, el día de su coronación se declara en el reino de Kerack dia de fiesta nacional, no laborable. Secundo, se ha proclamado una amnistía… para los criminales, los presos políticos seguirán en prisión y ademas sin derecho a visitas ni correspondencia. Tertio, se incrementan en un cien por cien las tarifas aduaneras y las tasas portuarias. Quarto, en el plazo de dos semanas deberán abandonar Kerack todos los no humanos y mestizos, que suponen un perjuicio para la economía del estado y privan de trabajo a las personas de sangre pura. Quinto, se prohíbe en Kerack la práctica de cualquier tipo de magia sin contar con la autorización del rey y no se permite a los magos la posesión de tierras y de

bienes inmuebles. Los hechiceros residentes en Kerack están obligados a desprenderse de sus propiedades y a obtener una licencia. O a abandonar el reino.

—Una magnífica muestra de agradecimiento —dijo Yennefer con sorna—. Y mira que se dice que fueron los hechiceros quienes pusieron a Viraxas en el trono. Que organizaron y financiaron su regreso. Y que le ayudaron en la toma del poder.

—Y se dice bien. Viraxas ha de pagar generosamente al Capítulo por todo eso, precisamente por ese motivo ha elevado las tarifas aduaneras y cuenta con la confiscación de los bienes de los no humanos. El edicto me atañe personalmente, no hay en Kerack más hechiceros que posean una casa. Se trata de una venganza de Ildiko Breckl. Y una revancha por la ayuda médica prestada a las mujeres locales, que los consejeros de Viraxas han declarado inmoral. El Capítulo podría ejercer alguna presión en mi caso, pero no lo va a hacer. Al Capítulo no le basta con los

privilegios comerciales, así como con las acciones de astilleros y compañías marítimas, que ha obtenido de Viraxas. Las negociaciones prosiguen, y no tiene intención de ver debilitada su posición. Así que a mí, habiendo sido declarada persona non grata, me toca emigrar en busca de nuevos pastos.

—Cosa que, a mi parecer, harás sin lamentarlo en exceso. Con los actuales dirigentes, yo diría que Kerack no tiene demasiadas oportunidades en el concurso para ser elegido el lugar más agradable bajo el sol. Vendes esta villa, y te compras otra. Aunque sea en Lyria, en las montañas. Ahora están de moda las montañas de Lyria. Muchos hechiceros se han mudado allí, porque es un sitio muy bonito y los impuestos son razonables.

—No me gusta la montaña. Prefiero el mar. No te preocupes, encontraré un refugio sin mayor dificultad, dada mi especialidad. En todas partes hay mujeres y todas me necesitan. Bebe, Yennefer. A tu salud.

—Me animas a beber, pero tú apenas te mojas los labios. ¿Qué pasa? ¿Que no te encuentras bien? No tienes muy bien aspecto.

Lytta suspiró teatralmente.

—Los últimos días han sido duros. El golpe de palacio, esa terrible tempestad, ay… Y luego estas náuseas mañaneras… Ya lo sé, se pasan después del primer trimestre. Pero aún faltan dos meses completos…

En el silencio que se instaló se podía oír el zumbido de las avispas que giraban alrededor de una manzana.

—Ja, ja —rompió el silencio Coral—. Era broma. Qué pena que no puedas ver la cara que has puesto. ¡Has picado! Ja, ja.

Yennefer miró para arriba, al borde del muro, cubierto de hiedra. Y estuvo mucho rato mirándolo.

—Has picado —prosiguió Lytta—. Y apuesto a que enseguida has puesto a trabajar tu imaginación. Desde el primer momento habrás

asociado, admítelo, mi estado interesante a… No pongas esa cara, no pongas esa cara. Han tenido que llegarte noticias, los cotilleos se extienden como las ondas en el agua. Pero estate tranquila, en esos rumores no hay ni una pizca de verdad. Tengo tantas probabilidades de quedarme embarazada como tú, en ese sentido no ha cambiado nada. Y a tu brujo sólo me unían los negocios. Asuntos profesionales. Nada más.

—Ah.

—La plebe es la plebe, le encantan los cotilleos. Ven a una mujer con un hombre, y enseguida lo convierten en un lio amoroso. El brujo, lo confieso, visitó mi casa con mucha frecuencia. Y, desde luego, nos vieron juntos en la ciudad. Pero se trataba, te repito, únicamente de negocios.

Yennefer dejó la copa, apoyó el codo en la mesa, unió las puntas de los dedos formando un tejado con las manos. Y miró a la hechicera pelirroja a los ojos.

—Primo —Lytta tosió levemente, pero no apartó la mirada—, nunca le haría nada semejante a una amiga. Secundo, tu brujo no estaba en absoluto interesado en mí.

—¿No lo estaba? —Yennefer levantó las cejas —. ¿De verdad? ¿Cómo te lo explicas?

—¿A lo mejor —Coral esbozó una sonrisa— han dejado de interesarle las mujeres de edad avanzada? ¿Al margen de cuál sea su presencia actual? ¿A lo mejor prefiere a las jovencitas auténticas? ¡Mozaïk! Haz el favor de venir un momento. Tú mírala, Yennefer. Está en la flor de la edad. Y hasta hace muy poco era inocente.

—¿Ella? —estalló Yennefer—. ¿Él con ella? ¿Con tu pupila?

—A ver, Mozaïk, por favor. Cuéntanos de tu aventura amorosa. Te escuchamos con atención. Adoramos los romances. Las historias de amores infelices. Cuanto más infelices, mejor.

—Doña Lytta… —La muchacha, en lugar de ruborizarse, se quedó pálida como un cadáver—.

Te lo ruego… Ya me has castigado por eso… ¿Cuántas veces se puede castigar a alguien por la misma falta? No me ordenes…

—¡Cuenta!

—Déjala en paz. —Yennefer hizo un gesto con la mano—. No la tortures. Además no me interesa en absoluto.

—Eso sí que no me lo creo. —Lytta Neyd sonrió maliciosamente—. Pero vale, voy a dejar a la chica. Efectivamente, ya la he castigado, le he perdonado sus culpas y he permitido que prosiguiera sus estudios. Y han dejado de divertirme sus balbuceantes confesiones. Te las resumo: perdió la cabeza por el brujo y huyó con él. Y el, cuando se aburrió, la dejó del modo más vulgar. Una buena mañana se despertó sola. Las sábanas donde dormía el amado se habían enfríado y se había borrado su huella. Se había marchado porque tenía que marcharse. Se desvaneció como el humo. Se lo llevó el viento.

Aunque parecía imposible, Mozaïk se puso aún

más pálida. Las manos le temblaban.

—Dejó unas flores —dijo Yennefer en voz baja—. Un ramito de flores. ¿Verdad?

Mozaïk levantó la cabeza. Pero no contestó.

—Unas flores y una carta —insistió Yennefer.

Mozaïk callaba. Pero el color iba volviendo poco a poco a su rostro.

—Una carta —dijo Lytta Neyd, mirando a la muchacha con aire inquisitivo—. No me habías hablado de ninguna carta. No lo habías mencionado.

Mozaïk frunció la boca.

—Y por eso fue —Lytta prosiguió con aparente tranquilidad—. Por eso volviste, a pesar de podías esperarte un castigo severo, mucho más severo del que al final se te ha impuesto. Fue él quien te ordenó volver. Si no, no habrías vuelto.

Mozaïk no respondió. Yennefer también callaba, enrollándose un rizo negro en un dedo. De repente levantó la cabeza, miró a la muchacha a los ojos. Y sonrió.

—Te mandó que volvieras conmigo —dijo Lytta Neyd—. Te ordenó volver, aunque podía imaginarse lo que por mi parte te podías encontrar. Algo que, por su parte, lo confieso, no me podía esperar.

La fuente chapoteaba, olía a piedra mojada. Olían las flores, olía la hiedra.

—Con eso me sorprendió —insistió Lytta—. No me esperaba eso de su parte.

—Porque no le conocías, Coral —comentó tranquilamente Yennefer—. No le conocías en absoluto.

Capítulo vigésimo

What you are I cannot say;
Only this I know full well
When I touched your face today
Drifts of blossom flushed and fell.

Siegfried Sassoon

El mozo de cuadra se había ganado la media corona que le habían dado la víspera, los caballos aguardaban ensillados. Jaskier bostezaba y se rascaba el cogote.

—Por todos los dioses, Geralt… ¿De verdad hace falta salir tan temprano? Si todavía es noche cerrada…

—Qué va a ser noche cerrada. Es la hora ideal. De aquí a una hora, como mucho, ya habrá amanecido.

—De aquí a una hora. —Jaskier se encaramó a la silla del castrado—. Pues habría preferido

dormir esa hora…

Geralt montó de un salto, después de pensárselo le entregó al mozo otra media corona.

—Estamos en agosto —dijo—. Hay catorce horas de luz. Me gustaría recorrer la mayor distancia posible en ese tiempo.

Jaskier bostezó. Y aparentemente no fue hasta entonces cuando se fijó en la yegua torda, sin ensillar, que se quedaba en el establo, en su compartimento. La yegua sacudió la cabeza, como queriendo llamar la atención.

—Un momento —reparó el poeta—. ¿Y ella? ¿Mozaík?

—Ella ya no sigue con nosotros. Aquí nos separamos.

—¿Y eso? No comprendo… Serías tan amable de explicarme…

—No. Ahora no. En marcha, Jaskier.

—¿Estás seguro de que sabes lo que haces? ¿Eres plenamente consciente?

—No. Plenamente no. Ni una palabra más,

ahora no quiero hablar de eso. Vámonos.

Jaskier suspiró. Arreó al castrado. Echó la vista atrás. Y volvió a suspirar. Era poeta, así que tenía derecho a suspirar cuantas veces le viniera en gana.

La posada Secreto y Susurro estaba espectacular sobre el fondo de la aurora, con las primeras luces brumosas del alba. Así, sumergida entre malvas, envuelta en hiedra y campanillas, hacia pensar en el palacio de las hadas, en el santuario de un amor secreto, en mitad del bosque. El poeta se sumió en sus reflexiones.

Suspiró, bostezó, tosió, escupió, se arrebujó con la capa, arreó al caballo. Durante esos momentos de meditación se había quedado rezagado. Apenas alcanzaba a ver a Geralt entre la bruma.

El brujo cabalgaba deprisa. Y no volvía la vista.

—Muy bien, aquí tenéis la bebida. —El posadero depositó en la mesa una jarra de loza—. Sidra de Rivia, como habíais pedido. Me ha dicho mi mujer que os pregunte cómo han encontrado el cerdo los señores.

—Rebuscando entre las gachas —respondió Jaskier—. De vez en cuando. No tan a menudo como nos habría gustado.

La posada a la que habían llegado al final de la jornada se llamaba, según proclamaba un colorido cartel, El Jabalí y el Ciervo. Ahora bien, ésa era la única carne de caza que ofrecía el establecimiento, en el menú no había noticia de ella. El plato de la casa eran gachas con unos tropezones de cerdo grasiento y una espesa salsa de cebolla. Jaskier, de entrada, arrugó la nariz ante una comida en exceso plebeya para su gusto. Geralt no dijo ni pío. Al cerdo no se le podía acusar de casi nada, la salsa era pasable y las gachas estaban demasiado

hechas, aunque estas últimas, en particular, no se les daban especialmente bien a los cocineros de la mayoría de las posadas. Podía haber sido peor, sobre todo teniendo en cuenta que no había mucho donde elegir. Geralt se había empeñado en recorrer la mayor distancia posible en aquella jornada, y no había querido detenerse en otros establecimientos con los que se habían topado anteriormente.

Al parecer, no sólo para ellos era la posada del Jabalí y el Ciervo la meta de la última etapa de aquella jornada. Uno de los bancos junto a la pared estaba ocupado por unos mercaderes. Mercaderes modernos, que a diferencia de los tradicionales no despreciaban a sus criados y no consideraban un desdoro comer con ellos en su misma mesa. La modernidad y la tolerancia tenían sus límites, como no podía ser de otra manera: los mercaderes ocupaban uno de los extremos de la mesa, los criados el otro, y era fácil detectar la línea de demarcación. Y lo mismo pasaba con los

platos. Los servidores tomaban gachas con cerdo, especialidad de la cocina local, y bebían una cerveza ligera. Los señores mercaderes se zamparon cada uno un pollo y se bebieron varias frascas de vino.

En la mesa de enfrente, bajo una cabeza disecada de jabalí, cenaba una pareja: una muchacha rubia y un hombre mayor. La muchacha vestía ropas caras, muy rigurosas, impropias de una chica joven. El hombre tenía pinta de funcionario, aunque no del más alto rango, ni mucho menos. Estaban cenando juntos, y mantenían una charla bastante animada, pero se habían conocido hacia poco, y de un modo más bien casual, como se desprendía del comportamiento del funcionario, que se empeñaba en encandilar a la muchacha con la evidente esperanza de obtener algo más, pretensión que ella acogía con una amable, aunque evidentemente irónica, reserva.

Uno de los bancos más cortos lo ocupaban cuatro sacerdotisas. Sanadoras ambulantes,

fácilmente reconocibles por sus túnicas grises y sus cabellos cubiertos por unas capuchas ceñidas. El alimento que estaban consumiendo era, según pudo advertir Geralt, singularmente modesto, una especie de gachas de cebada perlada sin manteca. Las sacerdotisas jamás reclamaban un pago por sus tratamientos, curaban gratis a todo el mundo, si bien era costumbre que les ofrecieran a cambio, cuando así lo solicitaban, hospitalidad y alojamiento. El posadero del Jabalí y el Ciervo conocía la costumbre, pero estaba claro que tenía intención de sortearla del modo más barato posible.

En el banco de al lado, bajo una cornamenta de ciervo, se repantigaban tres lugareños, dando buena cuenta de una botella de aguardiente, que sin duda no era la primera. Habiendo satisfecho, mal que bien, la necesidad cotidiana, buscaban diversión. No tardaron en dar con ella, desde luego. Las sacerdotisas no estaban de suerte. Aunque seguramente ya estarían acostumbradas a

esa clase de cosas.

En un rincón de la sala un huésped solitario se sentaba a una mesa. Oculto entre las sombras, como la propia mesa. El huésped, según pudo advertir Geralt, no estaba comiendo ni bebiendo. Permanecía inmóvil, con la espalda apoyada en la pared.

Los tres lugareños no daban su brazo a torcer, las bromas y groserías que dedicaban a las sacerdotisas se iban tornando cada vez más vulgares y obscenas. Las sacerdotisas conservaban una calma estoica, y no les prestaban la menor atención. Eso empezaba a irritar a los lugareños de un modo más que evidente, especialmente a medida que iba bajando el nivel de aguardiente en la botella. Geralt puso a trabajar más rápido la cuchara. Había decidido darles una lección a los borrachuzos, pero no por ello quería tener que comerse las gachas frías.

—El brujo Geralt de Rivia.

En el rincón, entre las sombras, hubo de pronto

un destello.

El huésped solitario alzó una mano sobre la mesa. Unas ondeantes lenguas de fuego salieron disparadas de sus dedos. El hombre acercó la mano al candelabro que había en el tablero y fue encendiendo una tras otra las tres velas. Dejándose ver con claridad.

Tenía el pelo gris como la ceniza, y en las sienes se le mezclaba con mechones blancos como la nieve. La tez era de una palidez cadavérica. La nariz ganchuda. Y los ojos de un tono amarillo claro, con las pupilas verticales.

En el cuello, por fuera de la camisa, le brillaba a la luz de las velas un medallón de plata.

Una cabeza de gato enseñando los dientes.

—El brujo Geralt de Rivia —repitió aquel hombre en medio del silencio que se había hecho en la sala—. ¿De camino a Wyzima, supongo? ¿En busca de la recompensa prometida por el rey Foltest? ¿De los dos mil ducados? ¿Me equivoco?

Geralt no contestó. No movió un solo músculo.

—No te pregunto si sabes quién soy, pues sin duda lo debes saber.

—Ya no quedáis demasiados —replicó con calma Geralt—. Así que es fácil llevar la cuenta. Eres Brehen. También conocido como Gato de Iello.

—Vaya, vaya —ironizó el hombre con el medallón del gato—. El famoso Lobo Blanco se digna conocer mi nombre. Es todo un honor. Que estés decidido a birlarme la recompensa, ¿también he de considerarlo un honor? ¿He de aceptar tu superioridad, hacerme a un lado, inclinarme ante ti y pedir disculpas? ¿Como en una manada de lobos, apartarme de la presa y esperar, meneando la cola, a que el jefe de la manada se sacie? ¿A que tenga la gentileza de dejarme los restos?

Geralt callaba.

—No voy a aceptar tu superioridad —siguió diciendo Brehen, llamado Gato de Iello—. Y no tengo intención de compartir ese dinero. No llegarás a Wyzima, Lobo Blanco. No me birlarás

la recompensa. Dicen que Vesemir ha dictado sentencia contra mí. Ahora tienes la ocasión de ejecutarla. Sal de la posada. Vamos a la plazuela.

—No pienso luchar contigo.

El hombre del medallón del gato se levantó de la mesa con un movimiento tan rápido que los ojos no alcanzaron a distinguirlo. Brilló la espada al cogerla de la mesa. El hombre agarró de la capucha a una de las sacerdotisas, la sacó del banco, la obligó a arrodillarse y le puso la hoja en el cuello.

—Vas a luchar conmigo —dijo con fríaldad, mirando a Geralt—. Saldrás a la plazuela antes de que cuente hasta tres. En caso contrario la sangre de la sacerdotisa salpicará las paredes, el techo y los muebles. Y después degollaré a las demás. Una tras otra. ¡Que nadie se mueva! ¡Que nadie pestañee siquiera!

Se hizo el silencio en la posada, un silencio sordo y absoluto. Todos se quedaron paralizados. Mirando embobados, con la boca abierta.

—No pienso luchar contigo —repitió Geralt con calma—. Pero como hagas daño a esa mujer morirás.

—Uno de nosotros dos morirá, eso es seguro. Ahí fuera, en la plazuela. Pero es improbable que sea yo. Te han robado, según se rumorea, tus famosas espadas. Y, por lo que veo, no has tenido la precaución de hacerte con unas nuevas. Hay que ser, en verdad, muy presuntuoso para querer birlarle a nadie una recompensa sin haberse armado primero. ¿O acaso el Lobo Blanco es tan bueno que no precisa del acero?

Rechinó una silla al retirarla. La muchacha rubia se levantó. Cogió de debajo de la mesa un bulto alargado. Lo depositó delante de Geralt y se volvió a su sitio, en compañía del funcionario.

Geralt sabía lo que era. Antes de soltar la correa y desenrollar la arpillera. Una espada de acero de siderita, de una longitud total de cuarenta pulgadas y media, la hoja en si media veintisiete pulgadas y cuarto. Un peso de treinta y siete onzas.

La empuñadura y el gavilán simples, pero elegantes.

La segunda espada, de parecido peso y longitud, era de plata. En parte, evidentemente, la plata pura es demasiado blanda para afilarla como es debido. Sobre el gavilán, unos glifos mágicos, por toda la hoja había grabadas unas señales rúnicas.

Los peritos de Pyral Pratt no habían sabido descifrarlas, demostrando de ese modo el bajo nivel de sus conocimientos. Las antiguas runas formaban un mensaje. Dubhenn haern am glandeal, morc'h am ihean aiesin. Mi brillo atraviesa las tinieblas, mi claridad deshace las sombras.

Geralt se levantó. Sacó de su vaina la espada de acero. Con un movimiento sereno y uniforme. No miraba a Brehen. Miraba la espada.

—Suelta a la mujer —dijo con calma—. Ahora mismo. En caso contrario morirás.

La mano de Brehen tembló, un hilillo de sangre corrió por el cuello de la sacerdotisa. A ésta no se

le oyó ni un quejido.

—Estoy necesitado —susurró Gato de lello—. ¡Esa recompensa ha de ser para mí!

—Suelta a la mujer, te he dicho. En caso contrario te mataré. No en la plazuela, sino aquí mismo, en el sitio.

Brehen se encogió. Respiraba con dificultad. Había en sus ojos un brillo siniestro, hizo con los labios un gesto repulsivo. Los nudillos de los dedos que aferraban la empuñadura de la espada se le habían puesto blancos. Repentinamente soltó a la sacerdotisa, se la quitó de encima de un empujón. Se sobresaltó la gente que había en la taberna, fue como si hubiera despertado de una pesadilla. Volvieron los suspiros y los resoplidos.

—Llegará el invierno —dijo Brehen, haciendo un esfuerzo—. Y yo, a diferencia de otros, no tengo dónde invernar. ¡El cálido y acogedor Kaer Morhen no es para mí!

—No —contestó Geralt—. No es para ti. Y sabes bien cuál es la causa.

—Kaer Morhen sólo es para vosotros, para los buenos, para los rectos y justos, ¿verdad? Hipócritas cabrones. ¡Sois tan asesinos como nosotros, no os diferenciáis en nada!

—Vete —dijo Geralt—. Abandona este lugar y sigue tu camino.

Brehen enfundó la espada. Se irguió. Mientras cruzaba la estancia, sus ojos se transformaron. Las pupilas ocuparon todo el iris.

—No es verdad —dijo Geralt cuando Brehen pasó por delante de él— que Vesemir haya dictado sentencia contra ti. Los brujos no luchan entre sí, no cruzan sus espadas. Pero si alguna vez se repite lo que pasó en Iello, si llego a enterarme de algo así… entonces haré una excepción. Te buscaré y te mataré. Tómate en serio esta advertencia.

Bastantes segundos después de que la puerta se hubiera cerrado detrás de Brehen aún reinaba en la sala un profundo silencio. Los suspiros de alivio de Jaskier llamaban la atención en medio de aquel silencio. Poco después empezaba el trasiego. Los

bebedores locales se largaron discretamente, sin acabarse siquiera el aguardiente. Los mercaderes se quedaron, aunque pálidos y en silencio. Eso sí, mandaron a sus criados que se levantaran de la mesa, con el cometido evidente de estar muy pendientes de carros y caballos, que corrían peligro en tanto anduviera por la zona gente de esa catadura. Las sacerdotisas curaron la herida en el cuello de su hermana, le dieron las gracias a Geralt inclinando en silencio la cabeza y se retiraron a descansar, probablemente al granero, pues era dudoso que el posadero hubiera puesto a su disposición unos lechos en los dormitorios.

Con una inclinación y un gesto Geralt invitó a su mesa a la rubia gracias a la cual había recobrado sus espadas. La joven aceptó de buena gana la invitación, abandonando sin reparos al que había sido su acompañante hasta ese momento, el susodicho funcionario, a quien se le puso una cara de lo más mohína.

—Soy Tiziana Frevi —se presentó,

ofreciéndole la mano a Geralt y estrechándosela como un hombre—. Me alegro de conocerte.

—Lo mismo digo.

—Qué nervios, ¿no? Las veladas en estas posadas de camino suelen ser aburridas, pero hoy ha estado interesante. Incluso en un momento dado he empezado a asustarme. Aunque no sé yo, ¿no habrá sido simplemente un reto entre machos? ¿Un duelo de testosterona? ¿O una competición a ver quién la tiene más larga? ¿Ha habido un peligro real?

—No, no lo ha habido —mintió Geralt—. Gracias sobre todo a las espadas, que he recuperado por mediación tuya. Te estoy agradecido. Lo que no acabo de entender es lo que hacían en tus manos.

—Se supone que iba a ser un secreto — empezó a explicar con desenvoltura—. Me dieron instrucciones de entregarte las espadas discretamente y a escondidas, y desaparecer después. Pero las condiciones han cambiado

inopinadamente. No he tenido más remedio, porque la situación así lo exigía, que entregarte las armas a la vista de todo el mundo, con el rostro descubierto, como suele decirse. Negarte ahora las explicaciones no sería apropiado. Por eso no voy a negártelas, y asumiré la responsabilidad por haber desvelado el secreto. Las espadas me las ha dado Yennefer de Vengerberg. Ocurrió en Novigrado, hace ahora dos semanas. Soy una dwimveandra. Conocí a Yennefer por casualidad, en casa de una maestra con la que acababa de terminar mis prácticas. Cuando se enteró de que me dirigía hacia el sur, y en vista de que mi maestra respondía por mí, doña Yennefer me encomendó esta misión. Y me dio una carta de recomendación para una conocida maga de Maribor, con la que me propongo hacer prácticas ahora.

—Cómo… —Geralt tragó saliva—. ¿Cómo está? ¿Yennefer? ¿Le va todo bien?

—Muy bien, diría yo. —Tiziana Frevi le miró

por debajo de las pestañas—. Tiene un aspecto como para dar envidia. Y yo la envidio, para ser sincera.

Geralt se levantó. Se acercó al posadero, que a punto había estado de desmayarse del susto.

—Pero si no hacía ninguna falta… —dijo modestamente Tiziana cuando poco después el posadero les sirvió una frasca de Est Est, el blanco más caro de Toussaint. Y algunas velas adicionales, metidas en el cuello de unas botellas vacías—. Demasiadas molestias, la verdad —añadió, cuando un momento después les llevaron a la mesa unas bandejas, una de ellas con lonchas de jamón curado, otra con trucha ahumada, la tercera con un surtido de quesos—. Te vas a dejar una fortuna, brujo.

—Hay motivo. Y la compañía es excelente.

Ella se lo agradeció con un gesto de la cabeza. Y con una sonrisa. Una sonrisa preciosa.

Al acabar la escuela de magia, cada hechicera tenía que elegir. Podía quedarse en la academia

como ayudante de una maestra preceptora. Podía pedir a alguna de las maestras independientes que la acogiera en su casa en calidad de aprendiz estable. O podía optar por hacerse dwimveandra.

Ese sistema lo habían adoptado de los gremios. En muchos de ellos los pupilos que obtenían el grado de aprendices estaban obligados a emprender un peregrinaje, en el curso del cual realizaban trabajos esporádicos, en distintos talleres, con distintos maestros, hoy aquí y mañana allí, hasta que, transcurridos varios años, regresaban para someterse a un examen y obtener la maestría. Con todo, había algunas diferencias. Forzados a deambular de acá para allá, los aprendices, sin un trabajo estable, muy a menudo las pasaban canutas, y el peregrinaje acababa siendo una odisea. Una dwimveandra lo era por su propia voluntad y deseo, y el Capítulo de los hechiceros había instituido para las magas ambulantes un fondo de becas específico, el cual, según había oído Geralt, no estaba nada mal.

—Ese tipo patibulario —se sumó a la conversación el poeta— llevaba un medallón parecido al tuyo. Era uno de los Gatos, ¿verdad?

—Sí, es verdad. No quiero hablar de eso, Jaskier.

—Los desacreditados Gatos —el poeta se dirigió a la hechicera—. Son brujos, pero fallidos. Mutaciones fallidas. Lunáticos, psicópatas y sádicos. El nombre de Gatos se lo han dado ellos mismos, pues son de hecho como los gatos: agresivos, crueles, imprevisibles e impredecibles. Pero Geralt, como de costumbre, le quita importancia para tranquilizarnos. Porque peligro si que hubo, y serio. Fue un milagro que no hubiera una escabechina, con sangre y cadáveres. Habría sido una masacre, como la de Iello, hace cuatro años. Me temía que en el momento menos pensado…

—Geralt ha pedido que no hablemos de eso —le cortó Tiziana Frevi, cortesmente, pero con determinación—. Vamos a respetarlo.

El brujo la miró con simpatía. Le parecía agradable. Y guapa. Puede que demasiado guapa.

A las hechiceras, como él ya sabía, les potenciaban el atractivo, el prestigio de la profesión requería que la maga despertara admiración. Pero el embellecimiento nunca era perfecto, siempre quedaba algo. Tiziana Frevi no era una excepción. En la frente, justo por debajo de la línea del cabello, había unas marcas, apenas visibles, de viruela, que se remontaban seguramente a su infancia, cuando aún no estaba inmunizada. El perfil de los hermosos labios estaba mínimamente afeado por una pequeña cicatriz ondulante por encima del labio superior. Como tantas y tantas veces, a Geralt le dio rabia, rabia de su mirada, de sus ojos que le obligaban a fijarse en tantos detalles insignificantes, minucias que no tenían la menor importancia en comparación con el hecho de que Tiziana estaba sentada a la mesa con él, bebiendo Est Est, comiendo trucha ahumada y sonriéndole.

Realmente, el brujo no había visto ni había conocido a demasiadas mujeres cuya belleza pudiera considerarse intachable, y en cuanto a la probabilidad de que alguna de ellas le sonriese tenía razones para calcular que era igual a cero.

—Ha hablado de una recompensa… —Cuando a Jaskier le daba por un tema, era difícil hacer que se rindiera—. ¿Alguno de vosotros sabe a qué se refería? ¿Geralt?

—No tengo ni idea.

—Pues yo sí lo sé —presumió Tiziana Frevi —. Y me sorprende que no hayáis oído hablar de eso, porque es un asunto que está en boca de todo el mundo. Foltest, rey de Temeria, ha ofrecido una recompensa. Para aquél que libere a su hija de un hechizo. Se pinchó con un huso y duerme un sueño eterno, corren rumores de que yace en un ataúd en un castillo cubierto de espino. Según otras versiones, el ataúd es de cristal y lo han colocado en la cumbre de una montaña de cristal. Otros dicen que la princesa se ha transformado en un

cisne. O en un monstruo terrible, en una estrige. Como consecuencia de una maldición, porque la princesa era el fruto de una relación incestuosa. Al parecer, esas habladurías se las ha inventado y las ha difundido Vizimir, rey de Redania, que mantiene litigios territoriales con Foltest, está siempre peleándose con él y hace todo lo que puede para amargarle la existencia.

—Efectivamente, parece una invención —comentó Geralt—. Basada en una fábula o en una leyenda. Una princesa hechizada y transformada, una maldición como castigo por un incesto, una recompensa para quien la libere del hechizo. Clásico y banal. El que se lo haya inventado no se lo ha currado mucho.

—El asunto —añadió la dwimveadra— tiene un evidente trasfondo político, por eso el Capítulo ha prohibido a los hechiceros intervenir en él.

—Fábula o no, el caso es que el propio Gato se lo había creído —observó Jaskier—. Es evidente que tenía prisa por llegar a Wyzima, y

más concretamente por llegar hasta esa princesa encantada, para deshacer el embrujo y hacerse con la recompensa prometida por el rey Foltest.

Le entró la sospecha de que Geralt también se dirigía hacia allí y de que quería adelantársele.

—Estaba en un error —repuso Geralt secamente—. No me dirijo a Wyzima. No tengo intención de meter los dedos en ese avispero político. Eso es tarea precisamente para alguien como Brehen, que, como él mismo ha dicho, está muy necesitado. Yo no estoy necesitado. He recuperado las espadas, no voy a tener que gastarme el dinero en unas nuevas. Tengo medios de subsistencia. Gracias a los hechiceros de Rissberg…

—¿El brujo Geralt de Rivia?

—En efecto. —Geralt midió con la mirada al funcionario de la cara mohína, que estaba de pie a su lado—. ¿Y quién lo pregunta?

—Eso es lo de menos. —El funcionario levantó la cabeza y frunció los labios, intentando

darse aires de grandeza—. Lo importante es la demanda judicial. De la que por la presente os hago entrega. En presencia de testigos. Conforme a derecho.

El funcionario le entregó a Geralt un papel enrollado. Tras lo cual se retiró, sin privarse de obsequiar a Tiziana Frevi con una mirada llena de desprecio.

Geralt rompió el sello, desplegó el rollo de papel.

—Datum ex Castello Rissberg, die 20 mens. Jul. Anno 1245 post Resurrectionem —leyó—. Para el Juzgado de Primera Instancia de Gors Velen. Parte demandante: Complejo de Rissberg, Sociedad Civil. Demandado: Geralt de Rivia, brujo. Demanda de: devolución de la cantidad de mil, en letras, mil coronas novigradas. Solicitamos: Primo: instar al demandado Geralt de Rivia a la devolución de la cantidad de mil coronas novigradas, junto con los correspondientes intereses. Secundo: requerir al

demandado el pago en beneficio de la parte demandante de las costas procesales, de conformidad con la normativa vigente. Tertio: disponer la ejecución inmediata de la sentencia. Motivación: el demandado defraudó al Complejo de Rissberg, Sociedad Civil, la cantidad de mil coronas novigradas. Pruebas: copia de las transferencias bancarias. Dicha cantidad constituía el pago del anticipo a cambio de unos servicios que el demandado nunca prestó y que, actuando de mala fe, no tenía intención de prestar… Testigos: Biruta Anna Marquette Icarti, Axel Miguel Esparza, Igo Tarvix Sandoval… Qué hijos de puta.

—Te he devuelto las espadas. —Tiziana bajó la mirada—. Y a la vez te he traído problemas. Ese ujier me ha seguido. Esta mañana ha oído cómo preguntaba por ti en el embarcadero. Y justo después se me ha pegado como una lapa. Ahora ya se por qué. Esta demanda es culpa mía.

—Te va a hacer falta un abogado —aseguró Jaskier en tono sombrío—. Pero no te recomiendo

a cierta abogada de Kerack. Ésa se desenvuelve mejor fuera de los tribunales.

—El abogado me lo puedo ahorrar. ¿Te has fijado en la fecha que figura en la demanda? Me juego el cuello a que ya han celebrado el juicio y han fallado en mi ausencia. Y que ya me han embargado la cuenta.

—No sabes cuánto lo siento —dijo Tiziana—. Es culpa mía. Perdóname.

—No hay nada que perdonar, no tienes culpa de nada. ¡Que les parta un rayo, a Rissberg y a los tribunales! ¡Posadero! ¡Otra frasca de Est Est, si es posible!

Muy pronto eran los únicos huéspedes en la sala, muy pronto el posadero les dio a entender, con un ostentoso bostezo, que ya iba siendo hora de terminar. La primera en retirarse fue Tiziana, y poco después la siguió Jaskier.

Geralt no se dirigió al cuarto que ocupaba con

el poeta. En lugar de eso, llamó suavemente a la puerta de Tiziana Frevi. Ella le abrió de inmediato.

—Te estaba esperando —balbuceó, tirando de él hacia el interior del cuarto—. Sabía que ibas a venir. Y, de no haber venido, habría ido yo a buscarte.

Tuvo que dormirlo mágicamente, si no se habría despertado de todas todas al salir ella. Y tuvo que irse antes de que amaneciera, cuando aún estaba oscuro. Dejando detrás su perfume. Un delicado olor a iris y bergamota. Y a algo más. ¿A rosa?

En la mesilla, encima de sus espadas, había una flor. Una rosa. Una de las rosas blancas de la maceta que había delante de la posada.

Nadie recordaba qué lugar era aquél, quién lo había construido, a quién había servido ni para

qué. Más allá de la posada, en una hondonada, estaban las ruinas de una antiquísima construcción, lo que en su tiempo fue un complejo de gran tamaño y seguramente de gran riqueza. De los edificios prácticamente no quedaba nada: restos de cimientos, fosas donde crecían los arbustos, algunos bloques de piedra desperdigados. Todo lo demás había sido desmontado y saqueado. Los materiales de construcción eran caros, no había derecho a desperdiciar nada.

Pasaron por debajo de los restos de un pórtico destrozado, en su día un arco imponente, ahora recordaba a una horca. La impresión se veía reforzada por la hiedra que colgaba como una soga cortada. Recorrieron una alameda delimitada por árboles. Eran unos árboles resecos y tullidos, con un aspecto grotesco, como doblados por el peso de una maldición que hubiera caído sobre aquel lugar. La alameda desembocaba en un jardín. O más bien en algo que fue un jardín en otros tiempos. Los parterres de agracejos, retama y rosas trepadoras;

sin duda vistosamente podados en el pasado, formaban ahora una salvaje y caótica maraña de ramas, tallos espinosos y matorrales resecos. En aquella maraña sobresalían los restos de estatuas y tallas, en su mayoría de cuerpo entero. Los restos eran tan insignificantes que ni acercándose mucho había manera de determinar a quién —o qué— representaban. Tampoco tenía aquello mayor trascendencia. Las estatuas eran el pasado. No se habían preservado, por tanto, habían dejado de ser importantes. Quedaba la ruina, y ésta parecía llamada a perdurar, las ruinas son eternas.

Ruinas. Monumentos a un mundo destruido.

—¿Jaskier?

—¿Sí?

—Últimamente, todo lo que podía salir mal ha salido mal. Y tengo la impresión de que no hago más que meter la pata. Todo lo que he tocado se ha ido al garete.

—¿Eso crees?

—Sí, eso creo.

—Entonces seguro que es así. No esperes comentarios. Estoy aburrido de hacer comentarios. Y ahora compadécete de ti mismo en silencio, si puedo pedirte ese favor. En estos momentos estoy componiendo, y tus lamentos me desconcentran.

Jaskier se sentó en una columna caída, se echó el sombrerillo hacia atrás, cruzó las piernas, apretó las clavijas del laúd.

> Tiemblan las velas, la llama es escasa,
> se siente el helado soplo del viento…

De hecho sopló el viento, un viento brusco y repentino. Y Jaskier dejó de tocar. Y suspiró ruidosamente.

El brujo se volvió.

Estaba parada en la entrada a la alameda, entre el zócalo ruinoso de una estatua irreconocible y el ramaje enmarañado de un cornejo seco. Alta, con un vestido ceñido. En la cabeza exhibía un pelaje grisáceo, más propio de un zorro de la estepa que

de un zorro plateado. Tenía las orejas puntiagudas y el hocico alargado.

Geralt no se movió.

—Te dije que volvería. —En el hocico de la raposa brillaron los colmillos—. Algún día. Hoy es ese día.

Geralt no se movió. Sentía en la espalda el peso familiar de sus dos espadas, un peso que venía echando de menos desde hacía un mes. Un peso que por lo general le proporcionaba calma y seguridad. Hoy, en ese preciso instante, ese peso no era más que peso.

—He venido… —A la aguara le resplandecían los colmillos—. Ni yo misma sé a qué he venido. Quizá para despedirme. Quizá para permitirle a ella que se despida de ti.

Por detrás de la raposa asomó una chiquilla delgada con un vestido entallado. Su rostro pálido, de una rigidez nada natural, era todavía a medias humano. Pero es posible que tuviera ya más de zorro que de persona. Los cambios se estaban

sucediendo con rapidez.

El brujo sacudió la cabeza.

—La has curado… ¿La resucitaste? No, eso es imposible. Entonces, tenía que estar viva en el barco. Estaba viva. Fingió que había muerto.

La aguara ladró fuerte. Geralt tardó unos momentos en caer en la cuenta de que había sido una risa. De que la raposa se estaba riendo.

—¡En otros tiempos podíamos hacer mucho más! Ilusiones de islas mágicas, dragones danzando en el cielo, visiones de un poderoso ejército acercándose a las murallas de una ciudad… En otros tiempos, hace ya mucho. Ahora el mundo ha cambiado, nuestras habilidades han disminuido… y nosotras hemos degenerado. Tenemos más de raposas que de aguaras. Pero hasta la raposa más pequeña, hasta la más joven, es capaz de engañar a vuestros primitivos sentidos humanos.

—Por primera vez en mi vida —dijo Geralt después de un momento—, me alegro de haber

sido engañado.

—No es verdad que hayas hecho todo mal. Y como premio puedes tocarme la cara.

El brujo carraspeó, mirando los afilados dientes.

—Hum…

—Las ilusiones son las cosas que piensas. Las que temes. Y las que sueñas.

—¿Cómo?

La raposa ladró suavemente. Y se transformó.

Los ojos oscuros, violeta, ardiendo en un pálido rostro triangular. Los rizos negros como un cuervo, ondeantes como una tempestad, cayendo en cascada sobre los hombros, brillando y reflejando la luz como las plumas de un pavo real, enredándose y ondulando con cada movimiento. Los labios de una finura prodigiosa, pálidos bajo el carmín. Una cinta de terciopelo en el cuello, y en la cinta una estrella de obsidiana, destellando y despidiendo millares de reflejos…

Yennefer sonrió. Y el brujo le acarició una

mejilla.

Y en ese momento el cornejo seco floreció.

Y después sopló el viento, sacudió el arbusto. El mundo desapareció tras una cortina de blancos pétalos arremolinados.

—Ilusión —se oyó la voz de la aguara—. Todo es ilusión.

Jaskier dejó de cantar. Pero no guardó el laúd. Estaba sentado en un fragmento de una columna caída. Miraba al cielo.

Geralt estaba sentado a su lado. Meditando sobre diversos asuntos. Había puesto en orden una serie de ideas. O, más bien, estaba intentando ponerlas en orden. Había trazado planes. En su mayoría completamente irreales. Se había prometido a si mismo varias cosas. Con serías dudas de si sería capaz de mantener alguna de sus promesas.

—La verdad es que —observó de pronto

Jaskier— nunca me felicitas por mis baladas. Con todas las que habré compuesto e interpretado para ti. Y tú nunca me has dicho: «Qué bonita. Quiero que la toques otra vez». Nunca has dicho eso.

—Tienes razón. Nunca te he dicho que quiera. ¿Te gustaría saber por qué?

—¿Por qué?

—Porque no quiero.

—¿Tan difícil es para ti? —el bardo no se rendía—. ¿Tanto te cuesta? Decir: «Tócala otra vez, Jaskier. Toca: "Mientras el tiempo pasa"».

—Tócala otra vez, Jaskier. Toca: «Mientras el tiempo pasa».

—Lo has dicho sin ninguna convicción.

—¿Y qué más da? Si la vas a tocar igual.

—No lo sabes tú bien.

Tiemblan las velas, la llama es escasa,
se siente el helado soplo del viento…
Mientras se van los días,
mientras el tiempo pasa
en el silencio gris, sin un lamento.

Sigues aquí a mi lado, y en la brasa
vive el calor de nuestro arrobamiento,
y así se van los días,
mientras el tiempo pasa
en el silencio gris, sin un lamento.
Queda el recuerdo del camino a casa
indestructible como un juramento,
aunque se van los días,
mientras el tiempo pasa
en el silencio gris, sin un lamento.
Por eso, amada mía, se acompasa
otra vez la canción al sentimiento:
así se van así los días,
mientras el tiempo pasa
en el silencio gris, sin un lamento.

Geralt se levantó.

—Ya es hora de ponerse en camino, Jaskier.

—¿Sí? ¿Y adónde?

—¿Acaso no da lo mismo?

—En el fondo da lo mismo. Vamos.

Epílogo

En la colina se veían los restos blanquecinos de unos edificios, convertidos en ruinas hacia ya tanto tiempo que estaban totalmente cubiertos de vegetación. La hiedra envolvía los muros, los arbolillos jóvenes se abrían paso a través de los suelos cuarteados. Había sido —Nimue no podía saberlo— un templo en otros tiempos, la residencia de los sacerdotes de alguna deidad olvidada. Para Nimue no pasaba de ser una ruina. Un montón de piedras. Y un indicador. La señal de que iba por el buen camino.

Porque justo detrás de la colina y las ruinas el camino se bifurcaba. Una pista se dirigía hacia el oeste, a través de un brezal. La otra, que iba hacia el norte, se introducía en un bosque denso y oscuro. Se adentraba en la negra espesura, se hundía en las sombrías tinieblas, perdiéndose en ellas. Y ése era el camino que debía seguir. Al

norte. Por medio del Bosque del Arrendajo, de infame reputación.

Nimue no se había tomado demasiado en serio las historias con las que habían tratado de asustarla en Ivalo, a lo largo de su peregrinación había tenido que enfrentarse a esas cosas en más de una ocasión, cada comarca tenía su folklore aterrador, peligros y horrores locales que servían para atemorizar a los viajeros. A Nimue ya la habían asustado con las náyades en los lagos, con las ondinas en los ríos, con los vichts en los cruces de caminos y con los fantasmas en los cementerios. La mitad de los puentes servían de escondrijo a algún troll, la mitad de las salcedas daban cobijo a una estrige. Al final Nimue se acostumbró, los terrores continuos dejaban de ser terrores. Pero no era capaz de dominar la extraña inquietud que se apoderaba de ella cada vez que se adentraba en un bosque sombrío, recorriendo los estrechos caminos entre túmulos hundidos en la niebla o los senderos envueltos en vapores pantanosos. Ahora,

delante de la pared oscura de aquel bosque, sentía ese mismo nerviosismo, que le subía como un cosquilleo por la nuca y le resecaba los labios.

Es un camino muy transitado, se repetía en su pensamiento, está lleno de rodadas de carros, de huellas de los cascos de caballos y bueyes. Qué importa que tenga un aspecto tan inquietante, éste no es un lugar de mala muerte, ésta es la trillada ruta de Dorian, que atraviesa el último retazo de bosque que se ha salvado de las hachas y las sierras. Son muchos los que pasan por aquí, a pie o a caballo. También yo voy a cruzar. No tengo miedo.

Soy Nimue verch Wledyr ap Gwyn.

Wyrwa, Guado, Sibell, Brugge, Casterfurt, Mortara, Ivalo, Dorian, Anchor, Gors Velen.

Volvió la vista para comprobar que nadie venía detrás. Sería más seguro, pensó, andar en compañía. Pero por el camino, ni hecho aposta, justo ese día, justo a esa hora, no quería pasar nadie. No se veía un alma.

No había más remedio. Nimue carraspeó, se acomodó el hatillo al hombro, agarró con fuerza el bastón. Y se adentró en el bosque.

Entre los árboles predominaban los robles, los olmos y unos viejos carpes que crecían muy juntos, también había pinos y alerces. A sus pies crecía un tupido sotobosque, donde se entrelazaban espinos, avellanos, prunos y madreselvas. Por lo general, en ese sotobosque abundaban las aves del bosque, sin embargo, en aquella floresta reinaba un silencio ominoso. Nimue caminaba con la vista clavada en la tierra. Respiró aliviada cuando en cierto momento, en la espesura, empezó a repiquetear un pájaro carpintero. Bueno, aquí hay un ser vivo, pensó, no estoy completamente sola.

Se detuvo y se volvió bruscamente. No pudo ver nada ni a nadie, pero por un momento estuvo segura de alguien iba detrás de ella. Sentía que la observaban. Que la seguían a escondidas. El miedo le apretó la garganta, un escalofrío le recorrió la espalda.

Apresuró el paso. Le pareció que el bosque empezaba a clarear, se iba volviendo más luminoso y más verde, porque en el arbolado iban predominando los abedules. Una revuelta, dos revueltas más, pensaba febrilmente, un poco más y habré salido del bosque. Dejaré atrás el bosque, junto con eso que me sigue a escondidas. Y seguiré mi camino.

Wyrwa, Guado, Sibell, Brugge…

Ni siquiera oyó el murmullo, captó un movimiento con el rabillo del ojo. Desde unos helechos salió disparada una forma gris, plana, de múltiples patas e increíblemente veloz. Nimue soltó un grito al ver las pinzas castañeteantes, grandes como guadañas. Las garras erizadas de espinas y pelillos. Los múltiples ojos que rodeaban la cabeza como una corona.

Sintió una fuerte sacudida que la levantó del suelo y la empujó violentamente. Cayó de espaldas sobre unos brotes flexibles de avellano, se agarró a ellos, lista para levantarse de un salto y huir. Se

quedó paralizada al observar la danza salvaje que estaban ejecutando en el camino.

El monstruo de múltiples patas saltaba y giraba, con una rapidez inverosímil, agitando las garras y chasqueando con sus aterradoras mandíbulas. Y alrededor de él, aún más rápido, tan rápido que los ojos no alcanzaban a verlo, danzaba un hombre. Armado con dos espadas.

Ante los ojos de Nimue, paralizados por el terror, volaron por los aires, primero una, después otra, después una tercera garra amputada. La espada estoqueó en el cuerpo plano, del que brotaron unos hilos de pringue verde. El monstruo forcejeaba y se revolvía, por fin se lanzó con un salto salvaje en dirección al bosque, tratando de huir. No llegó muy lejos. El hombre le dio alcance, lo pisó, tomando impulso lo clavó al suelo con la punta de las dos espadas a la vez. El monstruo estuvo mucho tiempo pataleando, por fin se quedó inmóvil.

Nimue se apretó el pecho con las manos,

intentando sosegar de ese modo el corazón desbocado. Vio cómo su salvador se inclinaba sobre el monstruo muerto, cómo le separaba algo del caparazón valiéndose de un cuchillo. Cómo limpiaba el filo de las espadas y las introducía en las vainas que llevaba a la espalda.

—¿Todo bien?

Pasó un tiempo antes de que Nimue cayera en la cuenta de que la pregunta iba dirigida a ella. Aunque de todos modos era incapaz tanto de articular palabra como de levantarse del avellano. Su salvador no se dio mucha prisa en ayudarla a incorporarse del arbusto, al final tuvo que apañárselas ella sola. Le temblaban tanto las piernas que apenas se tenía en pie. La sequedad de la boca no se le iba con nada.

—Mala idea la de esta excursión en solitario por el bosque —dijo el salvador, acercándose más.

Se retiró la capucha, los cabellos blancos como la nieve brillaron en medio de la penumbra

del bosque. Nimue estuvo a punto de soltar un grito, en un acto reflejo se llevó el puño a la boca. Es imposible, pensó, es totalmente imposible. Debo de estar soñando.

—Pero a partir de ahora… —siguió diciendo el albino, examinando la placa metálica que tenía en la mano, ennegrecida y cubierta de una pátina —. A partir de ahora se podrá transitar por aquí sin correr ningún riesgo. A ver qué tenemos aquí. IDR UL Ex IX 0008 BETA. ¡Ja! Tú eras el que me faltaba en la cuenta, número ocho. Ahora las cuentas ya están cuadradas. ¿Cómo te encuentras, muchacha? Ah, disculpa. La boca como un desierto, ¿verdad? ¿La lengua como una estaca? Ya sé, ya sé. Toma, echa un trago.

Nimue cogió con mano trémula la cantimplora que le ofrecía.

—¿Y adónde te diriges?

—A D… A Do…

—¿A?

—A… Dorian. ¿Qué era eso? ¿Eso… de ahí?

—Una virguería. La obra maestra número ocho. De todos modos, lo importante no es lo que era. Lo importante es que ya ha dejado de ser. Y tú, ¿quién eres? ¿Adónde te diriges?

Sacudió la cabeza, tragó saliva. Y se decidió. Sorprendida de su propia decisión.

—Soy… Soy Nimue verch Wledyr ap Gwyn. Después de Dorian iré a Anchor, de ahí a Gors Velen. A Aretusa, la escuela de hechiceras en la isla de Thanedd.

—Ajá. ¿Y de dónde vienes?

—De la aldea de Wyrwa. Pasando por Guado, Sibell, Brugge, Casterfurt…

—Conozco esa ruta —la interrumpió—. La verdad es que te has recorrido medio mundo, Nimue hija de Wledyr. En Aretusa deberían tenértelo en cuenta para el examen de ingreso. Aunque seguro que no te lo tienen en cuenta. Te has impuesto una meta ambiciosa, muchacha de la aldea de Wyrwa. Muy ambiciosa. Ven conmigo.

—Buen… —Nimue seguía moviendo las

piernas con rigidez—. Buen señor…

—¿Sí?

—Gracias por salvarme.

—Es a ti a quien habría que dártelas. Desde hace bastantes días estaba esperando que apareciera alguien como tú. Todos los que pasaban por aquí lo hacían en grupos numerosos, ruidosos y armados, de modo que nuestra obra maestra número ocho no se decidía a atacar, no asomaba la nariz de su escondrijo. Tú la has hecho salir. Desde bastante lejos habrá sabido reconocer a una presa fácil. A alguien que viaja solo. Y no muy grande. Sin ánimo de ofender.

El extremo del bosque estaba, por lo que se pudo ver, allí mismo. Más allá, junto a un grupo de árboles aislados, esperaba el caballo del albino. Una yegua baya.

—Hasta Dorian —dijo el albino— habrá desde aquí como cuarenta leguas. Para ti tres días de camino. Tres y medio, contando lo que queda de hoy. ¿Eres consciente de eso?

Nimue sintió una euforia repentina, que compensó el aturdimiento y otras consecuencias del susto. Es un sueño, pensó. Seguramente estoy soñando. Porque esto no puede ser real.

—¿Qué te pasa? ¿Te encuentras bien?

Nimue se armó de valor.

—Esa yegua… —Casi no podía articular, de los nervios—. Esa yegua se llama *Sardinilla*. Porque todos tus caballos se llaman así. Porque tú eres Geralt de Rivia. El brujo Geralt de Rivia.

Él la miró largamente. Callaba. Nimue también callaba, con la mirada clavada en el suelo.

—¿En qué año estamos?

—En el mil trescientos… —Levantó los ojos asombrados—. En el mil trescientos setenta y tres después del Renacimiento.

—En ese caso —el albino se frotó la cara con la mano enguantada—, Geralt de Rivia hace ya mucho que no vive. Murió hace ciento cinco años. Pero creo que estaría contento si… Estaría contento si supiera que después de ciento cinco

años la gente le recuerda. Que recuerda quién era. Que recuerda incluso el nombre de su caballo. Sí, creo que estaría contento… si pudiera saberlo. Ven. Te acompañaré.

Caminaron largo rato en silencio. Nimue apretaba los labios. Avergonzada, había decidido no hacer más comentarios.

—Delante de nosotros —rompió el tenso silencio el albino— hay un cruce y una carretera. El camino a Dorian. Llegarás sin peligro.

—¡El brujo Geralt de Rivia no ha muerto! —soltó de improviso Nimue—. Sólo se ha marchado, sólo se ha marchado al País de los Manzanos. Pero regresará… Regresará, pues así reza la leyenda.

—Leyendas. Tradiciones. Cuentos. Fábulas e historias. Debería habérmelo imaginado, Nimue de la aldea de Wyrwa, tú, que te diriges a la escuela de hechiceras en la isla de Thanedd. No te habrías lanzado a tan insensato viaje de no haber sido por las leyendas y cuentos con los que has crecido.

Pero no son más que cuentos, Nimue. Sólo cuentos. Con todo lo que te has alejado ya de tu casa, tendrías que entenderlo.

—¡El brujo regresará del otro mundo! —No daba su brazo a torcer—. Regresará para proteger a la gente cuando de nuevo reine el mal. Mientras exista la oscuridad, serán necesarios los brujos. ¡Y la oscuridad sigue existiendo!

Él estuvo largo rato callado, mirando hacia un lado. Finalmente, volvió la cara hacia ella. Y se sonrió.

—La oscuridad sigue existiendo —aseguró—. A pesar de los logros del progreso, el cual, como se nos manda creer, tiene que iluminar las tinieblas, eliminar las amenazas y ahuyentar los temores. Aunque hasta ahora el progreso no ha cosechado demasiados éxitos en este terreno. Hasta ahora, el progreso no ha hecho más que inculcarnos la idea de que la oscuridad son sólo supersticiones que ocultan la luz, y no tenemos nada que temer. Pero eso no es verdad. Si hay de

qué temer. Porque siempre, siempre existirá la oscuridad. Y siempre estará presente el mal en la oscuridad, siempre habrá en la oscuridad colmillos y garras, crímenes y sangre. Y siempre serán necesarios los brujos. Y ojalá siempre aparezcan justo allí donde hacen falta. Allí donde se escucha un grito de socorro. Allí donde los llaman. Ojalá que cada vez que alguien los llama se presenten con una espada en la mano. Una espada cuyo brillo atraviese las tinieblas, cuya claridad deshaga las sombras. Bonito cuento, ¿verdad? Y termina bien, como tienen que terminar todos los cuentos.

—Pero… —farfulló Nimue—. Pero entonces, cien años… ¿Cómo es posible que…? ¿Cómo es posible?

—Esas preguntas —la interrumpió, sin dejar de sonreír— no puede hacerlas una futura adepta de Aretusa. De una escuela donde enseñan que no hay nada imposible. Porque todo lo que hoy es imposible mañana se volverá posible. Ese lema

debería colgar a la entrada de ese centro de enseñanza, que pronto será el tuyo. Buen viaje, Nimue. Adiós. Aquí nos separamos.

—Pero… —Ella sintió un alivio repentino, y un torrente de palabras empezó a brotar de sus labios—. Pero yo querría saber… Saber más cosas. De Yennefer. De Ciri. De cómo acabó de verdad aquella historia. He leído… Conozco la leyenda. Lo sé todo. Sobre los brujos. Sobre Kaer Morhen. ¡Hasta me sé el nombre de todas las Señales de los brujos! Cuéntame, por favor…

—Aquí nos separamos —la interrumpió con suavidad—. Ante ti está el camino que lleva a tu destino. A mí me aguarda una ruta muy distinta. El cuento se alarga, la historia nunca termina. Y en cuanto a las Señales… Hay una que no conoces. Se llama Somne. Mira mi mano.

La miró.

—Ilusión —aún alcanzó a oír Nimue, desde muy lejos—. Todo es ilusión.

—¡Eh, moza! ¡No te duermas, que te roban!

Nimue alzó la cabeza. Se frotó los ojos. Y se levantó del suelo.

—¿Me adormilé? ¿Estaba dormida?

—¡Y tanto! —La mujer corpulenta que conducía el carro se echó a reír en el pescante—. ¡Requetedormida! ¡Como un tronco! Dos veces te llamé a gritos, y tú nada. Ya me iba a tirar del carro… ¿Estás sola? ¿Qué andas catando? ¿Acaso buscas a alguien?

—A un hombre… de pelo blanco… Estaba aquí mismo… Aunque puede que… Ya no estoy segura…

—A nadie viera por estos pagos —repuso la mujer. A su espalda, por detrás de una lona, asomaban las cabecitas de dos niños—. Veo que estás por los caminos. —La mujer indicó con los ojos el hatillo y el bastón de Nimue—. Yo a Dorian voy. Si gustas, te llevo. En siendo que tú también vayas hacia aquesta parte.

—Gracias. —Nimue se encaramó al pescante —. Mil gracias.

—¡Arre! —La mujer sacudió las bridas—. ¡Vayamos pues! Mejor en carro que no fatigando las patas, ¿a que sí? Uy, me supongo que no podrías con tus huesos para quedarte así transida en mitad del camino. Dormías, ya te digo…

—Como un tronco —suspiró Nimue—. Ya lo sé. Estaba agotada y me quedé dormida. Y además he tenido…

—¿Sí? ¿Qué tuviste?

Volvió la vista. Detrás quedaba el negro bosque. Delante la aguardaba el camino entre hileras de sauces. El camino a su destino.

El cuento se alarga. La historia nunca termina.

—He tenido un sueño muy raro.